

La decisión *del señor Baker*

Más de 20.000
ejemplares vendidos

Andrea Adrich

LA DECISIÓN DEL SEÑOR BAKER

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

LA DECISIÓN DEL SEÑOR BAKER está dedicada a las lectoras que insistieron en que continuara la historia un poquito más.
Gracias por dar vida a Lea y a Darrell.

INDICE

INDICE

Darrell

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

Lea

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
Darrell
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86
CAPÍTULO 87
CAPÍTULO 88
CAPÍTULO 89
CAPÍTULO 90
CAPÍTULO 91

CAPÍTULO 92
CAPÍTULO 93
Darrell
CAPÍTULO 94
CAPÍTULO 95
CAPÍTULO 96
CAPÍTULO 97
CAPÍTULO 98
CAPÍTULO 99
CAPÍTULO 100
Epílogo

Darrell

CAPÍTULO 1

—Darrell...

La voz de Lea, ligeramente alarmada, me despierta.

—¿Sí? —digo soñoliento.

—Creo que he roto aguas.

Doy un salto en la cama y me incorporo de golpe. Lea ya ha encendido la luz de su mesilla y puedo verla mirándome con una expresión de conclusión en el rostro. Ha llegado la hora.

—Vale... Vale... —digo. Me levanto y consulto el reloj. Son las cuatro y media de la madrugada—. Que no cunda el pánico —murmuro. Alzo los ojos y la miro—. ¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí —responde al tiempo que asiente convencida con la cabeza.

—Bien... bien... Que no cunda el pánico —me repito, danzando los ojos de un lado a otro y tratando de mantener la mente fría.

Rodeo la cama y ayudo a Lea levantarse y a vestirse. Durante el último mes su tripa ha crecido tanto que apenas puede agacharse.

—Nuestros pequeños ya vienen —comenta cuando le pongo la chaqueta. Sonríe.

—Sí —digo, devolviéndole el gesto cariñosamente—. Ya vienen...

Su sonrisa me tranquiliza porque significa que todo va bien y que nos va a dar tiempo a llegar a la clínica.

Me desespero en el ascensor y vuelvo a apretar el botón de forma apremiante.

—¿Es que no puede bajar más rápido? —bufo con impaciencia.

—Cálmate, Darrell. Todo está bien —me dice Lea en tono sosegado—. Acuérdate de lo que nos dijo la doctora McGregor, que pasan algunas horas desde que se rompe aguas hasta que finalmente tiene lugar el parto. Tenemos tiempo de sobra.

—Tienes razón —admito en su suspiro—. Nervioso no soy de gran ayuda —afirmo después.

Me inclino y le doy un beso protector en la frente.

—Todo va a salir bien —dice.

—Debería de ser yo quien te dijera eso a ti y no tú a mí —comento.

Lea vuelve a sonreír. No me puedo creer que, pese a todo, yo esté más nervioso que ella. Debo de tranquilizarme si quiero ser de ayuda.

Las puertas metálicas del ascensor finalmente se abren, salimos y nos dirigimos al coche, donde, desde hace una semana y media, está preparada la canastilla con todo lo necesario para los bebés.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Lea mientras cruzamos Nueva York en dirección a la clínica.

—Bien —contesta—. Tengo algunas molestias, pero las contracciones todavía no son fuertes.

—Ya no falta mucho para llegar —apunto, alargando el brazo y cogiendo su mano afectuosamente.

Cuando llegamos a la clínica de la doctora McGregor, un celador nos está esperando en la puerta de urgencias con una silla de ruedas. Ayudo a Lea a bajar del coche y la siento en la silla.

—¿Qué tal estás, Lea? —le pregunta la doctora McGregor con voz afable.

—Bien —responde Lea, al tiempo que es trasladada a una de las habitaciones de lujo de la clínica.

—Todo va a salir bien —dice la doctora.

Lea asiente.

Siete horas después, Lea está dando a luz en el paritorio. Quedamos en que entraría para estar con ella y darle ánimos, pero me siento tremendamente impotente cuando su rostro se frunce cada vez que empuja entre los fuertes dolores de las contracciones.

—Empuja... —le pide la doctora McGregor—. Empuja, Lea, empuja...

Lea aprieta los dientes y hace lo que le dice la doctora. Tiene la cara sonrojada y cubierta de una película de sudor debido al esfuerzo, y varios mechones de pelo pegados a la frente.

—Venga, pequeña —trato de animarla.

Lea aferra mi mano con fuerza y vuelve a empujar, lanzando un grito al aire.

—Ya no queda nada, Lea —indica la doctora—. Un último empujón, vamos.

Lea toma aire profundamente, aprieta de nuevo los dientes y los labios y vuelve a empujar con todas sus fuerzas.

—¡Venga, pequeña! —repito en tono optimista—. ¡Venga!

Lea grita contrayendo las mandíbulas. Su rostro se llena de una expresión de dolor. De pronto, su grito se mezcla con un llanto. Abro los ojos de par en par, expectante por lo que está sucediendo un par de metros delante de nosotros.

—La niña ya está aquí —dice la doctora McGregor.

—Kylie... —murmuro, y me quedo embobado mirando mientras entrega el bebé a una enfermera, que lo coge con cuidado y se lo lleva para limpiarlo.

—Ahora vamos a por el niño —anuncia, concentrándose de nuevo en la tarea—. Sigue empujando, Lea. Sigue empujando —le indica.

Giro el rostro hacia Lea, que aprieta otra vez los dientes y empuja tal y como le ha pedido la doctora. Acercó la mano y le limpio el sudor de la frente.

—Estoy agotada —susurra casi sin aliento—. No puedo más...

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor —la animo—. Nuestra pequeña Kylie ya ha nacido. Ya está aquí. —Sonrío pletórico—. ¿La oyes llorar? —le pregunto.

Lea asiente con la respiración entrecortada. Al verme tan entusiasmado, vuelve a empujar con energías renovadas para que James venga a este mundo.

—Ya estoy viendo la cabeza —interviene la doctora McGregor—. Ánimo, Lea. Ánimo.

Lea grita, se aferra a la barandilla y a mi mano y empuja con todas sus fuerzas. Su rostro está descompuesto por el dolor y el cansancio.

—Muy bien —dice la doctora—. James ya está saliendo. Sí, ya está casi fuera.

James rompe a llorar en esos momentos, abriendo completamente sus pulmones y llenando el paritorio con su llanto.

—Ya está, mi amor —susurro emocionado, apoyando mi frente en la de Lea—. Ya está, pequeña... Ya está.

La doctora McGregor y la enfermera que ha atendido a Kylie se acercan con los bebés y los colocan encima del pecho de Lea.

—Oh, Dios mío... —dice Lea, con un torrente de lágrimas a punto de derramarse por su mejillas.

—Vamos a dejarlos un ratito sobre ti, piel con piel, para que no comiencen a echarse de menos —comenta la doctora sonriendo—. No hay nada más beneficioso que el calor maternal.

Lea se echa finalmente a llorar, embriagada por la emoción, mientras los acaricia con manos temblorosas. Está exhausta por el esfuerzo.

Yo los miro sin poder apartar los ojos de ellos. ¡Joder!, son los bebés más hermosos que he visto en toda mi vida, y son míos. Míos y de Lea. La prueba palpable del profundo amor que sentimos el uno por el otro.

—Son preciosos —comento a media voz.

—Sí, son preciosos —dice Lea entre lágrimas.

—Y perfectos —añado, con mi recién estrenado amor de padre.

Le enjugo las lágrimas que ruedan por sus mejillas y seguidamente acaricio las cabecitas de nuestros pequeños. Lo hago con mucho cuidado porque tengo la sensación de que se van a romper en cualquier momento.

—Dios mío... —musito obnubilado.

Creo que se parecen a Lea, porque tienen la piel blanquita, los ojos grandes como ella y los labios sonrosados, aunque también veo rasgos míos en sus rostros. Sí, veo cosas de mí en ellos y eso me llena de orgullo, de un orgullo que invade cada célula de mi cuerpo. Se parezcan a quién se parezcan son preciosos, condenadamente preciosos.

Me inclino hacia Lea.

—Gracias —le susurro—. Gracias por darme a estas dos preciosidades. Gracias por hacerme tan feliz.

Le doy un tierno beso en la boca mientras los bebés descansan tranquilos sobre su pecho.

CAPÍTULO 2

El azul oscuro de la noche ha caído sobre la ciudad desde hace un buen rato. El murmullo ininterrumpido e inagotable de Nueva York, que se apresura a colarse por las ventanas, contrasta con el silencio en el que está sumido a estas horas la clínica.

—Coge a Kylie mientras yo doy de mamar a James —dice Lea.

—Lea, yo no... Yo nunca he cogido a un bebé —me adelanto a decir con un matiz de alarma en la voz.

—¿Ni siquiera a tus sobrinos?

—No —niego—. Ya sabes que antes no se me daban muy bien este tipo de cosas.

Lea me mira con una sonrisa en los labios. Sus ojos tienen una expresión comprensiva.

—Tranquilo, Darrell. Es un bebé, no una bomba de relojería. No va a estallar —bromea, con ese sentido del humor que no la abandona nunca.

—Ya, pero... —titubeo.

Antes de que termine la frase, Lea se inclina hacia mí y me pone a Kylie en los brazos.

—¿No le haré daño? —pregunto, sentado en el sillón que hay en la habitación de la clínica. Una estancia de paredes pintadas de color lila, con una luz acaramelada y todo tipo de comodidades.

Lea niega con un ademán de la cabeza.

—No —responde sonriente—. Los bebés son frágiles, pero no tanto como parecen. Hay que tener cuidado con la cabecita, eso sí.

—Qué pequeña es... —murmuro cuando la cojo.

Oh, Dios, qué pequeña es...

La contemplo durante un rato y noto como el corazón se me derrite dentro del pecho al verla entre mis grandes brazos. Parece perderse en ellos.

—Hola, pequeña —le digo.

Kylie abre sus grandes ojos. Son azules como los míos. Acercó la mano a su carita y le acaricio la mejilla con suma delicadeza. Después me inclino y le doy un beso.

—Se te ve tan tierno —comenta Lea.

Alzo la vista. Lea me está mirando con ojos de ensoñación. Sonríó levemente sin despegar los labios.

—Es que son tan pequeños... —digo—, tan frágiles, tan indefensos...

—Son un pedacito de nosotros —afirma Lea.

—Sí, un hermoso pedacito de nosotros.

En esos momentos, James comienza a llorar, reclamando la atención.

—Creo que alguien tiene hambre —dice Lea.

Se da media vuelta y se dirige hacia la cuna. Se inclina y coge a James en brazos. Se sienta en el sillón que hay al lado de su cama, se saca el pecho derecho y le da de mamar. La estampa es... preciosa. Como pocas he contemplado en mi vida. Y sensual; tremendamente sensual. Siento tanto amor por Lea que tengo la sensación de que en cualquier momento se me va a abrir el pecho en canal ante la fuerza de este sentimiento tan impetuoso. Sigo sin saber exactamente qué es ese algo indefinible que posee y a lo que no me puedo resistir.

Lea levanta la vista.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta, cuando repara en que no soy capaz de apartar la mirada de ella.

—En lo sensual que estás —asevero con una nota de lujuria en la voz.

—¿Sensual? —repite Lea algo extrañada.

—Sí. Mucho —respondo, reafirmando lo que he dicho—. La maternidad te ha embellecido más todavía —añado.

—Gracias.

Lea se sonroja y baja la cabeza. Sonrío con picardía al advertir su rubor.

Mientras da de mamar al pequeño James, que agarra el pecho con ganas, yo juego con Kylie. La contemplo asombrado mientras mueve los ojos de un lado a otro, curiosa, descubriendo el mundo que hay a su alrededor.

—Mi amor... —digo, para ver cómo reacciona al sonido de mi voz.

Es tan pequeña y tan dulce...

Sería capaz de hacer cualquier cosa por ellos, por mis pequeños. Apenas tienen unas horas de vida y ya los amo, porque son parte de mí y parte de Lea. Tengo que procurarles lo mejor.

—Mañana voy a hablar con un agente inmobiliario para ir viendo lo de la casa con jardín que quiero comprar —le digo a Lea—. Quiero que nuestros pequeños tengan un enorme jardín en el que puedan jugar y correr a sus anchas.

—Ya lo hablamos y sabes que estoy de acuerdo, que lo que decidas hacer me parece bien. ¿Vas a vender el ático? —me pregunta.

Me quedo pensativo durante unos instantes.

—No —niego—. No me voy a deshacer de él. Es una buena propiedad y está situada en uno de los mejores barrios de Nueva York. Siempre habrá tiempo para venderlo o incluso para alquilarlo.

Kylie pone pucheros y se echa a llorar.

—No llores, pequeña —digo en tono suave.

Me levanto del sillón y la mezo cariñosamente entre los brazos para intentar calmarla. Pero Kylie no se viene a razones y llora con más fuerza si cabe, desafiante. Lo hace tan alto que a la pobre se le congestiona el rostro.

—Creo que también tiene hambre —interviene Lea.

—Sí, yo también lo creo.

—James ya ha terminado.

Lea se levanta y deja a James en la cuna.

—Vaya carácter que tienes —bromeo, dirigiendo mi comentario a Kylie—. Menudos pulmones. —Me acerco a Lea y pongo a Kylie en sus brazos—. Toda tuya. Creo que solo tú eres capaz en estos momentos de hacer que deje de llorar.

Lea coge a la pequeña. En cuanto la acerca al pecho, Kylie lo toma y comienza a succionar con ansias. Se calma de repente, ante mi cara de asombro.

—Sí que tienes hambre, sí —dice Lea en tono distendido—. Madre mía, casi no coges aire.

Sonrío.

Me aproximo a la cuna. James está con los ojos abiertos de par en par, vivo como una ardilla. Su iris es de color bronce, como el de Lea. Tanto él como Kylie son tan parecidos a ella, a mí... Sé que hablo imbuido por el amor de padre, pero creo que son la conjunción perfecta de ambos. Alargo la mano y le acaricio la mejilla.

De pronto me asalta un pensamiento que me ensombrece la expresión del rostro.

—¿Te ocurre algo? —me pregunta Lea, que parece que ha advertido mi semblante sombrío.

—¿Y si alguno de nuestros pequeños sufre la misma enfermedad que yo? —pregunto con una punzada de angustia—. ¿Y si alguno acaba desarrollando alexitimia?

—Darrell, la alexitimia no es hereditaria —alega Lea con sensatez.

—Lo sé... —le doy la razón—. Pero eso no es garantía de que alguno de los dos no pueda padecer el mismo trastorno que he padecido yo. La alexitimia te hace sentir tan vacío... —añado apesadumbrado.

—No debes de pensar en eso... —me aconseja Lea.

—No puedo evitarlo —le corto suavemente—. Existe una posibilidad real, porque su padre la sufrió durante muchos años.

—Las posibilidades de que James o Kylie puedan tener alexitimia son las mismas posibilidades que pueden tener los hijos de unos padres que no la hayan padecido —dice Lea—. ¿Acaso tu padre o tu madre la sufrían?

—No.

Suspiro, y trato de que las palabras de Lea me convenzan, pero no lo consiguen del todo. Paso el pulgar por la mejilla de James, que ha comenzado a quedarse dormido.

—Solo espero que si James o Kylie llegan a padecer alexitimia tengan una Lea que los salve. —Alzo los ojos y la miro fijamente—. Como tú me salvaste a mí. —Lea sonrío, visiblemente halagada—. No ser capaz de identificar lo sientes ni ser capaz de expresarlo, de emocionarse, es terrible, porque te sume en una existencia apática e indiferente, donde nada es capaz de llenarte.

—Darrell, deja de torturarte por eso; no te adelantes a los acontecimientos —asevera Lea—. No puedes sufrir por algo que todavía no ha sucedido.

Me incorporo en toda mi estatura al ver que James se ha quedado finalmente dormido. Me acerco a Lea y le beso cariñosamente en la cabeza mientras sigue dando de mamar a Kylie.

—Tienes razón —digo—. Es solo que me angustia pensar que alguno de nuestros pequeños pueda pasar por lo mismo o por algo parecido a lo que he pasado yo.

—Te entiendo —asiente Lea con voz templada—. Son tus hijos. Les quieres y quieres lo mejor para ellos; que no sufran. Pero no sirve de nada preocuparse por eso ahora, apenas son unos bebés.

Sonrío, dando por concluida la conversación. Me siento en el borde de la cama.

—Y tú, ¿cómo estás? —le pregunto, acariciándole el rostro.

—Un poco cansada del parto, pero bien.

Sus preciosos ojos bronce destellan un brillo de alegría, pese al agotamiento que refleja su rostro.

—Es normal —apunto—. Has dado a luz a dos bebés.

Lea desliza la vista hasta Kylie.

—Se ha quedado dormida —dice en un tono lleno de calidez.

Alargo los brazos, la cojo con cuidado para no despertarla y la tumbo en la cuna, al lado de James. Durante unos minutos Lea y yo nos quedamos mirándonos en completo silencio, como si fueran una imagen divina. Para nosotros lo es.

CAPÍTULO 3

Unos nudillos llaman a la puerta de mi despacho.

—¿Ocupado? —dice Michael, asomando ligeramente la cabeza.

Levanto la vista de los documentos que estoy leyendo y sonrío.

—Pasa —digo.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

Se me queda mirando unos segundos.

—¿Qué tal llevas tu faceta de padre? —me pregunta al tiempo que se acomoda en la silla.

—Bien —respondo—. Kylie y James acostumbrándose a nosotros y nosotros acostumbrándonos a ellos.

—¿Ya estáis en el ático?

—Sí, a Lea le dieron el alta ayer.

—Me imagino que ahora todo será un pequeño caos —comenta, alzando las cejas en un gesto elocuente y cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

—Si ya lo es un niño, imagínate dos... Pero Lea lo está llevando muy bien y creo que a mí no se me da mal del todo —presumo en tono distendido—. Además, son muy dormilones, aunque como todos los bebés, tienen sus momentos de llanto incontrolable, sobre todo cuando tienen hambre. —Me levanto de la silla y me abrocho la americana—. Me voy ya —anuncio, consultando el reloj—. Quiero llegar temprano a casa, para bañarlos y darles el biberón. Son tan comilones que los tenemos que ayudar con biberón porque la leche materna no es suficiente.

—Entonces, ¿no nos tomamos algo a la salida? —me pregunta Michael.

—Otro día —me excuso. Lo miro—. Cuando seas padre, me entenderás.

—¿Cuándo sea padre? —repite Michael, y en su rostro asoma una expresión que no acabo de descifrar—. Ser padre no entra en mis planes en los próximos... treinta años.

Suelto una risilla.

—Al final serás abuelo antes que padre.

—Puede ser —dice con ironía.

—Algún día aparecerá una mujer que haga tambalear tus cimientos —le digo, apuntándole repetidamente con el dedo.

Michael lanza al aire una sonora carcajada.

—Darrell, soy soltero por convicción. Lo que más amo en esta vida es mi libertad, y no creo que haya ninguna mujer sobre la faz de la Tierra capaz de hacer que la pierda. No, no, no...

—Nunca digas nunca jamás —afirmo.

Michael niega lentamente con la cabeza.

—El amor no está hecho para mí —repite—. Yo soy más de picotear, de ir de flor en flor... ¿Por qué atarse a una mujer si puedes tener a varias?

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—No tienes remedio —farfullo.

—Ya me conoces...

Michael sonrío con esa expresión pícaro tan suya cada vez que habla de su soltería y de mujeres. Es un seductor nato, un cazador de esos que nunca se dejan cazar. A veces, al igual que él, yo también pienso que no hay una mujer sobre la faz de la Tierra capaz de hacerle perder su soltería.

—Nos vemos mañana —me despido.

—Hasta mañana —dice Michael.

Cuando entro en casa, me dirijo al salón, guiado por el llanto de James. Al entrar, dejo el maletín sobre la mesa y miro a Lea.

—¿Necesitas ayuda? —bromeo.

Lea se da media vuelta con Kylie en brazos.

—¡Qué bien que has llegado! —exclama con rostro de alivio—. Tienen hambre y no hay quien logre calmarlos.

Me adentro unos cuantos metros y cojo a James, que está en la cuna reclamando su toma.

—Ven aquí, campeón —digo.

—Su biberón está ahí —dice Lea, señalando la mesa auxiliar.

Me inclino, lo agarro y me acomodo en el sillón. En cuanto acerco el biberón a James, comienza a succionar como si no hubiera un mañana. Lea hace lo mismo con Kylie.

—Cualquiera diría que llevas un mes sin comer —comento en tono de broma.

—Parece que tienen la solitaria —alega Lea—. Nunca he visto unos bebés que coman tanto como estos. ¡Santo Dios!

Cuando James se termina el biberón en un tiempo récord, se queda dormido. Me levanto y le tumbo en la cuna. Entonces me acerco a Lea y le doy un beso.

—Ni siquiera me han dejado darte un beso —digo distendido.

Lea sonrío.

—Ya sabes lo exigentes que son —comenta.

Después de bañarlos y acostarlos en la cuna de su habitación, Lea se deja caer pesadamente en el sofá del salón, agotada.

Descorcho una botella de vino tinto y saco un par de copas del armario de la cocina. Es hora de cuidarla. Voy hasta el salón y le ofrezco una. Lea levanta la vista y la coge. Sonríe al tiempo que suspira quedamente.

—Gracias —dice—. Tenemos que hablar de la boda —murmura, dando un pequeño sorbo.

—Después —indico con un matiz de autoridad en la voz—. Ahora hay algo más urgente y apremiante que resolver.

Y lo hay, desde hace un buen rato las ganas de hacer mía a Lea me embisten como un toro bravo, del mismo modo que yo quiero embestir a Lea. Me acerco la copa a los labios y bebo un trago de vino mientras la miro por encima del borde del cristal.

—No me mires así... —comenta ella con voz trémula.

—¿Por qué? —le pregunto pausadamente mientras doy otro sorbo de vino.

Sé sobradamente la respuesta, pero quiero oírla de su boca.

—Porque haces que me ruborice —confiesa.

Al mismo tiempo que contesta, sus mejillas se sonrojan.

—Ya sabes que adoro ruborizarte. Me pone.

Bebo otra vez de forma insinuante.

—Darrell...

—Es hora de que me encargue de ti —digo con voz voluptuosa, dejando la copa sobre la mesa auxiliar.

Lea sonrío. En la línea de sus labios se dibuja una suerte de expresión traviesa, que te tengo que reconocer que me encanta y que contribuye a que mi miembro se endurezca casi de inmediato.

—¿Quiere emborracharme, señor Baker? —bromea coqueta, ladeando la cabeza.

—Quizá otro día... Hoy la prefiero lúcida, señorita Swan—digo.

Le quito la copa de la mano y la dejo en la mesa, al lado de la mía.

CAPÍTULO 4

Me acerco a su rostro, deslizo la mirada hasta su boca y durante unos segundos repaso el contorno de sus labios rosados y humedecidos.

Ufff... son tan apetecibles... tan suaves...

Me aproximo un poco más y la beso. Noto cómo su respiración se acelera cuando sus labios entran en contacto con los míos. Introduzco la lengua sensualmente en su boca entreabierta y recorro cada rincón de ella.

Lea gime mientras le mordisqueo los labios y tiro del inferior hacia mí.

—Eres deliciosa... —susurro contra su boca.

Bajo las manos y las poso en sus pechos por encima de la ropa, al tiempo que vuelvo a besarla como si no me saciara nunca de ella. *¡Dios! ¡Es que no soy capaz de saciarme de ella!* Mis órganos empiezan a licuarse en mi interior como si fueran de mantequilla.

Despacio, desciendo mis labios por su cuello, dándole pequeños besos y mordisqueándolo. Lea suspira con fuerza. Su piel tibia se eriza. Pasa las manos por mi nunca y me aprieta contra ella.

—¡Joder, Darrell! —prorrumpe, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Cómo es posible que solamente tocándome me pongas así? —pregunta entre jadeos.

—Porque hago magia —respondo, delineando en mis labios una sonrisa maliciosa.

Lea carcajea, rindiendo su cuerpo a mis habilidosas caricias. Le bajo la camiseta de tirantes hasta la cintura y tomo con la mano uno de sus pequeños pechos.

—Ohhh... —suspira.

—Precioso —murmuro—. Quiero probarlo.

Los pezones de Lea se endurecen con mi aliento. Me inclino, me meto uno en la boca y comienzo a lamerlo lentamente, haciendo círculos con la punta de la lengua. Lea se arquea y se queda muy quieta, concentrándose en las miles de sensaciones que me imagino que está sintiendo en estos momentos y que me revela el estremecimiento que noto que le recorre el cuerpo de arriba abajo.

Después de jugar con su pezón a mi antojo, me aparto unos centímetros y soplo un poco de aire sobre él. La piel de Lea se pone de gallina. Suspira de placer.

Deslizo los dedos a través del pantalón corto y los introduzco en su braguita.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras acaricio suavemente su clítoris.

—Ufff... —balbucea Lea—. Me encanta.

Lea estira el brazo y alcanza mi miembro. Cuando su mano acaricia juguetonamente mi erección por encima del pantalón, las fibras de mis nervios se ponen en pie y una oleada de calor se instala en mi entrepierna.

—¿Te gusta? —me pregunta con voz maliciosa.

—Me encanta —respondo, utilizando sus mismas palabras y sonriendo traviesamente pegado a sus labios.

Y me encanta. ¡Claro que me encanta! Me encanta su timidez del mismo modo que me encanta cuando la deja a un lado y, sin prejuicios tontos y gracias a mí, se vuelve la mujer más apasionada del mundo.

Mientras nos damos placer mutuamente, la excitación se hace insoportable. Entonces, como buenamente puedo y haciendo un esfuerzo, paro y me levanto del sofá. Lea me dirige una mirada de circunstancia preguntándose: «¿Qué ocurre?»

Le tomo la mano y tiro de ella para que se levante.

—Será mejor que vayamos a la habitación —digo.

Lea sonríe y me sigue escaleras arriba hasta la segunda planta.

Atravesamos el largo pasillo y al pasar a la altura de la habitación de los bebés, Lea dice:

—Espera.

Me frena y asoma la cabeza por la puerta. Imito su gesto y por encima de ella vemos que Kylie y James duermen como dos benditos. Intercambiamos una mirada muda y sonreímos al unísono, aliviados en cierto modo de que nos dejen terminar la faena.

—¡Vamos! —exclamo en voz muy baja, para no despertarlos.

Cómplice el uno del otro, sin hacer ruido y con pies de gato, nos dirigimos a la habitación. Nada más de entrar, me abalanzo sobre ella. No aguanto más. A estas alturas la erección es casi dolorosa.

—Ven aquí... —susurro.

La empujo contra la pared y sin dejarla respirar poseo su boca como si de ello dependiera mi vida.

—Darrell... —murmura Lea entre beso y beso, sin apenas aliento.

Me aprieto contra ella para que sienta la dureza de mi miembro en su vientre.

—¿Ves cómo me pones? —le susurro en el oído, dominado por el deseo—. ¿Ves lo que provocas en mí? —Lea suelta una risilla—. ¿Te hace gracia? —digo, fingiendo seriedad.

Le doy la vuelta y le pongo de cara a la pared. Le cojo las muñecas y se las sujeto por encima de la cabeza. Con la mano libre, le bajo el pantalón corto y las braguitas de un tirón, y se lo dejo a la altura de las rodillas. Sus piernas quedan medio abiertas. Es tan maravillosamente erótico tenerla así.

Suspiro, subyugado al universo de sensaciones que siento.

—¡Joder, Lea! —mascullo entre dientes, pegado a su oído—. ¡Joder!

Me deshago del pantalón y finalmente libero mi erección. Rodeo con un brazo su cintura y la atraigo hacia mí. Cuando está totalmente pegada a mi cuerpo, tanteo la entrada de su vagina y la penetro. Lea gime de una forma tan intensa que creo que está a punto de gritar.

—Te deseo, Darrell —la oigo decir entre jadeos—. Te deseo.

—Y yo a ti, mi pequeña loquita —digo con la respiración entrecortada—. Soy tuyo, Lea. Soy tuyo —afirmo, al tiempo que entro en ella una y otra vez todo lo hondo que puedo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Darrell, sí. Y yo soy tuya, mi amor... —dice, con la voz arrastrada por el placer—. Soy tuya... Solo tuya...

La aprieto más contra la pared y noto como su cuerpo empieza a empaparse de sudor mientras yo me dejo mecer por el fuego que me quema la entrepierna.

—Así, así, Darrell, así... —sisea Lea. Sus palabras me envilecen y hacen que la embista como un animal salvaje—. Oh, sí... —gime—. Oh, Dios...

—¿Quieres más? —le pregunto travieso.

—Sí, por favor, sí...

—Sí... —farfullo contrayendo las mandíbulas, y de nuevo me clavo en sus entrañas, abandonándome en brazos del placer que me ofrece su cuerpo.

Cuando advierto que se va acercando al clímax, la aprieto de nuevo contra mi cuerpo y le mordisqueo el lóbulo de la oreja por detrás. Unos segundos después, Lea explota en una serie de violentas sacudidas que trato de controlar para que no se caiga. Y antes de que me dé cuenta, mis nervios se descargan provocándome un intensísimo orgasmo mientras aprieto los dientes y emito una suerte de gruñido ahogado.

Apoyo la frente en el hombro de Lea, que sube y baja rápidamente mientras trata de normalizar la respiración. Cierro los ojos y me sereno. Pasado un rato en el que recupero el aliento, me enderezo. Agarro a Lea de la cintura y le doy la vuelta. Le sujeto el rostro entre las manos, me inclino y la beso con toda la suavidad del mundo.

—Te quiero —le susurro, rompiendo el silencio que nos envuelve.

—Yo también te quiero —dice Lea, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Nunca lo olvides, ¿vale? —le pregunto. Introduzco los dedos por los mechones de su melena despeinada y le acaricio la cabeza—. Nunca olvides que te quiero. Pase lo que pase, eres mi tesoro más valioso.

—Nunca lo olvidaré, Darrell.

CAPÍTULO 5

—¿Cómo quieres que sea la boda? —le pregunto a Lea, ya relajados y tumbados en la cama. Le acaricio la cabeza, que tiene recostada sobre mi pecho—. ¿Quieres algo estrambótico?

Lea levanta el rostro y me mira con una mueca de extrañeza en la boca.

—¿Estrambótico? —repite.

—Sí. Casarnos entre delfines, entre tiburones, en los fiordos noruegos, en Bali, en la cima del Everest... —enumero.

Sonrío al ver su expresión de desconcierto.

—No me gustaría casarme a 35 grados bajo cero —bromea.

—Eso en el mejor de los casos, en la cumbre del Everest se pueden llegar a alcanzar menos 70 grados bajo cero —apunto.

—Mejor nos decantamos por un lugar más cálido —dice Lea. Vuelve a recostarse en mi pecho—. ¿A los millonarios os gustan ese tipo de bodas estrafalarias? —me pregunta.

—A mí no —respondo—. Pero las ceremonias de algunos duran hasta una semana, se pasean en caballos de un millón de dólares, con anillos de dos millones. Las novias llegan en yate de lujo y se sirve champán de oro.

—¿Champán de oro? ¿Eso existe?

—Sí.

—Vaya...

—¿Quieres que te vaya a recoger en un coche de diamantes? —le pregunto en broma.

—¡Nooo...! ¡Qué horror! —exclama Lea—. Si se te ocurre venir a buscarme con un coche de esas características o parecidas, te digo que «no» en el altar.

—Está bien. No me arriesgaré. Nada de diamantes en el coche —bromeo sonriente. Lea se echa a reír.

—Quiero una boda sencilla, íntima... —dice—. Con familiares y amigos. No una de esas bodas ostentosas hasta el ridículo que organizan algunos millonarios.

—Tus deseos son órdenes para mí —afirmo, deslizado mi mano hasta su espalda—. Y a decir verdad, yo también prefiero una ceremonia íntima. Ya sabes que, aunque tengo a raya mi alexitimia, la gente sigue sin gustarme demasiado —añado.

—Estaría bien una ceremonia al aire libre —sugiere Lea—. Será en verano y nos acompañará el tiempo.

De pronto Lea se queda muy callada. Inclino la cabeza para tratar de verle el rostro.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto, al advertir que sus rasgos suaves se han ensombrecido.

—No sé quién va a ser mi padrino, quién me va a llevar al altar... —me responde con voz apagada. Se incorpora y se apoya en las manos. Me mira—. No tengo un hermano mayor que lo haga y bueno, mi padre... —Se interrumpe súbitamente y baja la mirada.

—Ehhh.... No te pongas triste —le digo, alzándole la barbilla para que me mire. Lea levanta la vista y la fija en mis ojos—. Se lo podemos pedir a Andrew, si quieres, o a Michael. Estarán encantados de llevarte al altar. —Sonrío ligeramente para darle confianza—. De hecho, te aseguro que ambos estarían más que dispuestos a llevarte juntos, uno de cada brazo.

Lea corresponde a mi gesto y me devuelve la sonrisa, aunque no despega los labios. Durante unos instantes se queda pensativa.

—Se lo puedo pedir a mi tío Rod —dice esperanzada, transcurrido un rato—. Es el hermano mayor de mi madre. Hace tiempo que no mantenemos contacto, pero siempre me ha querido mucho.

—Seguro que tu tío Rod está encantado de llevarte al altar —apunto con voz animada. Lea asiente con un breve movimiento de cabeza. Me acerco a su rostro y deposito en sus suaves labios un pequeño beso—. No te preocupes por eso, ¿vale?

—Vale —me responde, mordisqueándose el interior del carrillo. Suspira y baja los hombros—. Además, tengo otras muchas cosas de las que preocuparme. La ceremonia, el párroco, el vestido de novia, el banquete, los regalos...

Noto un matiz de agobio en su voz.

—Podemos contratar los servicios de un *wedding planner* —propongo.

—Prefiero organizarlo yo misma —repone—. Me hace mucha ilusión preparar nuestra boda.

—Bien. Como quieras —concedo.

Lea se aproxima a mí y me besa. No deajo que se retire, la sujeto por la cintura y le pego más a mí. Al entrar mi cuerpo en contacto con el suyo, mi sangre se envilece. Paso la lengua por su boca y le doy un lengüetazo, como un gato hambriento, y le muerdo el labio inferior hasta que Lea ahoga un gruñido en la garganta. Estiro una sonrisa maliciosa en mi rostro con su labio todavía entre mis dientes.

Cuando la libero, Lea reacciona. Pone la mano en mi pecho y me empuja hacia atrás. Me deajo caer en el colchón, enarcando las cejas. Me rodea con la pierna y se sienta a horcajadas sobre mí. No puedo evitar que la expectación y cierta sorpresa se reflejen en mi cara. ¡Hoy está guerrera! Lea ríe maliciosamente.

—Ahora me toca a mí —me susurra con los ojos entornados.

Se inclina sobre mi rostro y, lentamente, pasea la lengua por mis labios, de la misma manera que lo he hecho yo unos minutos antes. Trato de atrapar su boca, pero Lea no se deja.

—No, no, no —niega traviesa—. Esta vez mando yo.

Pero de un movimiento certero, me elevo, rodamos por la cama y me pongo encima de ella, intercambiando en un segundo el rol de poder.

—¿Estás segura? —pregunto con suspicacia y una sonrisa ladina en los labios.

Lea aprieta los labios. Imita mi movimiento y dejándome llevar, volvemos a rodar por la cama y vuelve a ponerse encima de mí.

—Por supuesto —afirma.

Se quita la camiseta, sacándosela por la cabeza, y deja al descubierto sus pechos. Empiezo a relamerme con la panorámica. Aferra mis muñecas y las ata al cabecero de la cama con la prenda. Me muerdo el labio inferior, excitado por la escena. Elevo un poco la pelvis para que note mi erección.

—Veo que ya estás preparado —murmura triunfal, con media sonrisa dibujada en los labios.

—No lo sabes bien —farfullo entre dientes, y mi voz denota la impaciencia y la ansiedad del deseo.

Lea aprieta sus caderas contra mí para aumentar mi excitación.

—Vas a tener que esperar un poquito —me advierte pícara.

—Sí, mi ama —respondo sonriendo, siguiéndole el juego y dejándome hacer.

Lea hunde el rostro en mi cuello y comienza a besarlo, intercalando pequeños mordisquitos que reparte de arriba abajo. Exhalo un suspiro cargado de placer. ¿Qué tiene esta mujer que me pone tanto? ¿Hasta el punto de volverme loco?

Desciende por mi torso, arrastrando por él los besos. Al llegar a la altura del pezón, lo lame y después le hinca los dientes hasta que siento una ligera punzada de dolor. Bufo.

—Cuando me sueltes, vas a saber lo que es bueno —la amenazo en broma.

—Pero eso será cuando te suelte —dice Lea con un brillo lascivo en la mirada—. De momento, está a mi merced, señor Baker.

Dejo escapar una risilla.

Lea continúa deslizándose por mi cuerpo hasta que alcanza el bóxer. Pasa la uña del dedo índice por el borde, ralentizando el placer. Cuando se dispone a quitármelo, el rumor de un llanto llena el aire. Lea levanta la mirada sin mover la cabeza y me mira desde abajo.

—Oh, oh... —murmura—. Creo que nuestro jueguito va a tener que esperar.

—Sí, yo también lo creo. James nos reclama —apunto, con una resignación divertida.

Lea se levanta. Con un movimiento de las manos deshago el nudo que me ata al cabecero de la cama, pues no está apretado, y me incorporo mientras Lea se pone de nuevo la camiseta de tirantes.

Salimos del dormitorio y nos dirigimos a la habitación de los pequeños. James sigue llorando y Kylie ha comenzado a refunfuñar, alertada por el llanto de su hermano.

Lea se acerca hasta la cuna y abre un poco el pañal de James.

—Se ha hecho pis —dice.

Lo coge y lo lleva hasta el cambiador mientras yo saco un pañal del cajón y se lo tiendo. Después tomo en brazos a Kylie y la mezo tratando de que no se despierte.

—A ver pequeñín... —susurra Lea a James.

Le quita el pañal mojado, le limpia cuidadosamente el culito para que no se escueza y le pone el seco. James deja de llorar de inmediato cuando Lea lo acuna entre los brazos y lo besa cariñosamente, y Kylie se ha vuelto a quedar dormida, sin rechistar más.

Y aquí estamos Lea y yo, de pie en mitad de la habitación, cada uno meciendo a un bebé, en una imagen que se me antoja sumamente entrañable. Sonrío en silencio para mis adentros y me recreo en la dulce estampa mientras ambos intercambiamos una mirada de complicidad.

CAPÍTULO 6

Cojo el móvil de encima de la mesa y llamo a Lea.

—Hola, mi amor —me saluda cuando descuelga al tercer tono.

—Hola, mi pequeña loquita —digo—. ¿Cómo están nuestros pequeños? —le pregunto.

—James acaba de quedarse dormido y Kylie está en ello —responde.

—¿Se han portado bien?

—Bueno, ya sabes cómo se ponen cuando tienen hambre —dice Lea en tono distendido—. Pero quitando ese momento, sí, se están portando bien.

—Y tú, ¿cómo estás? —me intereso por ella.

—Bien. Cuando Kylie se duerma voy a llamar a... Matt —dice con cautela. Me quedo en silencio. Lea vuelve a tomar la palabra—. Necesito que me ponga al día y que me pase todos los apuntes de los meses que he estado sin ir a la universidad.

—¿No te los puede facilitar Lissa?

La pregunta sale de mis labios de manera involuntaria. Sé que debería controlarme en según qué cosas, pero cuando se trata de Matt, del amiguísimo e inteligentísimo Matt, no puedo hacerlo, aunque lo intento. Pero a pesar del tiempo, me sigue hirviendo la sangre cada vez que Lea lo nombra o cada vez que se ven. Él no ha cambiado su forma de mirarla; lo sigue haciendo con los ojos de un enamorado —porque sigue enamorado de ella—, y eso me produce unos tremendos celos. No puedo evitarlo.

—Lissa no tiene las mismas asignaturas que yo —alega Lea con voz retraída—. Ella está en otra especialidad.

—¿Y no tienes otra amiga que te los pueda dejar? —insisto.

—No —niega—. Y aunque la tuviera, quiero pedírselos a Matt —afirma con contundencia.

Suspiro resignado para mis adentros y aflojo la mandíbula. Lea vuelve a hablar al advertir que el silencio se está prolongando demasiado.

—Darrell, ya sabes que yo no siento nada por Matt y que es solo mi amigo.

—Sí, ya lo sé —digo cortante, sin poder evitar que mi voz suene algo malhumorada.

El silencio se instala de nuevo entre nosotros, como un monstruo dispuesto a engullirnos.

—¿Cómo está siendo tu mañana?

Lea decide cambiar de tema para que nuestra conversación no termine como el rosario de la aurora.

—Muy ocupada —digo.
—¿Vendrás a comer? —me pregunta.
—Lo intentaré —contesto escuetamente.
—¿Estás... enfadado?
Dejo que transcurran unos segundos antes de responder.
—No, no estoy enfadado —miento.
—Por favor, Darrell...
—Lea, tengo que dejarte —le corto—. Quiero hablar con Michael antes de que se vaya, para ir viendo lo de la compra de la casa.
—Vale —dice en un tono ensombrecido—. Luego hablamos.
—Luego hablamos.
—Un beso.
—Un beso —digo sin más.
Cuelgo con Lea y chasqueo la lengua. Sacudo ligeramente la cabeza, negando para mí. Resoplo. Hago un esfuerzo para dejar a un lado mis celos, me meto el móvil en el bolsillo de la chaqueta y me levanto del asiento.
—Susan, pásame al móvil las llamadas que reciba —le ordeno al tiempo que me abrocho el botón de la americana—. Si alguien viene a verme estaré en el despacho de Michael.
—Sí, señor Baker —se apresura a responder—. ¿Alguna indicación más?
—No.
Sin detenerme, enfilo los pasos hacia el ascensor. Pulso el botón de llamada y mientras espero a que suba, los celos vuelven a hacer de las suyas.
—¡Maldita sea! —mascullo en voz baja.
Pensé que tenía superado lo de Matt, que había entendido que era amigo de Lea y nada más.
Las puertas metálicas se abren ante mí y entro en el ascensor.
¿Qué más da si Matt está enamorado de Lea o no?, me pregunto mientras que el ascensor va descendiendo. Lo que importa es lo que siente ella, y no siente nada por él. Simplemente es un amigo.
Bajo hasta la décima planta, donde está ubicado el bufete de abogados que lleva los asuntos legales de la empresa y donde se encuentra el despacho de Michael.
Toco ligeramente la puerta con los nudillos y seguidamente la abro.
—¿Estás ocupado? —le pregunto, asomándome.
Michael niega con la cabeza.
—Pasa, jefe —dice con su habitual tono optimista.
Termino de abrir la puerta y entro. La estancia es un lugar amplio y luminoso orientada al oeste, como mi despacho, y desde donde los atardeceres nos regalan imágenes de postal.
—¿Y esa cara de pocos amigos? —me pregunta Michael en cuanto tomo asiento, dejando sobre el escritorio los documentos que estaba leyendo.
—He llamado a Lea para preguntarle por los niños...
—¿Ha pasado algo? —interrumpe Michael.

—No, no —digo, gesticulando con la mano—. James y Kylie están perfectamente. Es Matt.

—¿Matt? —La voz de Michael suena con un viso de extrañeza—. ¿Qué pasa con él?

—Lea va a ponerse al día para retomar sus estudios en la universidad y tiene que pedirle ayuda a Matt con los apuntes...

—¿Y...?

—No me gusta que sea él quien le tenga que poner al día.

Michael levanta una ceja en un gesto interrogativo.

—¿Estás celoso?

—Sí —afirmo, sin dudarle un momento.

—Pensé que habías superado eso.

—Y yo, pero está claro que no. Cada vez que Lea lo nombra y, sobre todo, cada vez que se ven, no puedo evitar que me hierva la sangre.

Endezco la espalda en la silla.

—Darrell, Matt no supone ningún peligro —comenta Michael, haciendo gala de sensatez—. No es un rival. ¿Qué cojones te pasa?

—No lo sé —respondo, pasándome la mano por el pelo—. No lo sé... —Hago una pequeña pausa—. Me aterra la idea de perder a Lea, Michael. Me aterra la idea de perder todo lo que tengo con ella, todo lo que ha conseguido conmigo —confieso con franqueza—. Jamás he sido tan feliz como lo soy ahora y me aterra volver a la vida gris y vacía de sentimientos y emociones que tenía antes de conocerla.

—Es normal que tengas miedo, Darrell. Incluso es lícito, por supuesto. Pero si sigues así, vas a crear un problema donde no lo hay.

—¿A qué te refieres?

—A que no puedes alimentar a tus fantasmas —arguye Michael—. No solo porque los harás crecer, sino porque pueden terminar transformándose en carne y hueso.

—No te entiendo...

—Lo que quiero decir es que tu actitud hacia Matt, tus celos, van a terminar creando un problema entre Lea y tú. Un problema que no existe, porque para Lea, Matt es solo un amigo —subraya Michael con sentido común. Reflexiono durante unos segundos—. Darrell, tienes que confiar en Lea —añade.

—Confío en ella —atajo con rapidez—. En quien no confío es en él. Es un hombre y no es difícil adivinar cómo piensa.

—Pues vas a tener que confiar también en él, porque no puedes prohibirle a Lea que lo vea.

—Lo sé. Lea no me lo permitiría, aunque de buena gana le impediría verlo —afirmo, convencido de lo que digo—. Estoy seguro de que Matt no desaprovecha la ocasión para tratar de llevársela al huerto.

Michael enarca las dos cejas y me mira con una expresión de obviedad en el rostro.

—Pues ya se encargará Lea de darle calabazas, incluso de ponerlo en su sitio si finalmente se lanza —apunta—. Darrell, no seas tan controlador, o tendrás un serio problema con ella.

Relajo la tensión que tengo desde hace un rato en los hombros y trato de aferrarme a algún resquicio de sentido común que me quede. Sacudo la cabeza.

—No he venido a hablarte de Matt —digo, cambiando de tema.

A ver si con un poco de suerte consigo olvidarme de él.

—Ya me lo imagino —subraya Michael.

—Quiero comprar una casa baja, con jardín; quiero que James y Kylie puedan jugar en él a medida que vayan creciendo —le explico—. ¿Conoces a algún agente inmobiliario de confianza?

—A Jon Rayner —me responde Michael—. El fue el que me encontró hace una par de años el loft en el que vivo actualmente, y quede muy satisfecho. Es uno de los agentes inmobiliarios con más prestigio del país. Se ha encargado de encontrarles casa a deportistas, a importantes personas de la alta sociedad y a más de un famoso de Hollywood.

—Quizá me interese... —digo.

—Creo que tengo su tarjeta por algún lado —comenta Michael.

Abre el cajón superior de su escritorio y extrae de él un tarjetero de tapas de cuero negro. Lo pone sobre la superficie de madera. Durante un par de minutos busca entre los cientos de tarjetas de visita que guarda, la de Jon Rayner.

—Aquí está —dice finalmente.

La saca de la funda de plástico y me la tiende. Extiendo el brazo y la tomo de su mano.

—Le llamaré —anuncio, echando un vistazo a la tarjeta. Me abro la chaqueta y la meto en el bolsillo interior—. Gracias —le agradezco a Michael.

—Ya sabes que es un placer —dice, devolviendo el tarjetero al cajón.

—Espero encontrar algo que encaje con lo que busco antes de un mes —asevero.

—¿Por qué? ¿A qué viene la prisa?

—Porque quiero regalarle la casa a Lea para su cumpleaños.

—¿Qué día es? —me pregunta Michael.

—El 17 de mayo —contesto, y agrego—: Por favor, ve preparado el documento de las escrituras y buscando notario para poner la propiedad a su nombre.

—No te preocupes. Tendré el documento tipo listo y al notario preparado para cuando compres la casa que finalmente elijas.

—Perfecto.

—¿Nos tomamos un café? —sugiere—. Aprovechando que estás aquí quiero comentarte algunos problemas que están surgiendo con *Textliner*.

Frunzo el ceño.

—¿*Textliner* nos está dando problemas? —pregunto.

Y no puedo dejar de asombrarme. Después de lo que nos costó llegar a un acuerdo con ellos, pensé que las cosas irían más rodadas.

—Me temo que sí, aunque no creo que vayan más allá —dice Michael—. Pero mejor te lo cuento tomando un café. ¿Te parece?

—Me parece —digo, al mismo tiempo que me levanto de la silla.

Michael imita mi gesto y se incorpora.

—Por cierto, ¿tenéis fecha para la boda? —curioseas, cuando salimos de su despacho uno detrás de otro.

—No hay todavía fecha exacta, pero será en julio. Vamos a empezar a organizarlo todo ya.

—Pues ármate de paciencia...

Michael me da una palmadita en la espalda.

—Me lo dices como si te hubieras casado alguna vez y hablaras con conocimiento de causa —comento con ironía.

—No. Ya sabes que el matrimonio no es lo mío —dice con cierta actitud chulesca. Al fin y al cabo, él es un soltero empedernido y además un soltero por convicción—. Pero es lo que dice todo el mundo —comenta, encogiéndose de hombros.

Cruzamos el pasillo.

—Lea quiere una boda sencilla e íntima —argumento una vez que estamos dentro del ascensor—. No desea una boda ostentosa ni nada por el estilo y, sinceramente, lo agradezco. Sigue sin gustarme demasiado lidiar con la gente.

—Hay cosas que no va a cambiar nunca —dice Michael, con media sonrisa en los labios.

—No, y mi animadversión por el ser humano en general es una de ellas.

CAPÍTULO 7

Cuando llego al ático, Gloria está preparando la mesa en el comedor. Desde que nacieron James y Kylie, la hemos contratado más horas para que nos ayude con los pequeños. Pese al suceso que tuvo lugar cuando entré en la cárcel, y a que no confesó hasta meses después la extorsión a la que le había sometido el cabrón de Paul, Lea y yo confiamos en ella porque es una buena mujer y por las profundas muestras de arrepentimiento que nos demuestra siempre que tiene ocasión.

—Buenas días, Gloria —saludo.

—Buenos días, señor Baker —me dice, levantando la mirada.

—¿Dónde está Lea? —pregunto.

—En la habitación de los bebés.

—Gracias.

Enfilo los pasos hacia la escalera y asciendo los peldaños mientras un balbuceo me llega hasta los oídos. Cruzo el pasillo y me dirijo a la habitación de James y Kylie.

La puerta está abierta de par en par. Me asomo y me quedo de pie en el umbral, observando cómo Lea cambia el pañal a Kylie mientras James patatea despierto en la cuna, esperando su turno. Lea sonrío con un gesto amplio, embobada con la pequeña.

—Tú ya estás limpia, princesa —le dice al tiempo que la coge en brazos.

Ajena a mi presencia, se inclina y le da un tierno beso en la mejilla. Se aproxima a la cuna y deja en ella a Kylie. Cuando coge a James digo, ladeando la cabeza:

—¿Necesitas ayuda?

Lea gira el rostro hacia mí.

—Creo que lo tengo controlado —comenta en tono distendido, dirigiéndose al cambiador con James.

Me adentro en la habitación y me acerco a la cuna. Al asomarme, Kylie percibe mi presencia y rueda los ojos hacia mí. Le sonrío y le hago un par de carantoñas, a las que responde con un alegre pataleo.

—¿Y tú cómo estás, campeón? —le digo a James mientras Lea termina de colocarle el pañal. James balbucea como respuesta. Me agacho y le beso en la mejilla de piel suave y tibia.

Levanto el rostro y durante unos instantes me quedo mirando a Lea.

—¿Qué? —dice con voz tímida.

—¿No me vas a dar un beso? —le pregunto.

Lo hago en tono serio, pero en el fondo solo quiero ver su reacción. No me equivoco cuando compruebo que un ligero golpe de rubor colorea su cara. Ignoro la razón, pero me sigue gustando provocar ese tipo de efecto en ella. Me gusta sonrojarla,

incluso intimidarla en algunos casos. Ser a la vez ángel y demonio. Su timidez es una de las cosas que más me pone de ella.

—Sí... —responde titubeante, y apresuradamente acerca su rostro al mío y posa los labios en mi boca. Cuando se separa la miro con los ojos entornados.

—Así está mejor —digo.

Lea se muerde el interior del carrillo, nerviosa.

—¿Estás enfadado? —me pregunta.

Me quedo mirándola durante unos instantes.

—No puedo evitar sentir celos —le ofrezco como respuesta.

—Matt es solo mi amigo. Siempre lo ha sido —apunta mientras termina de vestir a James—. Además, se portó muy bien conmigo cuando sufrí la amenaza de aborto.

—Yo no podía estar contigo en esos momentos; estaba en la cárcel pagando por un delito que no había cometido —arguyo molesto.

—Lo sé, Darrell. Sé que no podías, que estabas en la cárcel injustamente. No quería... —titubea—. No te estoy echando nada en cara. No te lo tomes así. Solo quiero decir que no voy a dejar de... —Se interrumpe súbitamente.

—¿Qué no vas a dejar de verlo? —termino la frase por ella, intuyendo que es eso lo que iba a decir.

Lea coge en brazos a James, pasa justo a mi lado y lo deja en la cuna. Al girarse de nuevo hacia mí, suspira.

—Solo somos amigos —apunta, sin contestar a mi pregunta.

Respiro hondo e intento tratar el tema con un poco de sentido común, si es que soy capaz de tener algo de sentido común todavía.

—No dudo de que tú lo veas solo como un amigo, Lea —digo—. Pero sé que Matt está enamorado de ti. He visto cómo te mira...

—¿Y qué si está enamorado de mí? —inquire Lea—. Eso es... —Hace una pausa para buscar las palabras—... problema suyo.

—Y nuestro —atajo categóricamente, aunque no levanto la voz para no asustar a los bebés.

Lea arruga la nariz.

—¿Nuestro? —pregunta extrañada.

—Sí, nuestro —ratifico—. Porque estoy completamente seguro de que está esperando la ocasión para lanzarse a ti.

—No digas tonterías, Darrell. Si Matt se hubiera querido lanzar, como tú dices, lo hubiera hecho ya. Ha tenido oportunidades.

Me quedo muy quieto al escuchar sus últimas palabras. ¿Qué ha tenido oportunidades? ¿Qué diablos ha querido decir con eso? ¿Acaso ella le ha brindado esas oportunidades? Mis celos se acentúan.

—¿Le has dado tú esas oportunidades de las que hablas? —le pregunto sin rodeos.

—¡¿Qué?!

Lea parece desconcertada ante mi pregunta.

—¿Le has dado tú a Matt esas oportunidades? —repito.

Lea bufá ligeramente y sacude la cabeza.

—No voy a seguir con esta conversación —dice.
Que no responda a mi pregunta me hace pensar seriamente que mientras estuve en la cárcel, ella se insinuó a Matt. ¡Maldita sea!
—No me has contestado —la presiono.
Tengo que saber qué pasó durante el tiempo que permanecí en la cárcel. Tengo que saberlo. La duda me está corroyendo por dentro.
—No me lo puedo creer... —masculla Lea, moviendo las manos.
—La pregunta no es tan difícil —insisto enfadado.
Lea se da media vuelta y se encara a mí. Sus pupilas vibran.
—Sé que la pregunta no es difícil... —me dice, controlando el tono de voz.
—¿Entonces?
Resopla.
—Vamos a despertar a los bebés —comenta.
—Salgamos al pasillo —sugiero.
Me giro y me encamino hacia la puerta.
—Pensé que habrías recapacitado —dice Lea ya fuera de la habitación.
—¿Recapacitado? ¿Qué tengo que recapacitar? —le pregunto.
—Que no puedes montar una escena de celos siempre que nombre a Matt. Es solo mi amigo —afirma.
—Sí, solo es tu amigo, pero, ¿quisiste que fuera algo más cuando estuve en la cárcel?
La respuesta tarda unos segundos en llegar a sus labios. Unos segundos que se me antojan una eternidad.
—¡No, Darrell, no! —dice finalmente, y siento un fugaz alivio—. ¿Crees que después de dejarme del modo en que lo hiciste, me quedaban ánimos para empezar otra relación? Así, ¿sin más? ¿Lo crees?
—No lo sé —digo.
Miro a Lea, tiene las cejas arqueadas y parece sorprendida.
—¿No lo sabes? —Suelta una risilla sarcástica—. ¿Eso es todo lo que me conoces? —Niega para sí misma—. Es increíble.
—No es una cuestión de que te conozca o no —le rebato—. Cuando se pasa por una época de vulnerabilidad, hay personas que se refugian en otras...
—¡Pues yo no soy una de esas personas! —me corta—. Bastante tenía encima. —Hace una pausa y clava sus ojos de color bronce en los míos—. De todas formas, podía haber hecho lo que hubiera querido. Era libre; tú ya habías roto nuestra relación.
—Sabes por qué lo hice —intervengo.
—Sí, lo sé... Lo sé... —dice en un suspiro.
Su voz denota cansancio. Al ser consciente de la situación y de la presión a la que le estoy sometiendo, relajo la tensión de los hombros. Me adelanto un paso, pero Lea no reacciona a mi intento de acercamiento.
—Voy a ver si Gloria tiene lista la comida —dice, rompiendo el silencio que se ha instaurado entre nosotros y dando por concluida la conversación.

Baja la cabeza, se da media vuelta y se aleja por el ancho pasillo. La sigo con la mirada hasta que su figura desaparece por el hueco de la escalera.

CAPÍTULO 8

Me paso parte de la tarde embebido en la asamblea que tengo con el nuevo equipo de administración de la empresa, para elegir a los dos últimos miembros que formarán parte de él. Desde que finalmente se destapó la red de tráfico de drogas tejida en torno a mí y se descubrió quiénes estaban detrás de ella, a mi regreso a la empresa, decidí disolver por completo el antiguo equipo y reestructurar algunos puestos de trabajo, como por ejemplo, el de Paul. Y hoy, después de algunos meses, ha concluido el largo proceso.

Cuando salgo de la asamblea, a última hora de la tarde, y vuelvo a mi despacho, me comunico con una de mis secretarias. Mi jornada por hoy aún no ha terminado. Todavía me esperan unas cuantas horas de trabajo por delante.

—Sarah...

—Dígame, señor Baker —responde.

—Tráigame los últimos informes de ventas, por favor —le pido.

—Enseguida, señor.

Un minuto después, tocan a la puerta.

—Adelante —digo.

Me imagino que es Sarah, sin embargo es Susan quien entra en el despacho, portando en las manos tres archivadores que se apresura a dejar sobre mi mesa.

—Aquí tiene —dice—. Están ordenados cronológicamente —añade.

—Gracias, Susan.

No sé la razón por la cual es Susan y no Sarah la que ha cumplido mi orden, pero no es algo que me preocupe, aunque sí es algo que me extraña.

Cojo el primer archivador y lo abro para echarlo un vistazo rápido.

—Si quiere, puedo ayudarlo —se ofrece solícita.

Levanto la vista. Susan está sonriendo y durante una décima de segundo, me parece que lo hace de manera coqueta. El tiempo que lleva trabajando aquí se ha mantenido en su lugar, profesional, pero desde que Lea y yo hicimos oficial nuestro compromiso, desde que sabe que ella forma parte de mi vida, no pierde la ocasión para seducirme. Y tengo que reconocer que, cada vez que lo hace, me molesta. ¿No se da cuenta de que no tiene nada que hacer conmigo? ¿Qué no tenía nada que hacer antes y mucho menos ahora que estoy con Lea?

—No es necesario, Susan. Gracias —digo con actitud formal.

—Si le ayudo... acabará antes.

Aunque titubea se atreve a insistir.

—No se moleste.

Declino su ofrecimiento tratando de ser amable, pero parece que no funciona.

—No es ninguna molestia, señor Baker. De verdad, puedo quedarme y ayudarlo a...
Frunzo el ceño.

—Susan... —corto—. No es necesario. Gracias —repito.

El tono autoritario de mi voz la ruboriza hasta la raíz del cabello.

—Como... Como quiera —dice nerviosa, dándose por vencida y dejando entrever un deje de decepción en sus palabras. Creo que finalmente se va a dar la vuelta y se va a marchar, pero me equivoco—. Señor Baker... —comienza a decir de nuevo.

—Dígame, Susan —digo, armándome de paciencia como buenamente puedo.

Se muerde el labio inferior antes de volver a hablar.

—No se lo he dicho hasta ahora, pero... —titubea nerviosa—. Bueno, que me alegro de que finalmente se aclarara todo eso del tráfico de drogas que hizo que usted entrara en la cárcel injustamente.

—Gracias, Susan.

—Yo siempre supe que usted era inocente —agrega con una ligera sonrisa.

—Gracias —repito, tratando de acortar la conversación.

—Solo quería que lo supiera.

Asiento con la cabeza.

Sin más que decir, Susan se gira sobre sus talones y sale del despacho. Niego para mis adentros sin dejar de mirar hacia la puerta. Bajo los ojos y vuelvo a prestar mi atención a los archivadores que contienen los últimos informes de ventas y los cuales me van acompañar en las próximas horas.

Giro el rostro y miro a través de los enormes ventanales de mi despacho. La noche ha caído sobre Nueva York sin que apenas me dé cuenta. Consulto mi Rolex para ver que hora es. Las manecillas me informan de que son casi las doce.

—¡Joder! —exclamo a media voz.

El tiempo ha pasado volando.

Cierro el tercer archivador que permanece abierto sobre mi escritorio y cojo el móvil, que está al lado. Me quedo mirando la pantalla durante unos instantes. Lea no me ha llamado, como hace otras tardes, y yo tampoco he hecho intención de comunicarme con ella. Así que creo que estamos oficialmente enfadados. Resoplo.

Finalmente meto el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y me levanto. Atravieso el despacho, apago la luz y cierro la puerta a mi espalda.

El edificio está sumido en un silencio sepulcral. Aunque nunca duerme, porque hay personas trabajando constantemente, por la noche la actividad se reduce de manera considerable.

Hasta que llego al garaje, me encuentro con varios hombres del personal de seguridad que vigilan la construcción veinticuatro horas al día.

—Hasta mañana, señor Baker —se despide uno de ellos en tono formal. Un tipo corpulento y de facciones marcadas.

—Hasta mañana —respondo.

Dejo atrás al guarda de seguridad y me dirijo al coche. Entro en él, lo arranco y pongo algo de música tranquila de los años ochenta: Lionel Richie, The Pretenders..., mientras circulo por las calles de la Gran Manzana.

Cuando llego al ático, todo está a oscuras y sumido en una mudez absoluta.

Seguro que Lea está acostada, me digo. Hoy he llegado demasiado tarde.

Enciendo la luz del hall y, tratando de no hacer ruido, subo la escalera hasta el segundo piso. Casi de putillas me adentro en la habitación de James y Kylie. Sus inconfundibles aromas a bebés embriagan la atmósfera. Me aproximo a la cuna, guiado por el resplandor multicolor de las luces de Nueva York que se filtran ligeramente por los postigos de la ventana. Los dos duermen como angelitos. Sus expresiones infantiles están relajadas, transmitiendo una paz que es contagiosa, y eso me hace respirar hondo. Me inclino hacia ellos y le doy un beso en la mejilla a cada uno.

Salgo en silencio y me encamino hacia nuestra habitación. Apoyo la mano en el pomo y lo hago girar con cuidado. No quiero despertar a Lea y cierro la puerta tras de mí haciendo el menor ruido posible.

Al prender la lámpara de la mesilla, las sombras de la habitación se disuelven y el rostro de Lea queda iluminado por una tonalidad acaramelada que suaviza aún más sus facciones.

Me despojo de la chaqueta del traje, la doblo por la mitad y la recuesto sobre el respaldo de la silla que hay situada al lado de los ventanales. Aflojo el nudo de la corbata, me la saco por la cabeza y la dejo encima de la chaqueta. Respiro hondo.

Avanzo hacia la cama mientras me quito los gemelos y me desabrocho los puños de la camisa. Cuando alcanzo el borde, me siento cuidadosamente al lado de Lea y la contemplo durante un rato en la calma que concede la noche.

Está preciosa mientras duerme.

Alargo la mano y le retiro un mechón de pelo que le cae sobre la cara. Mis dedos acarician suavemente la línea de su mandíbula. Aunque no es lo que pretendo, el contacto hace que Lea se despierte. Frunce ligeramente el rostro, abre los ojos y los gira hacia mí.

—¿Ya has llegado? —me pregunta con voz soñolienta y pestañeando varias veces seguidas.

—Sí —respondo, volviendo a pasar la mano por su mandíbula, sin quitar la mirada de su rostro—. Duerme, Lea. Todo está bien —digo.

—No, Darrell. No todo está bien —me dice.

Se incorpora y se sienta en la cama, me mira y suspira levemente. Durante unos segundos sigo contemplándola, recorriendo sus rasgos con mis ojos. Diseccionándola. Noto que Lea se pone nerviosa ante mi silencio y mi escrutinio, porque comienza a morderse el interior del carrillo.

—No sé lo que me pasa —digo de pronto, apartando la mano de su cara.

Lea alza la vista hacia mí y me mira con expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta—. ¿Qué te sucede, Darrell?

—Desde que estuve en la cárcel me aterra perderte, Lea —confieso, pasándome las manos por el pelo—. Todo lo que pasó me ha enseñado que la felicidad es demasiado efímera. Demasiado —enfático—. Que hoy eres el hombre más feliz del mundo y mañana el destino te convierte en el más desdichado, que todo puedo cambiar en menos de lo que dura un chasquido de dedos. Por eso veo cualquier cosa como una amenaza, incluido a Matt.

—Darrell, no puedes estar siempre en ese estado —dice Lea en un visible tono de preocupación—. Lo único que vas a conseguir es no disfrutar de lo que tenemos, del amor que nos tenemos, de nuestra relación...

—Soy consciente de ello, pero no puedo evitarlo —digo a modo de justificación—. Necesito tenerlo todo bajo control porque eso es lo único que me da algo de seguridad. Necesito saber que me quieres...

—Te quiero —me corta Lea con voz suave.

—A veces no es suficiente —afirmo, mirándola fijamente.

—Pero Darrell...

Lea parece extrañada.

—A veces no es suficiente... —repito en un susurro. Sin darle tiempo a que hable, paso la mano por su nuca y la atraigo hacia mí—. A veces no es suficiente... —vuelvo a decir, como si estuviera inmerso en una suerte de trance.

Los ojos de Lea relucen como dos monedas antiguas y valiosísimas, pero siguen mostrando una expresión de desconcierto ante mi actitud. Acercó mi boca a la suya, la beso y después le muerdo los labios.

—Darrell...

Lea susurra mi nombre con un suspiro.

—Lea... —mascullo.

Tiro hacia atrás de su cabeza y me inclino para que mi lengua profundice más en su boca, que permanece entreabierta.

Sin poderme contener, me abalanzo sobre Lea. La tumbo de nuevo en la cama y me pongo encima de ella mientras una oleada de calor me recorre las venas como si fuera la lava de un volcán.

CAPÍTULO 9

Dejo caer mi peso sobre su cuerpo menudo mientras me hundo en su cuello y deposito un reguero de apasionados besos en él. Lea gira la cabeza hacia un lado para que pueda tener más accesibilidad.

Cojo sus manos, entrelazo mis dedos con los suyos y las aprieto con fuerza contra el colchón. Subo la rodilla y la obligo a elevar la pierna y a que la apoye en mi cadera. La piel le arde como la lumbre y eso hace que me excite hasta cotas inenarrables.

—Te deseo... —jadea Lea.

—Y yo a ti —afirmo, con una contundencia rotunda.

Me deshago del pantalón y del bóxer negro que llevo puesto y dejo a la vista mi miembro, que desde hace un rato está duro y erguido.

—Los números se te dan bien, ¿verdad? —le pregunto a Lea con voz maliciosa, clavando mis ojos en los suyos.

Lea frunce las cejas ligeramente. Su mirada se llena de suspicacia, tratando de adivinar lo que está pasando por mi mente.

—Ya sabes que sí —presume, siguiéndome el juego.

Esbozo una sonrisa lobuna.

—A ver que tal se te da el 69 —digo.

Lea va a abrir la boca, sorprendida por mi comentario, pero antes de que lo haga, tiro de ella y la coloco encima de mí, boca abajo, silenciando sus palabras. Le levanto el torso para adquirir la posición adecuada, le sujeto las caderas y bajo su sexo hasta mi boca.

—Vamos a aplicarnos a conciencia en la práctica —susurro, y seguidamente le acaricio el clítoris con la lengua.

Oigo como Lea suelta una risilla y sonrío para mis adentros.

Sin decir nada, se introduce mi erección en la boca y comienza a bombear arriba y abajo con una sensualidad desbordante. Pese a que me centro en darle placer, no puedo evitar poner mi atención en el que me está produciendo ella con la felación.

Cuando mi miembro, extremadamente sensibilizado, roza con su lengua, húmeda y cálida, me deshago del gusto. La fricción con sus labios suaves despiertan una oleada de sensaciones en mi interior.

—Ufff... —Suelto el aire que tengo en los pulmones, extasiado.

Le aferro las caderas con más fuerza y las acerco a mi boca. Pongo la lengua dura y la introduzco en su vagina. La hundo todo lo que puedo en su interior, arrancando un profundo gemido de la garganta de Lea.

—¡Santo Dios, Darrell! —exclama a media voz mientras su cuerpo se sacude entre mis manos—. ¡Vas a matarme de placer!

Durante un rato, continúo con las embestidas.

—Ven aquí —digo.

Cojo a Lea por la cintura, la levanto, la desplazo hacia delante y la aprieto contra mí. Agarro mi miembro y de un envite entro en su interior.

Lea jadea ruidosamente.

Sin apartar las manos, la ayudo a moverse. Lea se echa hacia atrás, para apoyarse en el colchón. Aprovechando la proximidad, subo las manos, le rodeo los pechos, se los acuno con los dedos y le acaricio los pezones al tiempo que su cuerpo sube y baja acompasadamente.

—No pares... —le pido, con la respiración entrecortada—. ¡Por todos los demonios, Lea, no pares! —repito, resoplando entre dientes.

Lea acelera el ritmo. Deslizo los dedos por su vientre y empiezo a palparle los pliegues húmedos del clítoris, haciendo círculos con el índice y el corazón. Le soplo un poco de aire en la nuca, a unos centímetros de mí. Un escalofrío le recorre el cuerpo de la cabeza a los pies. Se estremece.

Empiezo a bombear la pelvis arriba y abajo cuando advierto que Lea está a punto de correrse. Su respiración se acelera junto a la mía y el aire de la habitación se llena de una melodía de jadeos.

—Déjate ir, Lea... Déjate ir... —mascullo con la voz cargada de placer.

Unos instantes después, la espalda de Lea se arquea sobre mí como si fuera un arpa, sacudida por un fuerte orgasmo.

—Sí... Oh, sí... —gime.

Su figura se estira y sus músculos se definen, dibujando un trazo perfecto, recortado contra el azul oscuro del cielo y el resplandor difuminado que emiten las luces de miles de colores de Nueva York. La imagen que aflora ante mis ojos parece un lienzo pintado por las manos del artista más virtuoso del mundo.

Empujo hacia arriba un par de veces más con movimientos contundentes y me abandono a la serie de espasmos que hacen que me estremezca hasta la punta de los dedos, desparramando mi placer en el interior de Lea mientras ahogo un bramido en la garganta.

Agotada y rendida, Lea se deja caer sobre mi pecho. Aún con mi miembro dentro de ella, paseo la palma de la mano por su vientre, tibio y sudoroso, abarcándolo casi por completo, y le beso la cabeza, mientras disfruto de las miles de sensaciones que todavía recorren por mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —le pregunto al oído.

Lea suspira.

—Exhausta—responde, intentando recuperar el aliento—. Siempre me dejas exhausta.

Sonrío sin despegar los labios. Lea se echa a mi lado, completamente desnuda, y mi miembro sale de su interior. Me giro hacia ella, apoyándome en un codo y la miro con complicidad.

—Nunca me canso de follarte —le digo.

Acaricio su mejilla con el dorso de la mano, bajo hasta su boca y repaso con los ojos cada una de las líneas de su rostro. Paso el pulgar por sus labios, deleitándome en el gesto. Lea lo besa con suavidad.

—Y yo nunca me canso de que me folles —responde.

—Me gusta por muchas razones, pero, sobre todo, porque es el momento en que eres completamente mía —comento—. Cuando estoy dentro de ti, cuando te poseo, siento que eres solo mía.

—Yo soy solo tuya, Darrell —apunta Lea con voz de obvedad, paseando cariñosamente su dedo índice por el tabique de mi nariz.

Acerco mi cara y apoyo la frente en la suya.

—Solo mía... —murmuro en su boca.

—Sí, Darrell, solo tuya —repite.

Deslizo el brazo por debajo de su espalda, la estrecho contra mi cuerpo y deposito un beso en su frente. Levanto la pierna y la paso por encima de sus piernas, como si quisiera retenerla a mi lado para siempre.

—Tienes que dejar atrás esos pensamientos. —Lea hace de nuevo uso de la palabra, retomando la conversación que se ha quedado antes en el aire—. No son sanos —añade como consejo con voz suave. Al ver que no contesto y que el silencio se prolonga demasiado, insiste para que diga algo—. Darrell...

Giro el rostro y llevo la mirada hasta un punto perdido de la panorámica que nos regala Nueva York a tantísimos metros de altura.

—Lo sé —digo finalmente, pero lo hago de forma mecánica.

Lea se incorpora sobre mi torso y me observa durante unos instantes. Me vuelvo hacia ella.

—Te quiero y te querré siempre, Darrell —me dice, con los ojos atestados de amor—. Como me dijiste tú hace unos días: que nunca se te olvide que te quiero.

Aprieto los labios y dejo que sus palabras calen en mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —afirmo, completamente seguro de lo que estoy diciendo—. Lo mejor.

Lea se acerca y me besa en los labios de una manera tan suave que me derrito por dentro. Cuando se separa, suspiro, le aparto un mechón de pelo que le cae sobre la mejilla y se coloco detrás de la oreja.

—Mi Leandra Swan —digo—. Estoy deseando que sea la señora Baker —agrego, mirándola a los ojos.

Lea sonrío y su mirada se ilumina.

—Y yo estoy deseando serlo. —Empieza a morderse el interior del carrillo y la expresión de su rostro se torna pudorosa—. Cambiando de tema... —dice—. ¿Qué tal ha ido el... —Parece buscar palabras adecuadas que suavicen lo que se dispone a decir—... el 69?

Lanzo una risilla al aire ante su pregunta y alzo las cejas.

—Es la mejor mamada que me han hecho nunca —asevero. El rostro de Lea se llena de un golpe de rubor. Le oigo tragar saliva—. ¿Qué? —digo.

—Bueno... —Carraspea—. No pensé que fueras a decir eso —titubea nerviosa—. A decirlo así...

—¿Y qué quieres que te diga, si es la verdad? Tu boquita hace cosas deliciosas.

—Ya, Darrell, pero...

—Ya sabes que me gusta llamar a las cosas por su nombre...

—Hay cosas en ti que no van a cambiar nunca —comenta divertida.

—¿Prefieres que utilice palabras más suaves? —le pregunto.

Lea clava sus ojos en los míos y me contempla con intensidad.

—No —niega de forma tajante, con una sonrisilla pícara en los labios.

Esbozo una breve sonrisa ante su respuesta.

—El sexo tiene que ser sucio, sino no es sexo —afirmo.

—Señor Baker *dixit* —añade.

—También lo dice Woody Allen: el sexo solo es sucio si se hace bien —parafraseo.

—Entonces nosotros lo hacemos muy bien —opina Lea.

—Magníficamente bien —confirmo.

Lea traza sensualmente una línea de arriba abajo de mi pecho con la punta de su dedo índice.

—Señor Baker, ¿qué le parece si nos seguimos ensuciando, aprovechando que los pequeños están tranquilos? —sugiere con voz traviesa.

—Me parece una idea estupenda, señorita Swan —digo, comiéndomela con los ojos.

CAPÍTULO 10

—Tengo en Nueva York unas cuantas casas de lujo que seguro que le pueden interesar, de acuerdo con las características que busca —me dice por teléfono Jon Rayner, el agente inmobiliario que me ha recomendado Michael.

—¿Podemos empezar a ver la selección que ha hecho esta misma tarde? —le pregunto.

—Por supuesto, señor Baker —responde solícito—. ¿Le viene bien que nos veamos a las cinco?

—Sí, perfectamente —accedo—. Lo veo en mi despacho a las cinco.

—Bien. Le mostraré lo que he preparado. Hasta luego, señor Baker.

—Hasta luego.

Jon Rayner es un hombre de mediana edad, de mi estatura, elegante, moreno, con el pelo y la perilla llenos de hebras plateadas que le dan un extraño aire de sofisticación. Viene vestido con un riguroso traje de tres piezas en color negro, imaculada camisa blanca y corbata azul marino brillante.

—Encantado de conocerle, señor Baker —dice al entrar en el despacho.

—Igualmente —correspondo, estrechando la mano que me ofrece.

A lo largo de la tarde vemos tres casas de las que ha seleccionado Jon Rayner, pero ninguna de ellas me gusta. Están demasiado alejadas de Nueva York y una, de tres plantas, apenas tiene jardín. Así que la descarto de inmediato. Las otras dos son excesivamente señoriales y dudo mucho que convengan a Lea, más sencilla y minimalista en sus gustos.

—No se preocupe, señor Baker —dice Jon Rayner—. Ajustaré más la búsqueda.

—Necesito encontrar algo antes de un mes —apunto—. Quiero que sea un regalo para mi futura esposa y cumple años el día 17 de mayo.

—Como le he dicho, ajustaré más la búsqueda para dar con una casa que se adecúe a sus necesidades y al gusto de su futura esposa —subraya Jon en un tono sumamente profesional—. Le garantizo que la encontraremos. No se preocupe.

El resto de la semana me es imposible ir a ver alguna casa más. La empresa va a salir a bolsa y la expectación en el equipo de administración y la mía propia está a flor

de piel, por no decir del titánico trabajo al que estamos sometidos para que todo vaya como es debido.

El lunes de la semana siguiente, a media mañana, Jon Rayner me llama al teléfono móvil.

—Dígameme, Jon —digo cuando descuelgo.

—Buenos días, señor Baker.

—Buenos días.

—¿Qué le parece el este de Manhattan? —me pregunta.

—¿Tiene algo allí?

—Sí, una espectacular vivienda independiente de 2.400 metros cuadrados, emplazada en una parcela de una hectárea de superficie y cuyas vistas van a dar al río Hudson —me explica.

—Parece interesante —comento.

—Lo es —afirma Jon Rayner—. Además, es nueva —añade—. Se terminó de construir hace un mes. Es de un prestigioso cirujano plástico que por motivos personales ha decidido irse a vivir a Londres. Ni siquiera ha llegado a vivir en ella. Consta de siete habitaciones, dos de ellas para el personal de servicio, y siete baños. Cuenta con spa, gimnasio, piscina interior y exterior, sala de cine... Su precio es de dieciséis millones de dólares.

—¿Podemos verla esta tarde? —abrevio.

De pronto tengo prisa.

—Por mi parte no hay problema.

—Bien.

Copio la dirección que me dicta Jon Rayner y cuelgo la llamada. Cojo el teléfono del despacho y marco la extensión de mis secretarias. Es Sarah la que atiende.

—¿Qué se le ofrece, señor Baker? —me pregunta.

—Sarah, cancele las dos citas que tengo esta tarde con los comerciales de *Textliner*.

—Sí, señor.

—Prográmelas de nuevo, si es posible, para mañana por la mañana —ordeno.

—Como desee, señor Baker.

—Avíseme si finalmente puedes trasladarlas a mañana —agrego—. Quedo al pendiente.

—Sí, señor.

—¿Cómo están los pequeños hoy? —le pregunto a Lea cuando llego al ático a la hora de comer.

Lea resopla y pone los ojos en blanco.

—Muy guerreros —responde—. No han parado de llorar en toda la mañana. Ni Gloria ni yo podíamos calmarlos. Menos mal que finalmente se han quedado dormidos.

Me acerco a la cuna que tenemos en el salón y me asomo sin hacer ruido. Lea apoya la cabeza en mi hombro y suspira.

—No podíamos haberlos tenido de uno en uno —comenta con voz cansada.

Le acaricio el pelo con la mano.

—Sabes que puedes con esto y con más, ¿verdad? —la animo.

—¿Estás seguro? —me pregunta, arrugando la nariz en un gesto divertido.

Me giro hacia ella, paso los brazos alrededor de su cintura y la estrecho contra mí. Su característico olor a frescor y cítricos me envuelve. Lea se agarra a mi cuello.

—Completamente seguro —respondo.

Lea respira hondo, cuando suelta el aire baja los hombros. Me inclino y le doy un beso en los labios.

—Eres la mejor madre del mundo —asevero.

—Solo espero que cuando James y Kylie crezcan no me odien.

—¿Odiarte? —Me echo a reír—. Van a adorarte —afirmo—, como hace todo el mundo.

—¿Qué tal en el trabajo? —me pregunta, cambiando de tema.

—Bien. Después del estrés de la semana pasada con todos los líos de la salida en bolsa de la empresa y demás, tranquilo.

—Me alegro —dice Lea.

No quiero comentarle nada respecto a que estoy buscando casa. Quiero que sea una sorpresa. Ella tampoco repara en ello, bastante tiene con los pequeños, los preparativos de la boda y ponerse al día con las asignaturas del último año de carrera. Es algo de lo que me quiero ocupar yo.

—La comida está lista —anuncia Gloria.

—Gracias, Gloria —dice Lea.

CAPÍTULO 11

A las cinco en punto de la tarde llego a la dirección que me ha facilitado Jon Rayner. Tras traspasar una enorme carretera de metal marrón que delimita el espacio amurallado, avanzo con el coche por un camino que muere unos metros antes de alcanzar una enorme construcción de formas y líneas puras y modernas, cuyas fachadas están revestidas enteramente de una capa de mármol travertino de color ocre, característico de este tipo de edificaciones de lujo.

Aparco delante de la puerta principal, donde me espera el agente inmobiliario.

—Buenas tardes —digo, alargando la mano hacia él cuando lo alcanzo.

—Buenas tardes, señor Baker —responde, estrechándome la mano.

—¿Entramos?

—Sí —asiento.

Nada más de entrar me doy cuenta de que huele a nuevo. Se nota que está sin estrenar, porque todo se mantiene impoluto.

—Como verá, señor Baker, está impecable —se adelanta a decir Jon Rayner, leyendo mi pensamiento.

—Sí, tienes razón —opino, mirando a un lado y a otro.

—La primera planta tiene hall, aseo de cortesía, sala de estar, despacho... — comienza a explicarme en tono profesional, a medida que vamos viendo las estancias una por una—. Todos los salones dan al jardín, que como puede ver, es enorme, tal y como quería. Al fondo hay una piscina de dimensiones olímpicas.

De pronto, la imagen del pequeño James y la pequeña Kylie jugando y correteando por el césped verde aparece en mi mente con la nitidez de una postal. Sonrío para mis adentros mientras el agente inmobiliario sigue hablando.

—Los ventanales son abatibles, dejando las estancias completamente abiertas al jardín.

—Por lo que puedo ver, las calidades son de lujo —observo.

—De lujo y de súper lujo —apunta Jon Rayner—. La verdad es que es una vivienda hecha a capricho y con todo tipo de comodidades tanto para adultos como para niños. —Salimos del salón principal y volvemos al hall—. A la segunda planta se accede a través de dos escaleras independientes o bien por el ascensor, situado al fondo — sigue explicando mientras lo señala con el índice.

Antes de que incluso me enseñe el sótano, donde está situado el gimnasio, el spa, la sala de cine y la piscina interior, tengo tomada una decisión. Creo que a Lea le va a encantar, aunque, como siempre, le parecerá excesiva y pondrá en la cara una de esas expresiones divertidas que tanto me gustan. Pero en general es una vivienda que se

ajusta mucho a su gusto. Las estancias son amplias y luminosas y los muebles de diseño, modernos pero sin ser ostentosos, no como algunas casas que he visto y que parecen auténticos museos victorianos.

—¿Qué le parece, señor Baker? —me pregunta Jon Rayner al finalizar el recorrido.

—Me gusta —le digo con franqueza, sin andarme por las ramas—. Se ajusta muy bien a lo que ando buscando y creo que también será del agrado de mi futura esposa.

—Entonces, ¿se queda con ella?

Asiento con la cabeza.

—Sí —afirmo.

—Es una buena elección y una buena compra, señor Baker. Se lo aseguro —dice el agente inmobiliario—. No se arrepentirá.

Abro la chaqueta y extraigo del bolsillo interior la tarjeta de Michael.

—Este es el número de teléfono de Michael, mi abogado —digo, tendiéndosela a Jon Rayner—. Póngase en contacto con él para todo lo que tenga que ver con la compra-venta y las escrituras. Él le facilitará los datos de mi futura esposa y también futura propietaria. Necesito que esté arreglado cuando antes.

—No hay problema —dice Jon, satisfecho—. Tramitaré todo con Michael. Ya sabe que lo conozco —añade—. Hace un par de años me encargué de buscarle el loft en el que vive actualmente.

—Sí, él fue quien me puso en contacto con usted —aclaro.

—Estaré encantado de volver a hablar con él.

Consulto mi reloj de muñeca.

—Tengo que irme —anuncio—. Todavía tengo trabajo en el despacho.

Alargo de nuevo el brazo y estrecho la mano del agente inmobiliario.

—Gracias por todo —me despido.

—Gracias a usted, señor Baker —dice, con su tono profesional.

Según me cuentan Lea y Gloria por la noche, cuando regreso del despacho, los pequeños han estado guerreros también por la tarde, sin dejar de llorar. Y puedo comprobarlo por mí mismo; ya que apenas nos han dejado cenar. Han estado gimoteando e hipando sin parar. Es cuando los bañamos, cuando parece que finalmente se calman y conseguimos que concilien el sueño. Sin embargo, ya de madrugada, el llanto de James a través del vigilabebés me despierta. Me incorporo y miro el despertador. Los números digitales rojos me indican que son las tres y treinta y tres.

Giro el rostro hacia Lea y apago el vigilabebés para que James no la despierte. Ha tenido un día agotador con ellos y necesita descansar.

Me levanto, rodeo la cama y salgo de la habitación. Cuando llego a la de los niños, James anda pataleando en la cuna. Me inclino y lo cojo en brazos antes de que despierte a Kylie y sus llantos se conviertan en un concierto de los tres tenores.

—Eh..., campeón, ¿qué te pasa? —le pregunto en voz baja.

Abro un poco el pañal y compruebo que está seco—. ¿Quieres mimos? Es eso, ¿quieres que te dé unos cuantos mimos?

Inclino la cabeza y le beso en la mejilla. Después lo acuno suavemente. James deja de llorar y, sorprendentemente, se calma, aunque se mantiene con los ojos como platos.

—¿Está todo bien?

Es la voz de Lea la que se oye a mi espalda. Me dio media vuelta y la encuentro apoyada en el marco de la puerta. Su rostro se ve soñoliento y, por momentos, cansado.

—Sí, todo bien —respondo con media sonrisa en la boca—. Ve a dormir. Necesitas descansar.

—Quizá James necesite que se le cambie el pañal... —sugiere.

—Lo he mirado y lo tiene seco —digo—. Venga Lea, ve a dormir, yo me encargo.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Vale —dice, trascurridos unos segundos.

Lea se gira y se aleja por el pasillo arrastrando los pies. Me acerco al sillón situado al lado de la ventana, me siento y coloco a James boca abajo contra mi pecho.

—¿Estás cómodo, campeón? —le pregunto.

Lo acaricio despacio tratando de que se duerma y James se retrepa sobre mí. Entonces sé que sí, que está cómodo.

Alzo ligeramente la cabeza y miro a través de la ventana, por la que entra el resplandor lechoso de la luna llena que engalana el cielo neoyorquino. Respiro hondo y exhalo el aire satisfecho, escuchando la respiración de mi pequeño.

CAPÍTULO 12

—Feliz cumpleaños, mi amor —le digo a Lea en cuanto abre los ojos.
Lea pestañea un par de veces para enfocar la imagen de mi rostro y se incorpora sobre la cama. Me sonrío somnolienta.
—Gracias, mi vida —me agradece.
Le alzo la barbilla con los dedos y le doy un beso en los labios.
—¿Qué tal te han sentado los veinticuatro?
—Muy bien, porque estoy a tu lado —responde. Extiende los brazos y me abraza por el cuello.
—Vístete —le pido.
Lea frunce el ceño.
—¿Vamos a algún lado? —me pregunta con rostro extrañado.
—Sí, vamos a ver tu regalo.
Me levanto de la cama.
—¿Mi regalo?
—Sí, tu regalo.
La cojo de la mano y tiro de ella.
—¿Y tenemos que salir a la calle? —dice, picada por la curiosidad, mientras abre el armario y saca un vestido con un discreto estampado de flores.
—Sí, porque no cabe en casa —ironizo.
—¿Tan grande es? —pregunta de camino a la ducha.
—Inmenso.
—¿Y no podrías haberme regalado un ramo de flores? —bromea, asomando la cabeza por la pared alicatada de la ducha.
—Podría, pero no he querido —respondo al tiempo que termino de abrocharme los gemelos.
Lea pone los ojos en blanco teatralmente y se mete bajo el agua.
Mientras se ducha y oigo como el agua cae, se me pasa por la cabeza la idea de asaltarla. Me relamo imaginando cómo me la follo por detrás, acorralada contra la pared y mi cuerpo.
—Ufff... —resoplo, mordiéndome los labios—. ¡Darrell, para! —me digo a mí mismo con voz autoritaria—. Para, o no saldremos de aquí en toda la mañana.

Dejamos a James y a Kylie con Gloria y nos dirigimos al garaje.

—¿No me vas a decir qué es? —me pregunta Lea, incapaz de disimular su curiosidad por más tiempo.

—No —digo tajante.

Cuando nos subimos al coche, le muestro una venda de color negro.

—¿Me vas a tapar los ojos?

Noto como la expectación de Lea crece poco a poco.

—Sí.

—Pero, Darrell...

—Shhh... —la silencio.

—Está bien —claudica.

Le coloco la venda en los ojos y hago un nudo por encima de la nunca. Arranco el coche y nos ponemos en marcha.

—¿Mi regalo está muy lejos? —me pregunta.

—En Manhattan —respondo, mirándola de soslayo y sonriendo para mis adentros.

—¿En Manhattan? —repite.

—Sí, en Manhattan —afirmo—. Y no me hagas más preguntas porque no te voy a contestar.

Lea hace una mueca con la boca, pero deja de interrogarme, convencida de que no va a conseguir sonsacarme nada más.

Atravieso Nueva York, camino de Manhattan, armándome de una paciencia casi de santo. El tráfico está más imposible que nunca a primera hora de la mañana. Taxis, peatones, coches particulares y autobuses, confluyen por las calles con una densidad desesperante.

Al llegar finalmente a la carretera de metal marrón de la entrada de la propiedad, Lea aguza el oído, tratando de identificar el ruido que hace la puerta al desplazarse hacia un lado. Está totalmente desconcertada y eso me divierte.

—¿Lista? —digo, cuando estaciono en la puerta de la vivienda.

—¿Tú que crees? —me vacila.

—¿Lista? —vuelvo a repetir.

—Sí —responde, asintiendo varias veces con la cabeza como si fuera una niña pequeña.

—Bien. Espera...

Salgo del coche, lo rodeo por la parte de delante y abro la puerta del asiento de Lea.

—Vamos —la animo.

Le agarro las manos y la ayudo a salir.

—¿Puedo destaparme ya los ojos? —me pregunta impaciente.

—No, todavía no.

—Darrell... —protesta.

—Ya no queda nada —digo—. Camina hacia adelante.

Lea hace lo que le pido y guiada por mí, avanzamos unos cuantos metros. La sitúo frente a la construcción, a una distancia suficiente para que pueda verla en toda su amplitud. Alzo las manos, deshago el nudo de la venda y se la quito.

Me quedo en silencio, esperando su reacción.

Cuando Lea alcanza a ver la casa, levanta las cejas y abre la boca poca a poco. Después de unos segundos en los que parece no dar crédito, gira el rostro hacia mí.

—Darrell... —logra articular—. ¿Está... es la casa en la que vamos a vivir?

—Sí —contesto. Extraigo las llaves del bolsillo de mi pantalón y se las tiendo. Lea las coge y las mira con un matiz de confusión asomando a los ojos—. Es tuya. La he comprado para ti.

—¿Qué...? —se interrumpe, atónita—. ¿Qué quieres decir?

—Las escrituras están puestas a tu nombre —afirmo—. La he comprado para ti. Es tu regalo de cumpleaños.

Lea traga saliva.

—Darrell, ¿no es excesivo como regalo de cumpleaños? —me pregunta con pudor y un leve sonrojo en las mejillas.

Sonrío sin despegar los labios.

—Para ti nada es suficiente, Lea.

Se mordisquea el interior del carrillo, nerviosa.

—No sé qué decir... —apunta.

—Solo di si te gusta o no —digo en tono distendido, encogiéndome de hombros.

Lea vuelve el rostro hacia la casa sin cambiar su expresión de asombro.

—¿Gustarme? —pregunta, llevando la mirada de un extremo a otro—. Sí, claro que me gusta.

Su tono de voz suena apagado. Tanto que me resulta desconcertante. ¿Por qué no está contenta? ¿Acaso no le ha gustado?

CAPÍTULO 13

—¿Quieres ver el interior? —le pregunto, a ver si cambia la expresión de la cara.

—Sí, claro —responde, pero lo hace de manera automática, sin entusiasmo.

En silencio, subimos los escalones del pórtico y salvamos los metros que quedan hasta la puerta. Nos detenemos delante de ella, Lea introduce la llave en la cerradura y la abre. Cruzamos el umbral y nos adentramos en el hall.

Me adelanto y voy mostrándole cada una de las estancias que componen la primera planta. Lea observa todo con curiosidad, pero sigue con rostro pensativo y en ciertos momentos, apático.

Cuando llegamos al salón, abro el ventanal abatible.

—¿Has visto el jardín? —le pregunto.

—Es enorme —comenta.

Pero ni siquiera sale a ver la extensión que tiene. Se mantiene en el umbral del salón. Es como si le diera igual. Aun todo, decido obviarlo.

—Es una de las condiciones que le puse al agente inmobiliario que ha llevado a cabo la búsqueda, quería que tuviera un jardín inmenso, para que nuestros pequeños puedan jugar y correr a sus anchas —digo entusiasmado, intentando contagiarla, pero no lo consigo y estoy muy lejos de hacerlo.

Suspiro quedamente y me giro hacia ella.

—¿Qué te ocurre, Lea? —inquiero en tono serio.

—Nada, Darrell.

—Pues para no ocurrirte nada, no derrochas mucha alegría que digamos —ironizo—. ¿No te gusta?

—No... No es eso, Darrell. La casa es preciosa.

¿Qué cojones le pasa?, me pregunto para mis adentros. ¿Por qué esa cara de funeral?

—Entonces, ¿qué sucede? —digo en tono serio.

Lea tarda unos segundos en contestar mientras no para de morderse el interior del carrillo y yo empiezo a ponerme de mal humor.

—Sigo pensando que es un regalo excesivo.

Levanto las cejas.

—Increíble... —bufo, cayendo en la cuenta de lo que pasa—. ¿Ya estás otra vez a vueltas con el dinero?

—Darrell, yo...

—¿Qué problema tienes, Lea? —le corto, abriéndome de brazos—. ¿Qué maldito problemas tienes?

—Podías haberme regalado otra cosa. No sé... —titubea nerviosa—. Algo más...

—Algo más, ¿qué? —vuelvo a cortarle—. ¿Algo más barato? —Lea se ruboriza. Abre la boca para decir algo, pero no la dejo. Estoy realmente cabreado, porque ha echado por tierra la sorpresa—. ¡Es simplemente una puta casa! ¡Una puta casa!

—Lo sé. Sé que es una casa, pero podrías haberla puesto a tu nombre. No tenías por qué haberla puesto al mío —arguye.

—Ya te he dicho que es un regalo.

—No necesito regalos tan caros —dice, bajando la mirada hasta el suelo.

Chasqueo la lengua, exasperado, y me paso la mano por el pelo.

—Estoy harto de tener que lidiar constantemente con ese estado tuyo de excesiva modestia, con tu complejo de inferioridad, con que creas que no te mereces las cosas—afirmo en tono enfadado sin poderme controlar—. ¡Te regalo lo que me sale de los cojones! Es mi dinero y hago con él lo que me da la gana. Y si me apetece comprarte una casa de dieciséis millones de dólares, te la compro y punto. No hay más que hablar.

—Darrell, tienes que entender que tu mundo y el mío son muy diferentes —alega—. Que no tiene nada que ver el uno con el otro.

—Por si no te has dado cuenta, Lea, mi mundo es ahora el tuyo. Para lo bueno y para lo malo —asevero.

Asiente casi imperceptiblemente, pensativa.

—Que tu mundo sea ahora el mío no quiere decir que... —Se calla—. Pese a todo no estoy acostumbrada a... —se muerde el labio inferior—... a este tipo de regalos.

—¡Pues empieza de una vez por todas a acostumbrarte! —exclamo, contrayendo las mandíbulas—. ¡Joder, eres mi mujer!

—Todavía no lo soy —me corta Lea en un afán por defenderse.

—Lea, ¡por Dios! —digo. Cuando se pone así es verdaderamente desesperante—. Nos vamos a casar dentro de un par de meses. Eres la madre de mis hijos. ¿A quién coño le voy a regalar una casa?

Intento hacer que entre en razón, pero por la expresión de su cara advierto que estoy a años luz de lograrlo. Vuelvo a tomar la palabra.

—¿No pensarás otra vez que te regalo la casa porque te considere mi puta? —Al ver que Lea no responde, insisto—. ¿Te sientes así, Lea? ¿Cómo una puta? —Su falta de respuesta hace temerme lo peor—. No me lo puede creer... farfullo.

Me paso la mano por la frente y trato por todos los medios de calmarme. Respiro hondo y expulso el aire lentamente, bajando los hombros y relajando la tensión que tengo en ellos.

Tranquilízate, Darrell, me digo a mí mismo. Tranquilízate.

Me acaricio la nuca varias veces.

—Tenía pensado que pasáramos el día juntos, puesto que es tu cumpleaños —comienzo a decir, rompiendo el pesado silencio que se ha instalado entre nosotros—. Pero creo que lo mejor será que me vaya al despacho. Tengo trabajo que hacer.

Durante unos segundos espero en vano que Lea diga algo, que desestime mis palabras, que se dé cuenta de que esta discusión es estúpida, cuanto menos. Sin

embargo, no lo hace. Levanto la mirada y la observo un rato. Tomo aire, negando con la cabeza.

Es imposible, pienso para mí.

El trayecto hasta el ático lo hacemos completamente en silencio. Ninguno de los dos parece dispuesto a romper la mudez que invade el reducido espacio del coche. Yo me mantengo pendiente del tráfico y Lea permanece sumida en sus pensamientos, mirando a través de la ventanilla como Nueva York desfila ante sus ojos. No saber qué es lo que pasa exactamente por su cabeza, no entender por qué se pone como se pone en lo tocante al dinero, me desespera.

¡Maldita sea! ¡Es solo dinero! ¿Qué más da que le compre una casa o una rosa?

Si no cambia la perspectiva que tiene con el dinero, discusiones como la que acabamos de tener hace un rato van a ser la tónica casi diaria.

Dejo a Lea en casa y sin perder tiempo, me voy al despacho. Necesito mantenerme distraído o acabaré gritando.

CAPÍTULO 14

—No te hacía aquí —dice Michael. Frunce el ceño, visiblemente extrañado—. Pensé que ibas a pasar el día con Lea.

—Sí, iba a pasarlo con ella —digo apático, dejando una carpeta sobre la mesa—, hasta que he decidido que lo mejor era venir al despacho. He estado todo el día trabajando.

—¿Siendo su cumpleaños? ¿Acaso no le ha gustado la casa? —bromea Michael. Al reparar en la inexpresión de mi rostro, repite con cierta incredulidad—: ¿No le ha gustado? —Su tono se torna serio.

—Piensa que es un regalo excesivo —respondo, al tiempo que tomo asiento detrás del escritorio.

—¿Excesivo?

—Lea tiene muchos prejuicios con el dinero. —Michael alza las cejas mientras me escucha atentamente—. No es la primera vez que acabamos discutiendo por él —agrego—. Reconozco que a veces no sé cómo hacerlo, y eso me desconcierta, aparte de cabrearme mucho. —Hago una breve pausa—. Para ella una casa es un regalo excesivo y para mí, en cambio, es un regalo de lo más normal. ¡El dinero es solo dinero! Ella me da mucho más a mí. Cosas que tienen más valor que el dinero. Pero a Lea le hace sentir como si fuera una puta.

—¿Todavía sigue con eso? —pregunta Michael.

—Sí, al parecer es un complejo que no va a superar nunca.

—¿Por qué?

Hago una mueca con la boca.

—Quizá por el modo en que comenzó nuestra relación —digo—. Mi proposición y el contrato que firmamos... Creo que, pese a todo, para ella es un lastre. Como lo es la diferencia que hay entre nuestros mundos.

—Pero tu mundo es ahora el suyo... —interviene Michael.

—Eso mismo le he dicho yo, pero Lea no lo tiene del todo claro.

En esos momentos suena el teléfono móvil de Michael.

—Es mi secretaria —anuncia, cuando consulta la pantalla. Descuelga—. Dime, Claire... Sí, enseguida bajo. Gracias. —Cuelga la llamada—. El trabajo me espera —dice, levantándose de la silla—. Tengo al señor Connor en el despacho, esperando para discutir las condiciones del contrato.

—Sácale todo lo que puedas —afirmo—. Los Connor tienen fama de ser huesos duros de roer.

—No te preocupes. Nosotros también somos huesos duros de roer —dice Michael, guiñándome un ojo—. Además, el señor Connor es el que más tiene que ganar, o que perder. Así que hay muchas posibilidades de que capitule con nuestras condiciones. —Asiento con la cabeza—. Ya te contaré más tarde.

Michael enfila los pasos hacia la puerta y sale del despacho. Casi de inmediato entra Susan.

—Señor Baker, tengo algunos recados para usted —dice.

Camina unos pasos hasta que alcanza mi escritorio.

—Dígame, Susan...

—El señor Carlson ha llamado para cancelar la cita que tenían mañana a las doce y media de la mañana. Han tenido que hospitalizar a su mujer y no puede venir.

—No hay problema. ¿Te ha dicho si puede otro día? —pregunto.

—No. Solo me ha dicho que ya se pondrá en contacto con usted.

—Vale.

—Han llegado estos documentos por fax.

Susan extiende el brazo y me tiende un montón de papeles.

—Gracias.

Me dispongo a echarlos un vistazo para ver de qué se trata, pero tocan a la puerta.

—Adelante —digo.

La puerta se abre y mi rostro adquiere una expresión ligeramente de sorpresa cuando, por encima del hombro de Susan, veo entrar a Lea.

—Hola —saluda.

Avanza por el despacho con pasos cautelosos.

—Hola —digo.

—Buenas tardes —dice Susan, brindándole una mirada de pocos amigos.

—Buenas tardes —le responde Lea con voz afable.

—Susan, deme los recados que ha cogido y salga, por favor —le pido, alargando la mano.

Susan me los tiende de mala gana. Los tomo y los dejo sobre la mesa. Se da media vuelta, pasa al lado de Lea y sale del despacho.

—Creo que últimamente no le caigo muy bien a Susan —comenta Lea, cuando la puerta se cierra y nos quedamos solos.

—No le hagas caso —digo.

Lea gira el rostro hacia mí y comienza a mordisquearse el interior del carrillo.

—¿Estás ocupado? —me pregunta, reservada.

—Nada que no pueda esperar —respondo.

—He venido a... a pedirte perdón —dice—. Por lo de esta mañana. He estado muy desatinada. Mi reacción ha sido desmedida. Lo siento; siento haber estropeado la sorpresa.

Su voz suena afectada y su actitud frente a mí es de una timidez adorable. Verla en ese estado me toca profundamente el corazón, pero tengo que hacerle entender que si no cambia su perspectiva del dinero, nuestras discusiones respecto a él pueden convertirse en el Rosario de la Aurora.

Me levanto de la silla, rodeo el escritorio y me apoyo en el borde.

—Lea, tienes que cambiar esa actitud —digo, aunque intento que mi tono no sea de reproche—. No podemos discutir constantemente por algo tan absurdo como es el dinero.

—Lo sé... —acepta Lea—. Lo sé... —Se muerde el interior del carrillo y me mira—. Es solo dinero, como tú dices. Tu concepción de él es distinta de la mía, pero no por eso es peor o mala —arguye. Respiro con cierto alivio. Parece que finalmente está entrando en razón—. Además, no lo has robado, ni lo has conseguido con malas prácticas. Es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le pregunto.

—Más bien quién —responde Lea. Enarco las cejas—. Lissa me ha abierto los ojos —prosigue—. Me ha llamado para felicitar me y bueno... me ha echado una pequeña bronca.

—Me alegro de que ella haya podido hacerte entrar en razón —apunto.

—Sí, a veces Lissa tiene más lucidez que yo —dice Lea a media voz, agachando ligeramente la cabeza y mirándose las manos.

—Ven aquí... —le digo, extendiendo los brazos. Lea levanta el rostro, avanza un par de pasos y cuando me alcanza, la abrazo—. Tú eres una de las personas más lúcidas y con las ideas más claras que conozco —afirmo, estrechándola contra mí. Lea se apoya en mi pecho—. Lo que ocurre es que eres endiabladamente cabezota.

—Algún defecto tengo que tener —bromea, con el humor ya cambiado. Sonrío. Alza la cabeza y me observa con la expresión distendida—. La casa me ha encantado, Darrell. Es preciosa. Gracias —me agradece.

—Me alegro de que haya gustado.

—¡Claro que me ha gustado! ¡¿A quién no le iba a gustar?! —exclama—. Aunque te hubiera salido más barato un ramo de rosas —bromea de nuevo.

—Es posible, pero una casa es más práctica —apunto con ironía.

—Eso no te lo puedo negar —dice Lea, echándose a reír.

Se pone de puntillas y me besa. Le sujeto la nuca y hago más presión sobre sus labios, introduciendo la lengua en su boca y recorriendo con ella cada rincón.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? —me pregunta cuando nos separamos.

Poso las manos en su cintura y suelto el aire de los pulmones. La miro con los ojos entornados mientras niego para mí mismo.

—No sé lo que haces conmigo... —afirmo con un viso de resignación—, pero no puedo enfadarme contigo.

Lea me brinda una amplia sonrisa en la que deja ver las dos filas de dientes, blancos y perfectos. Entonces me doy cuenta de que este último gesto termina por desarmarme por completo.

—También he venido para invitarte a cenar —comenta—. ¿Qué te parece una cenita para los dos, acompañada de un buen vino en un restaurante de ambiente íntimo y romántico? —sugiere—. He hablado con Gloria; se quedará esta noche con James y Kylie.

—Me parece una idea estupenda —digo. Me acerco lentamente a su oído y le susurro en tono lujurioso—: Después de la cena, el plan corre de mi cuenta. —Deslizo la mano hasta su trasero y se lo aprieto. —Lea me mira con las pupilas vibrantes y con una expresión de niña traviesa en el rostro. Vuelvo la mirada hacia la mesa—. Recojo este papeleo y nos vamos —digo.

CAPÍTULO 15

Miro uno por uno los recados que me ha dejado Susan y veo que ninguno es de carácter urgente. Sin embargo, he recibido una llamada de William y decido devolvérsela por si fuera importante.

—Voy a llamar a William —aviso a Lea—. Solo serán cinco minutos.

Ella sonrío, conforme.

—Dale recuerdos a él y a Margaret de mi parte —dice.

Cojo el móvil y busco el teléfono de William.

—Buenas tardes, Darrell.

—Buenas tardes, William.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien.

—¿Y qué tal los bebés?

—Creciendo y dando guerra —comento.

—¿Y Lea?

—Tan guapa como siempre —respondo, mirándola de reojo con suma complicidad.

—Me alegro —dice William con una risilla.

—Mi secretaria me ha pasado una llamada tuya, ¿está todo bien? —digo—. ¿Margaret está bien?

—Sí, sí —se adelanta a contestar William—. Afortunadamente los dos estamos bien. Te he llamado porque me gustaría comentarte algo...

—Tú dirás.

—¿Tienes un rato mañana para vernos? —me pregunta—. Me han ofrecido invertir en un negocio y me gustaría contar con tu opinión; que me des tu punto de vista. Ya sabes que para mí, tú eres uno de los hombres con mejor ojo para los negocios.

—Estaré encantado de asesorarte —afirmo—. ¿Te viene bien a la una?

—Me viene perfectamente. A la una me tienes en tu despacho —dice William.

—Hasta mañana —me despido.

—Hasta mañana, Darrell.

Cuelgo la llamada y me guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón. Cuando me giro, encuentro a Lea de pie frente al ventanal, de espaldas a mí. Nueva York respira entre dos luces al otro lado de los cristales. Un día que, como ocurre cada tarde, se resiste a morir, y una noche que baja para comenzar a vivir.

Me acerco sigilosamente a ella y la abrazo desde atrás.

—¿En qué piensas? —le pregunto con voz suave.

Lea se aferra a mis brazos y en el reflejo del cristal de la ventana veo que esboza una ligera sonrisa.

—No había vuelto a tu despacho desde el día que vine para aceptar tu proposición —dice.

—Parece que fue ayer —apunto sonriente, rememorando el momento en mi mente.

Lea toma aire hasta llenarse los pulmones y lo expulsa poco a poco.

—Sí, parece que fue ayer —repite Lea—. Sin embargo, hoy tenemos dos hijos y estamos a punto de casarnos.

Ladea la cabeza y la apoya en el hueco de mi cuello mientras pasa las manos por mis brazos y entrelaza sus dedos con los míos.

—Nos han pasado muchas cosas en poco tiempo —afirmo.

—Sí, es verdad.

—¿Te arrepientes, Lea?

—¿De tener a nuestros pequeños? —me pregunta a su vez ella.

—De todo; de que todo haya sucedido tan rápido.

—Es cierto que somos muy jóvenes, que podíamos haber esperado un tiempo para ser padres. Pero no, no me arrepiento —responde de forma tajante—. Tú, Kylie y James sois lo mejor que me ha pasado en la vida y no lo cambiaría por absolutamente nada del mundo.

Se da la vuelta y me mira.

—Y tú, ¿te arrepientes? —me interroga.

Sacudo la cabeza, negando.

—No —digo.

—¿Aunque eso haya supuesto un giro en nuestras vidas de ciento ochenta grados?

—Incluso aunque eso haya supuesto un giro en nuestras vidas de ciento ochenta grados —repito—. Antes de conocerte, no entraba en mi cabeza encontrar pareja ni tener hijos. No entraba en mi cabeza disfrutar de una familia como la que hemos formado nosotros. Una familia a la que adoro y por la que daría la vida. —Hago una breve pausa, pensativo—. No, definitivamente no me arrepiento de nada. —Lea sonrío. Deslizo mi mirada con descaro por su cuerpo, escrutándolo como si tuviera rayos X en los ojos—. ¿Te he dicho que estás preciosa con este vestido? —digo. Levanto ligeramente la falda con la mano—. Te sienta como un guante.

Lea lanza una sonora carcajada al aire.

—Aquí no, Darrell —dice, intentando simular una voz autoritaria.

—¿Por qué? —le susurro, mientras me hundo en su cuello y le doy un mordisquito.

—Porque puede entrar alguien y pillarnos en pleno proceso de apareamiento.

Lea me da un pequeño empujón para tratar de apartarme, aunque lo hace poco convencida.

—Aparearse es lo más natural del mundo —comento insistente.

—Sí, tienes razón, pero delante de la gente está prohibido —arguye entre risillas.

—Aquí no hay nadie.

—Pero pueden entrar en cualquier momento.

—Les tengo acostumbrados a que llamen a la puerta antes de entrar. Soy el jefe...

—Darrell... —se queja Lea.

Finalmente bajo los hombros y me doy por vencido. Por el momento, claro. Entorno los ojos y la miro como lo haría un lobo hambriento.

—No te vas a librar de mí con tanta facilidad —la amenazo.

Lea frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Antes casi de que acabe de formular la pregunta, le cojo la mano y tiro de ella para que me siga.

—Ya lo verás —digo.

—Darrell, ¿dónde vamos? —me pregunta confusa.

—A la sala de juntas.

—No estarás pensando...

—Sí, lo estoy pensando —le corto con picardía.

Abro la puerta del despacho y salimos a la recepción, donde Susan y Sarah están muy atareadas frente a sus ordenadores.

—No me pasen ninguna llamada ni tampoco ninguna visita —les ordeno, al tiempo que cruzo la estancia con prisa, camino de la sala de juntas, y arrastrando a Lea conmigo—. Voy a estar ocupado —añado.

De soslayo veo que Sarah abre poco a poco la boca mientras que Susan pone mala cara, dedicando una mirada inquisidora a Lea.

—Como ordene, señor Baker —logra articular Sarah a media voz.

Como Susan siga en esa actitud, voy a tener que despedirla, pienso en silencio para mis adentros.

CAPÍTULO 16

Cuando nos internamos en la sala de juntas, me olvido completamente de la actitud de Susan y me centro en Lea y en las enormes ganas que tengo de quitarle el vestido. Nada es capaz de distraer mi atención de ella.

Me giro y cierro la puerta con el pestillo. Lentamente, vuelvo el rostro hacia Lea y le dedico una mirada llena de lujuria.

—Aquí nadie va a entrar —murmuro, acercándome sigilosamente a ella.

Lea se muerde el labio inferior.

—Es usted un hombre de muchos recursos, señor Baker —dice.

—No lo sabe bien, señorita Swan —respondo, avanzando hacia ella, que permanece de pie en mitad de la sala—. No sabe de lo que soy capaz para conseguir lo que deseo... Y en estos momentos la deseo, más que nada en el mundo.

Al llegar a su altura, la cojo de la cintura y la atraigo hacia mí, pegándola completamente a mi cuerpo.

—Oh, mi impaciente *Hombre de Hielo*... —susurra con los ojos brillantes.

—*El Hombre de Hielo* siempre consigue derretirse en tus manos —mascullo en su boca.

La sujeto por la nuca y atrapo sus labios sonrosados, que me esperan tibios, húmedos, ansiosos... sin apenas darnos de sí. Lea pasa los brazos por mi cuello y me aprieta contra su rostro.

Bajo la mano hasta sus piernas y, sin dejar de besarla, comienzo a subirle el vestido.

¡Qué ganas tengo de deshacerme de él! ¡A veces la ropa puede llegar a estorbarme tanto!

Le cojo el muslo y se lo levanto hasta mi cadera, acariciándoselo una y otra vez. De pronto, mi cuerpo reacciona al deseo y mi erección se manifiesta de golpe. Paso las manos por su trasero y aprieto la pelvis de Lea contra mi miembro en guardia.

—¿Ya estás listo? —me pregunta con una voz mezcla de triunfo y de picardía.

—Yo siempre estoy listo —respondo con voz ronca—. ¿Y tú?

Introduzco la mano por su braguita y palpo su sexo. Sonrío traviesamente cuando compruebo que está completamente húmeda.

—Veo que tú también estás lista —le susurro al oído voluptuosamente.

—Para ti, siempre —afirma.

—Eres una buena chica.

De un impulso, la cojo, pongo sus piernas alrededor de mi cintura y la llevo hasta la enorme mesa de la sala de juntas. Aparto una silla y la tumbo sobre la superficie de cristal.

Lea suspira quedamente y me mira rendida, entregada, dispuesta a que le haga todo lo que se me ocurra, a darnos el mayor de los placeres. Me desabrocho el cinturón de cuero y el botón del pantalón y lo hago descender hasta la mitad de los muslos.

La sitúo al borde de la mesa, le levanto las piernas y las coloco sobre mis hombros. Antes de que reaccione, la penetro profundamente. Lea se arquea con la embestida y suelta el aire de los pulmones.

—¡Diosss! —respira.

Salgo y vuelvo a entrar en ella, recreándome en la expresión de satisfacción de su cara.

Apoyo las manos encima de la mesa, una a cada lado de su cuerpo, y comienzo a bombear una y otra vez sobre su pelvis. La posición me permite penetrarla hasta al fondo, lo que hace que las embestidas sean más placenteras para ambos.

Los ojos de Lea se eclipsan y la respiración se acelera mientras mi corazón también comienza a latir desbocado, fruto del esfuerzo.

Al ver que sus músculos se tensan, subo el ritmo y me muevo más rápido. Llevo un dedo hasta su sexo y se lo introduzco despacio junto con mi miembro. Aunque está muy mojada, lo hago lentamente para que no le duela.

Lea gime de absoluto placer con la doble fricción que le estoy produciendo.

—¿Estás bien? —le pregunto entre jadeos.

—Sí —responde, agitando la cabeza arriba y abajo, extasiada.

Un rato después, el cuerpo de Lea se pone rígido para seguidamente curvarse como si fuera un puente. La panorámica es espectacular con las luces y los edificios de Nueva York a su espalda, haciendo de telón de fondo. Fijo mis ojos en su rostro, que empieza a desencajarse por el placer. Entonces intuyo que está a punto de correrse. La ayudo moviendo el dedo y mi miembro a la vez dentro y fuera.

—Me voy —musita con los dientes apretados—. Oh, Dios, Darrell, me voy. Me voy...

Estira los brazos y se aferra a los extremos del cristal hasta que los nudillos se le ponen blancos. Finalmente estalla. Le veo morderse el labio inferior con fuerza para no gritar y evitar así que se le escuche al otro lado de la puerta.

Mientras se desahoga y su cuerpo se abandona al placer más profundo, yo me agarro a sus muslos y sigo inmiscuyéndome en sus entrañas sin detenerme.

La respiración se me acelera vertiginosamente hasta que los jadeos culminan en un fuerte orgasmo que me sacude de la cabeza a los pies, como si me recorriera una descarga eléctrica. Contraigo las mandíbulas y aprieto los labios para ahogar el gemido que pugna por salir de mi garganta.

Como buenamente puedo trato de calmarme y miro a Lea, que me está observando con el rostro sonrojado. Resoplo, bajándole las piernas.

—Me encanta la cara que pones cuando te corres —dice sin aliento.

Alzo las cejas sorprendido y esbozo media sonrisa.

—Te estás convirtiendo en una pequeña diablilla —afirmo, subiéndome la cremallera y abrochándome el botón del pantalón.

Le cojo la mano y tiro de ella para acercarla a mí. Sus nalgas resbalan como una pluma sobre el cristal.

—Tú me estás convirtiendo en una diablilla —dice con ironía—. El mérito es tuyo.

—¿Eso es lo que piensas? —le pregunto.

Lea afirma varias veces con un ademán de la cabeza.

La sujeto por la cintura y me acomodo entre sus piernas. Lea se humedece los labios. Me inclino y la beso sin decir nada. Jugueteo con su lengua durante un rato, le muerdo el labio inferior y siseo.

—Quizás tienes razón... —alego con voz susurrante—. Pero no deberías provocarme del modo en que lo haces —me justifico en tono mordaz.

—¿Yo? ¿Provocarte? —repite Lea, abriendo mucho los ojos.

Atrapa la corbata roja que llevo puesta y tira de ella coquetamente.

—Sí —me reafirmo—, me provocas con estos ojos de color bronce, con esta boquita de piñón —comienzo a enumerar en voz baja, pasando el pulgar por sus labios—, con estos pechos pequeños que se amoldan a mis manos a la perfección. — Los acaricio suavemente por encima de la tela—, con estos vestiditos de muñeca que te pones. —Aspiro con los dientes apretados. Lea sonríe y en la expresión de su rostro adivino que mis palabras le están halagando. —Adoro estar metido entre tus piernas... —asevero.

—Darrell...

Lea sube las manos, introduce los dedos entre los mechones de mi pelo y me acaricia la cabeza. Apoyo mi frente en la suya y suspiro.

—Tenemos que irnos —dice Lea—. O nos quedaremos sin mesa en el restaurante al que te quiero llevar. —Asiento ligeramente—. Luego habrá más —propone.

—Por supuesto —convengo—. Es tu cumpleaños, mi pequeña loquita. Tenemos que celebrarlo por todo lo alto.

CAPÍTULO 17

Nos recomponemos y salimos de la sala de juntas. Cuando atravesamos de nuevo la recepción, Susan y Sarah nos miran como si supieran lo que hemos estado haciendo. Lea y yo no podemos hacer otra cosa más que tratar de reprimir la sonrisa cómplice que cruza nuestras bocas.

Me giro hacia Lea y veo la mirada muda que intercambia con Susan, que tiene el ceño ligeramente fruncido y parece que tiene intención de taladrarla con los ojos. ¿De qué coño va esta mujer?, me digo en silencio.

Nos dirigimos al ascensor, que abre sus puertas justo cuando lo alcanzamos.

—¿De qué coño va esta tía? —me pregunta Lea una vez que estamos dentro, como si hubiera leído mi pensamiento.

—Eso mismo me pregunto yo —digo.

—Si pudiera, me mataría con la mirada —afirma Lea—. No parece que le guste mucho que esté contigo.

El ascensor se detiene en la novena planta, las puertas metálicas se abren, interrumpiendo nuestra conversación, y entra un grupo de empleados que trabajan en el departamento de informática, entre los que se encuentra John.

—Buenas... Buenas noches, señor Baker —me saluda.

—Buenas noches, John —digo.

Se rasca la nunca mientras el resto del grupo mantiene la compostura ante mí, emitiendo una sucesión de carraspeos nerviosos.

Las puertas vuelven a abrirse al llegar al sótano, donde está el parking. Los trabajadores van saliendo uno por uno y se dirigen a sus coches, y Lea y yo a mi Jaguar.

—¿A qué restaurante vas a llevarme? —le pregunto, cuando estoy a punto de arrancar el motor.

—Al *Yellow Cab 267* —contesta. Enarco las cejas y trato de hacer memoria, pero el nombre no me suena de nada—. ¿Nunca has oído hablar de él? —me pregunta Lea al reparar en la expresión de mi rostro.

—No, nunca.

—Es un restaurante situado en el SoHo. Ya verás... Te va a encantar —dice Lea—. Está en *Green Street*, una calle perpendicular a *Manhattan Avenue*.

—¿La cruza el puente *Pulaski*? —le pregunto, haciendo un mapa mental de la zona.

—Sí, así es.

El *Yellow Cab 267* es un restaurante situado en una de las mejores zonas de Manhattan, en pleno SoHo, en el Nueva York más activo. Es pintoresco y la decoración simula ser una especie de vieja fábrica, con vigas metálicas recorriendo el techo y paredes ribeteadas de remaches, pero llena de color y sofisticación, embebida en un ambiente informal y cosmopolita.

La iluminación, emitida por unas lámparas metalizadas que cuelgan sobre las mesas, es cálida y acogedora. En una de las paredes, de ladrillo cara vista, se puede leer el nombre *Yellow Cab 267* en letras de neón amarillas.

—¿Qué desean? —nos atiende el metre.

—Queríamos una mesa para dos —responde Lea.

—Sígueme, por favor —nos dice el hombre con suma amabilidad.

Nos conduce hasta una mesa amplia, pese a que sea para dos comensales, que está junto a las ventanas. Los asientos son pequeños sofás de cuero negro.

—¿Desean tomar algo mientras escogen lo que quieren cenar?

—¿Tienen algún tinto de Borgoña? —pregunto.

—Sí, señor —afirma el metre—. ¿Qué le parece un Ponsot?

—Perfecto —respondo.

El hombre se aleja con el recado.

—¿Te gusta? —sondea Lea.

—Sí, es vitalista y está lleno de color y, además, si tienen vino de Borgoña, es perfecto.

—Me alegra haber acertado —confiesa Lea, sonriente—. Lo vi por Internet y reconozco que me encantó. No sé... La atmósfera, la luz, la decoración...

El metre se acerca con la botella de Ponsot y nos sirve un poco a cada uno. Toma nota de los platos que hemos elegido de la carta y cuando se va, levanto la copa para hacer un brindis.

—Por ti —digo—. Porque no cambies nunca. Feliz cumpleaños, mi pequeña loquita.

Lea imita mi gesto y choca el borde de su copa con la mía.

—Gracias.

Bebemos un sorbo de vino dedicándonos una mirada mezcla de complicidad y sensualidad a partes iguales.

Lea se lleva un trozo de filete untado en salsa verde a la boca. Mientras mastica, levanta la mirada hacia mí.

—Por cierto, ¿tengo que preocuparme de Susan? —me pregunta.

Su interrogante me sorprende.

—¿Por qué habrías de preocuparte por ella? —digo con voz neutra.

Lea apoya el cuchillo y el tenedor en el plato.

—Porque está enamorada de ti —afirma suspicaz. Guardo silencio—. Lo está, ¿verdad? —insiste, mirándome fijamente a los ojos.

Me encojo de hombros, quitándole importancia. De hecho, no tiene ninguna, por lo menos para mí. Que Susan esté o no encaprichada conmigo es algo que me da absolutamente lo mismo, y así se lo expongo a Lea.

—¿Y qué más da si está o no está enamorada de mí?

—¿Todas tus respuestas van a ser preguntas? —arguye ella. Sin embargo lo hace en un tono distendido, lo que me indica que no va a hacer una tragicomedia del asunto. Lo cual le agradezco, porque no quiero que mi secretaria se convierta en un motivo de discusión.

—Me trae sin cuidado si Susan está o no está enamorada de mí —respondo finalmente, con toda la pereza del mundo.

—Entiendo tu indiferencia —dice Lea—. Al fin y al cabo, es a mí a quien tu secretaria querría matar. Si pudiera, lo haría con la mirada.

—¿Estás celosa? —pregunto.

—¿Yo? Para nada.

Me llevo la mano a la boca y reprimo la risa que me está entrando ante la actitud de Lea.

—Tu tono de voz no dice eso —le vacilo.

—No estoy celosa, Darrell —salta rápida como una escopeta de feria. Sus ojos destellan un brillo de orgullo. Eleva ligeramente la barbilla—. Aunque si sigue mirándome de la forma que lo hace, le sacaré la piel a tiras con un pelapatatas.

No puedo evitar reír ante su ocurrencia. Reconozco que es la mar de divertido ver a Lea celosa. Es como una niña pequeña.

De repente, la expresión de su rostro se torna seria. Al reparar en ella, cambio mi tono de voz.

—No estás celosa pero... quieres preguntarme algo, ¿cierto? —intuyo.

Cuando comienza a morderse el interior del carrillo, sé que no me equivoco. Alzo las cejas, a la espera.

—¿Susan es una de las chicas a las que has hecho tu proposición? —me pregunta cautelosamente.

—No —niego tajante.

—¿Y en algún momento te... planteaste hacérsela?

—¿A Susan? ¡No, por Dios! —exclamo.

El tono de Lea se vuelve más apagado.

—Bueno, es muy guapa —alega—. Con esos ojos azules y ese pelo rubísimo y perfectamente liso... ¿Por qué no habría de ser una buena candidata?

Cojo la servilleta, me limpio la comisura de los labios y la dejo de nuevo al lado del plato, sin apartar un segundo la mirada de Lea.

—Como te dije en su día —comienzo a explicarle, apoyando los codos en la mesa—, no me valía cualquiera. No todas las mujeres eran susceptibles de ser... *candidatas*, como tú dices, a hacerles mi proposición.

—¿Y cómo tenían que ser? —le interesa saber de pronto.

Frunzo el ceño, extrañado. ¿A qué viene esto ahora, después de tanto tiempo?, me pregunto para mis adentros. ¿Qué es lo que le pasa?

—Desde luego, no como Susan —respondo de manera categórica.

—¿Es porque es rubia? ¿No te gustan las rubias? —sigue preguntándome—. ¿Y Sarah? Ella es morena...

—Me da igual si una es rubia y la otra es morena —me adelanto a decir—. Ninguna de las dos me ha gustado nunca y jamás se me ha pasado por la cabeza hacerles mi proposición.

Lea se queda pensativa durante unos instantes, pero no está conforme. Sus rasgos suaves están teñidos del resplandor amarillo de las luces de neón que cae sobre su rostro.

—¿Cómo eran las mujeres a las que les hacías la proposición? ¿Eran como yo? —persiste obstinada.

—Ninguna era como tú —afirmo.

—Entonces...

—Ninguna tenía tus ojos ni tu pelo de color bronce —le corto con suavidad—, ninguna tenía tu naturalidad ni tu espontaneidad, ninguna tenía tu sonrisa, ni tenía el corazón que tienes tú, ninguna logró hacerme sonreír como lo lograste tú... —Hago una pausa. Lea suspira—. Vamos Lea, no puedes pararte a pensar en eso ahora —digo—. Es algo que queda muy lejos.

—Sí, pero es algo que ha formado parte de tu vida —opina cabezota.

—Claro, como tantas otras cosas —apunto—. ¿Y qué? ¿Crees que ahora se me ocurriría proponerle algo semejante a una mujer? ¿Sea rubia, morena o pelirroja?

—No, por supuesto que no... —se adelanta a negar. La miro fijamente y alzo las cejas en un gesto conclusivo—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Lo único que hago hoy es discutir por gilipolleces —se lamenta.

Resopla y se pasa la mano por la frente.

—Eh, todo el mundo tiene un mal día —la animo con una sonrisa.

Cojo su mano, me la llevo a los labios y la beso con suavidad.

—Tienes razón, pero casualmente es mi cumpleaños —subraya—. ¿No podía haberme dado por discutir por tonterías mañana? Está claro que no me han caído muy bien los veinticuatro...

—Te han caído estupendamente —digo—. No hay más que verte. —Lea hace una mueca con la boca y después sonríe—. Vamos a pedir una botella de champán, que todavía tenemos mucho que celebrar —sugiero, dejando atrás el tema—. La noche no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 18

Entro como puedo en el ático y me dirijo directamente al salón, guiado por la luz que está encendida. Al llegar, me quedo debajo del marco de la puerta contemplando a Lea, que está sentada en el sofá, dando el biberón a James. Cuando finalmente repara en mi presencia, levanta el rostro hacia mí. Al ver lo que sostengo en brazos, abre los ojos como platos.

—¿Te gusta? —le pregunto sonriendo, aunque por la expresión que asoma a su rostro de rasgos suaves puedo adivinar que sí.

—¡Madre mía, Darrell! —exclama boquiabierta.

—Hay otro para James. Lo trae Bob —anuncio—. No podía con los dos.

—Buenas noches, Lea —le saluda en esos momentos el portero, que aparece detrás de mí.

—Buenas noches, Bob —dice Lea, todavía sin dar crédito a lo que está viendo: dos osos de peluche de un metro noventa de alto que he comprado a los bebés. El de Kylie tiene un vestido rosa y un lazo del mismo color anudado a la oreja derecha.

—¿Dónde lo dejo, señor Baker? —me pregunta Bob.

Me hago a un lado y le cedo el paso.

—Aquí, Bob, en el salón —le pido. Bob entra en el salón y deja el peluche de James, de color marrón con una bufanda roja alrededor del cuello, recostado contra la pared—. Gracias —digo. Saco la cartera y extraigo un par de billetes. Se los tiendo—. Aquí tienes.

—Oh, no es necesario, señor Baker... De verdad, no... —titubea.

—Por favor, Bob.

Bob mira los billetes durante unos instantes, finalmente alarga el brazo y coge la propina que le ofrezco.

—Muchas gracias, señor —me dice, visiblemente agradecido—. Que pasen buena noche —se despide con una sonrisa afable, pasando sus ojos oscuros de mí a Lea.

—Igualmente, Bob —corresponde Lea, devolviéndole el gesto—. Pasa buena noche.

Acompaño a Bob a la salida, cierro la puerta y vuelvo al salón.

—Los he visto en una tienda de la Quinta Avenida cuando venía para acá y no me he podido resistir —digo.

Lea tumba en la cuna a James y se acerca para ver los peluches detalladamente.

—Dios mío, son enormes —comenta entusiasmada—. ¿No los había más grandes? —bromea, con una sonrisa de oreja a oreja.

Pasa la mano por el que es de color marrón, el que he comprado para James.

—Que suaves son... —observa. Lo agarra por el cuello y lo abraza—. No sé a quién les va a gustar más, si a nuestros pequeños o a mí.

Esbozo una sonrisa.

Cuando lo suelta, me inclino y le doy un beso en los labios.

—¿Te gustan? —le pregunto, a unos centímetros de su boca.

—Son preciosos, Darrell —responde. En esos momentos Kylie rompe a llorar en el otro lado del salón. Lea gira el rostro y mira de reojo—. Le toca cenar —anuncia.

—Yo le daré el biberón —digo.

Lea asiente. Va hasta la cuna, toma a Kylie en brazos y lo deposita en los míos.

—¿Tienes hambre, princesa? —digo, acariciándole el pelito. Lea me acerca el biberón y cuando lo pongo en la boca de Kylie, comienza a beber como si no hubiera un mañana—. Ya veo que sí —me contesto a mí mismo.

Cuando termina, la ayudo a que eructe y la mezo entre los brazos. Desde que los bebés nacieron, este es uno de los mejores momentos del día, sin lugar a dudas, cuando regreso del despacho y puedo disfrutar de ellos y ver cómo crecen.

Me sigue pareciendo increíble que pueda quererlos tanto como los quiero, que sea capaz de dar mi propia vida por la de ellos, si es necesario. El amor que siento por James y Kylie es tan puro, tan inmenso...

Mientras la sostengo en brazos, me inclino y le beso la rosada mejilla. No sé si son los pelos de la barba sin afeitar que cosquillean su delicada piel, pero Kylie sonrío y, al verla, me quedo embobado.

—Lea, ¡ha sonreído! —digo—. ¡Kylie ha sonreído! ¿La has visto? —le pregunto—. No pensé que pudieran sonreír siendo tan pequeños...

Lea se acerca y besa a la niña en la frente.

—Bueno, los bebés sonrían incluso estando en el vientre materno —me explica.

—¿Ah, sí?

—Sí. Según he leído, es un acto reflejo, un acto involuntario e inconsciente, aunque lo hacen porque tienen sensaciones placenteras. ¿Sabes que la llaman «la sonrisa a los ángeles»?

—¿Y por qué la denominan así? —curioso, sin dejar de mirar la carita sonrosada de Kylie.

—Porque no va dirigida a nadie y porque, mal que nos pese, no la despertamos los padres —contesta Lea—. Por lo menos, no cuando son tan pequeños. No tiene una función comunicativa.

Pese a esa supuesta teoría, yo estoy feliz de haber sido testigo de la primera sonrisa de Kylie, aunque se trate de un acto mecánico. Esperanzado por que se repita, le hago una carantoña en la cara con el dedo índice, para ver si logro que vuelva a sonreír y desmontar esa hipótesis, pero no lo consigo. Sin embargo, lo sigo intentando.

—Jamás hubiera pensado que te volverías tan loco por los pequeños —observa Lea, tomando de nuevo la palabra.

Sonrío.

—Ni yo tampoco, la verdad —confieso—. Reconozco que, hasta que nacieron, hasta que los tuve en brazos, no sabía qué tipo de amor podía darles ni en qué medida.

La sombra de la alexitimia siempre ha planeado sobre mí como un fantasma. Pero son tan pequeños y tan dulces... —digo—. Tan indefensos... ¿Te has fijado en los ojos de Kylie? —le pregunto a Lea.

—Sí, son azules y rasgados, tan bonitos como los tuyos —responde ella.

—Son más bonitos que los míos —afirmo, con el pecho hinchado de orgullo—. ¿Y has visto los ojos de James? Son de color bronce, como los tuyos. Kylie es igual que yo y James igual que tú. La genética es muy caprichosa —apunto.

—Sí, es muy caprichosa —me da la razón Lea, sonriendo. Vuelve el rostro hacia los peluches—. Tenemos que subirlos a su habitación —dice—. Aunque no creo que puedan dormir con ellos —bromea.

—Yo tampoco creo que puedan —digo en tono mordaz.

—Ni ahora ni en los próximos... veinte años. Madre mía, son diez veces más grandes que ellos. —Lea se echa a reír mientras se coloca unos mechones de pelo detrás de las orejas—. Voy a ir subiendo el de Kylie —anuncia.

Coge el peluche y como buenamente puede lo lleva escaleras arriba.

CAPÍTULO 19

—¿Ya tenéis preparados los últimos detalles de la boda? —me pregunta Michael.

—Sí —respondo—. Lea y yo nos hemos pasado las últimas semanas escogiendo el menú, las flores, los regalos para los invitados, la ropa que van a llevar los pequeños...

—¿Así que ya estás en capilla?

—Sí, totalmente.

—Nunca pensé que te vería casado, Darrell —afirma Michael.

—Yo tampoco me veía pasando por la vicaría, para ser te sincero —digo—. Pero tampoco me veía enamorado y siendo padre de dos hijos —añado.

—Te ha cambiado mucho la vida en poco tiempo.

—La verdad es que sí, y todo gracias a Lea —digo—. Desde que ella llegó a mí vida, nada ha vuelto a ser lo mismo. Y menos mal que nada ha vuelto a ser lo mismo. Bendito el día que decidí hacerle mi proposición. Y bendito el día que decidí hacerle la petición de matrimonio.

—¿Ya sabes dónde os vais de luna de miel?

Asiento.

—Lo tengo cerrado desde hace unos días —respondo—. Como no me decidía por un lugar concreto, he hecho una lista digamos que... bastante extensa de sitios a los que quiero llevar a Lea. Quiero que sea una sorpresa para ella, así que no le he dicho nada.

—¿Y los bebés? ¿Van con vosotros?

—No —niego—. Me ha costado convencer a Lea, porque no quiere desprenderse de ellos, pero finalmente se van a quedar con mi madre —le explico a Michael—. Entiendo a Lea, porque a mí me sucede lo mismo, pero creo que lo mejor es que se queden aquí.

—Es lógico que disfrutéis de la luna de miel a solas —apunta él—. Si por buenas es, no volveréis a tener una luna de miel... juntos —dice con ironía—. Entiendo luna de miel como viaje de novios que tiene lugar justo después de casarse.

—Eso espero —señalo con el mismo matiz mordaz que ha usado él—. Créeme que no tengo ninguna intención de volver a contraer matrimonio, a no ser que sea otra vez con Lea.

—Oh..., *l'amour* —se burla Michael pronunciando «el amor» en un perfecto francés y poniendo los ojos en blanco en actitud teatral.

Muevo la cabeza, negando en silencio.

—¿Vas a ir con alguien a la boda? —le pregunto.

—No. Iré solo.

—¿No vas a llevar a alguna de tus últimas conquistas?
—Prefiero ir solo —responde—. Llevo un par de semanas sin estar con nadie.
Entorno los ojos. Me levanto del sillón de detrás del escritorio, me aproximo a Michael y, cómicamente, apoyo la mano en su frente.
—¿Tienes fiebre? —me mofo.
—¡Vamos, Darrell! —exclama Michael.
—Te lo pregunto en serio —digo, aunque mi tono sigue siendo de broma. Aparto la mano de su cara—. ¿Tienes fiebre o te has dado un golpe en la cabeza?
—¿Tienes fiebre o te has dado un golpe en la cabeza? —repite Michael, imitando mi voz grave y profunda—. Simplemente estoy hasta arriba de trabajo. No tengo tiempo ni para echar un polvo —se queja. Chasquea la lengua—. La culpa es tuya...
Se me escapa una risilla.
—¿Qué la culpa es mía?
—Claro, eres mi jefe.
—¿Desde cuándo para ti la falta de tiempo ha sido un impedimento para follar? —inquiero—. Tú siempre te las apañas para encontrar oportunidades y sacar *tiempo*, aunque sea de debajo de las piedras. —Hago una pausa—. De todas formas, no te preocupes. Ya sabes lo que dicen: de una boda sale otra boda. Quizás de la mía...
—¡Eh, eh, eh, para! —me frena Michael en seco—. Una cosa es que de tu boda saque un par de teléfonos de posibles candidatas a pasar por mi cama y otra distinta es que salga una boda. No te aceleres tanto, corre caminos.
Sacudo ligeramente la cabeza.
—No voy a hacer carrera de ti —apunto.
Michael se encoje de hombros.
—Ya me conoces.
—¿En serio no te planteas sentar la cabeza? —le pregunto—. No sé... algún día... Aunque ese día este lejano.
Hace como que piensa la respuesta.
—No —niega—. Mi estado natural es la soltería —añade con vanidad—. Ser soltero es muy divertido.
—¿Sabes qué? Me gustaría que un día te enamoraras para que te pudieras comer tus palabras —le digo sarcástico.
Michael lanza al aire una sonora carcajada que resuena en todo el despacho.
—No lo verán tus ojos —se vanagloria.
—O sí —le desafío.
Porque estoy convencido de que un día, el más inesperado, aparecerá en su vida esa mujer especial que le haga perder su sempiterna soltería y sentar la cabeza.
—No todos hemos tenido la suerte de encontrar una mujer por la que merezca perder la libertad —comenta Michael—. No todos hemos tenido la suerte de encontrar una mujer como Lea.
Alzo las cejas y le apunto con el dedo índice.
—Ten cuidado con lo que dices —le amenazo en tono de broma—. He matado por menos.

Michael alza los brazos y me muestra las palmas de las manos en son de paz.

—Tranquilo —dice—. Soy consciente de que Lea es tuya y solo tuya. Por nada del mundo me atrevería a poner mis ojos en ella. Pese a que sea un mujeriego, hay cosas que para mí son sagradas. Pero tienes que reconocer que has tenido mucha suerte al encontrarla. Es inteligente, sensata, simpática y además, guapa —añade—. Me dijiste que no tenía una hermana gemela, ¿verdad? —sigue bromeando.

—Siento decirte que no —respondo en el mismo tono.

Los labios de Michael se curvan hacia abajo.

En esos momentos suena el teléfono de mi despacho, interrumpiendo la conversación. Rodeo la mesa hasta alcanzarlo y lo descuelgo.

—¿Sí? —respondo.

—Señor Baker...

—Dígame, Susan.

—Ya he hecho la reserva en el hotel *Luxury Orange*, tal y como pidió —dice.

—Gracias —respondo.

—¿Necesita que me encargue de alguna cosa más? —se ofrece, con la servicialidad que le caracteriza y que parece haberse acentuado los últimos meses.

—No, Susan. Gracias.

—A su disposición, Señor Baker.

Cuelgo con Susan.

—Lea y yo vamos a pasar la noche antes de la boda en hoteles distintos —digo a Michael—. Susan me acaba de confirmar que tengo lista la reserva en el Hotel *Luxury Orange*. Así hacemos crecer la emoción.

—Y las ganas —se adelanta a señalar Michael, guiñándome un ojo.

—Y las ganas —repito, dándole la razón—. Aunque reconozco que a mí nunca me faltan.

—Bueno, Darrell, siempre has sido muy sexual. Ese era uno de los motivos por el que alquilabas una habitación en tu casa a cambio de sexo; además, eres muy impaciente.

—Sí, lo reconozco, pero con Lea es desfasado —matizo—. No sé lo que me pasa con ella. Supongo que será el amor, pero no soy capaz de quitarle las manos de encima. Nunca he sido capaz, ni siquiera cuando nuestra relación estaba basada en el contrato que firmamos.

Michael carcajea.

—No te rías —lo amonesto, pero no lo hago de manera seria—. Lea es puro vicio para mí.

Lea

CAPÍTULO 20

Lissa se lleva las manos a la boca cuando me ve vestida de novia. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—¡Joder, Lea! ¡Estás preciosa! —dice—. Preciosa... A Darrell se le va a caer la baba cuando te vea —bromea con su acostumbrado desparpajo.

Sonrío.

—Gracias, Lissa —digo.

El vestido es sencillo, alejado de cualquier ostentuosidad, con un vuelo medio en la falda, aunque es elegantísimo. El escote es palabra de honor con la espalda y los hombros cubiertos de transparencias y encaje blanco y un largo velo de varios metros que cae por detrás.

—Pareces una princesa —interviene tía Emily, que se encuentra a un par de pasos de mí. A su lado, de pie, tía Rosy está tan emocionada que apenas puede articular palabra.

—Si te vieran tus padres... —es capaz de decir únicamente, con la voz quebrada.

—Mitch y Ruth se sentirían tan orgullosos de ti en estos momentos —afirma tía Emily, sorbiendo por la nariz.

La mención y el recuerdo de mis padres hacen que los ojos se me humedezcan. Una lágrima se precipita por mi mejilla. Me gustaría tanto que estuvieran aquí conmigo, acompañándome.

—No llores... —me dice Lissa, que se apresura a levantarse y a enjugarme el rostro con sumo cuidado para que no se me corra el maquillaje—. Hoy tiene que ser un día feliz. El día más feliz de tu vida.

Asiento en silencio con la cabeza. Sin previo aviso, Lissa me estrecha entre sus brazos para consolarme.

Para restar un poco de tristeza al momento, tía Emily se acerca y me coloca una pequeña flor blanca en uno de los lados del semirecogido que me han hecho en la melena. Seguidamente, tía Rosy me tiende una cajita de terciopelo azul oscuro en la que descansan unos preciosos pendientes de piedras transparentes. Son unos pendientes que pertenecieron a mi madre, y que mejor ocasión que esta para lucirlos.

—Aquí tienes —dice.

Cojo uno y me lo pongo en la oreja mientras trato de reprimir las lágrimas. Hago lo mismo con el otro.

En esos momentos, llaman a la puerta de la habitación.

—Adelante —decimos todas casi al unísono.

Tío Rod, el hermano mayor de mi madre, asoma discretamente su cabeza de incipiente pelo canoso por la puerta. Es un hombre delgado y de rostro fino, que guarda un enorme parecido con mi madre.

—¿Estás lista? —me pregunta.

—Sí, tío —afirmo.

—Bien, entonces no hagamos esperar más al novio —dice, con una amplia sonrisa dibujada en la boca—. Se está empezando a impacientar.

Lissa, tía Emily y tía Rosy también sonrén. Me levanto ligeramente el vestido para no tropezarme y enfilo los pasos hacia la puerta. Cuando cruzo el umbral, tío Rod me ofrece el brazo amablemente.

—Estás preciosa —dice rotundo.

—Gracias —digo feliz, mientras me agarro a él.

Me da un beso en la frente de forma paternal. Sonrío, agradecida de que haya accedido con la mejor de las voluntades a ser el padrino de la boda. Respiro hondo y sin mediar más palabras, nos dirigimos al jardín de la casa nueva, la que Darrell me regaló para mi cumpleaños, donde hemos decidido que celebraríamos la ceremonia y a la que nos mudaremos después de venir de la luna de miel.

Bajamos las escaleras y cruzamos el salón. Intento mantener la calma y que mis pasos sean seguros para no dar un tropezón y acabar de bruces en el suelo, pero las piernas no dejan de temblarme. Estoy terriblemente nerviosa y también terriblemente emocionada. Las dos cosas a partes iguales.

¡Oh, Dios! ¡Voy a casarme con Darrell Baker! ¡Con Darrell Baker! No me lo puedo creer.

Después de todo contra lo que hemos tenido que luchar. Su enfermedad, la entrada en la cárcel... Mantén la calma, Lea, me ordeno en silencio. Mantén la calma.

Cuando salimos al jardín, los invitados se giran hacia mí y de pronto me siento el centro de todas las miradas. Sonrío con timidez a unos y a otros, al tiempo que noto como mis mejillas se sonrojan tenuemente. Me aferro con fuerza al brazo de tío Rod para que me sujete.

Sobre nuestras cabezas, el cielo está desnudo de nubes y posee un azul turquesa casi efervescente. La brisa suave trae un sutil aroma a flores y a hierba buena que inunda la atmósfera y que, por momentos, me transporta a un lugar de ensueño.

A mí derecha, en su sillita gemelar, están James y Kylie con Jenna, la hermana de Darrell, que se ha ocupado de ellos mientras me vestían. Al pasar, alcanzo a ver que duermen plácidamente. Sonrío a Jenna, que me devuelve el gesto y me lanza un beso.

Levanto la mirada y me encuentro con Darrell, que me está esperando debajo del frondoso arco de flores, al fondo del sendero que dibuja la alfombra escarlata que discurre por el suelo. Va vestido con un ajustado traje negro, chaleco gris brillante, camisa blanca y corbata roja. La luz del sol centellea en el alfiler que la sujeta a la camisa.

¡Madre mía! ¡Está guapísimo!

Me sonrío con dulzura sin despegar los labios, con una de esas sonrisas que me funden por dentro, y me contempla con una suerte de devoción en los ojos que aumenta según avanzo hacia él del brazo de mi tío.

Cuando lo alcanzamos, Rod me entrega a Darrell, que me coge de la mano. Se inclina y deposita en mi mejilla un beso tierno. Sonrío.

—Estás radiante, mi pequeña loquita —me susurra al oído con voz amorosa.

—Gracias —musito—. Tú también estás muy guapo —le digo—. Aunque tú siempre estás guapo —añado a media voz.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Un poco nerviosa —apunto.

Darrell me aprieta la mano para darme confianza.

—Tranquila —me dice, acariciándome delicadamente la mejilla.

Asiento y exhalo un poco de aire.

—¿Doy ya comienzo a la ceremonia? —nos pregunta el sacerdote.

Nos giramos hacia él.

—Sí, cuando quiera —responde Darrell.

—Tomad asiento, por favor —nos indica—. ¿Venís a contraer matrimonio libre y voluntariamente, sin que nadie os presione? —nos pregunta en tono sobrio.

—Sí, venimos libre y voluntariamente —decimos al mismo tiempo.

—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente durante toda la vida?

Darrell y yo nos miramos con un gesto cómplice. Asentimos con la cabeza.

—Sí, estamos decididos —respondemos a la vez.

Volvemos la vista al sacerdote, que continúa hablando.

—Así pues, ya que queréis contraer matrimonio, unid vuestras manos y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia.

Darrell alarga el brazo y me coge la mano. Abre la boca para hablar.

—Yo, Darrell, te acepto a ti, Lea, como mi esposa, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Sus ojos sonrían. Es mi turno.

—Yo, Lea, te acepto a ti, Darrell, como mi esposo, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida —parafraseo.

El sacerdote toma la palabra de nuevo.

—Que el Señor confirme este consentimiento que acabáis de manifestar ante la Iglesia —dice, haciendo una cruz en el aire—, y cumpla en vosotros su bendición.

Cuando termina de decir esto, hace una señal para que el padrino saque los anillos. Tío Rod, pendiente en todo momento de nosotros y de su papel en la ceremonia, introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta, extrae una cajita plateada, abre la tapa y se la ofrece a Darrell, que se apresura a coger uno de los anillos que hay en su interior.

Darrell alza la vista y me guiña un ojo. Después, con habilidad, me coloca el anillo en el dedo anular.

—Lea, recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti —dice.
Tío Rod me tiende la cajita. Cojo el anillo que queda y sonriendo, se lo pongo a Darrell en el dedo anular, como él ha hecho en el mío.
—Darrell, recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti —digo.
—Lo que Dios acaba de unir que no lo separe el hombre —concluye el sacerdote en tono solemne—. Puede besar a la novia.
Darrell se gira hacia mí, acerca su rostro al mío y me besa en los labios. Detrás de nosotros, los invitados rompen en un estrepitoso coro de aplausos.
—Ya no te escapas —bromea Darrell, rozando su nariz con la mía—. No ahora que eres Leandra Baker.
Lanzo al aire una risilla. Un puñado de pétalos de rosa cae sobre nosotros. Seguidamente, los invitados comienzan a acercarse para felicitarnos. Lissa es la primera en abrazarme.
—¡Enhorabuena! —exclama.
—Gracias —digo entusiasmada.
Nos fundimos en un caluroso abrazo. Cuando nos separamos, me felicita Joey, el que, desde hace unos meses, es el novio oficial de Lissa.
—Gracias, Joey.
—Cuídala —oigo que le dice Lissa a Darrell, detrás de mí. Lo hace en tono de broma, pero también hay un viso de advertencia.
—Lo prometo —responde él.
En esos momentos, tía Emily emerge entre la gente, se aproxima a mí, me da un beso en la mejilla y envuelve mis manos con las suyas en un gesto lleno de cariño.
—Espero que seáis muy felices —dice, echa un mar de lágrimas—. Os lo merecéis.
—Muchas gracias, tía Emily —agradezco sus buenos deseos.
—Leandra, enhorabuena, cariño.
Ahora es tía Rosy quien me felicita.
—Gracias.
La aprieto contra mí durante unos instantes.
—Muchas felicidades, parejita —dice Michael. Giramos el rostro hacia él—. Primero las damas —apunta, abriendo los brazos hacia mí. Sonrío, me adelanto un par de pasos y lo abrazo. Michael me estrecha contra él con cariño
—Muchas gracias —le agradezco.
—Felicidades, cabronazo —le dice a Darrell, abrazándole con fuerza y dándole unas cuantas palmadas en la espalda —. Que seáis muy felices.
—Gracias, Michael —corresponde Darrell con visible entusiasmo.
Detrás de Michael están William y Margaret, esperando su turno.
—Enhorabuena, Lea —me dice Margaret, abrazándome como si fuera una madre—. Estás preciosa —añade, visiblemente emocionada.
—Gracias, Margaret.
—Soy una tonta —comenta, enjugándose las lágrimas con un pañuelo—. Siempre acabo llorando en las bodas. No tengo remedio.
—No te preocupes —apunto en tono distendido.

—Felicidades.

La que suena es la voz de William.

—Muchas gracias —digo.

—Que seáis muy felices.

—Gracias —vuelvo a decir.

Después es Janice, la madre de Darrell y sus hermanos, Andrew y Jenna, los que se turnan para felicitarnos, hasta que todos los invitados se unen a ellos y nos dan su más sincera enhorabuena.

CAPÍTULO 21

—Os agradezco mucho que os estéis ocupando de James y de Kylie —les digo a Janice y a Jenna.

—No tienes absolutamente nada que agradecemos, Lea. Por Dios. Para mi madre y para mí es un placer —dice Jenna—. Además, mira qué bien se están portando... Son unos angelitos.

—No lo son tanto cuando tienen hambre —la contradigo en broma—. Pero la verdad es que hoy se están comportando muy bien.

—Son un amor —añade Janice con los ojos embelesados, propios de una abuela.

Mientras hablo con Janice y con Jenna, Michael se acerca a Darrell.

—Me he estado fijando en Lissa, la amiga de Lea... —le oigo decir, y aunque lo hace en un tono discreto, no puedo evitar escucharle.

—Michael... —lo amonesta Darrell.

No puedo evitar poner la oreja.

—¿Qué? —increpa Michael, encogiéndose de hombros—. Es... encantadora — comenta con malicia—. Lo pude comprobar el día que me la encontré en el hospital, cuando Lea sufrió la amenaza de aborto y, además, es muy mona. Hoy está preciosa — observa.

En mi interior, abro los ojos como platos. *¿A Michael le gusta Lissa? ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!*

—No voy a permitir que le echés tus zarpas encima a Lissa —le advierte Darrell en broma.

—¿Por qué? —pregunta Michael con voz inocente, como si no supiera por qué Darrell le dice lo que le dice.

—Porque te conozco —le responde Darrell—. Sé lo que harás con ella. Te la tirarás un par de veces, tres a lo sumo, y después la dejarás sin más, como haces con todas. — Darrell hace un silencio—. Que no se te olvide que no es cualquier chica, es la mejor amiga de Lea, es como su hermana. No voy a consentir que le hagas daño.

—Que mal concepto tienes de mí —se burla con ironía Michael.

—Cría fama y échate a dormir —apunta Darrell—. Además, Lissa tiene novio — arguye—. ¿Ves a ese chico de allí? —No puedo ver hacia dónde apunta Darrell, pero me imagino que lo hace en dirección a Joey, que está al otro del jardín—. Pues es su pareja desde hace algunos meses, y según me ha contado Lea, están muy enamorados. Así que no vayas a estropear su historia por un polvo.

Michael suspira.

—Es una lástima... —se lamenta resignado. Sin embargo, parece poco convencido—. Una verdadera lástima... Seguro que nos hubiéramos divertido mucho juntos.

—Búscate a otra para divertirme —dice Darrell.

¡Madre mía! ¿Debería decirle a Lissa que le gusta a Michael? Me paro a pensar durante unos instantes. No, me respondo a mí misma. ¿Para qué? Darrell tiene razón; Michael es un mujeriego empedernido. Para él las mujeres son solo un capricho. No se toma a ninguna en serio. Además, Lissa está loca por Joey.

En esos momentos alzo la mirada y la veo correr hacia él, abalanzarse a su cuello y darle un beso, que el corresponde con dulzura. Sonrío mientras observo la escena a lo lejos.

Michael no está enamorado de Lissa. Simplemente quiere pasar un buen rato con ella. Lo mejor es que guarde silencio. Por nada del mundo quiero que le hagan daño a Lissa. Mucho menos ahora, que ha conseguido una estabilidad emocional con Joey. Aunque sé sobradamente que Michael le gustaría; es guapo y varonil. Tiene el cabello rubio oscuro, los ojos grises y penetrantes, sonrisa seductora y rasgos marcados. Vamos, el hombre perfecto para Lissa. Tan perfecto para ella como lo es Joey.

—Lea... Lea...

La voz de Jenna me saca de mi ensimismamiento. Giro el rostro hacia ella, mientras vuelvo en mí. Jenna me mira con expresión interrogativa.

—Lo siento —me disculpo—. Se me ha ido el santo al cielo...

—No importa —dice Jenna con una sonrisa afable asomando a los labios—. Es normal, es tu boda. Los nervios, la emoción... Tienes que tener mil cosas en la cabeza. ¿Te preguntaba cuándo os vais de luna de miel?

—Mañana por la tarde —contesto.

—¿Y dónde vais?

—No lo sé. Tu hermano no ha querido decírmelo. Es una sorpresa.

—Con Darrell nunca se sabe —interviene Janice, su madre—. A saber dónde te lleva...

—Lo malo es que no sé si tengo que llevar ropa de verano o de invierno —bromeo. Nos echamos a reír.

El pequeño cuarteto de cuerda que hemos contratado y que está tocando en el kiosco de madera y hierro forjado situado en mitad del jardín, comienza a elevar al aire las notas de un vals.

Darrell se acerca a mí y me tiende la mano con una sonrisa que se extiende a lo largo de su rostro de rasgos angulosos. Me recojo la cola del vestido, tomo la mano de Darrell y me levanto de la silla.

—Pensé que no sabías bailar —le digo cuando empezamos a danzar a la derecha y a la izquierda.

—Y no sé. Esa es una de las cosas que tampoco ha cambiado en mí. Sigo teniendo dos pies izquierdos, como dices tú —ríe—. Pero cualquier cosa me viene bien como excusa para tenerte cerca —afirma, tirando de mi cintura y pegándome a él.

—¿Estás tratando de llevarme a la cama? —le pregunto traviesa.

—Siempre —responde tajante, dedicándome una mirada felina.

Rodeo su nuca con mis manos, lo atraigo hacia mí y lo beso dulcemente. Alguien me toca el hombro por detrás.

—¿Me concedes esté baile? —me dice Andrew.

—Por supuesto —respondo.

Lissa se acerca a Darrell y comienza a bailar con él, o a intentarlo. Transcurrido un rato, Jenna sustituye a Lissa y en el lugar de Andrew, aparece Michael. Podría aprovechar y comentarle algo de Lissa, pero creo que Darrell se lo ha dejado bastante claro y, además, reconozco que yo no quedaría en un buen lugar, visto que lo sé porque los he estado escuchando, pese a que no ha sido intencionadamente. Lo mejor es dejarlo correr. Estoy segura de que mañana mismo Michael le habrá echado el ojo a otra chica, o a otras dos.

Antes de que me dé cuenta, estoy bailando con tío Rod y tía Emily no ha desaprovechado la ocasión para agarrar a Michael. Hay que reconocer que no tiene mal gusto.

Miro por encima del hombro de tío Rod y veo que Darrell está bailando con su madre y compartiendo con ella alguna confidencia.

—¿Cómo estás? —me pregunta tío Rod.

—Muy bien —respondo sonriente—. Todo está saliendo bien y eso me tranquiliza.

—¿Ya se han pasado los nervios?

—Sí —asiento—. Por cierto, tío, muchas gracias por haber sido mi padrino —le comento.

—No tienes que darme las gracias por nada, Leandra. Lo he hecho encantado. Para mí ha sido un placer —dice, guiñándome un ojo con complicidad.

Sonrío.

En esos momentos se acerca Matt.

—¿Bailas conmigo? —me pregunta.

—¡Claro, Matt! —respondo, agarrándole del brazo.

Empezamos a movernos por la improvisada pista de baile. Mientras vamos de un lado a otro con más o menos ritmo, reparo en que Darrell, que está bailando con tía Rosy, no nos quita los ojos de encima o, más bien, no se los quita de encima a Matt.

No puso ninguna objeción cuando le dije que iba a invitarlo a la boda —es lógico que lo invitase, es mi amigo—, pero soy consciente de que no le hizo mucha gracia. Todavía no acaba de entender que Matt es inofensivo.

Le veo decir algo a tía Rosy mientras me mira de reojo. Segundos después se separa de ella. Seguro que se ha disculpado por detener el baile. Para mi sorpresa, viene hacia nosotros. Trago saliva y pienso rápidamente en una excusa que poder dar a Matt para dejar de bailar con él. Afortunadamente la canción se acaba. Respiro aliviada y nos apartamos el uno del otro.

—Gracias, Matt —le digo con voz precipitada.

—Es un placer bailar contigo, Lea —apunta Matt, sonriéndome con algo de timidez.

Le devuelvo el gesto.

—Tenemos que irnos —dice Darrell cuando finalmente nos alcanza.

—Nos vamos ya —le digo a Matt.

Matt asiente con una ligera inclinación de cabeza.

—Que te vaya bien —me desea.

—Gracias.

Darrell me coge de la mano y tira de mí.

CAPÍTULO 22

—Darrell, ¿ocurre algo? —le pregunto cuando me lleva a solas a uno de los rincones del jardín, iluminado por un par de focos que desprenden una hermosa luz blanca, como si fuera la luna.

—No —niega—. Simplemente tengo ganas de ti —me dice con voz ansiosa, paseando sus ojos por mi rostro. Contrae las mandíbulas y me acaricia los labios con el dedo pulgar.

Sin darme tiempo a reaccionar, me coge la cara entre las manos, me acerca a él y me besa con una pasión desmedida, introduciendo la lengua en mi boca y recorriendo con ella cada recoveco—. Simplemente tengo ganas de ti —susurra de nuevo, tratando de convencerme y tal vez, de convencerse a sí mismo.

Pero yo sé que no es del todo cierto. Está así porque me ha visto bailar con Matt.

—Darrell... —musito, cuando puedo coger aire.

Darrell se separa de mí unos centímetros y me mira fijamente. Sus ojos vibran. Me muerdo el labio inferior. Se inclina y apoya su frente en la mía. Durante unos segundos se mantiene así, respirando mi aliento.

—Hay cosas que sigo gestionando mal —confiesa.

Suspiro.

—Está bien —digo comprensiva. Sé perfectamente que se refiere a los celos que siente por Matt. Pero no quiero discutir. Hoy no; es el día de mi boda—. Está bien, Darrell... —repito, pegada a su boca.

Darrell guarda silencio. Acerca su rostro al mío y vuelve a besarme.

—Vámonos ya —dice en tono sugestivo—. No te imaginas las ganas que tengo de quitarte el vestido.

—Tenemos que despedirnos de los invitados y de los bebés.

—En estos momentos no tengo la paciencia suficiente para despedirme de los invitados, solo tengo tiempo para James y Kylie, por supuesto.

—¡Darrell! —exclamo en voz baja, amonestándole.

Se encoje de hombros sin inmutar la expresión del rostro. Pongo los ojos en blanco.

—Nos vamos —le anuncia discretamente Darrell a su madre.

—No os preocupéis, nosotros nos ocupamos de los invitados —dice Janice.

—Gracias, mamá. —Darrell se inclina sobre la sillita gemelar y da un beso a los pequeños, que están despiertos, pero tranquilos.

—Hasta mañana, pequeñines —me despido, llenándoles de besos.

Sin embargo, me cuesta irme sin ellos. Es la primera noche que no van a estar con nosotros y la sensación es muy extraña.

—Lea, van a estar bien —me dice Darrell cuando ve que la despedida se alarga.

—Lo sé... Lo sé... —murmuro.

Solo van a ser unas horas, me digo a mí misma en silencio.

Finalmente me incorporo.

—¿Os vais? —me pregunta Lissa, que llega corriendo en esos momentos.

—Sí —afirmo.

—Antes de irte tienes que lanzar el ramo —dice—. A ver si con un poco de suerte lo pilló —añade, guiñándome el ojo.

—Tienes razón.

Cojo el ramo de flores de encima de la mesa. Cuando me giro, las chicas solteras ya están preparadas.

—¿Listas? —les pregunto, mirando de reojo a Lissa.

—Sí —corean todas.

Me doy la vuelta de espaldas y lanzo el ramo por encima de mi hombro. Escucho un guirigay de voces.

—¡Mío! ¡Mío! ¡Mío! —oigo gritar a Lissa, con su acostumbrada manía de repetir las cosas tres veces.

Me doy la vuelta y la veo saltar con el ramo en la mano. Sonrío. El resto de las chicas ríe y se apresura a felicitarla. Me acerco a ella.

—¡Enhorabuena! —exclamo, fundiéndome con ella en un caluroso abrazo.

—Gracias, cariño —dice Lissa, entusiasmada.

—Dale a Joey la enhorabuena de mi parte —apunto en tono de broma—. Al fin y al cabo, él va a ser el futuro marido.

Nos echamos a reír con una complicidad casi palpable.

—Disfruta de tu noche de bodas —me desea Lissa con voz pícara cuando deshacemos el abrazo—. Creo que Darrell está algo... impaciente —dice, mirándolo.

Asiento y vuelvo a abrazarla a modo de despedida. No sé la razón, quizá es el cúmulo de emociones, pero los ojos se me llenan de lágrimas.

—Ya hablaremos —digo.

—Se muy feliz, ¿vale? —señala Lissa, que de pronto también tiene la mirada vidriosa.

—Sí —respondo, con un nudo en la garganta.

—Ahora, vete, que te están esperando —susurra.

Me doy media vuelta y veo a Darrell al otro lado del jardín, junto a la puerta acristalada del salón, esperándome de pie; elegante como solo él sabe serlo. Me levanto el vestido y camino hacia donde se encuentra. Me tiende la mano cuando estoy a punto de alcanzarlo y la cojo.

—¿Estás bien? —me pregunta, al ver que tengo los ojos llorosos.

—Sí —afirmo.

Sonríe de esa manera que me encanta y que hace que se me pasen todos los males. Entramos en casa cogidos de la mano, y cogidos de la mano atravesamos el salón.

—Woody, el chófer, ya ha metido las bolsas del equipaje en el coche —comenta Darrell—. Nos está esperando en la puerta.

—¿Están listos, señor Baker? —le pregunta Woody cuando salimos de casa.

—Sí —responde Darrell.

—Bien.

Woody asiente y abre la puerta de atrás de otro de los coches del que desde hace unas horas es mi esposo, un Porsche de color negro. Suena tan extraño y a la vez tan maravilloso. Mi esposo. Darrell Baker, mi esposo.

Darrell coge el vestido y me ayuda a entrar en el coche. Unos instantes después él se introduce por la otra puerta. Se acomoda en el asiento de cuero y me mira.

—¿Qué? —le pregunto, mordiéndome el interior del carrillo. Conozco esa mirada y sé lo que significa.

Darrell coge mi mano, se la lleva a los labios y la besa amorosamente, recreándose en el gesto sin apartar ni un solo segundo los ojos de mí.

—¿Te he dicho que me muero de ganas de quitarte el vestido? —me pregunta con voz extremadamente suave y extremadamente peligrosa. Un golpe de calor sube hasta mis mejillas. Darrell sonríe con los ojos entornados—. Aunque ya seas la señora Baker, me encanta seguir ruborizarte —dice.

—Creo que eso es algo que no voy a poder controlar ni en cien años —comento.

—Espero que sea así —apostilla Darrell—. Mira cómo me pone tu rubor.

Baja mi mano hasta su entrepierna y pone la suya encima. Solo me basta una décima de segundo para comprobar que su miembro está duro como una piedra; listo para entrar en acción en cualquier momento.

Noto que el calor crece en mi rostro. Estoy ruborizada hasta la raíz del cabello. Giro los ojos hacia el chófer. Nerviosa, me mordisqueo el interior del carrillo.

¿Y si nos ve por el espejo retrovisor? ¿Y si ve que le estoy tocando el paquete a Darrell?

Tengo todo el derecho, es mi marido. Pero también es cierto que quizás no son buenos modos hacerlo delante de una tercera persona.

No creo que alcance a vernos, concluyo rápidamente, el interior del coche está protegido por una semipenumbra que oculta nuestras fechorías. Pero, ¿y si puede verlo con el resplandor que emiten las luces de Nueva York que se cuele dentro del Porsche?

Sacudo la cabeza casi de manera imperceptible.

Sonrío para mis adentros.

Y, sin embargo, no hago nada para retirar la mano ni quiero que Darrell la aparte. Hay algo excitante en la situación, algo que está despertando mi lado más perverso. Vuelvo la vista hacia él. Está observando mi reacción con ojos divertidos, pero su rostro sigue inmutable.

Pícara, muevo la mano ligeramente y le acaricio el miembro por encima del pantalón, que da la impresión de que está a punto de estallar.

Darrell centra la mirada en mis ojos. Los escruta detenidamente tratando de leer lo que está pasando por mi mente. A sus labios asoma un amago de sonrisa cuando paseo la mano de arriba abajo a lo largo de su erección. Aprieta las mandíbulas y expulsa el aire con un siseo a través de los dientes.

—Señores Baker, hemos llegamos.

La voz formal de Woody nos devuelve a la realidad. Darrell y yo intercambiamos una sonrisa de medio lado llena de complicidad.

CAPÍTULO 23

Darrell me da la mano y me ayuda a bajar del coche. Antes siquiera de que ponga los pies en el suelo, un botones sale a darnos la bienvenida y a buscar nuestras maletas.

Para pasar la noche de bodas, Darrell ha alquilado una habitación en uno de los hoteles de lujo más caros de Nueva York, si no es el más caro, situado en la periferia. Evidentemente no puse ninguna objeción. Le dejé hacer, porque sino terminaríamos discutiendo.

—Su suite ya está lista, señor Baker —dice la recepcionista, tendiéndole la llave-tarjeta. Una chica morena, de pelo largo liso, vestida con un impecable traje de falda y chaqueta de color azul oscuro.

Darrell asiente, tomando la llave-tarjeta de la mano.

—Qué tengan una feliz estancia y enhorabuena por su boda. —La recepcionista vuelve a hacer uso de la palabra.

—Gracias —respondemos a la vez.

—El botones ya ha dejado sus maletas en la suite —nos comenta.

—Perfecto —dice Darrell.

El ascensor nos sube hasta el último piso, donde está nuestra suite, la única habitación que hay en toda la planta.

Darrell abre la puerta y se vuelve hacia mí. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, me coge en brazos y cruza el umbral conmigo. Le sonrío. Cierra con un pequeño golpe de talón y me deja de pie en mitad de la habitación.

—Wow... —musito.

Recorro el perímetro de la estancia con la mirada embelesada. La suite es enorme y con un toque de sofisticación, decorada en negro y plata, con una cama redonda de dimensiones imperiales, vestida con sábanas de raso y llena de cojines y almohadones. Hay un sofá de tres plazas junto a la entrada y otro de dos, formando un ángulo recto en cuyo interior se sitúa una mesa auxiliar de cristal negro.

En uno de los rincones hay un jacuzzi del mismo tamaño que la cama. Al lado una mesita de cristal con una botella de champán, dos copas y un cuenco de fresas. El suelo, cubierto de moqueta de color granate, y los muebles, están salpicados de pequeñas velas aromáticas.

—Veo que te gusta —observa Darrell, justo detrás de mí.

—Es preciosa —digo.

—Tú sí que eres preciosa —susurra, pegado a mi oído.

Pasa las manos sensualmente por mi tripa, se inclina y me besa el cuello. Ladeo la cabeza para que tenga más acceso a él y apoyo las manos sobre las suyas, mientras dejo que mi mirada se pierda entre los rascacielos tenuemente iluminados de la Gran Manzana que se ven a través de los ventanales.

—¿Eres feliz? —me pregunta Darrell.

—Tanto que me da miedo —respondo.

Darrell se acurruca contra mí.

—A mí también me da miedo. Por eso a veces... —deja la frase sin terminar, suspendida en el aire.

—No pensemos ahora en eso —apunto con suavidad.

—Tienes razón. —Darrell sonríe—. La noche es muy larga y tenemos muchas cosas que hacer... —Su voz se vuelve voluptuosa en mi rostro.

Vuelve a besarme en el cuello, mordisqueándolo de arriba abajo con suavidad. Con pericia en los dedos, me desabrocha la tira de botones de satén que recorre mi espalda. Me baja la parte de arriba del vestido y deja al descubierto los hombros. Posa sus labios sobre el izquierdo y dibuja un sendero de besos hasta el derecho.

Suspira en mi nuca y su aliento me provoca un fuerte escalofrío.

Me doy la vuelta hacia él, sujetándome el vestido para que no se me caiga.

—¿Me das un minuto? —le digo—. Tengo una sorpresa para ti.

Darrell inclina la cabeza en un ademán de afirmación. Cojo una pequeña bolsa de mi maleta y me dirijo al cuarto de baño, al otro lado de la habitación, consciente de que tengo la mirada de Darrell clavada en mí.

Una vez que estoy dentro, termino de quitarme el vestido de novia, me cambio de ropa interior y me pongo un picardías de encaje negro que me he comprado para la ocasión. Poco a poco me voy soltando las horquillas del pelo y voy deshaciendo el semirecogido, hasta que mi melena queda completamente suelta, cayendo en cascada sobre mi espalda y mis hombros, como sé que le gusta a Darrell.

Cuando me miro en el espejo no puedo evitar sentirme sexy, tremendamente sexy. Llevo un sensual picardías negro que apenas me cubre los muslos y unos zapatos de tacón a juego. No puedo dejar de imaginarme la cara de Darrell cuando me vea.

Respiro hondo y salgo del cuarto de baño. Mientras me he estado cambiando, Darrell ha bajado las luces y ha encendido la retahíla de velas que hay en la habitación. El humo desprende una suave fragancia a jazmín que inunda la atmósfera, dándole un toque íntimo y poéticamente romántico.

Cuando repara en mi presencia, se gira hacia mí y recorre mi cuerpo de arriba abajo con una mirada brillante y lobuna que hace que me estremezca.

No es difícil adivinar que le gusta lo que está viendo.

Camina hacia mí completamente en silencio con pasos felinos y sin dejar de mirarme un segundo. Al alcanzarme, con un movimiento del que apenas soy consciente, me agarra por la cintura y me empuja hacia los ventanales. Mi cuerpo choca contra el cristal. Gimo.

En menos de lo que dura un parpadeo, Darrell se lanza sobre mí y comienza a besarme como si el mundo fuera a acabarse mañana, mordiéndome la lengua, los

labios.... Trato de acariciarle el rostro, pero me coge las muñecas y me las sujeta por encima de la cabeza, impidiéndomelo. Entonces ya no soy capaz de pensar en nada que no sea él; en nada que no sean sus labios o sus manos...

—Me encanta la sorpresa que me ha dado, señora Baker —susurra.

Su voz está cargada de deseo, de ansiedad y de lujuria, y oírlo en ese estado me excita tanto que pierdo el control.

Me levanta el picardías hasta la cintura, me coge el muslo y lo coloca en sus caderas. Aprieta su pelvis contra mí, para que note su erección en mi sexo.

Vuelvo a gemir.

Darrell me da la vuelta, poniéndome de cara al cristal.

—Estás preciosa con el picardías —me susurra al oído—. Eres la novia más hermosa del mundo, pero te prefiero sin él.

Lo desliza por mis caderas y lo deja caer a mis pies. De repente estoy detrás de los grandes ventanales, solo con el sujetador, las braguitas, las medias y los zapatos de altísimo tacón. Tan perfecta e inmaculada como una virgen. La virgen del señor Baker.

Darrell pasa el dedo índice por el borde del sujetador tan despacio que me siento un placentero cosquilleo. Da la vuelta hasta la espalda y finalmente lo desabrocha, me lo quita y lo tira a un lado.

—Así estás mejor... —dice, con una sonrisa maliciosa.

Se agacha, se pone de cuclillas detrás de mí y, lentamente, me baja las braguitas hasta la mitad de los muslos. Aferra mis caderas, acerca su boca a mis nalgas y comienza a morderlas. Cuando sus dientes se clavan en mi carne, vuelvo a sentir un escalofrío que me recorre la espalda como una descarga eléctrica. Echo la cabeza hacia adelante y suspiro, apoyando las manos en el cristal de la ventana panorámica y exponiendo mi cuerpo a Nueva York.

Darrell abre mis nalgas y hunde la lengua entre ellas. Gimo ruidosamente.

—¡Joder, Darrell! —exclamo.

Vuelvo a gemir mientras que él, atareado, mantiene silencio.

¿Qué coño está haciéndome y por qué me gusta tanto? ¡Dios santo, este hombre va a matarme de placer!

Con la poca lucidez con que cuento en estos momentos, alcanzo a poner nombre a lo que está haciendo. Lo hablé un día hace mucho tiempo con Lissa. Es un anilingus o beso negro. ¿Es que Darrell conoce todas las prácticas sexuales del mundo?, me pregunto.

El cristal se empaña con el aliento de mis jadeos, que cada vez son más profundos y más rápidos. Darrell se levanta.

—Ven aquí —dice, cogiéndome otra vez en brazos.

Me lleva a la cama y me sienta en el borde. Termina de quitarme las braguitas y despacio, desliza las medias por mis piernas. Primero una y después otra mientras se recrea en la acción y en la reacción que el contacto de sus manos me provoca.

Cuando estoy completamente desnuda, Darrell dice con voz pausada, mirándome por debajo de su abanico de pestañas negras:

—Y así estás mucho, mucho mejor.

Sin decir nada, se incorpora y se dirige al jacuzzi. Coge la botella de champán que hay en la mesita de cristal de al lado, sin embargo, no trae las copas.

¿Qué va a hacer?

Por más que trato de pensar en algo, no se me ocurre nada. ¡Joder! ¿Qué va a hacer?

Se acerca de nuevo a mí, descorcha el champán y se agacha. Trago saliva, expectante por lo que se le haya ocurrido.

Me coge la pierna izquierda y la coloca en ángulo recto. Sitúa la botella encima de la rodilla y vierte un chorro de la bebida sobre ella. El líquido burbujeante va cayendo por mi pierna hasta que llega al pie. Entonces Darrell inclina la cabeza y comienza a lamerme los dedos junto con el champán.

¡Oh, Dios, voy a deshacerme de gusto! Voy a... Oh, Dios. Oh, Dios...

No puedo pensar en nada, solo puedo dejarme llevar...

Sus labios repasan la forma de mi pie mientras su lengua lame cada gota de champán que sigue echando por mi extremidad. Exhalo el aire que tengo en los pulmones en forma de suspiro.

Entre la semipenumbra que envuelve la habitación, veo sonreír a Darrell con picardía, consciente de que me estoy derritiendo por dentro.

Se levanta, se tumba sobre mí y me besa. Mi paladar se impregna del sabor de sus labios mezclado con el del champán. Una decena de sensaciones se despiertan en mi interior.

—Creo que es hora de que te quites esto —digo, tirando de su corbata—. Tú también estás mucho mejor sin ropa.

—Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí —afirma Darrell.

Se pone en pie y comienza a desnudarse delante de mí. Primero se quita la corbata, después se deshace de la chaqueta y del chaleco. Lo hace con movimientos medidos, pausados y elegantes. Me pongo de lado y apoyo la cabeza en un codo mientras se desabrocha la camisa sin dejar de auscultarme. Cuando su torso de músculos definidos queda a la vista, mis pupilas se dilatan al máximo, dibujando un anillo bronce alrededor. No quiero perderme nada. Así que casi ni pestañeo.

CAPÍTULO 24

Un minuto después, está completamente desnudo frente a mí. Ciento ochenta y ocho centímetros de músculo, fibra y pura definición. Ciento ochenta y ocho centímetros de Darrell Baker, que me hacen babear como un caracol.

—¿Estás bien? —me pregunta con un visible deje de ironía en la voz, al ver que he comenzado a sudar como una condenada.

—Sí —respondo, haciéndome la dura, pero creo que no lo consigo.

Darrell se sube a la cama como un gato y acerca su rostro al mío sigilosamente.

—¿Segura? —tantea a solo unos centímetros de mi cara.

Trago saliva. Su cercanía me pone nerviosa. No puedo evitarlo. Es Darrell Baker, la perfección hecha hombre. ¿Qué mujer podría resistirse a él? Si hubiera vivido en la época renacentista, ahora su cuerpo estaría exhibiéndose en mármol en todos los museos del mundo, como el David de Miguel Ángel. .

—Sí —afirmo de nuevo a duras penas.

—Vamos a verlo —dice Darrell en tono desafiante.

Espero a que dé el siguiente paso, a que haga algo. Sin embargo, no se mueve un ápice. Se mantiene inmóvil como una estatua de sal, mirándome fijamente. Está jugando.

De pronto, me corroen las ansias. Necesito que me bese, que me acaricie, que me folle. Intento mantener la compostura y no abalanzarme sobre él, pero el calor que desprende su cuerpo no ayuda demasiado y su profunda mirada azul tampoco. Solo aguanto unos segundos y antes de que me dé cuenta, me lanzo a su boca y lo beso apasionadamente. Darrell sonrío de medio lado, triunfante. ¡Se ha salido con la suya! ¡Siempre se sale con la suya! Tengo tan poca voluntad ante él..., respiro resignada.

Darrell me tumba, se tiende sobre mí y se abre hueco entre mis piernas, que cruzo alrededor de su cintura. Mientras me acaricia los muslos, alternando pequeños pellizcos, me aferro a sus hombros y lo atraigo más hacia mí, haciendo que su erección se apriete contra mi vientre. Hundo mi rostro en su cuello y lo beso.

Darrell roza su nariz con la mía.

—Te quiero, Lea —me dice, a ras de los labios.

Su tono es cariñoso pero serio.

—Yo también te quiero, Darrell —susurro.

—Nada me hace más feliz que seas mía para siempre... Para siempre.

Sus ojos, fijos en los míos, vibran.

—Hasta que la muerte nos separe —asevero, parafraseando la afirmación que ha dicho el sacerdote en la celebración de la misa.

—Hasta que la muerte nos separe —repite él.

Sus palabras se pierden en mi boca cuando se acerca y me besa de manera suave, como si de repente tuviera la sensación de que voy a romperme o a desaparecer.

Sin penetrarme aún, Darrell empieza a moverse sobre mí. Un cálido hormigueo serpentea hasta mi vientre y se instala en mis entrañas, produciéndome un profundo placer, que se incrementa cuando finalmente introduce su miembro enhiesto dentro de mí poco a poco. Lo hace tan despacio que puedo sentir como me llena por completo, como me lleno de él, centímetro a centímetro.

Darrell sale y entra en mí lentamente, haciéndome sentir un placer rotundo y extremadamente exquisito. Mis gemidos se entremezclan con sus jadeos, que cada vez son más apremiantes, anunciando lo que está por venir.

Su pelvis sube para volver a bajar sobre mí sensualmente, hasta que mi tripa comienza a tensarse con su suave contoneo.

—Te deseo, mi pequeña loquita... —susurra, atrapando mis ojos con su penetrante mirada azul—. Te deseo....

Y su voz, grave y profunda, susurrando de esa manera, hace que me corra de golpe. Un fuerte gemido se arranca de mi garganta. Un gemido que ahogo hundiendo mis dientes en su hombro. Darrell gruñe de placer en mi oído cuando nota el mordisco.

Se mueve llevado por la pasión y el deseo y unos cuantos envites después, su cuerpo se sacude con un fuerte espasmo, vaciándose dentro de mí.

Cuando su espalda se destensa, acerca su boca a la mía y me besa, tratando de recuperar el aliento.

—Dios santo, Lea —masculla con la respiración agitada—. Follarte es una de las mejores cosas de esta vida.

—Darrell... —pronuncio su nombre divertida. Creo que está exagerando.

Darrell se deja caer a mi lado. Se coloca de costado hacia mí y apoya la cabeza en el codo. Estira la mano y me aparta un mechón de pelo del rostro sin retirar la mirada de mi cara. Suspira, rendido.

—¿Cómo me puede gustar tanto follarte? —me pregunta con cierto asombro.

—¿Te gusta follarme? —repito, porque quiero que me lo vuelva a decir.

—Es como si estuviera bajo un embrujo del que no soy capaz de escapar —responde.

Sonrío ante su comentario y me acurruco contra él, para estar piel con piel. El calor que desprende su cuerpo es tan reconfortante... Paso la mano por su mejilla y sin pronunciar palabra, me recreo en la belleza perfecta de su rostro. Darrell me acaricia la espalda con ternura.

Agotada, me recuesto en su brazo y cierro los ojos, dispuesta a abandonarme en las manos de Morfeo.

CAPÍTULO 25

Una mano acariciando mi mejilla me despierta. Abro los ojos y veo al que ya es mi marido apoyado en un codo, mirándome con una tenue sonrisa en los labios, o más bien contemplándome como si fuera un cuadro de Van Gogh. El contorno de su figura se recorta contra el púrpura brillante del amanecer. Es muy temprano; solo hemos dormido tres horas.

Le sonrío somnolienta. Se inclina suavemente sobre mí y en silencio me da un beso en la boca.

—Buenos días, señora Baker —dice.

—Buenos días, señor Baker —correspondo.

—¿Qué tal has dormido? —me pregunta.

—Muy bien —respondo, estirando ligeramente los brazos—. ¿Y tú?

—Te diría que bien si hubiera dormido algo.

Frunzo el ceño, extrañada ante su contestación.

—¿No has dormido?

—No.

—¿Y qué has estado haciendo? —curioso.

—Mirándote —dice de forma rotunda.

Alzo las cejas, sorprendida. Imaginarme a Darrell contemplándome mientras duermo, protegiendo mi sueño como si fuera mi ángel de la guarda, se me antoja de lo más tierno.

Abro la boca para decir algo, pero Darrell se adelanta.

—No te miento cuando te digo que me pasaría horas y horas mirándote, porque no me canso.

—Ojalá nunca te canses de mirarme —apunto.

—Nunca me voy a cansar —asevera Darrell. Sus labios se curvan en una sonrisa pícaro—. Además, te sienta muy bien ser mi mujer.

—¿Ah, sí? —pregunto coqueta.

—Sí. Estás preciosa.

Sonrío, visiblemente halagada. Darrell se inclina sobre mí rostro y vuelve a besarme. Está vez lo hace de una manera más intensa, más apasionada, más posesiva.

Echa las sábanas de raso a un lado y con un movimiento ágil, se levanta de la cama. Está completamente desnudo y no soy capaz de que mis ojos no repasen las medidas de su cuerpo centímetro a centímetro. ¡Es tan perfecto!

Se gira hacia mí y me pilla escrutándolo como si mi mirada tuviera rayos X. Sonríe y yo me ruborizo de los pies a la cabeza.

—¿Qué te parece si empezamos el día bañándonos juntos en el jacuzzi? —me pregunta.

Su voz hace que alce los ojos, perdidos en quién sabe qué partes bajas de su cuerpo, hasta su rostro.

—Me parece una idea estupenda —accedo.

Darrell se da media vuelta y se encamina hacia el jacuzzi. Mientras lo prepara, me levanto, me envuelvo con la sábana y me aproximo a los ventanales. Durante un rato me quedo allí de pie, inmóvil. El sol está comenzando a salir y el cielo del amanecer tiñe los rascacielos de Nueva York de una tonalidad rosada, arrancando destellos de ese mismo color de los cristales que cubren las fachadas.

Respiro hondo.

—Precioso, ¿verdad? —dice Darrell, abrazándome por detrás y apoyando su barbilla en mi hombro.

—Parece una postal —apunto.

—Sí, uno de esos cuadros cosmopolita que se ponen en los salones —dice Darrell.

Hacemos una pequeña pausa.

—¿Qué tal se estarán portando nuestros pequeños? —pregunto retóricamente, mientras cojo las manos de Darrell y mi mirada se pierde en el horizonte.

—Seguro que bien —afirma él—. Luego llamamos a mi madre para que nos cuente cómo han pasado la noche. Ahora el jacuzzi nos espera —añade con voz suave.

A mi espalda, el sonido burbujeante del agua llena el aire con un susurro hipnótico. Me giro. Darrell me toma de la mano y me conduce hasta el jacuzzi. Me detengo al borde, dejo caer al suelo la sábana que me cubre y con su ayuda, entro en él. El agua está caliente y las burbujas me cosquillean la piel a medida que me voy introduciendo.

Me siento delante de Darrell, entre el hueco de sus piernas, y apoyo la cabeza en su pecho, relajada. Un minuto después, su mano me ofrece una copa de champán.

—Por una eternidad juntos —brindo, chocando mi copa con la suya.

—Por una eternidad juntos —repite.

Damos un sorbo.

Cojo una fresa de las del cuenco que hay en la mesita de cristal situada junto al jacuzzi, la mojo en el champán y la acerco a la boca de Darrell, que le da un pequeño mordisco. Lo miro hechizada cuando le veo relamerse los labios. ¿Cómo es posible que siga teniendo ese poderoso imán sobre mí? ¿Ese imán que me roba la voluntad y que a veces no me permite ni siquiera dejar de mirarlo?

Darrell imita mi gesto. Empapa una fresa en el champán y me la ofrece. Al morderla, un poco de zumo resbala por las comisuras de mis labios. Darrell se acerca y lo lame suavemente con la lengua.

—No quiero que te manches —dice mientras que, literalmente, me come la boca.

Me termino el champán de un sorbo y vuelvo a recostar mi cabeza sobre él. Darrell deja mi copa y la suya en el poyete de mármol; coge la esponja, echa un chorro de gel y comienza a pasarla por mis hombros.

—A las cuatro tenemos que estar en el aeropuerto —comenta—. Es la hora a la que he quedado con el piloto y la tripulación para que salga el jet.

—¿Vamos a ir en tu jet privado? —pregunto.

—Sí, para eso está —responde, haciendo descender la esponja por mi brazo—. Perderíamos demasiado tiempo si tuviéramos que ir a todos los sitios que tengo pensado en un avión comercial.

—¿Vamos a ir de luna de miel a más de un lugar?

—Sí, a siete, para ser exactos.

Mi frente se arruga ligeramente.

¿Ha dicho a siete? ¿A siete?

—¿Vamos a ir a siete... ciudades distintas? —tanteo, intentando sonsacarle algo. Estoy muerta de curiosidad.

—Sí —responde escueto Darrell, sin inmutarse, pasándome la esponja por el otro brazo.

¡Joder! ¿Por qué es tan poco generoso con las pistas? Así no hay manera de saber dónde me va a llevar, me quejo en silencio.

—No vas a decirme nada, ¿verdad? —le pregunto, sabiendo que todos mis intentos por que me diga dónde vamos a pasar la luna de miel serán infructuosos.

—No —niega, tal y como me temía. Suspiro, resignada—. No seas impaciente —dice transcurridos unos segundos—. En unas horas lo sabrás todo.

—Pero es que no es justo —arguyo, a ver si por casualidad se le escapa algo.

—Nadie dijo que la vida fuera justa —se burla Darrell.

Deja la esponja a un lado del jacuzzi y entrelaza sus piernas con las mías para que no pueda cerrarlas. Lleva la mano derecha hasta mi sexo y comienza a acariciarlo bajo el agua caliente, haciendo círculos con el dedo anular. Su contacto me enardece de inmediato.

Desde luego, es una buena forma de hacerme callar y de que no le siga preguntando sobre la luna de miel.

Me deslizo unos centímetros por el jacuzzi y echo la cabeza hacia atrás, facilitándole el acceso. Darrell va acelerando el ritmo mientras acaricia mi pecho izquierdo con la mano libre. Acoplo mi rostro en el hueco de su cuello y gimo contra su piel.

—¿Qué tal vas? —me pregunta, después de un rato de fricción.

—Muy bien —respondo, con la voz cargada de placer.

Me muerdo el labio inferior. Darrell rodea el pezón con los dedos y lo pellizca. Se me escapa un pequeño grito. Con mano experta sigue su tarea. Va a volverme loca.

—¿Te gusta? —me susurra al oído con lascivia—. Dime, Lea, ¿te gusta?

Sabe perfectamente la respuesta, pero le envilece oírmelo decir. Así que le doy ese capricho.

—Sí, Darrell, sí....

—¿Paro? —me pregunta de pronto.

¿Parar? ¿Ahora? ¡No, no, no!

—No, por Dios, no... —digo casi angustiada, mientras me deshago de placer.

—Pídemelo —me ordena con voz autoritaria.

Y se lo pido.

—No pares, Darrell... No pares...
—Las cosas se piden «por favor» —comenta con ironía.
¿Qué? ¿Pero qué cojones...? ¡Le tenía que dar por jugar ahora! ¡Precisamente ahora!
—No pares, por favor... No pares... —murmuro, al tiempo que Darrell mueve la mano más y más rápido.
Una oleada de calor asciende por mi torso desde mis entrañas.
—Suplícamelo... —susurra al lado de mi boca—. Si no lo suplicas, voy a parar.
Entonces disminuye la velocidad, ralentizando mi placer, jugando con las sensaciones, con las emociones, con la excitación...
En un acto desesperado, pongo mi mano sobre la suya, para obligarlo a que siga. Sin embargo, me sujeta ambas muñecas y las aparta.
¡Dios mío! ¡Estoy al borde del colapso!
—Vamos, Lea, suplícalo... —vuelve a decir con aire de suficiencia, torturándome con una lentitud que por momentos es insoportable.
—Por favor, no pares. Te lo suplico... No pares, por favor, Darrell... —le ruego.
—Otra vez... —dice maliciosamente.
Se nota que la situación le divierte, aunque a mí no me hace ninguna gracia.
—Darrell, por favor...
Trato de que detenga el juego. No soy capaz de pensar en nada. Solo en dejarme ir. Pero él no parece tener intenciones de darme una tregua.
—Lea, otra vez. Vamos...
—Joder, Darrell...
—Esa boca —me reprende.
Creo que lo mejor es seguirle el juego, o el muy cabrón va continuar torturándome hasta que ceda.
—Te lo suplico... —digo, con la respiración entrecortada—. Necesito... Necesito...
—Gimo, exasperada.
—¿Qué necesitas?
Las mejillas me arden.
—Correrme... Necesito correrme ya... —digo finalmente.
—Muy bien —murmura Darrell, dándome su beneplácito.
Comienza de nuevo a aumentar el ritmo. Unos segundos después, un intensísimo orgasmo me hace estremecer de arriba abajo. Mi cuerpo se tensa sobre el de Darrell, que me abraza con fuerza. Agarro su muslo y entre los estremecimientos de placer, le calvo las uñas, mientras que un gemido se arranca de mi garganta.

CAPÍTULO 26

El chófer entra en el ático para recoger las maletas, que están preparadas en mitad del salón.

—¿Las bajo ya al coche, señor Baker? —le pregunta a Darrell.

—Sí, Woody.

Woody coge una maleta de cada mano y sale del salón. Miro a Kylie, a quien sostengo en brazos. Le acaricio el pelito moreno, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

—Solo serán unos días —murmuro, cuando me separo.

Kylie abre la boquita y me mira con sus preciosos ojos azules, como si entendiera lo que le estoy diciendo.

—Antes de que nos demos cuenta, estaremos de vuelta —afirma Darrell, tumbando a James en la cuna.

—Van a estar bien, Lea —interviene Janice.

Su tono es comprensivo. Me muerdo el interior del carrillo.

—Sí, lo sé... Sé que no pueden estar en mejores manos —comento con los ojos húmedos.

—Ehhh... —dice Darrell, acariciándome la mejilla y pasando al mismo tiempo la otra mano por la cabecita de Kylie—. No llores.

Sacudo ligeramente la cabeza, reprimiendo las lágrimas. No me puedo poner así. Me voy de luna de miel. Además, Darrell tiene razón: antes de que me dé cuenta, estaremos de vuelta.

—Es que los voy a echar mucho de menos —digo, pero consigo no llorar.

Darrell se inclina y besa a Kylie con ternura.

—Pórtate bien, princesa —le dice a modo de despedida.

Vuelvo a besarla en la frente. Finalmente, extendiendo los brazos y entrego a la pequeña a Janice, que la coge con una sonrisa cariñosa.

—Que no se te olvide pillar la sábana con el colchón, porque cuando duermen dan pataditas, se desarropan y se les quedan los pies fríos —le indico a Janice, aunque sé que está perfectamente al tanto, porque me he pasado varias horas anotándole todo detalladamente.

—No te preocupes —me tranquiliza Janice—. Pillaré la sábana con el colchón para que no se desarropan.

—Vale... —asiento.

—Tenemos que irnos o llegaremos tarde —comenta Darrell.

—Disfrutad —dice Janice—. La luna de miel solo se vive una vez.

—Gracias, mamá.

Darrell se acerca a su madre y la besa.

—Gracias —le agradezco.

Imito su acción, me aproximo a ella y me despido con un beso. Sin poderlo evitar, vuelvo a besar a Kylie.

—¿Estás bien? —se interesa Darrell, camino del aeropuerto.

Afirmo un par de veces con la cabeza.

—¿Es normal que me afecte tanto separarme de James y de Kylie? —pregunto.

—Es perfectamente normal —dice Darrell, acariciándome la mejilla—. Son nuestros hijos, nuestros pequeños... A mí también me cuesta separarme de ellos. Pero es nuestra luna de miel, Lea. No vamos a tener otra.

Esbozo una sonrisa.

—Tienes razón —digo—. Además, solo van a ser unos días —afirmo optimista—, y están en buenas manos.

Cuando entramos en el aeropuerto internacional John F. Kennedy, el principal aeropuerto de EE.UU, a veinticuatro kilómetros de Manhattan, Woody, el chófer, conduce el coche hasta un hangar disponible para los jet privados que hay situado en la parte de atrás.

Aparca al lado de otros vehículos de alta gama y algunos con logotipos de diferentes empresas. Salimos del coche y nos dirigimos hacia un avión estacionado en mitad de una enorme pista de aterrizaje, que tiene la escalera de pasajeros preparada para que subamos.

En unas letras plateadas que atraviesan de lado a lado el avión puede leerse *Baker's Company*. Es tan impresionante que durante unos segundos me quedo con la boca abierta.

—Vamos —dice Darrell, cogiéndome de la mano y tirando de mí, mientras Woody viene detrás de nosotros con las maletas.

—Bienvenido, señor Baker —se adelanta a saludarnos un hombre de unos cuarenta años, ataviado con un uniforme de piloto, que extiende el brazo hacia Darrell.

—Gracias, Bruce.

Darrell le estrecha la mano.

—Lea, te presento a Bruce Hawthorne, piloto al mando del avión.

—Encantada, señora Baker —dice el hombre, dirigiendo su mirada a mí.

—Igualmente —correspondo sonriente, apretando su mano.

—Sea también bienvenida.

—Gracias.

Bruce gira el cuerpo ligeramente y señala el avión.

—Está todo listo. Cuando quieran pueden subir —comenta en tono neutro.

—Bien —dice Darrell.

Intercambiamos una mirada muda y una ligera sonrisa. Después Darrell vuelve a cogerme de la mano y ascendemos juntos la escalera de pasajeros.

Al entrar, mi asombro no disminuye. Por el contrario, aumenta. Nunca he visto un jet privado por dentro y el lujo que me encuentro en su interior me mantiene de nuevo con la boca abierta. Amplios asientos individuales de cuero blanco, televisión de plasma, sofás de color gris plata con un sinfín de cojines, mesas de cristal, y hasta moqueta... Todo huele a limpio y a extremadamente nuevo.

—Parece la habitación de un hotel —comento.

—Ven... —indica Darrell.

Cruzamos un pasillo y me conduce hasta una estancia donde hay una cama, mesillas, armarios y otra televisión de plasma.

—Por si nos entra sueño —apunta, volviendo a tomar la palabra—. Tenemos ocho largas horas de viaje hasta París.

Giro el rostro, apartando la vista de todo aquel lujo y volviendo la mirada hacia Darrell.

—¿Has dicho París? —repito, con los ojos abiertos de par en par.

Darrell sonrío ante mi reacción. En estos momentos debo de tener los ojos tan desmesurados que debo parecer el dibujo de una muñeca manga.

—Sí, París —confirma—. Y Londres; y Madrid; y Roma; y Atenas —comienza a enumerar mientras mi mandíbula amenaza con descolgarse hasta el suelo—; y Praga; y Viena. Un total de siete capitales europeas para disfrutar de toda la historia y el esplendor del viejo continente.

—¿Lo dices en serio? —alcanzo únicamente a decir. Estoy alucinada.

—Sí —asiente Darrell.

Entusiasmada, salto hacia él y me lanzo a su cuello. Darrell me agarra de la cintura y me levanta del suelo.

CAPÍTULO 27

De pronto, se escucha un carraspeo a nuestra espalda.

—Disculpen... —dice una voz femenina. Darrell y yo nos giramos. Ante nosotros se encuentra una chica joven, pelirroja, con el pelo corto y el rostro abarrotado de pecas. Calculo que tendrá dos o tres años más que yo. Por el uniforme que lleva, adivino que es una de las dos azafatas que forman la tripulación del jet—. El piloto me manda decirles que vamos a despegar —anuncia—. Por favor, siéntense y abróchense los cinturones hasta que el avión coja altura.

—Gracias —respondemos casi al unísono.

Nos dirigimos a la sala de los asientos de cuero blanco y tal y cómo nos ha pedido la azafata, nos abrochamos los cinturones.

—No me puedo creer que vayamos a conocer todas esas ciudades —comento sin poder reprimir la alegría, con voz de ensoñación—. París, Londres, Roma... Madrid. ¡Oh, Madrid! —exclamo con los ojos brillantes—. Tengo muchísimas ganas de probar la comida española —añado—. Hablan maravillas de la gastronomía de España.

—Me encanta verte feliz, Lea —ataja Darrell en tono serio—. Me encanta verte así.

—Lo soy, Darrell. Soy feliz. Inmensamente feliz —afirmo—. No sabes cuánto...

Aproximo mi rostro al suyo y lo beso con ternura, recreándome en el gesto, en el sabor almibarado de sus labios. Es cierto, realmente soy feliz. Lo tengo a él, que es el hombre más maravilloso del mundo y tengo a mis pequeños, James y Kylie, a los que adoro y amo desde que me enteré que estaba embarazada. ¿Cómo no voy a ser feliz? Si ahora tengo una familia, una familia que me ha regalado Darrell.

—Todavía puedo hacerte un poquito más feliz —dice Darrell, sacándome de mis pensamientos.

Lo miro con los ojos entornados.

—Imposible —asevero, convencida de ello.

—No deberías subestimarme —apunta Darrell, con una mirada de saber algo que yo no sé.

Alarga la mano y levanta la tapa de la bombonera que hay encima de la mesa que tenemos delante. Me mira, expectante a mi reacción. Lanzo una risilla cuando veo lo que contiene su interior.

—¡Dios mío, tienes razón! ¡Todavía puedes hacerme un poquito más feliz! —digo, cogiendo una galleta Oreo del recipiente.

—Te lo he dicho: no debes subestimarme —bromea Darrell.

—Nunca más volveré a hacerlo. Nunca más volveré a subestimarte —afirmo risueña.

Me llevo la galleta a la boca y le hincó el diente. Desde que las he visto, estoy salivando.

En esos momentos, el avión arranca motores y unos segundos después, se pone en marcha por la pista hasta que notamos que despega y que va ascendiendo poco a poco. Miro a través de la ventanilla para ver como comienza a tomar altura mientras saboreo la Oreo. Cuando el manto de nubes blanco nos rodea, me giro de nuevo y vuelvo a dar un mordisco. Darrell coge una galleta de la bombonera y le da un bocado. Seguro que él también está salivando, porque le encantan las Oreo.

—¿Cómo pueden estar tan buenas? —me pregunto retóricamente mientras me relamo los labios.

—Están casi tan buenas como un orgasmo —dice Darrell con expresión pícaro.

Sonrío.

—Estoy totalmente de acuerdo —indico. Cojo otra galleta, la abro y lamo el relleno interior—. ¿Te acuerdas? —le pregunto a Darrell.

—Sí —responde él—. ¿Cómo olvidarlo? —Hace una breve pausa—. Por aquel entonces ya comenzabas a dar normalidad a mi vida —asevera—. Gracias a ti mi vida es normal.

Arrugo la nariz en una mueca infantil.

—Vaya... Yo pensaba que hacía de tu vida algo extraordinario, no algo normal —digo, poniendo voz apesadumbrada.

Darrell me mira con complicidad y sonrío sin despegar los labios.

—Lea, sabes a lo que me refiero —dice—. Mi vida antes era... totalmente anormal —me explica.

—¿Lo dices por tu enfermedad? —le pregunto, hablando ahora en serio.

—Sí, lo digo por la alexitimia, y también por otras muchas cosas... —Alza la mano y me muestra la galleta que tiene entre los dedos—. A cosas como esta... A cosas tan sencillas como abrir una Oreo y comerme el relleno de dentro. Algo que no había hecho nunca antes de conocerte, o cantar una canción de Coldplay a pleno pulmón...

Mis labios se curvan en una ligera sonrisa. Darrell lo cuenta de una manera que me hace sentir un pellizco en el corazón, como si anhelara no haber descubierto mucho antes esas cosas de las habla, como si sintiera habérselas perdido durante tanto tiempo.

—Resulta increíble que cosas tan sencillas me hayan hecho tan feliz —dice.

—La felicidad está en saber apreciar la grandeza de las cosas más pequeñas —afirmo.

—Tienes razón; tú me has enseñado que hay magia en las cosas simples.

No puedo evitar sentirme orgullosa ante sus palabras.

—Creo que debes de ser el único millonario en el mundo al que le chiflan más las galletas Oreo que el caviar —bromeo, para quitarle hierro al asunto.

Darrell ríe con esa risa capaz de contagiar al más pintado.

—Es que una Oreo es una Oreo —apunta.

Termino de comerme la galleta. Me llevo la mano a la boca sin poder reprimir un bostezo.

—¿Tienes sueño? —me pregunta Darrell.

—Un poco... —respondo—. Esta noche no hemos dormido mucho que digamos... —señalo, haciendo alusión a que nos hemos pasado toda la noche haciendo amor. Parecemos conejos. Darrell sonrío travieso.

—¿Quieres echarte un rato en la cama? —dice.

Me levanto del sillón y me siento en el que está al lado de Darrell.

—No, prefiero quedarme aquí, contigo.

Darrell pasa la mano por detrás de mi espalda y me abraza mientras yo apoyo la cabeza en su hombro. Me descalzo, subo los pies al sillón y me retrepo en el asiento. Poco a poco voy cerrando los ojos, conquistada por el sopor que me hostiga. Entre los nervios de la boda, del viaje de luna de miel y lo poco que he dormido durante la noche, estoy agotada.

Suspiro quedamente.

Apenas un minuto después estoy profundamente dormida. Sueño con la *Torre Eiffel*, con el *Tower Bridge* de Londres, la *Puerta del Sol* de Madrid, el *Coliseo* de Roma, el *Partenón* de Atenas, la *Catedral de San Vito* en Praga, el *Palacio de Schönbrunn* de Viena...

CAPÍTULO 28

Abro los ojos. Pestañeo un par de veces para desperezarme. Por una de las ventanillas del jet puedo ver que ya ha anochecido. Una oscuridad rasa invade el cielo. Me incorporo ligeramente y muevo el cuello de un lado a otro para desentumecerlo.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunto a Darrell, que está a mi lado, trasteando con el ordenador portátil.

—Un par de horas, aproximadamente.

Se inclina y me da un beso.

—¿Has podido descasar? —se interesa.

—Sí, el avión no hace absolutamente ningún ruido. Es como estar en mitad de la montaña —digo—, y por lo que veo, no hemos pasado por turbulencias —añado en broma.

—No. El viaje está siendo muy tranquilo.

—¿Trabajando? —le pregunto.

—Estoy redactando unos emails que tengo pendientes de mandar, entre ellos uno a Michael —me responde—. *Textliner*, una empresa con la que firmamos un acuerdo hace unos meses, está empezando a dar problemas y le he mandado algunas recomendaciones en las que he estado pensando.

—¿Es algo grave?

Darrell le quita importancia moviendo la mano.

—Nada que no se pueda resolver con un poco de mano izquierda, y Michael tiene de sobra... Podrá solucionarlo sin problema.

—¿A Michael le gusta Lissa?

La pregunta sale como un torbellino de mi boca, sin que pueda detenerla. Resoplo, dándome cuenta de que esta es una de esas ocasiones en que debería haberme mordido la lengua. ¡No cambiaré nunca!, me lamento para mí misma. ¡Joder! ¿Cómo voy a explicarle a Darrell que sé que Michael está interesado en Lissa?

Darrell aparta la vista del portátil, vuelve el rostro hacia mí y me mira con las cejas ligeramente arqueadas.

—¿Cómo sabes que a Michael le gusta Lissa? —sondea.

¡Lea, piensa algo rápido! ¡Piensa algo rápido! ¡Vamos! ¡Vamos! No puedo decirle que escuché la conversación que mantuvo con Michael, aunque no lo hiciera de manera intencionada.

Carraspeo.

—Le vi mirándola... durante la boda —miento, para salir del atolladero—. Parecía que le gustaba —agrego, tratando de resultar convincente.

—Sí, vino a decirme que se había fijado en ella y que le gustaba, que era encantadora —me detalla Darrell—. Pero le prohibí categóricamente que se acercara a Lissa. —Arrugo un poco la frente, como si estuviera sorprendida. Darrell sigue hablando—. Michael es un buen tío, es noble, leal, divertido, amigo de sus amigos, y el mejor abogado de Nueva York, pero le gustan demasiado las mujeres. Son su debilidad. Hoy le gusta Lissa y mañana la camarera de la cafetería a la que vamos a tomar café, la del restaurante en el que comemos y la nueva secretaria de alguno de los directores de los distintos departamentos... Es un caso perdido. Por eso no le dejé que se acerca a Lissa. Además, ella tiene novio, ¿no?

—Sí, Joey, el chico que la acompañó a la boda —intervengo—. Están muy enamorados... Aunque conozco a Lissa —digo en un tono de voz relajado y con un visible matiz mordaz—, sé que Michael entra dentro de su prototipo de hombre. Le gustan los guaperas con sonrisa encantadora. De hecho, ella fue la que se fijó en ti primero, antes que yo.

Darrell levanta una ceja y me mira con gesto interrogativo.

—¿Ah, sí? —murmura.

—Sí... bueno... —titubeo—. Es que a Lissa le gustan todos los guaperas. Todos. Tiene un radar para ellos; los huele a kilómetros. Aquella tarde en el Gorilla Coffee no te quitó los ojos encima desde que entró, se quedó embobada contigo —confieso.

—¿Y tú no? —me pregunta sarcástico.

—Al principio me parecías uno más —respondo.

—¿Uno más?

—Ya sabes...

—No, no lo sé.

Darrell está empezando a divertirse con la conversación. Lo veo en el brillo de sus ojos azules.

—Sí, el típico guapo, podrido en dinero... El típico hombre acostumbrado al éxito —comienzo a decir—. A conseguir todo lo que quiere, cuando quiere, cómo quiere y en el momento en que quiere; vanidoso, seguro de sí mismo. Eras tan serio, tan... intimidante.

—Y tú tan dulce y tan espontánea... —interviene Darrell. Se acerca a mi oído y me susurra con su voz grave y profunda—: Con esa sonrisa tan encantadora... Capaz de derretir al *Hombre de Hielo*.

—¡Y lo que me costó! —Sonrío cómplice—. Pero volviendo al tema de Lissa y Michael... —digo, encogiendo el hombro para evitar el cosquilleo que el aliento de Darrell me produce en la oreja.

—Aunque Lissa no tuviera novio, Michael no sería una buena pareja —me corta suavemente Darrell, enderezándose en el asiento—. No tiene pensado sentar la cabeza. En sus planes, ni inmediatos ni futuros, está formar una familia. No quiero que Michael haga daño a Lissa. Ella es tu mejor amiga. Sé que es como tu hermana, y eso es suficiente para que también sea importante para mí.

—Gracias por protegerla —le agradezco.

—Como te he dicho, Michael es un buen tipo, un buen profesional, un buen amigo, pero no es una buena pareja. Las mujeres le duran una o dos noches, tres a lo sumo... Para eso es mejor que busque a otras, no a Lissa, y menos si está feliz con Joey.

—Sí, lo está —afirmo—. Lissa está muy enamorada de él y él de ella también.

—Por eso lo más productivo es que Michael se mantenga al margen —apostilla Darrell.

En esos momentos oímos pasos que se acercan a nosotros.

—Perdonen... —dice la azafata pelirroja cuando nos alcanza—. ¿Quieren comer algo?

Darrell me mira.

—Una ensalada de pasta para mí, por favor —pido.

—Y otra para mí —dice Darrell.

—¿Quieren agua? ¿O prefieren un refresco?

—Agua —pide Darrell.

—Yo quiero una Coca-Cola.

—Enseguida se lo traigo.

La azafata se aleja por el pasillo y un rato después se presenta con un carrito de ruedas en el que trae dos bandejas de plástico de color plata con sendos boles de ensalada, el agua, la Coca-Cola y un par de piezas de fruta para cada uno.

—Aquí tienen —dice, situando las bandejas delante de nosotros—. Buen provecho.

—Gracias —decimos Darrell y yo al unísono.

En cuanto la azafata desaparece, hundo el tenedor en el bol y le doy un bocado a la ensalada de pasta.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Darrell.

Asiento con la cabeza mientras mastico.

—Estos días con los nervios de la boda apenas he comido y ahora parece que el apetito se me ha abierto de golpe —respondo.

—Se nota que has adelgazado —comenta Darrell—. Estaba empezando a preocuparme...

Alzo la vista y lo miro.

—No te preocupes —me adelanto a decir en tono distendido, para quitarle cualquier atisbo de importancia al asunto—. Lo recuperaré en unos días.

—Eso espero, porque te estaré vigilando de cerca —asevera Darrell, algo amenazador.

—Tranquilo —enfático—. He perdido peso por el trasiego y los nervios de la boda. Es lo normal; a todas las novias nos pasa. Pero ya verás como vuelvo a coger esos kilos de nuevo.

—También tienes que coger energía, después de la luna de miel tenemos que hacer la mudanza a la casa de Manhattan y en septiembre comenzarás el curso para terminar la carrera.

—Mi último año... —digo con un suspiro—. Tengo muchas ganas de volver a la universidad y de retomar los estudios.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando te gradúes? —me pregunta Darrell, llevándose el tenedor a la boca; muy atento a lo que vaya a contestar.

—Buscar trabajo en alguna empresa.

—¿No has pensado trabajar en la mía?

Tuerzo el gesto.

—Prefiero algo más modesto —alego, cuando termino de masticar.

—¿Más modesto? —repite Darrell.

Enarca las cejas, extrañado, sin entender qué quiero decir. Su mirada se ha tornado fiscalizadora.

—Prefiero empezar por algo más pequeño. No estoy preparada para trabajar en una multinacional de la envergadura de la tuya —explico.

—Vamos, Lea, puedes con eso y con más —arguye Darrell—. Eres brillante.

—Quizás, pero me sentiré menos presionada si empiezo por mi cuenta en un lugar ajeno.

Doy un trago a la Coca-Cola.

—Puedo hablar con algún conocido... Seguro que tienen un puesto para ti en sus empresas.

Lo miro y sonrío ligeramente.

—Darrell, te agradezco el ofrecimiento y la buena intención, de verdad —comienzo a decir en tono suave—. Pero es mejor que empiece desde cero, sin influencias ni nada de eso.

—No entiendo por qué no quieres que te ayude... —apunta, poniendo los ojos en blanco.

—Porque me gusta ganarme las cosas —afirmo rotunda, a ver si con un poco de suerte, consigo hacerle entrar en razón sin discutir—. Esforzarme por ellas. No quiero que me lo den hecho; eso no tiene ningún mérito. Me gusta superarme y crecer, personal y profesionalmente.

Darrell baja los hombros y suelta aire. Creo que lo he convencido.

—¿Por qué será que no me sorprende? —se pregunta de forma retórica con la voz cargada de resignación, mientras me mira fijamente a los ojos.

—Porque ya vas conociéndome —respondo, sonriente.

—Sí, ya te voy conociendo, y sé que a cabezota no te gana nadie.

—Bueno, a veces me ganas tú —bromeo.

La insinuación de una sonrisa curva los labios sensuales de Darrell.

CAPÍTULO 29

Cuando bajamos del jet privado de Darrell, un coche negro de alta gama, con un chófer gorra en mano, nos está esperando a pie de pista para llevarnos al hotel. Miro el reloj, son casi las cinco de la madrugada y París duerme bajo un manto de oscuridad aterciopelada que la recorre de un extremo a otro.

Nada más de entrar en el coche, Darrell saca su móvil del bolsillo de la chaqueta.

—Vamos a ver cómo está nuestros pequeños... —dice, conectando *el manos libre*. Sonríe—. Hola, mamá —saluda después de unos segundos—. ¿Cómo están James y Kylie?

—Muy bien —responde Janice a través del teléfono—. Son unos angelitos. Les di el biberón a las diez, se quedaron dormidos después y ahora a las doce siguen tranquilos.

—Hola, Janice —intervengo—. ¿Se han tomado todo el biberón? —le pregunto.

—Hola, Lea —me saluda—. Sí, se lo han tomado todo, tanto James con Kylie. No han dejado ni una gota.

—Es que son unos glotones —apunto, satisfecha de que todo vaya bien—. Gracias, Janice —le agradezco.

—No tienes nada que agradecerme, cariño. Para mí es un placer cuidarlos. Ya sabes que me encanta ejercer de abuela —responde con voz amorosa—. ¿Vosotros estáis bien? ¿Habéis llegado ya?

—Sí —afirma Darrell—. Acabamos de aterrizar ahora mismo.

—Me alegro. Pasadlo bien —nos dice Janice.

—Gracias —me adelanto a decir—. Da un beso a James y a Kylie de nuestra parte.

—Ahora mismo —dice Janice, sonriente—. Un beso —se despide.

—Un beso —decimos Darrell y yo al mismo tiempo.

Darrell cuelga la llamada. Un minuto después, recibe un WhatsApp con una foto de los pequeños que nos envía Janice.

—Oh... —digo, cuando veo a James y a Kylie apaciblemente dormidos en su cunita. Y no puedo evitar que se me caiga la baba—. Son preciosos, ¿verdad? —le pregunto a Darrell, sin dejar de mirar la foto.

—Sí —contesta él—. Son lo mejor que hemos hecho.

Sonríe y recuesto la cabeza en su hombro. Tiene razón; nuestros hijos son lo mejor que hemos hecho.

A medida que avanzamos por las calles de la capital francesa, la Torre Eiffel se yergue magnánima ante nuestros ojos, iluminada por miles de luces anaranjadas que nos permiten ver su belleza.

—Wow... —murmuro, obnubilada.

—¿Te gusta? —me pregunta Darrell.

Acerca su rostro al mío por encima de mi hombro y ambos miramos la Torre Eiffel a través de la ventanilla del coche.

—Es majestuosa —respondo.

Pasamos por la avenida de los Campos Elíseos en cuyo extremo occidental está situado el Arco del Triunfo y nos dirigimos hacia la Plaza de la Concordia. El hotel está unas calles más al este.

La habitación es un homenaje a la decoración *vintage* parisina típica, con muebles de forja blancos, poltronas antiguas, espejos con marcos ornamentados y armarios tallados. El cabecero de la cama es de terciopelo acolchado y en el centro del techo hay una lámpara de araña con decenas de cristales que reflejan la luz.

No sé a cuántos grados estamos, pero hace calor. Mucho. En Europa también es verano. Así que me desnudo, me quito el vestido blanco con estampado de mariposas que llevo puesto y me quedo en bragas y sujetador. Por alguna razón que no me paro a pensar, no me quito los zapatos de tacón.

Quizás es una provocación, quizás son las altas temperaturas, quizás es París, pero me muero de ganas de que Darrell me folle. La situación que ha tenido lugar en el jacuzzi del hotel; su autoridad, su control sobre mí, aunque entraba dentro de un juego, ha sido una de las más sensuales que he vivido y el orgasmo que he tenido uno de los más intensos.

Camino hacia el balcón con pasos templados. En él está Darrell, de pie, inmóvil, tomando un poco de aire. Lo abrazo por detrás y paso las manos por su torso desnudo. Está tan sexy. Su silueta, recortada contra la noche parisina resulta tan sugestiva como la de un Dios del Olimpo.

Lleva puesto un pantalón informal, que le cae a ras de la cintura y tiene el pelo mojado, porque acaba de salir de la ducha.

¡Dios, huele tan bien!

—¿Has estado aquí alguna vez? —le pregunto.

—Sí —afirma Darrell, acariciándome los brazos.

—¿Por placer o por deber?

Apoyo la cabeza en su espalda, ligeramente húmeda.

—Por ambas cosas. A veces por placer y otras por deber. Creo que en alguna ocasión te he comentado que estoy pensando ampliar el mercado aquí en Europa y tengo que venir para ver instalaciones, personal, etcétera... Menos en Praga, he estado en todas las ciudades que vamos a ver.

—¿Así que el itinerario lo has hecho por mí? ¿Para que las vea yo? —le pregunto.

—Sí —afirma.

Sonrío para mí y lo abrazo más fuerte, apretando mi cuerpo contra el suyo.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué? —me pregunta Darrell.

Noto que su voz suena con un deje de sorpresa.

—Por este viaje.

—Te lo mereces, Lea —asevera serio, llevándose mi mano a los labios y besándola con ternura—. Por todo lo que has sufrido. Tu vida no ha sido nada fácil. Ya es hora de que te pasen cosas buenas, de que disfrutes...

Le doy un beso en la espalda, tratando de suspender el momento en el aire. Lo amo. Lo amo tanto...

—Te quiero —le digo—. Te quiero mucho, Darrell. No sabes cuánto...

Darrell se gira.

—Y yo a ti, tanto que daría mi vida por ti, si fuera necesario.

Cuando repara en que estoy en ropa interior, va bajando lentamente la vista por mi cuerpo, deleitándose en lo que ve. Contrae las mandíbulas y entorna los ojos mientras la respiración comienza a acelerársele. Me muerdo el labio al advertir el fuego que desprende su mirada. Un fuego que arroja un deseo incandescente. Una oleada de calor asciende por mi estómago.

Darrell me levanta la barbilla con la mano, acerca su boca a la mía y me besa. Sin dejar de besarme, me arrastra hasta la pared. Alza los brazos y los coloca a ambos lados de mi cabeza.

—¿Eres consciente de cómo me pones en ropa interior y zapatos de tacón? ¿Eres consciente? —me pregunta, siseando las palabras entre los dientes. Simplemente me limito a dejar caer las pestañas y a sonreírle con expresión juguetona—. Sí, sí que lo sabes... —dice, entornando los ojos.

Llevado por un impulso, coloca las manos en mis nalgas, me levanta, me pone a horcajadas en su cintura y me empuja contra la pared, clavándome las caderas en la tripa. Gimo en su boca entreabierta cuando noto su erección a la altura de mi sexo. Esto es lo que quería: ponerlo a mil y que me empotrara contra la pared como lo haría un animal salvaje.

¡Es tan apasionado!

¡Tan vehemente en sus ganas!

Pasa la mano por mi nuca, introduce los dedos entre el pelo y tira ligeramente de él para que eche la cabeza hacia atrás. Me aferro a sus hombros fibrosos para no caerme.

Cierro los ojos mientras los labios de Darrell recorren con ansiedad mi cuello, empapándome de su olor, de su aliento, del calor que desprende su cuerpo encendido.

¿Cómo me puede excitar hasta el punto de perder la cabeza?, me pregunto en silencio. ¿Hasta el punto de perder la noción de la realidad?

Suelto el aire de los pulmones al sentir sus manos apretando mis nalgas con fuerza. Sin que me dé tiempo de reaccionar, Darrell libera su miembro y me penetra contra la pared con una embestida seca.

—¡Joder! —mascullo.

—¿No es esto lo que quieres? —me pregunta, sabiendo perfectamente mi respuesta—. Dime, Lea, ¿no es esto lo que quieres? —insiste con voz grave, saliendo de mí y entrando de nuevo de golpe.

—Sí, Darrell, sí —afirmo, poseída por el deseo.

—Sí, ¿verdad? —sigue diciendo él, penetrándome una y otra vez contra la pared.

Mi cuerpo tiembla y se estremece. Enderezo la cabeza y miro a Darrell. Su rostro y su torso brillan con una película de sudor que lo hace parecer aún más sexy. ¿Puede ser más sexy?

Sí, claro que sí.

Todo sucede de una forma vertiginosa, apasionada e intensa. Como es Darrell: vertiginoso, apasionado e intenso. ¡Con él follar es siempre una locura!

Me siento inundada por una decena de oleadas de placer que convierten mi sangre en una suerte de fuego líquido que recorre mis venas como un torrente. Me aprieto contra Darrell y jadeo en su oído mientras él se mueve incesantemente en mi interior. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Dentro, fuera.

Los músculos de sus brazos se tensan por la fuerza que está ejerciendo. Acariciarlos es una delicia.

De pronto me estremezco, sacudida por una descarga eléctrica de placer. Echo la cabeza hacia atrás y arqueo la espalda buscando una mejor posición. Apenas unos envites después alcanzo el clímax.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! Tengo la sensación de estar experimentando una caída libre a trescientos kilómetros por hora, al tiempo que siseo el nombre de Darrell una y otra vez. Darrell empuja con más fuerza para unirse a mi orgasmo. Gime en mi boca mientras se corre dentro de mí.

Nuestras respiraciones son tan agitadas que apenas podemos tomar aire. Aprieto las piernas por detrás de la espalda de Darrell y lo atraigo hacia mí. No quiero separarme de él, no quiero que me suelte. Si no fuera porque me sostiene por la cintura, me caería redonda al suelo.

Levanta la mirada y la clava en mis ojos, todavía eclipsados.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Agito la cabeza de arriba abajo en un ademán de afirmación. No puedo hablar, necesito recuperar el aliento.

Darrell me alza un poco más y me lleva a la cama. Me echa sobre ella y se tumba encima de mí. Se inclina y me besa suavemente. Sus labios son un chute de oxígeno. Despacio, va descendiendo por mi cuello. Me cubre los pechos de besos tiernos y sumamente delicados, como si pasara una pluma.

—Me encanta tu sabor —ronronea.

Introduzco los dedos entre su pelo algo húmedo todavía y lanzo al aire un sonoro suspiro. ¡Me mata con sus palabras!

CAPÍTULO 30

El trino de un pájaro en el balcón me despierta. Abro los ojos somnolienta y lo veo saltar alegremente de un lado a otro de la barandilla. El sol entra a raudales por los cristales abiertos.

Me doy la vuelta hacia Darrell, que duerme plácidamente a mi lado, con la mano echada sobre mi cintura. Contemplo su rostro de rasgos perfectos y sonrío levemente mientras acaricio su mejilla con suavidad. No quiero despertarlo. Se le ve tan sereno, tan tranquilo, tan feliz... No como antes, cuando era presa de la alexitimia, cuando era incapaz de sentir, de identificar las emociones. Cuando era aquel hombre callado y silencioso que no necesitaba abrazar ni besar y que no sonreía nunca; cuando era *El Hombre de Hielo*.

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies.

Me da tanto miedo pensar en aquella época en la que todo era mecánico, desafectado; en la yo solo me ocupaba de satisfacer sus necesidades sexuales, en la que no podía dormir con él, en la que detestaba la frase: «ya sabes cuáles son las normas». ¡Solo Dios sabe cómo la odiaba! Porque esas estúpidas normas no me permitían abrazarlo, ni besarlo, ni darle amor, ni despertarme a su lado.

Fue tan duro. ¡Tan duro! Casi tanto como cuando me dejó en la cárcel. El mundo se me cayó encima. Con todas aquellas cosas que me dijo para que me alejara de él. Lo pasé tan mal, y sé que él también. Soy perfectamente consciente de lo que sufrió con aquella jugarreta que nos hizo el destino y la dura decisión que tomó al romper nuestra relación.

No sé que haría si Darrell volviera a ser ese hombre frío e impassible que conocí, si la alexitimia volviera a hacer de las suyas. Si no fuera capaz de darme a mí y a nuestros pequeños tanto amor como nos da. Es tan distinto ahora. Me volvería loca.

Y perderlo sería... ¡No quiero ni pensarlo! No me atrevo siquiera a pensarlo. No podría vivir sin él. No podría vivir sin Darrell.

Involuntariamente, los ojos se me llenan de lágrimas. En esos momentos, Darrell se despierta. Enfoca la vista en mi rostro y enarca las cejas, sorprendido.

—Heyyy, pequeña, ¿qué te ocurre? —me pregunta con un viso de alarma en la voz. Alarga la mano, me aparta un mechón de pelo de la cara y me lo coloca detrás de la oreja —. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo, sorbiendo por la nariz—. No te preocupes, Darrell.

—Sí, sí que me preocupo, porque estás llorando —apunta, enjugándome la lágrima que resbala por mi mejilla—. Dime qué te ocurre.

—Soy una tonta —digo.

—¿Por qué?

—Me ha venido a la cabeza la época en que... —Mi voz se apaga poco a poco. Busco las palabras adecuadas, pero no las encuentro.

—La época en que nuestra relación se basaba en un contrato —se adelanta a decir Darrell, adivinando con acierto lo que está pasando por mi mente.

Asiento.

—Sí.

—Fue duro para ti, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. —Me quedo un momento en silencio—. No poder tocarte, besarte o acariciarte era una tortura. Sobre todo cuando empecé a enamorarme de ti.

—Ahora que tengo capacidad para ponerme en tu lugar, puedo imaginarme lo que sentiste —dice Darrell—. Si yo no pudiera tocarte, besarte o acariciarte, me moriría. —Me acaricia el pelo cariñosamente—. Fuiste tan valiente al aceptar mi proposición, y tuve tanta suerte de que lo hicieras.

—¿Eso es lo que piensas? —curioso.

—Sí —afirma rotundo—, y no sabes cuánto me duele haberte hecho daño, Lea —dice—. Si pudiera, echaría el tiempo atrás solo para podértelo evitar, para que no hubieras sufrido tanto como sufriste.

Paseo mi mano por su mandíbula, acariciándosela con el pulgar desde la barbilla hasta la oreja.

—Me aterra la idea de que vuelvas a ser conmigo el hombre frío, imperturbable y falto de emociones que eras antes —asevero de pronto.

Darrell enarca las cejas.

—¿Por qué habría de volver a ser así? —me pregunta comprensivo—. Te quiero, Lea. Te quiero como nunca he querido a nadie. No lo olvides, por favor. No lo olvides nunca —repite una y otra vez con énfasis, tratando de tranquilizarme.

—No lo olvido, Darrell —digo.

Darrell coge mi mano, se la acerca a los labios y me besa la punta de los dedos.

—No quiero que sufras por eso, Lea —apunta entre beso y beso—. Porque es algo que no va a volver a pasar. Gracias a ti, yo nunca volveré a ser el de antes. Yo tenía una enfermedad del corazón, pero tú me la curaste, eres el antídoto.

Lanzo un suspiro al aire.

—No me hagas caso, son tonterías mías —digo, restándole importancia.

No sé por qué me ha dado por pensar en esas cosas ahora; supongo que es el miedo a perder a la persona que amas la que lo trae a la cabeza.

Darrell pasa la mano por mi espalda desnuda, me atrae hacia él y me estrecha contra su cuerpo. Inclina el rostro y me da un beso en la frente. Lo abrazo con fuerza, deleitándome en el gesto y en la sensación de protección que me ofrecen sus brazos.

—Prométeme que no vas a volver a pensar en eso —me dice, separándose unos centímetros de mí—. Eso es el pasado, Lea, como el asunto de la red de tráfico de drogas y mi estancia en la cárcel. Fue una prueba que nos puso el destino y la superamos... con creces. Ahora nos toca disfrutar.

—Tienes razón. Ahora nos toca ser felices —digo, convencida de ello.

Porque realmente tiene razón, si persisto en pensar en esas cosas, no voy a disfrutar del amor ni del maravilloso presente que tengo con él.

—Prométemelo, entonces —insiste Darrell, volviéndome a estrechar contra él.

—Te lo prometo.

De repente, doy un salto y me levanto de la cama. Cojo la mano de Darrell y tiro de él, que me mira con ojillos de sorpresa.

—¡Vamos! —le digo más animada—. París nos espera.

Darrell responde a mi tirón, se incorpora y me agarra de la cintura.

—Sí, París nos espera, pero antes vamos a ducharnos juntos.

Sonrío con picardía porque intuyo su insinuación. Darrell me adelanta un paso y sin soltarme, me conduce hasta el cuarto de baño.

CAPÍTULO 31

Comemos en una cafetería en pleno barrio de *Pigalle*, ascendiendo a *Montmartre*. Nos ha llamado la atención el nombre: El café de *Amelie*. Un lugar rodeado de un sinfín de motivos y detalles que nos recuerdan sin duda a ese personaje dulce e ingenuo llamado *Amelie Poulin*.

—¿Te has fijado? —le pregunto a Darrell nada más de entrar—. La cafetería está dedicada a la película de *Amelie*. Es puro encanto —agrego.

—Tiene su punto —dice él, siempre más exigente que yo.

Está muy concurrida, con todo tipo de gente, sobre todo turistas. Avanzamos por la estancia en busca de una mesa. Hay un par de ellas libres al fondo.

En un perfecto francés, Darrell pide el *steak tartare*, la *sopa de cebolla digna* y de postre *clafoutis de cerezas*.

—¿Hablas francés? —le pregunto, cuando el camarero se aleja.

—Quiero expandir la empresa internacionalmente, así que tengo que controlar varios idiomas. Sobre todo, los de los países en los que quiero empezar a establecerla —me explica—. Nunca me han gustado los intermediarios, y menos para asuntos de negocios. Hay algunas cosas que prefiero hacerlas personalmente, para que no haya malosentendidos.

—¿Y cuántos idiomas más hablas? —me intereso.

—Italiano, alemán, español y un poco de danés —responde.

—¡Madre mía! —exclamo.

Ya tengo otro motivo para admirarle más aún de lo que lo admiro. No solo es un lince para los negocios, sino que también es un hacha para los idiomas.

—Yo hablo un poco español —digo humildemente, y lo hago más bien por decir algo.

—¿Ah, sí?

Darrell parece admirado ante mi afirmación, o quizás finge estarlo para hacerme sentir bien.

—Sí. En el colegio tuve una amiga de ascendencia mexicana y me enseñó a decir algunas cosas. *¿Cómo estás?* —le pregunto a Darrell en español, o en algo que podría ser español.

—Muy bien. Gracias —responde él en ese idioma.

Sonríe.

No sé de qué forma me gusta más, si hablando en francés o hablando en español. Bueno, tengo que reconocer que en español al menos le entiendo. Aunque es mejor que pronuncie las cosas despacio, yo no tengo tanta soltura como él.

El camarero, un tipo alto, castaño, de ojos azules y piel rosada, se acerca con la comida.

—*Merci* —le da las gracias Darrell.

El camarero asiente, agradecido. Cojo el cuchillo y el tenedor y parto un trozo del *steak tartare* o filete tártaro. Un plato elaborado con carne de vacuno, alcaparras, cebolla y coronado en el centro por una yema de huevo.

—A veces me pregunto cómo siendo tan joven has conseguido llegar tan alto —le comento, poniendo voz a mis pensamientos.

Me llevo el tenedor a la boca.

—No salía de casa —confiesa Darrell—. Desde que era un niño ha estado presente en mí esa antipatía hacia el mundo. Siempre he sido serio, hermético, antisocial... Adoraba mi soledad por encima de todas las cosas.

—¿No salías de fiesta? ¿No salías a divertirte? —le pregunto.

Darrell sacude la cabeza, negando.

—Me pasaba el día y la noche estudiando. Quería graduarme cuanto antes y empezar a forjar un plan que me permitiera crear mi propia empresa. —Parte elegantemente un trozo de su *steak tartare* y se lo mete en la boca. Mastica—. Necesitaba ayudar a mi madre, que económicamente nunca lo ha pasado bien desde que la dejó mi padre.

Lo miro con ojos brillantes.

—Eres un ejemplo de superación —apunto, orgullosa de él.

Darrell reflexiona durante unos segundos, en los que la expresión de su rostro se vuelve meditabunda.

—Aunque creo que lo que realmente me empujaba a ser un hombre exitoso es demostrar que era mejor que mi padre.

Me encojo de hombros.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque tal vez quería darle una razón de peso para que se arrepintiera de habernos abandonado —responde—. Y el éxito y el dinero siempre es un buen recurso —añade—. Me costó mucho entender que no se había ido por mi culpa, sino que lo había hecho porque era un cabrón, incapaz de serle leal a nadie, excepto a su bragueta.

Por momentos pienso que Darrell aún cree que su padre se fue por él. Creo que, pese a todo, es algo que no termina de superar y con lo que tiene que luchar cada día. Pero, ¿cómo se iba ir por él si solo era un niño cuando los abandonó?

—Darrell, tú no tuviste la culpa de que tu padre se fuera —asevero.

—Lo sé —se adelanta a decir él—. Lo sé...

Sin embargo, yo no estoy tan convencida de que lo sepa. Darrell guarda silencio. Quizá lo mejor es cambiar de tema.

—¿Alguna vez has tenido novia? —curioso—. No sé... Aunque no estuvieras enamorado, pero alguna chica que te gustara o te llamara la atención más que otra.

Darrell niega con la cabeza de nuevo.

—No —dice, y no lo duda ni un segundo—. Solo me interesaban para saciar mi apetito sexual como hombre. Nada más.

—¿Siempre? —insisto.

—Sí.

Y no sé por qué, pero su respuesta me hace sentir importante, por ser la primera mujer de la Darrell Baker se ha enamorado.

Darrell vuelve a tomar la palabra.

—Por eso decidí que lo más apropiado era establecer una relación basada en un acuerdo... —busca la palabra adecuada—... profesional, por decirlo de alguna forma. Soy consciente de que no era lo más habitual, pero al menos era sincero. Las mujeres que lo firmaban sabían claramente qué quería de ellas, qué podían esperar de mí y, lo más importante, que no debían esperar nunca.

—Cariño, ternura, poemas, flores, bombones... —enumero—. Amor —concluyo.

—Exacto —dice Darrell.

—Desde luego, ninguna te podíamos echarle en cara que no fueras claro —apostillo.

Darrell se recuesta en la silla y me mira de una manera que no logro descifrar.

—¿Y tú? ¿Has tenido novio alguna vez?

—No —respondo escuetamente.

Su expresión sigue inmutable. Sigo sin poder intuir qué está pasando por su mente.

—Háblame de ese par de chicos con los que has estado antes de conocerme —dice finalmente.

—Darrell, no fueron nada importante, ya lo sabes —respondo.

—¿Alguno de ellos fue Matt?

Alzo la mirada hacia él. En ese momento llega el camarero de pelo castaño y piel rosada, interrumpiendo la conversación.

—El postre... —supongo que anuncia.

Lo supongo al ver que pone dos platos con *clafoutis de cerezas* a cada uno.

—Responde, Lea —insiste Darrell, cuando el hombre desaparece de nuestra vista—. ¿Alguno de esos chicos fue Matt?

Hundo la cucharilla en la pequeña tarta, cojo un poco de *clafoutis* y me la llevo a la boca. Mis papilas gustativas se embriagan con el sabor dulce de las cerezas. Darrell no lo prueba. Me mira fijamente, esperando mi respuesta.

—No, Darrell, no. Ninguno de ellos fue Matt —digo al fin.

Parece que se queda conforme, pero por la expresión de su cara sé que quiere saber más.

—¿Estuviste enamorada de alguno?

Sabía que iba a seguir preguntándome.

—No tuve sexo con ninguno —digo.

—Ya sé que no tuviste sexo con ninguno. Tengo claro que fui yo quien te desvirgó. —Me sonrojo de golpe. ¿Por qué me sigo ruborizando por este tipo de comentarios? Darrell es mi esposo. Pero lo dice con esa voz grave y profunda que hace que se me pongan los pelos de punta—. Pero no es eso lo que te estoy preguntando —continúa.

Resoplo.

—No estuve enamorado de ninguno —afirmo.

—¿Segura?

Su voz es seria, incluso inquisitiva.

—Sí, segura. Ya te he dicho que no fueron importantes.

—Solo quería asegurarme —comenta Darrell con ironía. Hace una pausa—. ¿Te gusta la *clafoutis de cerezas*? —me pregunta en un tono más relajado y cambiando de tema a propósito.

¿*Ya se ha quedado a gusto?*, me pregunto.

—Sí —afirmo—. Está buenísima.

Sí, parece que ya se ha quedado a gusto.

Durante unos segundos no comenta nada ni me pregunta nada. El silencio lo llena todo. Trago el mordisco que tengo en la boca y alzo la vista. Darrell ha entornado los ojos y me está mirando como si estuviera desnudándome con la mirada.

—¿Qué? —le pregunto con una mezcla entre confusión y timidez en respuesta a su mirada escrutadora.

—Si no estuviéramos en una cafetería llena de gente en pleno París, te pondría contra la pared y te follaría hasta que me suplicaras que parase —afirma sin pudor.

Abro la boca, sorprendida. ¡*Dios santo!*

—Darrell... —murmuro.

Bajo la cabeza y me coloco el pelo detrás de las orejas. Tengo la sensación de que las mejillas van a entrarme en combustión de un momento a otro. Me arden.

Mientras yo me muero de la vergüenza, Darrell se mantiene inmutable sin apartar sus ojos de mi rostro. Menos mal que no le habrá entendido nadie, aunque la mayoría de los que estamos en la cafetería somos turistas. Quizá alguno sí que ha entendido lo que me ha dicho. ¡Joder!

Cuando reúno valor y el calor de mi cara disminuye, alzo los ojos. Darrell esboza una sonrisa de medio lado, disfrutando del rato de vergüenza que me está haciendo pasar. ¡Es tan asquerosamente seguro de sí mismo!

—¿Vamos al Louvre? —me pregunta con una expresión llena de humor.

Miro a mi alrededor. La gente está a lo suyo. Respiro aliviada. Parece que nadie ha escuchado nada.

—Sí —digo.

CAPÍTULO 32

Ocupamos la tarde haciendo turismo por París. Empezando por una visita al Louvre, pasando por la avenida de los Campos Elíseos, el Arco del Triunfo, la Catedral de Notre Dame, el museo de arquitectura de Orsay y los Jardines de Luxemburgo.

Nos hacemos selfies y fotos individuales en todos los lugares, tratando de immortalizar casi cada minuto de nuestra luna de miel.

Cuando cae la noche, nos vamos a cenar a *Le Jules Verne*, un restaurante de lujo enclavado en la Torre Eiffel, donde los camareros van vestidos de traje y las vistas a esa altura son simplemente espectaculares.

Después del postre, Darrell pide una botella de *Château de Lagorce*, un reserva del 2012.

—Salud, Lea —dice, tras servirme un poco.

—Salud, Darrell —correspondo.

Bebemos un trago de vino mientras intercambiamos una mirada muda que está cargada de complicidad. Observo los ojos de Darrell. Entre los claroscuros que proyectan las luces del restaurante, su mirada encierra una oscuridad maliciosa que creo que tiene mucho que ver con sus ganas de ponerme contra la pared y follarme hasta que le suplique que pare.

A veces es tan explícito con sus apetencias.

Llegamos a la habitación agotados y yo, particularmente, algo contentilla. Creo que la última copa de vino de la cena se me ha subido a la cabeza, porque estoy un poco mareada. Avanzo hasta la cama y me dejo caer sobre ella. Darrell se afloja el nudo de la corbata.

—¿Qué te apetece hacer? —me pregunta.

Me incorporo ligeramente.

—Follar —respondo pausadamente, con la voz algo espesa.

Darrell me ofrece una sonrisa sesgada que deja a la vista parte de sus dientes blancos y perfectos, mientras camina hacia mí con pasos determinantes. Se sube a la cama y se acerca a mí.

—Me encanta cuando se te suelta la lengua —dice a escasos centímetros de mi rostro. Su aliento cálido me roza los labios—. Te vuelves tan seductora... —Su sonrisa se amplía maliciosamente—. Voy a tener que emborracharte más a menudo —bromea.

Sin mediar palabra, termino de deshacer el nudo de su corbata y se la quito. No sé si es el vino o soy yo, o ambas cosas, pero se le ve tan sexy con su impecable traje. *¡Dios, es tan sexy! Tanto, tanto, tanto...* Mis pensamientos se detienen cuando Darrell apoya sus labios en los míos y me besa. Paso las manos por su nunca y enredo los dedos por los mechones de su pelo mientras nuestras lenguas juegan como si tuvieran voluntad propia.

Con la habilidad y la rapidez que lo caracterizan, me sube el vestido, me lo saca por la cabeza y lo arroja al suelo. Hace lo mismo con el sujetador y las braguitas de encaje negro que llevo puestas. Parece que tiene prisa por deshacerse de ellas.

—Siéntate —me dice. Hago lo que me pide y me acomodo encima de la cama—. Abre las piernas. —*¿Qué pretende?*, me pregunto. Y antes de que pueda elucubrar algo, lo suelta—. Quiero ver cómo te masturbas.

Abro los ojos de golpe y la garganta se me seca. Me muero de vergüenza.

—¿Qqué...? —tartamudeo. *¿Cómo que me masturbe? ¿Qué me acaricie?*, me pregunto en silencio.

—Quiero ver cómo te corres, como te das placer a ti misma... —me susurra.

No debería pedírmelo así, no debería susurrármelo de esa manera, no debería tener esa voz grave y profunda que tiene. Darrell Baker debería de estar prohibido.

—Vamos, Lea —insiste.

Pestaño un par de veces.

—Prefiero que me lo hagas tú —alcanzo a articular únicamente con timidez.

Darrell sonrío.

—No, hoy quiero mirarte mientras te acaricias —dice.

—Es un poco voyeurista, señor Baker —afirmo.

—Con usted un poco no, un mucho —bromea, levantándome la barbilla para besarme—. Me gusta observarla en todas sus facetas, señora Baker.

—Pero... —trato de protestar.

—Shhh... —me corta Darrell con un siseo. Toma mi mano derecha y la desliza hasta mi sexo—. Acaríciate —me dice. Joder, ¿por qué no puedo decirle que no? ¿Por qué no puedo negarme? ¿Por qué no puedo resistirme a él ni a sus peticiones?—. Yo también voy a masturbarme para ti.

Oh...

Mi boca se abre ligeramente. ¡Madre mía! Voy a ver cómo Darrell se... No termino la frase. ¿Por qué de pronto la idea de verle hacerse una paja me excita tanto? ¿Será que yo también tengo un punto voyeurista con él? Noto como mi sexo se humedece entre mis dedos.

Darrell libera mi mano y se pone en pie.

—Tocate, Lea... —me vuelve a pedir mientras comienza a desabrocharse el pantalón, sin apartar un instante la mirada de mí.

Estoy algo abochornada, pero empiezo a mover mi dedo anular en círculos sobre mi clítoris. Los ojos de Darrell brillan con una oscuridad perversa. Se quita el pantalón y el bóxer y lo deja a un lado. La erección asoma ya a través de los bordes de la camisa, que Darrell se apresura a desabrochar.

Cuando está completamente desnudo, se sube de nuevo a la cama y se coloca de rodillas en el extremo, apoyando las nalgas en los tobillos. Intento tragar saliva, pero tengo la garganta seca como un corcho. Soy incapaz de retirar mis ojos de él y de su miembro, erguido en su plenitud. ¡Es tan magnífico!

Darrell rodea su miembro con la mano y comienza a moverla hacia adelante y hacia atrás a través de él. Me muerdo el labio, sofocada y excitada a partes iguales, pero sin dejar de acariciarme.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña —dice.

Sus palabras me encienden aún más. Jamás pensé que ver como Darrell se masturba mientras yo hago lo mismo fuera tan excitante.

Gimo, acelerando el movimiento de mi mano.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta Darrell con malicia.

—Mucho —afirmo. Mi voz apenas es audible a estas alturas.

Darrell rasga su boca en una sonrisa lobuna. Mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho. He empezado a jadear. ¡Joder, estoy a punto de correrme!

—Sí, así... Sigue acariciándote así... —me incita Darrell con voz ronca.

Abro un poco más las piernas, apoyo la mano izquierda por detrás de mi espalda y me echo hacia atrás. Durante un segundo pierdo la noción del tiempo, del espacio, de la realidad. Solo importo yo, mi placer y los ojos de Darrell clavados en mí, delectándose mientras me masturbo.

Grito, sin importarme si me pueden oír o no, cuando un intenso orgasmo me sacude como un latigazo. Seguidamente, noto un líquido suave y caliente empapándome los dedos. Esto es brutal. ¡Darrell es brutal! Solo necesito que me mire para correrme como un puto animal. ¿Qué coño me hace? ¿Cómo es posible que tenga tanto poder sobre mí?

Me sigo retorciendo con los últimos espasmos de placer cuando siento acercarse a Darrell. Me sujeta por la espalda con sus enormes manos y se hunde dentro de mí de una violenta embestida. Una embestida que me llena por completo de golpe, que llega hasta lo más hondo.

Vuelvo a gritar.

No tengo fuerzas para nada, ni siquiera para hablar, solo para que Darrell haga con mi cuerpo lo quiera. Estoy al borde del desmayo, pero él sigue con sus profundas acometidas una y otra y otra y otra vez, hasta que se vence sobre mí con un fuerte gemido que exhala con los dientes apretados.

—Te adoro, Lea —jadea en mi oído mientras recupera el aliento—. Eres una jodida maravilla.

Se inclina, me agarra el rostro con las manos y me besa la frente, los párpados, la nariz, las mejillas... Noto como sus suaves labios recorren la piel sofocada de mi rostro.

—Lo has hecho muy bien —dice.

Sonrío sin decir nada.

Darrell sale de mí y se tumba a mi lado, arrastrándome a sus brazos. Me acurruco contra su pecho y cierro los ojos.

CAPÍTULO 33

—¿Dónde vamos ahora? —le pregunto a Darrell, montados de nuevo en el jet privado.

—A Londres —responde, sentado a mi lado.

—Mmmm... —ronroneo contra su hombro, como si se tratara de un succulento plato de comida y no de una ciudad.

Hay unos segundos de silencio.

—¿Eres feliz, Lea? —me pregunta Darrell en tono grave, mirándome fijamente a los ojos.

Levanto la cabeza y lo miro.

—¿Hace falta preguntarlo? —respondo con una sonrisa—. Es la luna de miel que toda pareja desearía tener —agrego. Hago una pequeña pausa. Ladeo la cabeza—. ¿Por qué me lo preguntas tan serio, Darrell? —quiero saber.

—Porque tu felicidad es algo muy serio para mí —contesta.

Aprieto los labios formando una línea.

—Gracias por esforzarte tanto para hacerme feliz.

Por primera vez desde que ha comenzado la conversación, la insinuación de una sonrisa asoma a los labios de Darrell.

—Hacerte feliz es muy sencillo, Lea. Eres como una niña pequeña.

Su voz es suave, protectora, casi paternal.

—Me consientes como si lo fuera —apunto.

—Para mí lo eres. Eres mi pequeña, mi pequeña loquita.

Sonrío.

—De todas formas, gracias —digo.

Darrell niega con la cabeza. Aunque lo hace de forma imperceptible.

—Te lo mereces —afirma, deslizado la mano a lo largo de mi pelo—. Por haberme sacado de mi oscuridad, por lo feliz que tú me haces a mí.

Vuelvo a recostar mi cabeza en su hombro mientras el jet atraviesa el cielo rumbo al Reino Unido.

Los tres días que vamos a permanecer en la ciudad del Támesis no parecen suficientes para ver todo lo que queremos ver. La lista es interminable. La galería de arte *The National Gallery*, el *Palacio de Kensington*, el *Puente de la Torre*, la *Abadía y el Palacio de Westminster*, el famoso *Big Ben*, *Trafalgar Square*...

La segunda noche que estamos en Londres, cenamos en el *Sea Life London Aquarium*. El acuario más grande de la ciudad, situado en la planta baja de *Country Hall*, en la orilla sur del río Támesis.

El restaurante es simplemente espectacular, emplazado en un túnel bajo el agua y rodeado de todo tipo de criaturas marinas: caballitos de mar, erizos, medusas, carpas, tortugas, corales de miles de colores y otros tantos animales de lo que no sé el nombre, pero que son preciosos.

—Es mágico —comento, con ojos atónitos.

—Es como estar en el fondo del océano —dice Darrell.

Cenamos embebidos en un ambiente íntimo y teñido de un azul que invita al recogimiento.

—Vamos a necesitar que los días tengan treinta y cinco horas como mínimo para ver todas las cosas que hay en Londres —digo.

—Tendremos que hacer un hueco entre visita y visita para follar, ¿no? —interviene Darrell.

—Tú siempre encuentras tiempo para hacerlo.

—¿Para hacer qué? —pregunta, con suspicacia en la voz. Pero no me deja responder—. ¿Necesitas beber un par de copas de vino para atreverte a decir «follar»?

Me limpio la comisura de los labios con la servilleta.

—Bueno..., me cuesta decirlo de esa forma —digo, dejando la servilleta al lado del plato.

—¿Te parecen palabras fuertes?

—Su sonoridad lo es.

—¿Te molesta que yo lo diga? —sondea—. ¿Te molesta que utilice ese tipo de palabras contigo?

Levanto los ojos y miro a Darrell a través de mi espeso abanico de pestañas de color bronce.

—No —niego.

—Entonces, ¿te gusta?

—Sí. —No me detengo a pensarlo un segundo. Porque sí, me gusta. Mucho—. Además, aunque empezamos haciendo el amor, siempre terminamos... follando —opino en voz baja.

—Interesante apreciación —observa Darrell.

—Oírlo de tu boca me excita —me atrevo a confesarle—. En realidad todo de ti me excita... Hasta que me mires mientras me masturbo.

Darrell esboza una sonrisa. Sus ojos se achinan.

—¿Qué sentiste? —me pregunta.

Coge una fresa del *trifle*, un postre popular inglés, y se la mete en la boca. La mastica pausadamente mientras espera mi respuesta.

—Vergüenza, timidez, sofoco, excitación... —enumero.

—¿Y qué más?

—Placer... Mucho placer —digo. Me muerdo el interior del carrillo—. Jamás hubiera pensado que el simple hecho de que me mirarás mientras me acaricio me

excitara tanto. Al igual que contemplar como tú te masturbas. Tu mirada tiene tanta fuerza... —Mi voz se apaga poco a poco.

De pronto siento calor. Un inmenso calor. Me arde el rostro. Hablar de sexo con Darrell sigue dándome vergüenza. Creo que es algo que nunca voy a poder evitar. Trago saliva, consciente de que sus ojos están clavados en mí como dos cuchillos.

—Prueba —le oigo decir, rompiendo el silencio.

Alzo la mirada. Darrell alarga el brazo y me ofrece una cucharada de su *trifle*, ya que yo he pedido de postre *sticky toffe*.

Me acerco unos centímetros, abro los labios y me introduzco la cuchara en la boca. Darrell vuelve a coger otro bocado de *trifle* y me lo tiende. Me lo meto en la boca.

Sonríe con picardía en el rostro.

—¿Qué? —inquiero cuando veo su expresión. ¿Acaso se está riendo de mí? ¡Joder! ¿Por qué tiene que tener que ponerse a jugar en público?, me quejo para mis adentros.

—¿Sabes que me acabo de empalmar? —afirma.

Mis ojos se abren como platos.

¿Qué? ¿Qué se ha empalmado? ¡Dios santo! ¿Darme de comer le ha producido una erección?

—¡Joder, Darrell! —exclamo.

Se encoje de hombros.

—¿Qué quieres que haga? —dice como si nada—. Este es mi estado normal cuando te tengo cerca —añade.

Trato de reprimir la risa, para poner algo de seriedad al asunto. No es normal estar en un constante estado de celo. Ni en él ni en mí. Pero estoy a años luz de conseguirlo. Si ni siquiera yo soy capaz de resistirme a sus encantos. ¿Cómo voy a dar ejemplo? Así que me rindo.

—En el sexo somos como animales —comento.

—¿Salvajes? —pregunta Darrell.

—Irracionales —matizo—. ¿Qué vamos a hacer? —lanzo al aire, pretendiendo buscar un remedio.

—Ponerle la única solución que tiene —dice Darrell. Alza una ceja, mirándome—. Follar hasta la extenuación.

Me quedo pensando durante unos instantes. Sí, esa parece ser la única solución posible.

CAPÍTULO 34

Voy levantando poco a poco los ojos a lo largo del eje vertical del *London Eye*, también conocido como *Millenium Wheel*, la noria que hace las veces de mirador, situada en el extremo occidental de los *Jubilee Gardens*. La tercera noria más grande del mundo después de la *Estrella de Nanchang* y la *Singapore Flyer*.

—Es... muy alta —observo, cuando mi vista llega al punto más alto.

—Ciento treinta y cinco metros —contesta Darrell.

—Wow... —musito.

Hace calor y el sol brilla por encima de la gigantesca rueda de bicicleta que parece el *London Eye* visto en su totalidad, arrancando destellos plateados a los cristales de las cabinas.

—¿Qué tal te llevas con las alturas? —me pregunta Darrell, al ver la expresión ligeramente reticente de mi rostro.

—Bueno, en la Torre Eiffel me sentía segura, pero aquí... titubeo.

Darrell no deja que termine la frase.

—Ya verás, las vistas son espectaculares —afirma, cogiéndome las manos y tirando de mí.

Me dejo arrastrar por él y por su entusiasmo, que es contagioso. ¡Que sea lo que Dios quiera!, me digo a mí misma, ignorando el respeto que me dan las alturas. Estoy con Darrell. Nada malo puede pasarme con él.

Las cabinas son para varias personas, ya que son grandes, espaciosas y, además, climatizadas, por lo que no se aprecia el calor que hace en el exterior. Pero pese a que dan cabida a más gente, Darrell se las apaña para que vayamos solos. Instintivamente, recorro con la mirada la estructura metálica que sujeta la cabina acristalada al círculo de acero y me pregunto qué pasaría si nos cayéramos. Sacudo la cabeza, intentando apartar esa idea de mi mente. Tengo que dejar de ser tan catastrofista.

—¿Lista? —me pregunta Darrell, pasándome el brazo por la cintura.

Aprieto los labios y asiento. Respiro hondo cuando la noria comienza a moverse y a conseguir lentamente altura. Los edificios van haciéndose cada vez más pequeños a medida que subimos. Llegado a un punto, cuando alcanzamos la cima, cierro los ojos con fuerza y me agarro a una de las barras de acero que forma la estructura de la cabina hasta que los nudillos de las manos se me ponen blancos. Creo que he comenzado a sudar.

—Relájate —me dice Darrell con voz sosegada.

Me gustaría, pero no puedo. Mi *mal de altura* ha comenzado a hacer de las suyas.

—No me atrevo a mirar —digo—. Está muy alto.

Darrell me abraza protectoramente por detrás y me da un beso en la cabeza. Me aferro a sus brazos como si de ellos dependiera mi vida.

—Abre los ojos, Lea —me pide—. Te estás perdiendo lo mejor.

—No puedo, no...

—Sí puedes —me alienta convencido—. Venga, pequeña, abre los ojos. No va a pasar nada. Yo estoy aquí.

Sus palabras, cálidas y reconfortantes, me animan a abrir los ojos. Primero el izquierdo. Lo hago despacio, y cuando veo que no pasa nada, abro el derecho. Articulo una exclamación que no llega a mis labios al ver la asombrosa panorámica que hay ante mí.

—¿Qué te parece? —me pregunta Darrell, estrechándome contra su cuerpo para darme seguridad.

—Es... Es impresionante —digo, sin apenas pestañear.

A ciento treinta y cinco metros de altura, Londres aparece debajo de nosotros como un enorme laberinto. Un dédalo de calles y edificios antiguos que esbozan una escena de otra época, de otro tiempo, alejada de la cosmopolita Nueva York.

Desde donde estamos, podemos ver el Támesis, a los pies del Palacio de Westminster y del Big Ben.

La noria sigue girando y la cabina desciende.

—Pese a las maravillosas vistas que nos ofrece el *London Eye*, me siento más segura aquí abajo —digo.

Sé que la alegría no me va a durar mucho, porque estamos ascendiendo de nuevo.

—Yo tengo una forma muy efectiva de distraerte para que se te pase el miedo — afirma Darrell con voz extremadamente suave. Tan suave que resulta peligrosa.

Se inclina sobre mí, hunde el rostro en mi cuello y me besa con una pasión no apta para estas horas del día.

¡Oh, oh! ¿Quiere follar aquí?

Sí, quiere follar aquí. Por eso ha conseguido que vayamos solos en la cabina, sin más acompañantes, pienso rápidamente. No negaré que es excitante; hacer el amor a ciento treinta y cinco metros del suelo, pero...

—No, Darrell, no —mascullo—. No podemos hacerlo aquí. No...

—¿Por qué no? —me susurra contra la mejilla con mucha calma.

El roce de sus labios hace que me estremezca.

No, no, no... No me beses así, por favor.

Encojo el hombro para que no tenga acceso a mi cuello. Tengo que ser capaz de resistir.

—Porque no... Porque... —intento explicarme, sin embargo, Darrell no me lo pone fácil—. ¡Dios, nos expulsarían del país!

—Hay más países en el mundo.

¿Por qué diablos tiene respuesta para todo? Joder, se me hace tan difícil decirle que no. Soy tan débil con él cerca... Pero no podemos follar aquí, en una cabina hecha de cristal mientras da vueltas en círculo, exponiéndonos a todo Londres. ¡No, no, no! ¡Lea resiste!, me ordeno.

Me giro hacia él.

—Darrell, en serio... No podemos hacerlo aquí —digo. Pongo las manos en su pecho y lo aparto de mí como buenamente puedo—. No está bien.

—¿Y qué está bien? —pregunta, lanzándome un mordisco al lóbulo de la oreja.

Vuelvo a apartarlo.

—Aparearnos en el *London Eye* como dos animales en plena época de celo, desde luego no —afirmo, dirigiéndole una mirada reprobadora, o intentando que parezca reprobadora.

Me esfuerzo por que mi voz suene grave. Si no lo freno ahora, si no nos frenamos ahora, si espero un minuto más y Darrell me sigue besando del modo en que lo hace, acabaremos follando en la cabina de la noria, y me niego. No quiero salir en todos los telediarios del mundo.

—Darrell, por favor...

Darrell se separa un paso de mí. Chasquea la lengua y resopla divertido. Por fin se ha dado por vencido... creo. Entorna los ojos y me apunta con el dedo índice.

—Me debes un polvo —asevera.

Respiro ciertamente aliviada. Sí, se ha dado por vencido. Sonrío. Me pongo de puntillas y le doy un fugaz beso en los labios. Intento que sea inocente, para no aumentar sus ganas.

—Luego te lo pago —le digo en tono pícaro.

—Me lo voy a cobrar con creces —apunta. Y sé que lo hará. Pero desde luego no me importa. Puede cobrármelo cómo quiera—. Ahora vamos a ser buenos y a disfrutar de la vistas —añade, hablando por mí.

Me doy la vuelta, Darrell vuelve a abrazarme por detrás y, aferrada a él, trato de dejar mi *mal de altura* a un lado y de disfrutar de la hermosa panorámica que nos regala el *London Eye*.

CAPÍTULO 35

Después de cenar, llamamos a Janice para preguntarle por los bebés. A pesar de que está siendo una luna de miel maravillosa, les echo terriblemente de menos. Y Darrell también, porque de una u otra manera, estamos en comunicación con su madre casi cada hora. No me cabe duda de que somos los padres más pesados del mundo.

Nos relajamos tomando una copa en una terraza de *Trafalgar Square*. El calor ha disminuido a estas horas de la noche, la temperatura es suave, y una brisa muy agradable nos acaricia los rostros, refrescándonos la piel.

—¿Cuál es el próximo destino? —le pregunto a Darrell.

—Madrid.

—De Madrid al cielo —digo. Darrell enarca una ceja—. Eso es lo que se afirma de esa ciudad —me adelanto a decir—. Creo que lo que significa esa frase es que como en Madrid no se está en ningún sitio.

—Es una ciudad que está muy bien. Yo la visité hace unos tres años y medio, más o menos —apunta Darrell—. Buena comida, buen clima, buen ambiente, buena gente... He pensado en España y en el Reino Unido para empezar a abrirme paso en el mercado europeo...

El teléfono de Darrell suena, interrumpiendo nuestra conversación. Lleva la mano hasta el bolsillo de su chaqueta y lo saca.

—Dígame, Susan —dice al descolgar.

Al oír el nombre de Susan, sin querer, me tenso. ¿Qué coño hace llamándolo en plena luna de miel? ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirle? Esa tía va a acabar siendo como una mosca cojonera. Desde que me di cuenta de que está enamorada de Darrell, no soporto que esté cerca de él. Cierto es que en estos momentos está a miles de kilómetros, pero la llamada supone un acercamiento. Quizá solo quiere escuchar su voz.

—Coménteselo a Michael. Él es el que está ahora al frente de la empresa, como ya le indiqué. —Darrell se lo dice como si fuera algo obvio. Lo es—. Sí, estoy al tanto de ello, Susan —continúa—. Pero como le acabo de decir, háblelo con Michael. Si es algo que requiere mi atención, será él quien se ponga en comunicación conmigo.

Frunzo el ceño. ¿Por qué insiste? ¿No le ha quedado claro que es Michael el que se encarga de todo mientras dure la luna de miel? ¿No se da cuenta de que es nuestra luna de miel?! Aparte de mosca cojonera, voy a darle el premio a la más pesada, y a la más inoportuna, también.

—Está bien. No es necesario que se disculpe —le dice Darrell, haciendo un esfuerzo por que su tono suene suave. Sí, sí que es necesario, pienso malhumorada en silencio. Es muy necesario porque es una inoportuna—. Gracias, Susan —se despide.

Darrell cuelga la llamada.

—Me juego el cuello a que solo quería escuchar tu voz —asevero, sin poder reprimir el comentario.

Cojo la copa, me la acerco a los labios y doy un trago de Gin Tonic. Agradezco la quemazón de la ginebra en mi garganta. Por momentos me resulta reconfortante.

—Estás preciosa cuando te pones celosa —afirma Darrell, mirándome por encima del borde de su copa.

—No estoy celosa —refuto rápidamente.

Me niego a admitir que estoy celosa de Susan, incluso aunque sea verdad.

—Entonces estás preciosa cuando te pones *no-celosa* —Darrell sonrío divertido. Yo, en cambio, no le encuentro la gracia por ningún lado.

—Me gustaría ver tu cara si fuera Matt el que me hubiera llamado a mí.

Detengo mis pensamientos de golpe. ¿Eso lo he dicho en alto? ¡Maldita sea, sí, lo he dicho en alto!

Darrell endurece un poco la expresión. Sus ojos me miran con suspicacia.

—Susan es solo mi secretaria —arguye.

—Y Matt es solo mi amigo —atajo—. No creo que uno tenga más preferencia para llamar por teléfono sobre el otro.

—Las llamadas de Susan son por motivos profesionales —argumenta Darrell—. Simplemente es una persona muy eficiente.

—En eso estoy de acuerdo —digo—. Y te aseguro que sería más *eficiente* aún si le dejaras.

Darrell aferra las patas de la silla en la que estoy sentada, tira de ella con fuerza y me acerca a él, hasta que mi rostro queda a un palmo del suyo. Fija su mirada en la mía, como un gato que acecha a un ratón. Sus ojos azules se ven más oscuros y achinados.

—Si fueras consciente del estado en el que me pones cuando estás celosa, tendrías más cuidado en escoger los lugares en que lo haces —me dice pausadamente, saboreando cada palabra que pronuncia. Trago saliva—. Además, si no recuerdo mal, me debes un polvo. ¿O, no? —me pregunta.

—Sí —respondo.

De repente, Darrell se levanta.

—Nos vamos —dice, y parece más una orden.

—Darrell, ni siquiera nos han traído la cuenta —objeto.

Darrell saca la cartera del bolsillo, extrae de ella un billete de cincuenta libras, lo dobla y lo deja encima de la mesa.

—Con esto es suficiente —apunta.

¿Suficiente? Ha dejado propina para una semana.

Coge mi bolso de mano de la silla que hay al lado y me lo da tan rápido que parece que le quema en los dedos. Me agarra por el brazo y me conduce por la terraza

sorteando las mesas y los grupos de gente, con una urgencia como si en algún lugar alguien hubiera gritado «¡fuego!».

No me molestó en preguntar adónde vamos, porque sé que nos dirigimos al hotel.

—Quiero mi polvo, señora Baker —dice Darrell en tono autoritario nada más de entrar en la habitación—. Me lo debe...

La frase muere en mi boca cuando me coge por la cintura, me acerca a él de un envite y me besa. Al principio de forma suave, saboreando mis labios, acariciando sensualmente mi lengua con la suya. Después lo hace con un ansia desesperada, casi irracional, provocando que me derrita por dentro.

—Me pones a cien solo con tocarte, Lea —me susurra mientras me desabrocha la camisa. Sus palabras son como un revulsivo para mi deseo—. Tienes tanto poder sobre mí. Tanto —dice.

Impaciente por soltar la infinita hilera de botones, que parece no acabar nunca, termina dando un fuerte tirón y rasgando la prenda. Varios botones salen disparados al suelo.

Abro la boca para decir algo, para suspirar, para gemir, para gritar. A saber... Pero la cierro de golpe cuando Darrell hunde su cara entre mis pechos y comienza a morderlos. Mi respiración se convierte en un jadeo. Un jadeo que llena el espacio de la habitación por completo.

¡Santo Dios!, ¿cómo puede ser tan apasionado? Apenas me deja tiempo para tomar aire.

Como puedo, introduzco las manos entre su cuerpo y el mío y le quito la americana negra que lleva puesta. La camisa me cuesta algo más, pero al final lo consigo. Menos mal que esta noche no se ha puesto corbata.

Cuando su torso está desnudo frente a mí, me separo de su boca, inclino la cabeza y le beso el pecho. ¡Yo también quiero disfrutar de su magnífico cuerpo! Me meto uno de los pezones en la boca y lo lamo lentamente con la lengua, haciendo círculos alrededor de él.

—Ahhh... —gime Darrell.

Sin decir nada, voy repartiendo besos y pequeños mordiscos hasta el ombligo. Sus músculos se tensan bajo mis manos. Me pongo de rodillas delante de él. Mientras le aflojo el cinturón de cuero, levanto la vista y lo miro con ojos lujuriosos. Darrell entreabre los labios; la expresión de su rostro es expectante e incendiaria, antesala de lo que voy a hacerle. Su respiración se vuelve más profunda y sonora.

Le desabrocho el pantalón y se lo bajo junto al bóxer hasta la mitad de los muslos, dejando al descubierto su apremiante erección. Joder, su miembro es tan glorioso como intimidante.

En silencio, lo introduzco despacio en mi boca, dejando que la llene totalmente. Noto la piel tibia de su pene rozándome los labios, la lengua y el paladar.

—¡Santa Madre de Dios, Lea! —masculla Darrell, con la voz arrasada por el deseo.

Agarro sus nalgas y bombeo hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, llevada por el instinto y por las ganas que tengo de complacerlo. El sonido creciente de los gemidos de Darrell me indica que le está gustando. ¡Ya lo creo que le está gustando! Así que continúo, hasta que, después de un rato de rítmico cimbreo, Darrell sale de mi boca y se corre sobre mis pechos desnudos mientras su cuerpo se estremece una y otra vez.

Abro los ojos con expresión atónita. ¡Madre mía!, la escena es tan sórdida como excitante. Ver cómo eyacula sobre mí me ha puesto a mil.

—¿Está conforme con el pago, señor Baker? —le pregunto traviesa cuando termina.

—Muy conforme, señora Baker —responde Darrell, visiblemente satisfecho.

Se inclina sobre mí y me devora la boca, absorbiendo el sabor que ha dejado en mis labios su miembro.

—Ah —grito, cuando me coge en brazos por sorpresa.

—Ha sido tan generosa —dice—, que creo que es justo que le devuelva parte de lo que me ha dado.

Me lleva hasta la cama, me tumba boca arriba y me levanta las piernas hasta que las rodillas tocan mis pechos. Estoy hecha una bola. Suelto una risilla cuando pasa su lengua por los pliegues humedecidos y sensibles de mi clítoris.

Solo me queda suspirar y dejarme hacer.

Creo que la noche no ha hecho más que empezar...

CAPÍTULO 36

Abro los ojos lentamente, tratando de desperezarme. He tenido un sueño pesado y por momentos me siento desorientada. Trato de poner las ideas en orden. Anoche viajamos de Londres a Madrid, llegamos de madrugada al hotel *Vincci*, situado en la Gran Vía, y nos echamos a dormir para tratar de recuperar el sueño perdido durante nuestra noche de pasión en la ciudad del Támesis.

Así que estamos en Madrid.

Suspiro.

Alargo el brazo para tocar a Darrell, pero me encuentro con su sitio vacío y las sábanas frías. ¿Dónde está?, me pregunto. Me siento en la cama, aún somnolienta, y lo escucho trastear en el cuarto de baño.

Me levanto, me pongo una bata de seda roja con ribetes negros de Dolce y Gabbana, carísimo regalo de Darrell, y enfilo mis pasos hacia el cuarto de baño. Como estoy descalza, la moqueta encubre mis pisadas. Antes de que repare en mi presencia, lo observo durante unos instantes lavarse los dientes, enfundado simplemente en una toalla blanca que lleva ceñida a la cintura.

—Buenos días —digo.

Darrell gira el rostro hacia mí, se saca el cepillo de la boca y sonrío.

—Buenos días —responde.

—¿Sabes que estás muy sexy cuando te lavas los dientes? —digo, mirándolo con descaro.

Su sonrisa se amplía.

—¿Y sabes que tú estás muy sexy con esa bata? —me pregunta a su vez.

Sus ojos resbalan por las curvas que se insinúan bajo la tela. Me acerco a él, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla.

—¿No la había más corta? —observo, viendo que a duras penas me cubre las caderas.

Se inclina sobre el lavabo y se enjuaga la boca.

—No, porque si no la hubiera comprado más corta—añota, cuando se endereza.

Cojo mi cepillo del neceser, le pongo encima un poco de dentífrico y comienzo a lavarme los dientes junto a Darrell.

—¿Te gustan las batas rojas extremadamente cortas? —le pregunto, con la boca llena de espuma.

—Me gustan las batas extremadamente cortas y me gusta el rojo —asevera—, el color de la pasión —añade.

Darrell no necesita verme vestida de rojo para que se encienda su pasión. Está en piloto automático continuamente.

Nos quedamos mirando el uno al otro a través del espejo. Sonrío y Darrell me devuelve la sonrisa con la boca llena de espuma. A veces somos como dos niños pequeños que descubren por primera vez que alguien les gusta. Rezo por que esa sensación de novedad no termine nunca.

Madrid es una ciudad moderna, cosmopolita y alegre. Aunque no respira al frenético ritmo al que lo hace Nueva York, está llena de vida.

Nuestra visita turística del día comienza por la tarde en el Parque del Retiro, un jardín histórico que hace las veces de pulmón de la capital y que alberga numerosas esculturas y monumentos arquitectónicos de varios siglos atrás. El más llamativo para mí es el Palacio de Cristal, una estructura de metal y vidrio, reminiscencia, al parecer, de la Exposición de las Islas Filipinas que tuvo lugar en 1887. Una suerte de catedral de cristal levantada frente a un enorme estanque y rodeada de media luna de árboles.

Cuando entramos, nos vemos envueltos en los destellos multicolores que el sol le arranca a las vidrieras. Es un auténtico palacio de cristal. Con un encanto mágico.

Caminamos agarrados de la cintura a través de los pasillos forrados de arcos de flores y enredaderas que dan forma a los senderos del parque. Nos detenemos en un claro cercado de setos perfectamente cortados, en cuyo centro hay una fuente de agua cristalina.

Inhalo profundamente, impregnándome del aire puro del ambiente. Entonces se me ocurre una travesura. Miro a un lado y a otro y fijo mis ojos en la fuente. Darrell está de pie a mi lado, observando unas rosas cuyas hojas son de dos colores, amarillas y granates.

—Tenemos que buscar semillas de esta clase de rosales para plantarlos en el jardín de nuestra nueva casa —dice.

No hago ningún comentario, con el sigilo de un gato me acerco a la fuente, me inclino, meto la mano en el agua y lanzo un chorro a Darrell. Como le pillo desprevenido, le salpico la cara, la camiseta y un poco el pantalón de lino que lleva puesto.

Trato de reprimir la risa cuando lentamente gira la cabeza hacia mí, pero finalmente estallo en una carcajada.

—Así estás más fresquito, que hace mucho calor —me justifico entre risas.

—Supongo que te crees muy graciosa —apunta Darrell con voz sosegada.

—Bueno, esto ha tenido su gracia —alego con ironía.

—Gracia, ¿no?

Darrell parece divertidamente amenazador a medida que se acerca a mí con pasos lánguidos. Aprieto los labios y empiezo a retroceder, porque sé que en cualquier momento va a saltar sobre mí.

Antes de que lo haga, echo a correr por el sendero de tierra que sale por detrás de la fuente. Apenas avanzo unos metros cuando Darrell me da alcance. Trato de zafarme de sus manos, aferradas a mi cintura, pero no lo consigo, y antes de que pueda reaccionar, me arrastra hasta otra fuente que hay al final del camino, me levanta sin ningún esfuerzo y me mete medio cuerpo en el agua.

Se separa unos pasos y cruza los brazos delante del pecho mientras yo me pongo en pie dentro de la fuente, calada prácticamente de arriba abajo.

—Mira, esto sí que es gracioso —se burla.

—¡Eres un cabrón! —mascullo.

—Así estás más fresquita, que hace mucho calor —dice, repitiendo mis palabras.

Sacudo la cabeza, fingiendo indignación. Resoplo. Tengo la mitad de la melena chorreando agua. Me agarro al borde de piedra de la fuente y salgo de ella bajo la mirada divertida de Darrell, intentando no resbalar y caerme al suelo.

¡No voy a dejar esto así!, me digo a mí misma.

Doy un par de zancadas y me lanzo al cuello de Darrell. Lo abrazo con la intención de mojarlo. Me río mientras me pego a él como si fuera un cromó y Darrell termina riéndose conmigo al tiempo que me coge por la cintura. Antes de que pueda decir algo, introduzco los dedos por su pelo, lo atraigo hacia mí y lo beso.

—Eres una zalamera —me dice, separándose unos centímetros de mi rostro, consciente de que lo estoy besando para que no pueda quejarse.

Le sonrío de oreja a oreja, traviesa.

CAPÍTULO 37

Nos tumbamos en una explanada de césped verde que hay al lado del estanque, donde la gente pasea en barca, sobre todo pasean parejas de enamorados. Me echo en el suelo y estiro los brazos, dejando que el sol seque mi ropa y me bañe la piel. Darrell se tumba a mi lado.

Suspiramos casi a la vez y giramos la cara el uno hacia el otro. Nos quedamos un rato mirándonos, en absoluto silencio, mientras el aire nos trae el canto de los pájaros y el murmullo de algunos restos de conversaciones.

Repaso sus rasgos perfectos con los ojos, como si no me los supiera ya de memoria. Pero es que no me canso de mirarlo y creo que nunca me voy a cansar de hacerlo. Es tan guapo...

Darrell extiende su mano hacia mí y entrelaza sus dedos largos y elegantes con los míos. Su contacto me reconforta, como ocurre siempre.

—Te quiero, Lea —me dice, mirándome fijamente a los ojos. Los suyos vibran.

—Yo también te quiero, Darrell —respondo.

—No lo olvides nunca.

Aprieta mi mano con la suya.

Me muerdo el interior del carillo, pensativa. Pierdo los ojos en el cielo azul y despejado que se extiende encima de nuestras cabezas. No es la primera vez que Darrell me dice que nunca olvide que me quiere, y reconozco que me da miedo cada vez que me lo advierte. No deseo que se dé la situación de tener que recordar que me quiere, porque eso significaría que algo no iría bien. La idea me angustia. Niego para mí, sacando de mi mente ese pensamiento.

Cierro los ojos y trato de relajarme. Me arrebujó la camiseta alrededor de la costura del sujetador, dejando la tripa al aire y me abandono a la brisa y al sol, que siento cálido sobre mi piel blanca. Sin que apenas me dé cuenta, caigo en un estado de vigilia, un estado que no me tiene en la realidad, pero tampoco dormida, un estado de absoluta paz.

—¿Damos un paseo en barca? —me pregunta Darrell un buen rato después.

Abro los ojos lentamente y lo veo incorporado sobre mí. Su mirada rasgada y azul atrapa la mía.

—Sí —respondo.

Asiento suavemente con la cabeza.

Darrell me ayuda a subir a la barca azul y blanca que ha alquilado. Toma las palas de madera y comienza a remar estanque adentro. Mientras impulsa la barca, alejándonos de la orilla, no puedo dejar de mirar el relieve que perfilan sus músculos bajo la camiseta.

Cuando alzo la vista, Darrell me está observando con el amago de una sonrisa maliciosa en los labios. Mis mejillas se ruborizan al darme cuenta de que me ha pillado contemplando sus músculos como una boba. Pero, ¿qué más da? Es mi marido, puedo mirarlo todo lo que me dé la gana. Puedo mirarlo hasta desgastarlo.

—Esto está muy tranquilo, ¿no? —comenta de pronto.

Y por alguna extraña razón que desconozco, o no, su tono de voz no me gusta, por lo que intuyo en la expresión de su rostro que está pasando por su cabeza.

—¿No irás a...?

Pero no termino de hacer la pregunta. Tal y como me temía, Darrell da un golpe con el remo en uno de los bordes de la barca y esta se mece con fuerza de un lado a otro, haciendo que nos tambaleemos.

—¡Darrell, para! —le pido, intentando frenar sus intenciones—. Nos vamos a caer al agua.

No dice nada, pero sus ojos sonrían ladinamente. Se está divirtiendo. Vuelve a dar otro golpe más fuerte y balancea los pies. La barca se agita bruscamente hasta el punto de que creo que va a volcarse.

—¡Darrell, por favor! ¡Vamos a caer! —digo otra vez.

—Estas son las consecuencias de tu locura —afirma—. Me la has contagiado.

—Ahora resulta que voy a tener yo la culpa —me defiendo.

—Sí, por la guerra que me das —argumenta—. Yo antes no hacía estas cosas. Antes era un hombre serio y respetable —agrega.

—Antes eras un aburrido —le espeto.

Darrell empuja la barca de nuevo. Grito, porque pierdo el equilibrio y estoy a punto de caerme.

—¿Así que era un aburrido? —repito mordaz.

—Más que una misa —reitero tozuda.

Me deslizo hasta uno de los lados de la barca y me aferro al borde. Levanto la vista y veo que mi algarabía ha llamado la atención de varias personas que nos miran entre divertidos y expectantes, por si finalmente acabamos en el fondo del estanque. Entre ellas, hay un grupo de chicas, más o menos de mi edad, que no le quitan el ojo de encima a Darrell mientras cuchichean en voz baja.

Con el español que sé y con el que buenamente me defiendo, alcanzo a entender que hablan de lo bueno que está y de su asombroso parecido con Sean O'Pry. Una de ellas, una chica de piel y pelo moreno, está buscando en Internet la cara del modelo, porque no sabe muy bien de quién se trata, como me pasó a mí la primera vez que me lo nombró Lissa.

Giro el rostro y las miro, pero ninguna parece reparar en mi presencia ni tampoco en mi mirada, por momentos, fiscalizadora. Todas, al unísono, siguen con la vista

clavada en Darrell, al que examinan como si fuera un actor o un famoso cantante de rock.

—Te han salido admiradoras —le comento, señalando discretamente con la cabeza el grupo de chicas que están a nuestro lado.

Darrell las mira de reojo y ellas se ruborizan hasta la raíz del pelo. Me llevo la mano a la boca para ocultar la risilla que se me escapa. Las chicas están sufriendo el *efecto Baker*. El efecto que sufro yo prácticamente todos los días. Me alegra no ser la única que lo padece. Ya se sabe... mal de muchos, consuelo de tontos.

—No te sorprendas si te piden un autógrafo —digo—. Creo que se piensan que eres Sean O’Pry.

—¿Sean O’Pry? —repite Darrell—. ¿El modelo al que Lissa y tú decís que me parezco? —pregunta.

—El mismo —respondo—. Incluso una de las chicas ha estado buscándolo en Internet.

—¿Te imaginas que me hago pasar por él? —bromea.

—No lo hagas a menos que quieras provocar infartos de corazón —le aconsejo, siguiéndole la broma.

—No creo que a Sean O’Pry le hiciera mucha gracia verse mañana en todas las revistas del corazón con una nueva novia —dice Darrell, mirándome con ojos elocuentes.

—A mí tampoco me haría mucha gracia verme perseguida por una docena de paparazzi por ser la supuesta novia de Sean O’Pry —opino—. ¿Te imaginas? —Durante unos segundos visualizo la escena en mi mente—. ¡Qué horror! —exclamo, frunciendo el ceño.

Nos echamos a reír.

—Sería una situación propia de una comedia —apunta Darrell.

—¡Y tanto!

—Lo mejor será que no tentemos a la suerte —dice.

Coge las palas de madera, gira la barca y volvemos a la orilla. Miro al grupo de chicas, que nos siguen con la mirada hasta que nos pierden de vista.

CAPÍTULO 38

Al llegar al hotel, noto la piel tirante y de pronto parece quemar bajo las yemas de mis dedos. Apenas puedo tocarme.

—Pequeña, te has quemado con el sol —dice Darrell al salir de la ducha.

Entorna los ojos.

—Escuece —afirmo.

Me levanto la camiseta y ambos comprobamos que tengo la tripa enrojecida. La piel me arde, como si tuviera brasas incandescentes debajo de ella.

—¿Te diste la protección solar que te compré? —me pregunta.

Oh... oh...

Arrugo la nariz.

—Se me olvidó —digo.

Darrell chasquea la lengua y frunce el ceño con gravedad.

—Lea... —me reprende.

—No me acordé... No pensé que... ¡joder! No pensé que fuera a quemarme —trato de justificarme. Aunque creo que a Darrell no le vale.

—Es verano, Lea, y el sol aquí en España es violento en esta época —alega—. Te lo he advertido antes de salir.

—Lo sé... Sé que me lo dijiste... —Tengo la sensación de que me he quedado sin argumentos o, más bien, de que no tengo ninguno con el que refutar su regañina—. Tú no te has quemado... —observo.

—Pero yo tengo la piel más morena. Tú eres muy blanquita. Tenías que haberte protegido —se queja—. ¿Para qué coño he comprado la crema protectora?

Lo miro con ojos de cordero degollado. Resoplo, sin responderle. Cada vez me escuece más. Tengo la piel tan sensible que me molesta el simple roce de la ropa. Me quito los *short* vaqueros y la camiseta.

—No aguanto la ropa —digo.

Me llevo la mano a la tripa y me rasco. Me pica horrores.

—No te rasques, si no vas a empeorarlo. —La voz casi autoritaria de Darrell hace que me detenga en seco—. Es mejor que te des una ducha de agua fría para calmar la fiebre de la piel —me aconseja.

Le ha cambiado el humor. Está enfadado por no haber seguido su recomendación y no haberme dado la protección solar, pese a que es cierto que me lo ha repetido una decena de veces antes de salir.

—Vamos al baño —dice.

Lo sigo por la habitación sin rechistar, porque cuando Darrell se enfada, se convierte en *El Hombre de Hielo* que era en un principio, el hombre con el que firmé el contrato.

—Entra —indica, cediéndome el paso.

Hago lo que me pide. Una vez dentro, carraspeo, pero no tiene ningún efecto en él.

Me meto en la bañera y me quedo de pie. Darrell me quita el sujetador y la braguita con mucho cuidado. Cualquier roce me hace ver las estrellas. Lo miro de reojo, a ver si su expresión ha cambiado. No, sigue igual. Seria, e incluso intimidante.

Abre el grifo del agua fría y me mira.

—Aguanta.

Cuando el agua cae por mi piel siento una sensación muy desagradable. El contraste de calor-frío hace que me estremezca. Pero no digo nada. No está el horno para bollos.

Darrell mueve la alcachofa de la ducha por encima de mi cuerpo para que el agua fría alivie la alta temperatura que tiene la piel. Pone la mano sobre uno de mis hombros.

—¡Ay! —exclamo a media voz.

—Tienes la piel ardiendo, Lea.

Está preocupado.

—Me escuece mucho —es lo único que se me ocurre decir.

Darrell vuelve a chasquear la lengua.

—Sal —me dice, tendiéndome la mano.

La cojo y salgo de la bañera. Darrell toma una toalla limpia y con sumo cuidado comienza a secarme el cuerpo dando pequeños toquecitos, sin frotar ni apretar, para no dañar la piel. En silencio, sigo con la mirada cada uno de sus movimientos. Es increíble cómo me cuida, con la delicadeza y ternura con la que lo hace, a pesar de estar enfadado. Muy enfadado, según parece.

—Voy a bajar a recepción para que me digan dónde hay una farmacia cerca — comenta mientras termina de secarme—. Te vendrá bien darte una pomada que tenga vitamina E y aloe vera. Hay que hidratar la piel con un producto nutritivo y regenerador para que se te quite la tirantez y el escozor.

—Está bien —digo únicamente.

Me alcanza la bata de seda roja para que me la ponga. Mientras me la ato frente al espejo, siento el ruido de la puerta al cerrarse. Inhalo profundamente y suelto el aire de golpe. No me extraña que Darrell se haya enfadado. El sol me ha quemado todas las partes del cuerpo que no me cubría la ropa: las piernas, la tripa, los brazos, el escote, hasta la cara.

Joder, parezco un puto cangrejo.

Además he provocado que Darrell se enfade conmigo. Me dirijo una mirada desde el espejo y aprieto los labios, dibujando una línea recta en mi rostro. ¿Cómo se puede estar enfadado con tu pareja en plena luna de miel?

Chasqueo la lengua, frustrada.

Me doy la vuelta y salgo del cuarto de baño. De vuelta en la lujosa habitación, me dirijo hacia el amplio balcón, desde el que se puede ver parte de la Gran Vía madrileña. La principal artería de la ciudad.

El cielo está oscuro y las luces de los coches y de los comercios le dan un jugoso tono acaramelado a los edificios. Desde aquí puedo ver los cines Callao, a la izquierda, y una construcción con la fachada semicircular en frente, coronada por un brillante letrero en el que puede leerse *Schweppes*. Lo contemplo durante un rato mientras respiro hondo.

Después vago la mirada por el resto del escenario. Madrid me gusta. Sí, definitivamente es una ciudad que me gusta. Aunque su sol de verano me haya quemado la piel.

Entonces me acuerdo de que estoy roja como un cangrejo y de que Darrell está enfadado conmigo. Pienso en cómo voy a hacer frente a su enfado. Cuando estoy dándole vueltas, oigo el ruido de la puerta a mi espalda. Me giro sobre mis talones. Darrell entra cargado con un par de bolsas. En una de ellas, la de una farmacia, hay varios botes de crema, en la otra alcanzo a ver zumos y botellas de agua.

—¿Has comprado agua y zumos? —me atrevo a preguntar, aprovechando el momento para iniciar una conversación.

—Tienes que beber mucho líquido para compensar la deshidratación que ha sufrido tu cuerpo —me responde Darrell, poniendo las bolsas encima de la mesa—. ¿Agua o zumo?

—Zumos —digo.

—¿Piña, manzana, o melocotón?

—Melocotón.

Saca una pequeña botella de cristal de la bolsa y me la ofrece. Me acerco y la cojo. Observo su rostro disimuladamente. Su rictus no ha cambiado. Sigue enfadado.

Intento desenroscar el tapón de la botella, pero no puedo. Pruebo un par de veces más. Maldita sea mi estampa, ¿será posible que le tenga que pedir ayuda a Darrell? ¡Mierda!

—¿Puedes abrirme la botella, por favor? —le pregunto con voz tímida—. Es que el tapón está muy apretado... —Darrell coge la botella de mi mano y la abre sin ningún esfuerzo—. Gracias —digo cuando me la devuelve.

Doy un trago de zumo de melocotón. Está frío y la verdad es que lo agradezco, porque tengo la garganta seca. Darrell me mira durante unos segundos.

—¿Cómo te encuentras? —me dice.

—Bien. Escuece un poco, pero estoy bien —miento.

Y miento como una cosaca, porque me escuece tanto que tampoco soporto el roce de la seda de la bata, y eso que es extremadamente suave, pero prefiero no decir nada. No quiero que vuelva a regañarme.

—No mientas, Lea —dice Darrell. Detengo la botella de zumo a mitad de camino de la boca y trago saliva—. ¿Te has visto? —inquieta—. Tienes la piel quemada. Duele solo con mirarte.

Me muerdo el interior del carrillo sin decir nada. Un silencio denso y profundo gravita por encima de nuestras cabezas.

Joder y mil veces joder. ¿Por qué coño no me dado el maldito protector solar?

Tras unos segundos, Darrell suspira y deja caer los hombros. Niega ligeramente para sí, como si finalmente se diera por vencido.

—Anda, ven... —me dice, extendiendo su brazo hacia mí.

Su voz suena ligeramente más suave y la expresión de su rostro se ha dulcificado.

CAPÍTULO 39

Tomo su mano y me acerco a él.

—Vamos a cuidarte esa piel quemada —me dice. Sonrío y respiro aliviada al advertir que se le está pasando el mosqueo—. Quítate la bata y tumbate en la cama —me indica.

Aunque Darrell ya me ha visto cada centímetro del cuerpo, que lo ha besado, que lo ha lamido, no puedo evitar sentir vergüenza mientras me deshago de la bata y me quedo completamente desnuda delante de él. Pero el roce de la tela sobre la piel hace que me centre en el dolor y que deje atrás cualquier vestigio de timidez.

Voy hasta la cama y me tumbo bocarriba. Darrell viene hacia mí, abre uno de los botes de crema y echa un generoso chorro en mi tripa. Pasa la mano sobre ella con una suavidad asombrosa, como si fuera una ligera pluma.

—¿Te escuece? —me pregunta, preocupado.

—Un poco —respondo.

—Si aprieto mucho me lo dices, ¿vale?

—Vale.

A medida que Darrell va dándome crema en el escote, en los hombros, en los brazos, voy notando como mi piel se calma a la vez que se refresca.

¡Por fin! ¡Qué gusto!

—¿Te alivia? —se interesa.

—Sí, mucho —contesto.

—Es cien por cien aloe vera —comenta—. Una de las plantas con más poder regenerador.

Mientras habla, pasa cuidadosamente la mano por mis piernas, masajeándolas despacio, para que la hidratante penetre poco a poco en la piel.

—¿Te ha costado dar con un farmacia? —le pregunto, sin permitir que el silencio se instale entre nosotros.

—No —contesta—. Hay una dos calles más arriba. Me lo ha dicho la recepcionista del hotel —explica—. Date la vuelta —me pide.

Me pongo bocabajo y me agarro a la almohada, apoyando el rostro en ella.

—Te has quemado mucho, Lea —comenta Darrell, al tiempo que me echa crema en la espalda.

Oh, no... ¿Va a volver a regañarme?

—Parezco un cangrejo —bromeo, tratando de sortear su posible reprimenda.

—Pareces un cangrejo que se ha quemado al sol —dice Darrell, extendiéndome la hidratante por el cuerpo.

Río ante su ocurrencia y río porque su humor ha cambiado.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? —me aventuro a preguntar. Y cruzo unos dedos imaginarios.

Silencio. Me muerdo el interior del carrillo a la espera de su respuesta. Más silencio. Le oigo resoplar.

—Qué guerra me das —dice en tono distendido.

Su expresión se suaviza un poco.

—¿Eso es un «no»? —sondeo, sonriente.

—Sí, Lea. Eso es un «no» —responde Darrell, transcurridos unos segundos. Pasa la mano por mis hombros. La caricia es tan suave como sensual. Sus dedos son mágicos—. Pero, por favor, la próxima vez que te diga que te pongas protección solar, ponte protección solar —me ordena.

—Está bien —accedo de buena gana—. La próxima vez te obedeceré.

—¿Lo prometes?

Su voz es seria ahora. Busco su mirada azul.

—Lo prometo —digo.

—Más te vale —me advierte.

Se inclina sobre mí y deposita un tierno beso en mi hombro.

—Gracias por cuidarme.

—Me encanta cuidarte, Lea —afirma Darrell—. Aunque a veces me den ganas de darte unos cuantos azotes.

Me incorporo con cuidado, me siento encima de la cama y lo abrazo. No puedo estrecharlo contra mí porque la piel me escuece con cualquier roce.

Cuando nos separamos, Darrell se levanta y coge la botella de zumo de encima de la mesa.

—Termínate el zumo. —Me tiende la botella—. Tienes que hidratarte. —La cojo de su mano y bebo un trago largo, para que vea que soy obediente—. Pediré que nos suban la cena a la habitación —dice.

—¿No tienes hambre? —me pregunta Darrell, al ver que apenas he probado bocado de la sabrosa tortilla de patatas y de la ensalada de pasta que hemos pedido para cenar.

—No mucha, la verdad —respondo—. Estoy muy cansada. Es como si me hubieran pegado una paliza —comento, jugueteando en el plato con un trozo de patata.

—Eso es por el sol, no estás acostumbrada a tomarlo.

Puñetero sol, maldigo para mis adentros.

—Tengo mucho sueño...

—¿Por qué no te acuestas?

Darrell me mira con indulgencia.

—Es muy pronto —objeto.

—Lea, no estás bien —apunta con voz sensata—. Venga, acuéstate. Es mejor que descanses.

—Pero yo quería salir a conocer la noche madrileña —digo.

—La conoceremos mañana —sentencia Darrell—. Esta noche es mejor que descanses.

Suspiro, apartándome un mechón de pelo que me cae por la frente. Darrell tiene razón, lo mejor es que me acueste. No puedo con los pies y a duras penas soy capaz de mantener los ojos abiertos. Estoy hecha un guiñapo. ¿Por qué no me habré puesto la maldita protección solar?, me lamento en silencio.

Me levanto de la silla y me acerco a Darrell.

—¿Tú qué vas a hacer? —le pregunto.

—Aprovecharé para trabajar un rato con el portátil. Tengo que resolver algunos asuntos que me ha mandado Michael —contesta.

—Vale.

Me inclino sobre él y le doy un beso en los labios. Me giro y enfilo mis pesados pasos hacia la cama, que de pronto me parece el paraíso. Cuando la alcanzo, me dejo caer en ella, permitiendo que la inercia haga su trabajo.

Mientras Darrell termina de cenar, voy quedándome poco a poco dormida.

El roce de la piel contra las sábanas hace que me despierte. Consulto el reloj; son las cuatro y media de la madrugada. Me arde y me escuece todo el cuerpo. ¡Mierda! Me incorporo, me arrastro hasta el borde de la cama y me siento en ella.

Por el resplandor anaranjado que se cuelga por el balcón veo que sigo teniendo la piel igual de roja y que de nuevo está tirante y seca. No quiero despertar a Darrell, así que me muevo con cuidado, pero parece que está atento al vuelo de una mosca.

—¿Estás bien? —pregunta a mi espalda.

—Me escuece —digo, y lo hago con voz frustrada—. Y me pica mucho.

Darrell enciende la lámpara de su mesilla.

—No te rasques, puedes hacerte ampollas —dice. Resoplo impaciente. Me pica. Me pica mucho, como si miles de hormigas me corretearan por el cuerpo—. Te daré un poco de crema para que se te calme.

—No, Darrell, yo puedo dármela sola —me adelanto a decir—. Tú duérmete...

—Ya sé que tú puedes dártela sola, pero quiero hacerlo yo —me corta con suavidad—. Además, así aprovecho para acariciarte. Ahora que tienes la piel tan irritada, no puedo tocarte —se justifica pícaro. Se acerca a mi hombro desnudo y lo besa.

¡Madre mía! ¡Me hace sentir tan bien!

Darrell aparta la sábana y casi de un salto se pone en pie. Lo veo caminar hacia el cuarto de baño solo con el bóxer. Su espléndida figura recortada contra la semipenumbra de la habitación es una de las mejores estampas que pueden contemplar mis ojos.

Vuelve con el bote de crema hidratante y se sienta a mi lado.

Cuando sus manos comienzan a pasear por mi cuerpo, me siento desfallecer. Lo hace con tanta delicadeza para no hacerme daño, que creo que me enamoro un poco más de él, si es que eso es posible, porque ya lo estoy hasta las trancas.

En silencio le doy gracias a Dios por tener el mejor esposo del mundo.

Suspiro satisfecha.

Al terminar, Darrell se acerca a mis nalgas —uno de los pocos lugares donde el sol no me ha quemado— y las besa, intercalando suaves mordiscos que reparte aquí y allí. Cuando siento sus dientes en mi carne, se me escapa una risilla.

—Tu culo es una tentación —susurra, respondiendo a la pregunta que no llego a articular.

Pasa la punta de la nariz por él y después el mentón. La barba de tres días me rasca la piel. La sensación es deliciosa. De repente se detiene.

—¡Ya! —se ordena a sí mismo—. Si sigo no respondo de mis actos —asevera—. ¿Estás mejor? —me pregunta, intentando controlarse.

—Mucho mejor —respondo.

En el fondo me siento algo impotente porque Darrell no pueda continuar. Quiero que me haga el amor, o que me folle, o que me haga algo de lo que él me hace y que me hace tocar el cielo...

—Entonces, a dormir —dice, dándome un pequeño azote en la nalga izquierda.

CAPÍTULO 40

Cuando despertamos por la mañana, Darrell se sienta en la cama y observa detenidamente mi piel.

—Aún sigue muy irritada —dice.

—Ya no me escuece... —afirmo. Darrell levanta los ojos y arquea una ceja, incrédulo—... tanto —agrego, al ver que no me cree.

—Es conveniente que hoy no te dé el sol —me aconseja con voz formal—. Y mañana, probablemente tampoco.

—Pero, Darrell, tenemos muchas cosas que ver en Madrid —digo, dejando entrever un matiz de queja en mi voz—: el Palacio Real, la Puerta del Sol, la fuente de Cibeles, la catedral de la Almudena, los jardines de Sabatini, la plaza de Santa Ana, el museo del Prado... —enumero—. El museo del Prado —repito, enfatizando mis palabras.

—Pues el museo del Prado va a tener que esperar hasta pasado mañana —ataja Darrell. Hago un mohín con la boca al escuchar su negativa—. Lea, tú piel está muy sensible, no te puede dar el sol o terminarán formándose ampollas.

—En un día no nos va a dar tiempo a verlo todo —digo rezongona.

Darrell ladea la cabeza, cruza los brazos y se queda mirándome con expresión de inquisidor en el rostro. Entonces caigo en la cuenta de que es culpa mía que estos días no podamos visitar Madrid. Me muerdo el labio inferior.

—Lo siento —digo en tono apesadumbrado—. Es culpa mía que tengamos que quedarnos en el hotel.

—No te preocupes por eso, pequeña —responde.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto—. Porque no podemos... Bueno... —titubeo— ... follar.

Darrell sonrío de medio lado.

—Ya se me ocurrirá algo. —Me da un toquecito en la nariz con el índice—. De momento, date una ducha de agua fría para calmar la piel y después te doy la hidratante.

—Vale.

Acerco mi rostro al suyo y le doy un beso en los labios.

—Gracias —le digo al tiempo que me levanto de la cama.

—¿Por qué? —me pregunta Darrell.

—Por ser así conmigo —respondo de camino al cuarto de baño.

Excepto para comer, que bajamos a un restaurante que hay cruzando la calle, nos pasamos el día en el hotel. Así que por la mañana aprovechamos para relajarnos en el spa de lujo que posee.

Después de tomar café en el bar del *Vincci*, subimos a la habitación. Durante la tarde, Darrell trabaja frente a su ordenador y yo comienzo a leer una novela romántica escrita por una autora española llamada Andrea Adrich, sentada en el sofá situado al lado del balcón. La he comprado en Amazon atraída por su título: *Donde vuelan las mariposas*, y con la intención de mejorar mi español.

Enseguida me veo sumergida en la historia de Sofía y Jorge Montenegro. Una historia de amor y de dolor, pero también de esperanza, ambientada aquí, en Madrid. No puedo evitar que se me haga un nudo en la garganta con Sofía, la protagonista, y con el amor incondicional y protector de Jorge Montenegro.

—¿Estás bien? —me pregunta Darrell, al ver que tengo los ojos vidriosos.

Alzo la vista del kindle y lo miro.

—Sí —respondo—. Es que la novela que estoy leyendo tiene partes muy duras...

—¿De qué trata? —curioseas Darrell.

—De una chica, Sofía, a la que su novio maltrata... —comienzo a contarle—. Menos mal que aparece en su vida Jorge Montenegro; él está tratando de salvarla de ese cabrón. Ese hombre es un amor —concluyo en tono de ensoñación.

—¿Un amor? —repite Darrell mirándome por encima de la pantalla del portátil—. ¿Tengo que ponerme celoso de ese tal Jorge Montenegro? —bromea.

Me echo a reír.

—No, no tienes que ponerte celoso —digo, siguiéndole la broma—. Jorge Montenegro es de Sofía —respondo entre risas—. Además, yo ya tengo mi particular príncipe azul, igual de guapo, sexy, generoso y tierno que Jorge Montenegro.

Darrell sonrío divertido.

—Ven... —me pide—. Quiero que me ayudes con una cosa.

Dejo el libro electrónico encima de la mesita redonda de cristal que hay al lado del sofá, me levanto y camino hacia donde está Darrell.

—¿Es algo relacionado con la empresa? —pregunto, mientras me siento en la silla que me ofrece a su lado.

—Sí —responde.

—Darrell, yo no tengo mucha idea de negocios ni de nada de eso... —objeto.

—No hace falta tener idea de negocios —refuta él—. Solo quiero tu opinión.

—Está bien —accedo.

¿Cómo puedo resistirme a esos ojillos de niño bueno que me pone? Es mi perdición. Suspiro.

—¿Qué harías para aumentar las ventas del producto o servicio que ofrece tu empresa por encima de las ventas de tus competidores clave? —me pregunta.

Me muerdo el interior del carrillo, pensando durante unos segundos. No quiero decir una tontería, o algo que suene a tontería. Así que empleo todas mis neuronas, todas las que no me ha quemado el sol.

—Creo que antes de decantarme por una estrategia que aumente las ventas, en primer lugar tendría en cuenta a qué tipo de personas va dirigido mi producto o mi servicio—respondo finalmente.

—Arguméntame eso —dice Darrell, serio, escuchándome con una atención casi contemplativa.

—Bueno, conviene analizar la demanda o, más bien, las personas que demandan. El target. No es lo mismo si el cliente es de clase alta, que si el cliente es de clase media o baja.

Darrell ladea la cabeza y me mira.

—¿Ah, no? —sondea, con expresión de ejecutivo agresivo, con la expresión con la que me esperaba tras su escritorio la primera vez que entré en su despacho.

Él sabe que no, lo sabe perfectamente. Pero quiere que le desarrolle mi planteamiento.

—No —niego rotunda—. A los ricos les importa el producto, a los pobres, el dinero. —Y paso a exponerle un ejemplo que va a entender rápidamente—. Fíjate en ti y en mí —digo—. Cuando tú vas a comprar algo, lo que sea, lo haces sin importarte el precio. Te inclinas a elegir el que tenga una calidad y un servicio superior. Simplemente porque puedes pagarlo. Yo, en cambio, elijo en base al precio...

—Pues ahora no deberías mirar el precio —me corta Darrell.

—No estamos hablando de eso —digo—. Céntrate —le pido.

Darrell sonrío ligeramente al reparar en que el tema ha comenzado a despertar mi interés. Yo compruebo que le satisfacen mis alegatos, y eso me anima a meterme de lleno en el asunto.

—Da igual el precio que le pongas a un producto dirigido a los ricos, van a pagar por él siempre que sea un producto que se diferencie del resto, incluso que sea único en el mercado —alego—. Así que con ellos, la estrategia a seguir para aumentar las ventas sería la diferenciación del producto frente al resto.

—¿Y con la demanda de la clase media y baja no utilizarías esa misma estrategia? —me pregunta Darrell.

—De ninguna de las maneras —atajo—. No solo no lograrías aumentar las ventas, sino que caerían en picado.

—Entonces, ¿qué estrategia emplearías con ellos?

De nuevo me mordisqueo el interior del carrillo, reflexionando.

—Lo haría diferenciando el precio —contesto, transcurrido un rato, segura de lo que estoy diciendo—. Pondría precios más bajos de los que pone mi competencia más inmediata.

Darrell entorna los ojos, rasgando más su mirada azul.

—Pero una disminución del precio, supone una disminución de la calidad —arguye.

—Cierto, pero eso es algo que los pobres —entrecomillo con los dedos la palabra pobre—, sabemos. Si yo me voy a comprar un coche... No sé, pongamos un *Mini*. Soy consciente de que no va a tener las mismas prestaciones que tus Jaguar o tus Porsche.

Pero por eso no me dejo de comprar un *Mini*... —Hago una breve pausa—. Y creo que en ambos casos se ayuda a crear lealtad al producto.

—Tienes una buena visión empresarial —afirma Darrell—. Voy a decir a mis ingenieros de ventas que hablen contigo.

—Vamos, Darrell, no te burles —me quejo.

Le doy golpe en el hombro con la mano.

—Te lo estoy diciendo en serio, Lea. Tienes ojo para los negocios —reafirma—. Eres lógica en tus argumentos y tienes juicio, piensas. Analizas las cosas con perspectiva. Y no todo el mundo es capaz de hacerlo. Te lo aseguro.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto.

—Totalmente —responde.

—Vaya... Jamás pensé escuchar algo semejante de uno de los ejecutivos más importantes del país —comento, con una chispa de orgullo en la mirada.

Darrell alza mi barbilla y me mira a los ojos durante unos instantes.

—Eres brillante, Lea —me dice.

Se aproxima a mi boca y me da un beso en los labios, tirando del inferior hacia él.

Supongo que sus palabras están teñidas de subjetividad. Es normal, es mi marido. Pero aún todo, me gusta que se sienta orgulloso de mí. Además, conozco a Darrell, y sé que no regala halagos gratuitos. Ni siquiera a mí.

CAPÍTULO 41

—Darrell...

—Dime.

Darrell se gira hacia mí.

—Sé que no te gusta mucho salir de fiesta ni nada de esas cosas —tanteo—, pero es sábado y podríamos ir a algún bar o a alguna discoteca a distraernos un poco —propongo—. Llevamos dos días metidos en el hotel y bueno..., Madrid tiene fama de tener buena fiesta.

—¿Y tu piel? —me pregunta.

—Es de noche, no me va a dar el sol —alego con sentido común—. Además, apenas me escuece.

—¿Segura? —me pregunta.

—Sí —afirmo—. ¿Has visto lo morenita que me he puesto? —pregunto coqueta, moviendo las cejas arriba y abajo un par de veces.

—Tengo que reconocer que el moreno te queda precioso —dice Darrell—. Estás para comerte.

Sonrío.

—Entonces, ¿salimos a divertirnos un poco? —insisto.

Darrell asiente finalmente con la cabeza.

—Sí —dice.

Me acerco a él y le rodeo la cintura con los brazos.

—Voy a ducharme, ¿vale? —murmuro en su boca.

—Vale.

En esos momentos, suena el teléfono móvil. Deshacemos el abrazo, se gira y lo coge de encima de la mesa.

—Hola, Michael —lo saluda al descolgar—. Dime... Sí... Vende —dice a modo de sentencia. —Me doy la vuelta—. Vende antes de que esos activos empiecen a dar pérdidas —le oigo decir antes de entrar en el cuarto de baño.

Dejo a Darrell en la habitación hablando con Michael, cierro la puerta del servicio y me dispongo a darme una ducha refrescante.

Mientras me seco el pelo frente al espejo, soy consciente de que a Darrell no le gustan las fiestas ni los saraos varios. Es poco amigo de las aglomeraciones y de la gente, con la que no termina de simpatizar. Prefiere planes más tranquilos, pero yo tengo tantas ganas de divertirme de esa manera. Tengo veinticuatro años y necesito oír música, mover el esqueleto y desinhibirme como una chica de veinticuatro años.

Me pongo una falda abullonada negra con una camisa blanca que meto por dentro y unos zapatos de tacón también en color negro. Me echo un vistazo rápido en el espejo de cuerpo entero de la habitación. Voy arreglada pero informal, como se suele decir. Perfecta para una noche de marcha en Madrid.

Vamos a una discoteca llamada Velvet, un lugar con un ambiente exclusivo y elegante. La decoración es chispeante.

El amplísimo espacio está dividido por una fila de columnas con forma de elipse, cuya iluminación LED asemeja un intrincado encaje que va cambiando de color. Desde el verde fluorescente hasta el naranja, pasando por el rosa, el rojo, o el azul turquesa.

Las barras, distribuidas a lo largo de la discoteca, también están iluminadas por lámparas LED, confiriéndole un toque sofisticado. Me encanta, porque parece que estás en distintos sitios a la vez.

Nos dirigimos a uno de los mostradores y pedimos dos Gin Tonic a un camarero joven y moreno con aspecto de modelo de pasarela.

A medida que la noche avanza, el lugar se va llenando de gente. Darrell y yo bailamos las canciones del momento mezclados entre los grupos de chicos, de chicas y parejas que hay en la pista.

¡Dios mío, está tan sexy!

Se ha puesto un pantalón vaquero ajustado, una camisa negra y una cazadora ligera de cuero negro que no le había visto nunca pero que le queda de vicio.

Me muerdo el labio inferior mientras me acerco a él. Cuando estoy pegada a su cuerpo, me doy la vuelta, dándole la espalda, y comienzo a contonearme de un lado a otro. Darrell se anima, me agarra de la cintura y se mueve al compás de mis caderas con la cabeza apoyada en mi hombro. Su aliento cálido en mi oído me enciende.

Apoyo las manos sobre las suyas y durante unos minutos nos dejamos llevar por la música, moviéndonos sensualmente al ritmo de *Bailando* de Enrique Iglesias. Antes de que la canción termine, Darrell me coge de la mano y tira de mí a través de la gente.

—¿Adónde vamos con tanta prisa? —le pregunto, nada más de salir de la pista.

—Aquí —dice, empujándome a un rincón sumido entre las sombras—. Llevo dos días sin tocarte. La abstinencia me está matando —afirma con voz jadeante.

Sin dejarme pronunciar palabra, me aprieta contra la pared y me besa con tanta intensidad que casi llegan a dolerme los labios. Gimo en su boca y le devuelvo el beso con la misma intensidad.

Me retira el pelo de uno de los hombros y me muerde el lóbulo de la oreja. Mi respiración se acelera. De pronto, Darrell parece tener mil manos a la vez que recorren cada una de las partes de mi cuerpo.

—Darrell, nos van a ver —digo, aunque apenas puedo prestar atención a algo de lo que ocurre a nuestro alrededor—. Darrell... —Darrell deja de besarme, gira el rostro y clava la mirada en la puerta que hay a su derecha—. Pone que es privado —me adelantó a decir, intuyendo cuáles son sus intenciones.

—No te preocupes, no vamos a tardar mucho —comenta, abriendo la puerta y arrastrándome dentro.

Antes de que Darrell me coja en volandas y me ponga encima de una mesa llena de botellas, me da tiempo a ver que estamos en una especie de almacén o de cuarto de la limpieza o de ambas cosas.

—Oh, Dios mío... —mascullo.

Trato de poner sensatez a esto, pero la boca y las manos de Darrell me lo ponen muy difícil. De un movimiento habilidoso, me levanta la falda y me penetra sin más preámbulos que un fuerte jadeo.

Rodeo su cintura con las piernas y gimo su nombre mientras se vuelca sobre mí.

—Lea... —sisea con deseo—. Joder, qué ganas te tenía...

—Y yo a ti —gimo.

Darrell me asalta una vez, y otra y otra más.

Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos; rápida, intensa y apasionadamente. ¡Como una puta locura! ¡Es que es una puta locura! Estamos follando clandestinamente en el almacén de una de las discotecas más célebres de Madrid, expuestos a que en cualquier momento entre algún empleado y nos pille. No tenemos medida. Pero es que pecar con Darrell en un asunto fácil.

Arqueo el cuerpo y me aprieto contra él, para sentirlo completamente dentro de mí, mientras una oleada de placer me recorre de la cabeza a los pies sacudida tras sacudida. Darrell me embiste con mayor fuerza, hundiéndose en mis entrañas, hasta que se une en mi éxtasis, hasta que casi somos uno compartiendo aliento.

Respiramos tan agitadamente que parece que hemos corrido una de las seis maratones del *World Marathon Majors*, las maratones más importantes del mundo.

—Tenemos que salir de aquí antes de que nos pillen —le digo a Darrell con voz entrecortada, al tiempo que me incorporo.

Darrell asiente un par de veces con la cabeza, como un autómatas, y me besa en la frente. Se sube la cremallera del pantalón y me ayuda a bajar de la mesa. Ni siquiera me ha bajado las bragas, se ha limitado a apartarlas a un lado para penetrarme. Desde luego tenía prisa. Ambos la teníamos...

—Salgamos —dice.

Me agarra de la mano y tira de mí hacia la puerta.

Darrell

CAPÍTULO 42

Me encuentro exhausto. He estado toda la noche fallándome a Lea. Después de permanecer dos días y dos noches —cuarenta y ocho interminables horas—, sin poder tocarla por su irritación de piel, la he hecho mía de todas las posturas y formas humanamente posibles. Lea es como una jodida droga dura, una adicción a la que me es imposible abstenerme. Y pese a mi extenuación, sigo teniendo ganas de ella. Unas inmensas ganas de ella. Empiezo a pensar que sufro alguna extraña filia con su cuerpo.

De repente se me ocurre una idea, o mejor dicho, una travesura.

Ay, Lea, das tantas alas a mi imaginación y a mi perversión...

Me meto debajo de la sábana, me deslizo hacia abajo y, despacio, le abro las piernas. Me coloco entre ellas de rodillas, me inclino sin hacer el menor ruido y hundo mi boca en su sexo. Lentamente, paseo la lengua de arriba abajo, saboreando la extrema suavidad de sus pliegues. Trato de que no se despierte, pero tengo la intención de darle placer.

Lea gime entre sueños.

Ohhh, sí, pequeña... Gime... Gime para mí.

Es tan excitante oírla.

Sigo lamiendo su clítoris dulcemente. Sin prisa pero sin pausa. Lea comienza a retorcerse bajo mis manos.

Su sexo se humedece con un líquido cálido.

Así, muy bien... Muy bien, pequeña.

Presiono un poco con los labios y succiono. Muy despacio, para que no se despierte.

—Ahhh... —suspira tenuemente.

Sonrío para mí y continúo con mi tarea. Lamiendo de arriba abajo su sexo, succionando, besando, chupando, incluso mordisqueando...

La respiración de Lea se acelera.

Sigue así... Sí, sigue así, me digo.

Jadea. Su pecho sube y baja rítmicamente. Se muerde el labio inferior y mueve la cabeza de un lado a otro, llevada por el placer.

Córrete para mí. Venga, córrete para mí, le pido en silencio.

Finalmente, entre sueños, Lea se corre en mi boca. Se deja ir inconscientemente mientras aferra la sábana y la estruja con los dedos, estremeciéndose de forma tibia

pero intensa. Gimiendo. Le escucho sisear entre dientes algo que no alcanzo a entender, pero que suena excitante.

Abre los ojos y se incorpora ligeramente, recostando la cabeza en el cabecero de la cama. Parpadea un par de veces, enfocando dónde está. Gira el rostro. Me encuentra a su lado, apoyado en un codo, relamiéndome los labios y observándola como si no hubiera pasado nada.

—¿Estás bien? —le pregunto, con un viso de divertida malicia en la voz.

Lea frunce el ceño, confusa.

—Creo que he tenido un sueño erótico —dice.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Vuelve su mirada al frente y deja que vague por el perímetro de la habitación.

—¿Salía yo?

Sacude la cabeza de derecha a izquierda con un movimiento lánguido.

—Sí, claro que sí —contesta, sin salir de su confusión. Hace una pausa y se queda pensando—. Ha sido... extraño —comenta algo descolocada.

—¿Por qué? —curioso.

Aprieto los labios intentando reprimir la risa, pero no lo consigo. Lea gira de nuevo el rostro hacia mí.

—¿De qué te ríes? —me pregunta. Alza las cejas—. ¿Acaso has visto como me...?

—¿Cómo te corrías? —acabo la frase por ella, con toda la naturalidad del mundo.

—Sí —contesta retraída.

—Sí —afirmo a su vez—. De principio a fin.

Las mejillas de Lea se sonrojan bajo la piel ahora morena por el sol de Madrid, volviéndose aún más atractiva a mis ojos. Me mira fijamente. Al advertir la expresión irónica plasmada en mi cara, su mente empieza a elucubrar y a atar cabos. Es una chica lista.

—Un momento... —dice. Se da la vuelta completamente hacia mí—. ¿No habrás...?

Silencia sus palabras.

—¿Qué? —la insto a hablar.

—Bueno, ya sabes...

Ya no puedo aguantar más.

—Ha sido toda una experiencia provocarte un orgasmo mientras dormías —confieso, exhibiendo una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¡Darrell! —exclama Lea, dejando entrever cierto asombro.

Me echo a reír.

—No me puedes negar que es una de las mejores maneras de despertarse de buen humor —apunto.

—Sí, bueno... Desde luego es... la mejor manera —admite—. Pero... —Entorna los ojos—. ¿Cómo lo has hecho para que no me despertara?

—Lo he hecho muy, muy despacio... —respondo sensualmente, pegado a su oído—. Lamiéndote de arriba abajo, lentamente... muy lentamente...

—Madre mía... —murmura, y durante unos instantes creo que se está imaginando la situación—. Eres un perverso —afirma después, con esa risa contagiosa que tiene.

—Contigo, cada minuto y cada vez más —asevero—. Además, he descubierto que tu excitación es mi principal filia.

La empujo contra el colchón, bajo la cabeza y acaricio sus labios con la lengua, como si me hubiera poseído un gato. Me coloco encima de ella y dejo caer mi peso sobre su cuerpo. No quiero que se mueva.

—No sé qué me pasa contigo —susurro—. Todavía no sé qué me pasa contigo...

La beso desenfrenadamente, con esa pasión que me quema las venas y que me resulta imposible de controlar cuando la tengo cerca.

—Darrell... —musita.

Pero no le dejo continuar.

—Shhh... —la silencio, poniéndole el dedo índice en la boca—. No digas nada, Lea...

Se agarra a mi espalda con fuerza, clavándome las uñas en los omóplatos. Lanza un suspiro a mi cuello. Su aliento cálido y húmedo acaricia mi pulso. Un estremecimiento se expande a lo largo de mi cuerpo. Me aprieto más contra ella, dejando que note mi erección en su vientre.

—Solo déjame sentirte... —mascullo jadeante—. Solo déjame estar... dentro de ti... Muy dentro de ti.

Apenas soy capaz de pronunciar las palabras; no aguanto más.

Le cojo las piernas, las coloco sobre mis muslos y la embisto profundamente sin dilaciones. El calor de sus entrañas me enloquece. Cierro los ojos, salgo y vuelvo a entrar en ella. Y vuelvo a follarla como si no lo hubiera hecho nunca, como si fuera la primera vez...

CAPÍTULO 43

En Roma nos espera el *Coliseo*, el *Panteón de Agripa*, la *Basílica de San Pedro*, la *Plaza Navona* de Gian Lorenzo Bernini, la *Galería Borghese*, la *Capilla Sixtina*, la *Plaza Venezia*, las *Catatumbas*, la *Piazza de Popolo* y un sinfín de cosas más que hacen nuestras delicias y que sacian nuestro hambre de arte.

Hago fotos a Lea en todos los lugares que visitamos. Absolutamente en todos. Posa para mí de pie, sentada, haciendo muecas como una niña pequeña, sonriendo, seria... Reconozco que me encanta fotografiarla, captar cada una de sus expresiones, sobre todo, esas que nadie sabe ver, esas que ni ella misma ve. Me encanta plasmar en imágenes su aire despierto, sus ganas, sus ojos brillantes, esa ilusión que no ha perdido desde el primer día que estamos juntos y que me convierten en el hombre más afortunado del mundo.

—Darrell, corre —me dice sonriente, tirando de mí calle abajo.

¿*Dónde vamos?*

Sigo sus pasos y me dejo llevar hasta que llegamos a la colosal y ambiciosa *Fontana de Trevi*. Está anocheciendo y los claros y oscuros que tiñen el cielo y las luces artificiales que iluminan la arquitectura barroca de la fuente dibujan una estampa verdaderamente hermosa, con un toque romántico, incluso mágico.

—Vamos a pedir un deseo —propone Lea. No hay mucha gente, así que podemos ponernos en primera fila—. ¿Quieres? —me pregunta.

—Sí —afirmo, asintiendo con la cabeza.

Introduzco la mano en el bolsillo de mi pantalón y saco unos cuantos euros que tengo en monedas y que me han devuelto del café que nos hemos tomado en *La casa del Caffè Tazza d Oro*, una de las cafeterías más célebres de Roma. Doy uno a Lea y yo cojo otro.

Nos damos la vuelta y nos ponemos de espaldas a la fuente. Lea gira el rostro hacia mí. Su mirada bronce brilla ilusionada, como si sus ojos estuvieran hechos de millones de diamantes.

—¿Listo? —dice.

—Listo.

Cerramos los ojos y en silencio pedimos nuestros deseos.

Pasar el resto de mi vida con Lea, es el mío.

Alzo el brazo y lanzo el euro al agua de la fuente por encima del hombro. Abro los ojos y bajo la vista hasta Lea, que acaba de lanzar también la moneda.

—¿Ya has pedido tu deseo? —le pregunto.

—Sí —me responde.

Sonrío, cómplice. Es tan fácil hacerla feliz. Le agarro la mano, entrelazo mis dedos con los suyos y nos alejamos de la *Fontana de Trevi*, caminando calle arriba.

Después de cenar en un lujoso restaurante del centro, damos un último paseo por las calles de Roma antes de partir a Atenas, nuestro siguiente destino.

El viento se ha levantado y sopla fresco entre los edificios antiguos. Lea se acaricia los brazos desnudos para paliar el frío. Cuando reparo en su gesto, me quito la americana negra y se la echo por los hombros.

—Gracias —me dice.

—No quiero que te quedes fría —digo—. Todavía nos queda mucho viaje.

—Tranquilo, no me constiparé —bromea.

—De todas formas, no está de más cuidar lo que se quiere —afirmo, mirándola cariñosamente.

Lea sonrío tímida y apoya su rostro en mi hombro.

—Estoy agotada —dice al llegar al hotel. Resopla cansada—. Me duelen los pies — agrega quitándose los zapatos de tacón y dejándose caer sobre la cama.

—¿Te duelen mucho? —le pregunto.

Hace un mohín infantil con la boca y afirma inclinando la cabeza. Avanzo por la habitación con pasos ligeros hasta alcanzarla. Me siento a su lado, le cojo el pie derecho, le levanto el pantalón y le quito la media sin decir nada. Lea me mira desconcertada, ignorando qué pretendo hacer. Me gusta de una manera maliciosa el desconcierto que expresa su rostro cuando no sabe qué estoy tramando. Es sumamente excitante.

—Relájate —digo mientras, para su sorpresa, comienzo a masajearle los dedos del pie.

—Darrell... —murmura algo incómoda.

—Shhh... —la silencio. La miro fijamente a los ojos—. Relájate, pequeña —vuelvo a decir.

Lea suspira, rendida a mí y a mi buen hacer.

Deslizo mis pulgares por sus pequeños dedos, haciendo movimientos circulares en las yemas.

—Ahhh... —Lea gime, mordiéndose el labio inferior.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Sigo mi tarea en la planta del pie, presionando moderadamente las partes más sobresalientes.

—¿Te gusta? —le pregunto con voz sensual, a pesar de que sé sobradamente la respuesta.

—Oh, ya lo creo... —susurra, deshaciéndose de gusto.

Abre los ojos de golpe, asombrada, cuando nota mi lengua húmeda entre los dedos. La miro con picardía por encima de la línea del pie, al tiempo que introduzco su meñique en mi boca. Lo saboreo como si fuera un manjar. Lo es, porque adoro sus pies pequeños y suaves.

—Darrell... —suspira.

—Me encantan tus pies —digo entre lametazo y lametazo—. ¿No te lo había dicho nunca?

Lea niega con la cabeza mecánicamente.

—No —alcanza a decir.

Pongo los ojos en blanco.

—Se me habrá olvidado —me burlo.

Oigo como Lea traga saliva. De nuevo, se mueve incómoda sobre la cama, como si miles de hormigas le corretearan de arriba abajo. Conozco esa expresión. Se está excitando y eso hace que yo me ponga cachondo. Sin embargo, voy a torturarla un poquito más.

Oh, sí, claro que sí, voy a torturarte un poquito más, mi pequeña loquita.

Apoyo el pie derecho suavemente sobre la cama y cojo el izquierdo. Despacio, me lo llevo a la boca, relamiendo el momento como un león que vigila a la gacela que está a punto de atrapar.

Lea ronronea.

—¿Estás bien? —le pregunto con ironía.

Lea simplemente asiente.

Estás a punto de caramelo, ¿verdad?

Sonrío para mis adentros. Dejo el pie, me subo a la cama y gateo hacia Lea, cerniéndome sobre ella como si fuera mi presa. Cuando mi rostro está a unos centímetros del suyo, le sujeto la barbilla, me inclino y atrapo su boca con la mía. Sus labios son tan suaves como la seda. Creo que soy adicto a ellos, pienso, mientras la beso una y otra vez.

Deslizo la mano hasta su cintura y le desabrocho el botón del pantalón. Hago que resbale por sus piernas hasta quitárselo, al igual que la camiseta. Al verla desnuda, una oleada de deseo viaja a través de mi cuerpo.

—Lea... Mi Lea —susurro en un tono de voz que suena como un gruñido.

Me lanzó a su cuello y comienzo a recorrer su larga e impecable línea con mis labios mientras ella me desabotona la camisa. Cuando termina de quitármela, me siento entre sus rodillas y me deshago rápidamente del pantalón y del bóxer.

Vuelvo a ponerme sobre Lea, acariciándole cada centímetro de piel como si no hubiera un mañana.

¡Joder, es tan exquisita!

Gime cuando mis manos le mecen los pechos y suelta un sonoro jadeo cuando le pellizco ligeramente el pezón.

—Mi amor... —murmura.

—Mi vida...

Arrastrado por la urgente exigencia que hace mi entrepierna de Lea, introduzco la mano por su espalda y le doy la vuelta, colocándola bocabajo. La sujeto bajo mi cuerpo y la obligo a aferrarse a los barrotes de hierro del cabecero *vintage* de la cama.

Aprieto la boca contra su oído y le digo:

—Así es como te quiero tener, pequeña. Completamente a mi merced.

Lea se estremece al sonido ronco de mi voz.

Rodeo sus manos con las mías y me dejo caer sobre sus nalgas con fuerza, para que note mi erección.

Resulta delicioso.

Sin esperar más, la penetro por detrás de una sola embestida. Lea grita. Sin darle tiempo de reaccionar, comienzo a moverme con fuerza encima de ella. Empujo mis caderas contra las suyas una y otra y otra vez hasta que Lea estalla debajo de mí, jadeando mi nombre contra la almohada.

—Así es como te quiero, pequeña. Así... —gimo mientras dejo que el culmen del placer me sacuda como si estuviera siendo azotado con un látigo. Después dejo caer todo mi peso sobre su cuerpo menudo, presionándolo contra la cama mientras aprieto sus manos con las mías.

CAPÍTULO 44

—Es precioso —comenta Lea, asombrada, mientras contempla la antigua Acrópolis de Atenas en toda su magnitud.

—Sí, además, está cargada de historia —anoto—. Parte de la cuna de las civilizaciones nace aquí, en Grecia.

—Europa es tan distinta a América del Norte.

—Cierto. Por eso quería traerte a Europa de luna de miel. Para que conozcas su cultura, su gente, su historia...

—Pues has acertado plenamente —afirma Lea con ojos brillantes.

—¿Seguimos el itinerario? —le pregunto.

—Sí —responde.

Dejamos atrás la Acrópolis y nos internamos en las calles de la Atenas más moderna.

—Mira, Darrell —dice Lea.

Sigo la dirección de su índice, que apunta a una antigua máscara de piedra colocada en la pared de un viejo edificio que parece abandonado desde hace décadas.

—Es la *Bocca della Verità* —pronuncio en italiano.

—La Boca de la Verdad —traduce Lea sin dejar de mirarla.

—La original está en la Iglesia de Santa María in Cosmedin en Roma. Me imagino que esta es un réplica.

Mientras hablo, Lea pasa la mano por la escultura. Un rostro masculino con barba, cuyos ojos, nariz y boca están huecos.

—La auténtica, la de Roma, se cree que se utilizaba como fuente —prosigo.

—Me encanta —opina Lea—. Aunque no sé si me atrevería a meter la mano en la boca —añade cautelosamente.

—Una leyenda alemana del siglo XII asegura que detrás de la máscara está el Diablo —intervengo con voz enigmática.

—No me extrañaría, la verdad.

—También dice la leyenda que durante un larguísimo rato aferró la mano de Juliano el Apostata, por haber engañado a una mujer, ya que la boca atrapa la mano de los mentirosos —sigo explicándole.

—¿En serio? —pregunta Lea.

—No lo sé. Es solo una leyenda —atajo.

—Pues yo pienso que detrás de toda leyenda se esconde algo de verdad.

—¿Crees realmente que el Diablo agarró la mano de Juliano el Apóstata? —Lea se encoge de hombros—. ¿No quieres probar? —le pregunto.

Lea niega reiteradamente con la cabeza.
—Mejor no —responde. Aparta la mirada de la estatua y la alza hacia mí—. ¿Por qué no la metes tú, valiente? —me desafía.
Entorno los ojos y la miro con expresión traviesa.
—Está bien. Lo haré —digo finalmente.
Acerco la mano a la enorme boca de piedra y despacio la voy introduciendo en el hueco que queda libre, bajo la mirada expectante y visiblemente inquieta de Lea. ¿De verdad se cree la antigua leyenda alemana que circula acerca de la *Bocca della Verità*?
—¡Oh, Dios! —grito de pronto. Lanzo mi cuerpo contra la estatua, como si la boca me hubiera atrapado la mano—. ¡Lea, no puedo sacar la mano!
—¡Dios santo! —exclama Lea, preocupada y con el rostro pálido
Sin pensárselo dos veces, me agarra el brazo y trata de tirar de él hacia fuera. Grito desesperadamente.
—¡No puedo sacar la mano! ¡No puedo sacarla! —me lamento—. ¡Estoy atrapado!
—Oh, Darrell... —solloza Lea—. Darrell, mi amor...
Sin poderme contener más, estallo en carcajadas. Saco la mano de la boca de piedra. Lea se separa un paso de mí y me mira desconcertada, hasta que se da cuenta de que ha sido una broma. Frunce el ceño y me da un golpe en el hombro.
—Eres un idiota —dice en tono de enfado.
—¿En serio creías que el Diablo me había cogido la mano? —le pregunto entre risas.
—Bueno, no... no sé... —titubea nerviosa—. Pensé que no podías sacar la mano. —Al ver que no puedo parar de reír, dice—: A mí no me ha hecho ninguna gracia.
—Tenías que haberte visto la cara —digo.
Lea bufa con los dientes apretados y malhumorada, se da media vuelta y echa a andar a zancadas calle abajo.
—Vamos Lea —digo, andando detrás de ella—. Solo ha sido una broma.
—¿Solo ha sido una broma? —repite, sin detenerse siquiera para mirarme—. A veces te preferiría cuando eras más aburrido que una misa —me espeta.
Alargo los brazos, la cojo de la cintura por detrás y la levanto en vilo hacia arriba. En esos momentos Lea se echa a reír.
—¿De verdad te has asustado? —le pregunto.
—Sí —afirma entre carcajadas—. No quiero un marido manco —bromea.
Ambos nos echamos a reír. La deposito en el suelo, la atraigo hacia mí y la beso. Después seguimos con nuestro paseo calle abajo.

Los días en Praga y finalmente en Viena se pasan en un suspiro, en un abrir y cerrar de ojos. Me gustaría poder detener el tiempo para disfrutar más de Lea y del amor que sentimos el uno por el otro.

Quiero detener el tiempo para enseñarle el mundo entero de norte a sur y de este a oeste y fotografiarla en todos los lugares que visitemos. Hay tanto que ver. La India, China, Japón, Nueva Zelanda, Dubái...

CAPÍTULO 45

Llegamos a Nueva York sobre las ocho y media de la tarde. El cielo aquí nos da la bienvenida con un color plomizo que amenaza lluvia, aunque por fortuna la temperatura es cálida.

Bajamos del jet privado en el hangar que el aeropuerto John F. Kennedy tiene destinado para ello. Al final de la pista, Woody nos espera pacientemente. En cuanto nos ve, echa a andar hacia nosotros para hacerse cargo de las maletas.

—Bienvenido, señor Baker —me saluda cuando nos alcanza.

—Gracias —correspondo.

Se dirige a Lea.

—Señora Baker.

—Hola, Woody —responde ella, con su naturalidad de siempre.

Woody nos abre la puerta del Jaguar. Le cedo el paso a Lea y después entro yo.

—¡Tengo unas ganas locas de ver a nuestros pequeños! —dice Lea excitada, ya en el interior del coche—. De besarlos, de abrazarlos...

—Yo también —reconozco—. Los he echado de menos. Más de lo que esperaba... —añado.

—¡Qué ganas de tenerlos entre los brazos!

Lea me dedica una sonrisa de oreja a oreja. No puede disimular que está impaciente por ver a James y a Kylie. Sus ojos brillan como los de una niña pequeña. Hemos estado veintiún días lejos de ellos y, aunque hemos sabido en todo momento cómo se encontraban, es cierto que tenemos la necesidad de tenerlos en brazos y, como dice Lea, de besarlos, de abrazarlos...

Al entrar en el ático, Lea echa a correr hacia el salón, donde está mi madre con los pequeños.

—Hola, Janice —la saluda rápidamente, se acerca y le da un beso fugaz en la mejilla.

—Hola, cariño —responde mi madre.

—Ohhh, mis pequeños... —murmura al llegar a la cuna. Se inclina y da un beso a cada uno. Coge a Kylie, la primera que la reclama—. Princesa... —dice, con la voz deshecha de amor. Mientras la mece en brazos, sus ojos se humedecen—. Os he extrañado tanto...

Me aproximo a mi madre y la saludo con un par de besos y un abrazo. Después me encargo de James, que se acaba de despertar. Lo cojo, acerco su rostro al mío para sentir su calor y su olor... Huelen tan bien. Yo también les he echado de menos.

—Hola, campeón —le digo—. ¿Qué tal estás? ¿Bien? ¿Sí?

James reacciona al sonido de mi voz y rueda los ojos hacia mí. Abre su boquita y me sonrío. Juraría que me ha reconocido. Acerco mis labios a su cara y le beso en la mejilla rosada y rechoncha.

—Han crecido —asevera Lea, mirándome.

Sus ojos bronce aún se ven vidriosos, aunque ha conseguido no llorar.

—Sí —afirmo—. Y sus rostros también han cambiado.

—Sí, están más hermosos que cuando nos fuimos —dice Lea con amor de madre.

—¿Qué tal el viaje de vuelta? —nos pregunta mi madre mientras nos sentamos a la mesa para cenar, cuando ya hemos dormido a James y a Kylie.

—Muy bien —contesto.

—¿Habéis disfrutado?

—Ha sido una luna de miel maravillosa —interviene Lea, después de meterse en la boca una cucharada de crema de guisantes.

—Me alegro de que lo hayáis pasado bien —comenta mi madre.

—Muchas gracias por cuidar tan bien de los pequeños —le agradece Lea con sinceridad—, y por aguantar con estoicidad y buen humor nuestras veinte llamadas por... hora.

Lea arruga la nariz. Mi madre se ríe con expresión indulgente.

—Ya sabes que para mí ha sido un placer, Lea —le dice, sonriente—. Primero como abuela y segundo porque James y Kylie son un amor. Además, Gloria me ha ayudado mucho. Y tranquila, entiendo las veinte llamadas por hora... Yo también soy madre y sé lo que cuesta alejarse de un hijo, sobre todo cuando son tan pequeños. De hecho, cuando me vaya, voy a ser yo la que los eche de menos. Por cierto, hijo, ¿podrías llevarme mañana a *Port St. Lucie*? —me pregunta.

—No hay problema —respondo.

Lea se limpia las comisuras de la boca.

—Janice, ¿no quieres quedarte unos días más? —sugiere.

—Me encantaría, pero tengo un marido que atender en Florida —responde mi madre con amabilidad. Bebe un trago de agua y deja el vaso en la mesa—. No me quiero ni imaginar cómo estará la casa. Menos mal que le dije a Louisa, la chica de la limpieza a la que llamo para que me ayude de vez en cuando, que se dé una vuelta por casa un par de días a la semana. De todas formas, muchas gracias.

—Sobra decir que podéis venir cuando queráis —dice Lea—. Siempre seréis bienvenidos.

—Sin embargo, tendrá que ser en la casa nueva —tercio.

—¿Cuándo tenéis pensado mudaros? —se interesa mi madre.

Se levanta y nos sirve un par de filetes de pavo en salsa verde que ha dejado hechos Gloria antes de irse.

—Ya mismo —le informo—. Esta misma semana comenzaremos con la mudanza. Ya tengo contratada la empresa que va a llevarla a cabo.

—Os esperan días pesados... —comenta mi madre.

Lea resopla.

—Tienes razón —dice—. Pero cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—¿No sería mejor que descansarais unos días y esperarais un poco para hacer la mudanza? —nos aconseja mi madre—. Acabáis de llegar de la luna de miel.

—Tenemos que hacerla cuanto antes —le explica Lea—, porque después yo comienzo las clases en la universidad y lo voy a tener más difícil para organizarlo todo. El último curso de la carrera es complicado —agrega.

—No te preocupes por el último curso de la carrera. Ya sabes que yo me ofrezco voluntario como profesor... —digo, con doble intención.

Le guiño un ojo.

—¡Darrell! —masculla entre dientes a media voz.

Baja la cabeza y de reojo mira a mi madre, ruborizada.

Sonrí sin apartar la vista de su rostro.

¿Cómo puede ser tan tímida?, me pregunto, y ¿cómo me puede gustar tanto esa timidez? ¡Joder, es tan adorable! ¡Tan excitante! Es tan ella cuando se sonroja.

—Creo que retomar tus estudios es una de las mejores decisiones que has podido tomar —le dice mi madre a Lea en tono visiblemente maternal.

—Sí, es algo que tenía en mente desde que me quedé embarazada y pienso que ahora es el mejor momento —afirma Lea—. Además, tengo muchas ganas. Estoy muy ilusionada por poder finalizar mis estudios.

—Lea tiene un futuro brillante —asevero—. Pero no quiere trabajar en mi empresa —ironizo.

Parto un trozo de filete, me lo llevo a la boca y miro a Lea por el rabillo del ojo.

—Ya hemos hablando de ello, Darrell —se adelanta a decir con templanza—. Quiero empezar de cero. No me gusta que me den las cosas hechas. No me hace sentir bien. Prefiero ganármelas por mí misma, sin enchufes ni ningún tipo de tráfico de influencias —explica.

—Lea, mi empresa es cien por cien privada, puedo contratar a quién me dé la gana —objeto—. Cualquier tráfico de influencias es inexistente. En mi empresa mando yo.

—Lo sé. Pero bueno, Darrell, ya me entiendes... No quiero tener un puesto en tu empresa simplemente por ser tu esposa —alega Lea.

—Te aseguro que con tu expediente, te contrataría aunque no fueras mi esposa —manifiesto.

—No es malo que quiera crecer profesionalmente fuera de tu amparo...

—Claro que no es malo —tercia mi madre, dándole la razón a Lea—. Es lógico que quieras labrarte una carrera profesional por tus propios medios.

—Gracias, mamá —digo con ironía.

—Darrell, Lea tiene razón. —Pongo los ojos en blanco—. Todavía recuerdo cuando Randy quiso ayudarte en tus comienzos. Te ofreció un puesto en una empresa de publicidad de un amigo y te negaste rotundamente.

Lea gira el rostro hacia mí, ladeando la cabeza, y me mira con ojos ciertamente fiscalizadores.

—Eso era distinto —me justifico.
—¿Distinto? Distinto, ¿por qué? —me pregunta Lea.
—Porque Randy no era mi esposo.
—Pero era tu padrastro —interviene mi madre.
—Creo que alguien tiene que hacer todavía algún ejercicio de empatía —dice Lea.
—Sigo pensando que donde mejor estarías trabajando sería en mi empresa —
atajo.
Lea sacude la cabeza con dos movimientos hacia los lados y resopla. Entonces sé
que deja el tema por imposible.

CAPÍTULO 46

Al día siguiente, llevo a mi madre hasta *Port St. Lucie*, como me ha pedido. Regreso a Nueva York bien entrada la madrugada. Meto el Jaguar en el garaje y lo aparco en una de las plazas privadas que poseo en el edificio.

Me bajo del coche, lo cierro con el mando a distancia mientras echo a andar y me dirijo al ascensor. Entonces noto una suerte de presencia en el lugar. No sé qué o quién es, pero me resulta extraño. Giro el rostro y miro por encima del hombro. Advierto una sombra, o eso me parece... Entorno los ojos, aguzando la vista, pero ya no veo nada. Sacudo la cabeza, negando para mí mismo. Seguro que son imaginaciones mías. He conducido muchas horas y estoy cansado.

Entro en la habitación. Lea está dormida. Sonrío y durante unos segundos, mientras la contemplo en el silencio de la noche, me abandono a la paz que transmite. Me inclino sobre ella y le doy un beso en la frente. Lea frunce la nariz. Abre los ojos.

—No quería despertarte —digo, sentándome a su lado.

Lea sonrío, somnolienta.

—¿Ya has llegado? —me pregunta.

—Sí.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —respondo—. ¿Qué tal se han portado los pequeños?

—Muy bien... excepto a la hora de cenar. Ya sabes lo impacientes que son —dice

Lea.

Esbozo una sonrisa.

—Duérmete, ¿vale? —le pido, pasándole la mano por el pelo—. Voy a darme una ducha.

—Vale.

Lea ronronea contra la almohada y cierra los ojos.

—¿Con *Textliner* siguen las cosas igual? —pregunto a Michael al llegar al despacho.

—Sí. Esos cabrones no están dispuestos a dar su brazo a torcer —me informa.

Me echo hacia atrás y recuesto la espalda en el sillón de cuero negro.

—Me ocuparé después de ese asunto... —digo—. Ahora voy a ponerme al día con el resto de cosas.

—¿Cómo vamos a solucionarlo? —me pregunta Michael.

—Siendo más cabrones que ellos.

Michael me dirige una sonrisa sesgada.
—Entonces nos saldremos con la nuestra —afirma—. Te conozco, y a cabrón no te gana nadie.
—¿Te acuerdas de aquel litigio que tuvieron con *Enterprise Golden*? —le pregunto.
Michael se acaricia la barbilla, haciendo memoria.
—Sí —responde transcurridos unos segundos—. Fue hace un año más o menos, ¿no?
—Sí —afirmo.
—Pero, si no recuerdo más, *Textliner* ganó. El juez les dio la razón —apunta.
—Aunque ganó, investiga que ocurrió exactamente —le ordeno—. Seguro que hay algo con lo que podemos... persuadirlos, para que se les bajen los humos.
Michael lanza al aire una carcajada.
—Por algo digo que, cuando te pones, a cabrón no te gana nadie —asegura—. Te he echado de menos —bromea—. Aunque no tanto como... Susan.
Cambia radicalmente de tema.
—¿Susan? —repito.
—Sí, Susan. Ha estado algo... —Mueve la mano haciendo un gesto que no termino de descifrar—. No sé cómo definirlo exactamente. Pero vamos, que te ha echado de menos —concluye.
—Me llamó un día.
—¿Estando en tu luna de miel?
—Sí.
—¿Qué cojones quería decirte? —pregunta Michael, ceñudo—. ¿No tenía que hablarlo todo conmigo?
—Eso le ordené, que lo hablara contigo —señalo—. Además, no era nada importante. Quería ponerme al tanto de una pequeña descompensación que había en las exportaciones...
—Siempre hay pequeñas descompensaciones en las exportaciones y en las importaciones. ¿Qué tiene eso de grave? —Michael bufa—. Espérate que no se lance a tus brazos cuando entre a trabajar ahora a las nueve —se mofa—. Ya no me cabe ninguna duda de que está enamorada de ti hasta las cejas.
Unos nudillos golpean la puerta con un sonido suave, interrumpiendo la conversación.
—Adelante —digo.
Susan entra en el despacho. Como siempre, perfectamente maquillada y con el pelo liso como una tabla de planchar. Es tan rígida que a veces da la sensación de ser una muñeca ortopédica.
—Buenos días, señor Baker —saluda.
—Hablando del rey de Roma... —murmura Michael al ver que es Susan.
Le lanzo una mirada censuradora mientras Susan se acerca a mi mesa.
—Buenos días —correspondo a su saludo.
—Buenos días, Michael.
—Susan.

Michael le contesta desganado. Casi con la misma desgana con la que le ha saludado ella.

—¿Qué tal su... luna de miel? —me pregunta.

Hay una indisimulada tirantez en su voz.

—Muy bien. Gracias —respondo.

Se crean unos instantes de silencio. Supongo que Susan está esperando que le pregunte qué tal le ha ido a ella, de manera personal. Pero no me interesa lo más mínimo, como a ella no debería de interesarle lo más mínimo cómo me ha ido en mi luna de miel.

—Me alegro mucho de que esté aquí, señor Baker —dice, al ver que permanezco callado. Sus ojos azules brillan.

Michael fija su mirada en Susan, que está de pie a su lado, alza una ceja y pone una de esas caras tan particulares suyas. Después niega con la cabeza.

—Si quiere, puedo ayudarlo a ponerse al día con los asuntos de la empresa —se ofrece, obsequiosa.

—No, Susan, Gracias. Voy a ponerme a ello con Michael —comento.

Susan traga saliva y digiere mi negativa.

—Está bien. Como quiera, señor Baker —dice—. Estaré fuera si me necesita.

Asiento.

—Gracias —le agradezco, haciendo gala de amabilidad.

Susan se gira sobre sus talones y enfila los pasos hacia la puerta. Nada más de salir, Michael se apresura a decir:

—La tienes mojando braga.

—Michael —lo amonesto.

—«Buenos días, señor Baker», «¿Qué tal le ha ido, señor Baker?» «Si quiere, puedo ayudarlo a ponerse al día, señor Baker...» —repite, imitando su voz—. ¿Podría follarme, señor Baker? Lo de disimular no es lo suyo.

—La verdad es que no, y lo peor es que tampoco disimula cuando está Lea delante —afirmo.

—Pues no creo que a Lea le haga gracia que la secretaria de su marido coquetee con él ante sus narices —comenta Michael.

—No. De hecho, se pone celosa. —Hago una pausa—. Si Susan sigue así, lo único que va a conseguir es que la ponga de patitas en la calle —asevero. Miro hacia la pila de papeles que tengo encima de la mesa—. Empecemos —digo, cambiando de asunto—. Tengo por delante un duro día de trabajo.

CAPÍTULO 47

Lea coge a Kitty, su vieja gata de peluche, y se queda mirándola durante un rato mientras le atusa los bigotes.

—¿Está todo? —pregunto.

—Sí —responde.

La introduce en la caja de cartón que permanece abierta a su lado y cierra las solapas. Se incorpora y suspira en medio del salón, con los muebles de diseño italiano que compré cuando adquirí el ático, pero vacío ya de nuestros objetos personales y de los juguetes de James y Kylie.

—Con esta mudanza se cierra una etapa en nuestras vidas y se abre otra nueva — comenta.

La abrazo por detrás, pasando las manos por su tripa y apoyo la barbilla en su hombro.

—La etapa que se abre va a ser mucho mejor —anoto con optimismo.

—¿Más? —dice Lea, acariciando mis manos con las suyas—. No podemos ser más felices de lo que ya somos, Darrell.

—¿Tú crees? —la desafío—. Yo voy a luchar cada día para que seas un poquito más feliz.

Lea se gira hacia mí y pasa los brazos por mi cuello.

—En este ático se quedan muchos de nuestros recuerdos —dice.

—Así es...

—Nuestros primeros contactos, nuestro primer encuentro, las comidas juntos, los desvelos de James y Kylie durante la noche... —enumera.

Sonríe.

Entonces me vienen a la cabeza otros recuerdos que forman parte de nuestras vidas pero que no son tan agradables.

—Cuando vino la policía a registrar la casa, cuando me detuvieron por la implicación en la red de tráfico de drogas, cuando regresé una tarde del despacho y tú te habías marchado...

Mi expresión se ensombrece.

—Pero eso tenemos que dejarlo atrás —me aconseja Lea. Se pone de puntillas y me besa—. Te quiero, Darrell —me dice, regalándome una de sus hermosas sonrisas.

—Yo también te quiero, Lea.

Los empleados de la mudanza meten las últimas cajas en el camión.

—Ya está todo, señor Baker —dice el encargado del grupo.

Cuando cierran las puertas, Lea y yo nos montamos en el coche.

—¿Nos vamos? —le pregunto, cómplice.

Lea aprieta los labios y asiente.

—Sí —dice.

James y Kylie balbucean alegres en la parte de atrás. Arranco el Jaguar y nos ponemos en marcha rumbo a nuestra nueva casa.

Los días siguientes, aunque tratamos de tomárnoslo con calma, son una vorágine. Pero al final de la semana, gracias también a la ayuda de Gloria, conseguimos que todo esté más o menos en orden. Hemos hecho la mudanza a contrarreloj para que no le pille a Lea con el comienzo del curso universitario.

El día que oficialmente nos instalamos en la casa nueva, por la noche, aprovechando que James y Kylie están dormidos y que reina una calma casi absoluta, descorcho una botella de un vino de reserva y sirvo un poco en un par de copas. Cojo una en cada mano y me dirijo al salón principal. Entro y me acerco a Lea, que está sentada en uno de los sofás.

—Ya está —le digo con una sonrisa, mientras le tiendo la copa.

Lea la coge.

—Sí, ya está. Por fin —suspira satisfecha.

—¿Te sientes cómoda? —le pregunto, consciente del esfuerzo que ha hecho por hacer que parezca un hogar y no una tienda de muebles de diseño.

Me siento a su lado.

—Mucho —contesta.

Lea da un sorbo de vino. Yo imito su gesto.

—Sobra decir que puedes cambiar todo lo quieras —digo.

—No, Darrell. Todo está perfecto.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Da otro sorbo de vino.

—¿Te preocupa algo? —le pregunto, al reparar en su expresión poco clara.

—Tengo dudas sobre qué asignaturas coger en el primer cuatrimestre —responde, cambiando de tema.

—¿Despejamos esas dudas? —la animo.

Asiente lentamente.

—¿Qué optativas cogerías? —me pregunta—. ¿Integral de Lebesgue o Geometría Diferencial?

—Integral de Lebesgue —respondo. Me llevo la copa a los labios y bebo.

—¿Análisis Multivariante o Introducción a la Astronomía? —continúa.

—Introducción a la Astronomía.

—No me gusta demasiado la Astronomía —comenta, arrugando la nariz.
—Entonces nos olvidamos de los astros, los planetas y las galaxias —digo—
Análisis Multivariante.
—¿Teoría de la decisión o Teoría de los Juegos?
—Teoría de los Juegos, es más entretenida —alego.
—La verdad es que lo que más miedo me da es el trabajo fin de grado —dice—. Es obligatorio y tiene quince créditos.
—No te preocupes —la tranquilizo—. Cuando termines el curso te resultará más fácil realizarlo, porque tus conocimientos serán mayores.
—¿Tú crees?
—Sí.
—¿Sobre qué lo hiciste tú? —me pregunta.
—Sobre los procesos estocásticos.
—Buena elección y... compleja —comenta—. He estado pensando... Quizá lo haga sobre los espacios de Hilbert.
Alzo las cejas.
—¿Y hablas tú de que mi elección fue compleja? —digo, asombrado y consciente de que los espacios de Hilbert es uno de los temas más complicados dentro de las matemáticas.
Lea chasquea la lengua y hace una mueca con la boca.
—La verdad es que no lo sé... —murmura.
Resopla.
—Lea, si quieres hacerlo sobre los espacios de Hilbert, hazlo. Tienes una mente brillante —afirmo—. Puedes con eso y con más. De todas formas, no te agobies ahora por el trabajo de fin de grado. Ya sabrás sobre qué hacerlo cuando llegue el momento.
Levanta los ojos hacia mí y me mira por debajo de la densa línea de pestañas de color bronce.
—¿Me ayudarás? —sondea.
Su voz es cálida y dulce como el caramelo.
Oh, pequeña, ¿cómo no te voy a ayudar?
—Si me lo pides de esa forma... —digo.
Lea me sonrío tímidamente.
—Te lo compensaré... —se apresura a indicar.
La miro con un gesto sesgado en los labios.
—Creo que me lo cobraré en especie —asevero en tono sugerente.
—¿Me estás proponiendo que pague tu ayuda con sexo? —bromea.
—Exactamente —respondo.
—Usted y sus proposiciones, señor Baker —dice, poniendo los ojos en blanco
Sonrío mientras recorro su rostro con los ojos entrecerrados. Sin mediar más palabra, tomo su mano y tiro de ella.
—Creo que es hora de estrenar la cama —afirmo con voluptuosidad en la voz, arrastrándola escaleras arriba y llevándola al dormitorio.

CAPÍTULO 48

Entro en el despacho que hemos acondicionado en el segundo piso de la nueva casa. Aún tengo algunas cosas que ordenar. Libros, archivos, carpetas... Aprovechando que he regresado pronto del trabajo para ayudar a Lea con los pequeños y que en estos momentos duermen plácidamente, me pongo a la tarea.

Entre unos archivadores que me dispongo a colocar en las estanterías, aparece una carpeta de cuero de color verde oscuro. La reconocería al instante entre un millón. Es la carpeta donde guardaba los contratos con las mujeres a las que les alquilaba la habitación.

La cojo, me dirijo hacia el escritorio y me siento. Paso la mano por la tapa, sintiendo la suavidad del cuero bajo las yemas de los dedos. La abro. El primer contrato que me encuentro es el de Lea. Lo releo por encima hasta que me topo con su firma. Fijo mis ojos en ella. Advierto enseguida que los trazos son inseguros y temblorosos. Entonces viene hasta mi cabeza aquel momento. Revivo el miedo y las dudas que asomaban a sus ojos, la vergüenza que sentía solo por mirarme, las preguntas mudas que no se atrevía siquiera a pronunciar...

Estaba tan asustada, y fue tan valiente pese al miedo. La más valiente de todas.

Debajo de su contrato hay otros tantos, con sus correspondientes rúbricas. Está el de Samantha, Joanna, Kate, Hannah, Lori, Caroline... y así hasta un número indeterminado que no me paro a contar. Me pregunto cuántos contratos más habría firmado si no hubiera encontrado a Lea.

¿Cuántos?

Inhalo hondo y resoplo, acariciándome la nuca. De pronto me siento incómodo.

De nuevo, busco entre todos el de Lea, lo cojo y salgo del despacho. Atravieso el pasillo y enfilo el estudio, donde sé que Lea está preparando un trabajo para la universidad, cuyo curso comenzó finalmente hace una semana.

Al llegar, la puerta está entreabierta. James y Kylie duermen en la habitación de enfrente y, pese a que tenemos el vigilabebés y a Gloria pendiente, a Lea le gusta dejarla así cuando está en el estudio.

Llamo con un ligero toque de nudillos.

—¿Estás muy ocupada? —pregunto, asomando la cabeza por la puerta.

—No, pasa —dice con una sonrisa.

Está vestida de manera informal, con unos leggings negros, una camiseta larga y ancha blanca, y tiene ese moño descuidado tan característico suyo en lo alto de la cabeza. Está vestida como está vestida, me resulta de lo más sexy, incluso con el moño.

Me adentro en el estudio.

—Mira lo que he encontrado —digo, alargando el brazo y tendiéndole el contrato.

Lea se da la vuelta con la silla giratoria, lo coge y lo echa un vistazo en silencio.
—Nuestro contrato... —murmura, prestándole toda su atención.
—¿Cómo te hace sentir ahora? —quiero saber, cuando termina de leerlo.
Lea se muerde el interior del carrillo.
—Extraña... —afirma.
—A mí, incómodo —me adelanto a decir.
—¿Incómodo?
La voz de Lea refleja extrañeza.
—Sí, incómodo.
—¿Por qué? —me pregunta.
Deja el contrato sobre su escritorio y vuelve a prestarme atención.
—Por todo —atajo. Acerco la otra silla giratoria que hay en el estudio y me siento frente a Lea—. Por las cláusulas, por mi atrevimiento, por lo que supuso para ti y por el momento en el que te hice la proposición.
Lea se inclina hacia mí y arquea un poco las cejas.
—No me apuntaste con una pistola para firmar —arguye—. Ni a mí ni a ninguna.
—No me importan las demás, me importas tú —asevero, dándole contundencia a mis palabras.
—Darrell...
Lea trata de detenerme, pero yo sigo con mi particular discurso.
—Era uno de los peores momentos de tu vida...
—Darrell, no quiero que te sientas mal por eso —me dice Lea, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano—. Está en el pasado, a años luz de lo que tenemos y sentimos ahora.
—Sí, está a años luz, pero me siento como si te hubiera dado un golpe bajo —apunto, apesadumbrado.
—Olvídate de ello —me pide.
—No puedo —murmuro—. Siento que me aproveché de la situación por la que estabas pasando, que me aproveché de ti.
—Aunque fue algo descabellado, fue algo que elegí yo —afirma Lea.
—¿Tenías otra elección? ¿Te dejé otra elección? —le pregunto.
Lea me sostiene la mirada y se encoge de hombros.
—En aquel momento te hubiera contestado que no, que no tuve otra elección; estaba con la soga al cuello —dice—. Necesitaba lo que tú me ofrecías tanto como respirar, y es cierto que durante mucho tiempo maldije haber aceptado tu proposición.
Su respuesta me produce una profunda desazón y tristeza, mucha tristeza, por haberla llevado hasta esa tesitura, por haberla puesto contra las cuerdas.
—Pero ahora no pienso en eso. Me da igual —añade antes de que yo tome de nuevo la palabra—. Solo sé que gracias a ella te conocí, te traté, que pude saber de tu enfermedad, entender qué te pasaba...

Sonríe con indulgencia, enseñando tímidamente los dientes, y su gesto me produce un enorme alivio, pesé a que no cambie las cosas. Apoyo mi frente en la suya y lanzó un suspiro. Lea tiene un corazón tan grande.

—Y gracias a todo eso, a que yo también te conocí y te traté; aprendí a quererte y me enamoré de ti —digo.

Lea amplía la sonrisa en su boca.

—Y yo de ti —dice, pegada a mis labios.

Noto su aliento cálido sobre los míos. Acorto la nimia distancia que nos separa y la beso suavemente. Es siempre tan reconfortante.

—Y ahora tenemos una familia, un hogar y unos maravillosos hijos que... — comienza a decir.

El sonido del llanto casi unísono de James y Kylie nos llega desde el otro lado del pasillo. Lea y yo sonreímos a la vez.

—¿Crees que se ponen de acuerdo para llorar al mismo tiempo? —le pregunto con ironía.

—Completamente —contesta Lea entre risas.

Echó hacia atrás la cabeza y me separo de ella.

—Vamos a ver qué quieren nuestros pequeños... —digo.

Lea consulta su reloj de muñeca.

—Seguro que quieren cenar —afirma al tiempo que se levanta de la silla—. ¿A cuál te pides para dar el biberón? —me pregunta.

—Hoy me encargo de James —respondo mientras me incorporo.

—Bien, yo me encargo de Kylie.

CAPÍTULO 49

Los meses siguientes discurren en un abrir y cerrar de ojos viendo como Lea se esfuerza al máximo para sacar adelante el último curso de la carrera y cómo James y Kylie crecen sin que uno pueda congelar el tiempo para disfrutar de cada segundo de su existencia.

Afortunadamente para mí y para mis miedos, con casi un año de edad, son unos niños risueños y juguetones, exactamente igual que Lea. Cada día me tranquiliza comprobar que ellos no van a crecer con el halo gris y sombrío que durante tantos años envolvió mi vida.

Estas últimas semanas están siendo un tanto estresantes para Lea. Entre los exámenes finales, el trabajo de fin de grado y la preparación de la graduación, apenas tiene tiempo para comer. Si no fuera porque a veces casi la obligo, no probaría bocado. Como hoy, que son las nueve de la noche y sigue hincando lo codos sin salir del estudio.

Me deshago de la corbata y de la chaqueta del traje, me acerco a la cocina y le preparo un vaso de leche caliente con unas cuantas galletas Oreo, y se lo subo en una bandeja.

—¿Cómo lo llevas, pequeña? —le pregunto al entrar.

Lea resopla.

—Bien... creo —responde, frunciendo el ceño.

Se coloca el pelo detrás de las orejas.

—¿Qué tal ha estado la tarde en el despacho? —me pregunta.

—Bien —respondo—. Te he traigo un vaso de leche —anuncio—. Tienes que comer algo —digo, dejando la bandeja sobre el único hueco libre que hay sobre el escritorio de madera.

—No tengo hambre.

—Lea, tienes que comer algo —insisto, con un tono de voz ligeramente autoritario. Pero es que de otra manera no me va a hacer caso.

—Está bien —accede finalmente con resignación.

La expresión de su rostro me indica que está agobiada.

—No te agobies, Lea. Lo vas a sacar. Ya lo verás —la animo.

—Son muchas cosas... —murmura.

—Sí, son muchas cosas. Pero como siempre te digo: orden y método —afirmo—. Resuelve una cosa y cuando la hayas resuelto, preocúpate de la siguiente. No te preocupes de todas a la vez. Si lo haces, te vas a volver loca. Primero los exámenes, después el trabajo de fin de grado y por último la graduación.

—Tienes razón —repone.

Suspira, algo más tranquila.

—Hazme caso —digo—. Venga, bébete la leche.

Lea alarga la mano hacia la bandeja y, obediente, coge el vaso junto con una galleta Oreo. La moja en la leche y se la mete en la boca.

—Gracias —me agradece, mientras mastica.

Sonrío.

Lea mira el reloj.

—Hay que dar la cena a James y a Kylie —comenta.

—Yo me encargo —digo.

—¿Podrás tú solo? —me pregunta.

—Sí —respondo.

—Puedo ayudarte si... —se ofrece.

—Lo que quiero es que te termines el vaso de leche y que estudies —le corto—. Yo me encargo de los pequeños.

Lea aprieta los labios y asiente, conforme.

—Vale —dice.

Me inclino, le sujeto por la nuca y deposito un beso en su frente.

—Luego nos vemos —le digo, de pie desde el umbral de la puerta.

—Luego nos vemos —sonríe Lea.

Le guiño un ojo y cierro la puerta del estudio tras de mí, dejándola sumergida en la pila de libros y apuntes.

—¿Estáis listos para pasar una noche con papá? —pregunto a James y a Kylie, al tiempo que me desabrocho los puños de la camisa y me recojo las mangas a la altura del codo.

James patatea en la cuna con ojos brillantes y Kylie, a su lado, balbucea alegre. Cojo a uno en cada brazo y les bajo al parquécito de juegos que tenemos situado en el salón principal.

Aprovechando que están tranquilos, voy a la cocina y preparo sus biberones. Cuando los tengo listos, regreso al salón. Kylie está más impaciente, porque ha comenzado a fruncir el ceño y a ponerse roja, así que ella será la primera a la que dé de cenar, antes de que rompa a llorar y James se anime con ella hasta hacer una coral de sollozos entre los dos.

—¿Tienes hambre? Sí, ¿verdad? —digo.

La saco del parquecito y me siento con ella en el sofá. Vierto unas gotitas de la leche de continuación en el dorso de la mano para comprobar que no quema. La temperatura es perfecta.

—Aquí tienes, princesa.

Me quedo mirándola como un bobo cuando veo que sujeta el biberón ella solita. Aunque todavía necesita ayuda, ya sabe lo que se hace. Sonrío y le acaricio el rostro con la mirada.

Al terminar, le dejo que se distraiga en el parquecito de juegos y doy de cenar a James. Mientras se bebe su toma, se está quedando dormido.

—Venga, campeón... —digo.

Le doy unos toquecitos en la mejilla para espabilarlo y que se acabe el biberón. Se siente tan satisfecho cuando come, que últimamente siempre se queda dormido. Al final, con paciencia y espoleándolo, termina bebiéndose el biberón entero.

Después, se desperezan, y ninguno de los dos parece tener ganas de dormir. Así que extendo la enorme manta de actividades en el parquet y me tiro al suelo para jugar con ellos.

Tanto James como Kylie han comenzado a gatear y a descubrir las cosas, y los objetos y los colores que se distribuyen por la manta acolchada, les llaman muchísimo la atención; quieren tocarlo todo y, aunque al principio se entretienen con eso, antes de que me dé cuenta, los tengo encima de mí, pataleando, manoteando y haciendo pedorretas.

Mientras juego con James, Kylie trata de tirarme del pelo. Sujeto a James con el brazo y me incorporo.

—Oiga usted, señorita, ¿qué es eso de tirar del pelo a su padre? Un respeto.

Simulo regañarla poniendo voz seria, pero Kylie me responde con un balbuceo, un grito y una sonora carcajada. James también reclama su dosis de atención y chilla en mis brazos.

—¿Y usted se está quejando, señorito? —le digo. James abre los ojos como platos y termina haciéndome una pedorreta—. ¿Quieres pelea? —bromeo.

Me tumbo bocarriba en el suelo y siento a James encima de mi tripa. Cojo a Kylie y la acerco a mí. Unos segundos después formamos un batiburrillo entre los tres en el que no se sabe quién es quién.

Se oye un carraspeo al otro lado del salón.

Giro el rostro. Lea está apoyada en el marco de la puerta, inmóvil, detenida en el umbral, contemplando la escena. Sonríe.

James y Kylie también vuelven sus caritas hacia Lea. Kylie la apunta con el dedo y balbucea algo que resulta totalmente ininteligible para cualquiera que no sea ella. James levanta los brazos para que se acerque y lo coja.

—Mi amor... —dice Lea cariñosamente, cuando se aproxima a él. Lo coge y le da un beso en la cabeza—. ¿Qué tal han cenado? —me pregunta.

—Kylie se lo ha tomado todo a la primera —respondo—. James ha tardado un poco más, pero finalmente también se ha terminado el biberón.

—Últimamente está más perezoso —comenta.

—Es más dormilón —alego mientras me incorporo y me siento sobre la manta—. Pero si le ayudas, al final se lo toma todo.

Lea hace un mohín con la boca.

—¿Me hacéis un hueco? —pregunta—. Necesito un respiro...

Miro a Kylie.

—¿Tú qué dices, princesa? ¿Hacemos un hueco a mamá? —bromeo cómplice.

Kylie parece que me entiende y da un par de palmadas con sus manitas, entusiasmada.

—Ven aquí, pequeña —le susurro a Lea, abriéndole espacio en la manta.

Lea se sienta a mi lado, junto a James.

—¿Estás más tranquila? —le pregunto con una sonrisa.

—Sí —afirma.

La rodeo con el brazo y la estrecho contra mi pecho. Lea gira el rostro hacia mí, me acaricia la mandíbula con el pulgar y me besa.

CAPÍTULO 50

Alzo las cejas en un gesto entre interrogativo y expectante.

—Estás ante la nueva Licenciada en Matemáticas Leandra Baker —dice Lea, con un brillo superlativo en los ojos.

—¡Enhorabuena, pequeña! —exclamo.

La cojo por la cintura y la levanto en vilo mientras un montón de universitarios nos sortean para no chocarse con nosotros. Cuando la dejo en el suelo, me inclino, le beso con dulzura en los labios y le susurro:

—Estoy muy orgulloso de ti, mi amor.

—Gracias —dice Lea.

—¿Cuándo es la graduación? —le pregunto.

—Dentro de una semana.

Una semana después, Lea está sentada a mi lado, en el coche, camino de la Universidad, ataviada con la tradicional indumentaria académica, la toga hasta los pies, el birrete y la banda azul turquesa sobre los hombros, color distintivo de la Universidad de Matemáticas.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto en voz baja mientras conduzco por las calles de Nueva York.

—Emocionada, más bien —responde.

Busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Le dedico una sonrisa que Lea corresponde con una mirada radiante. Está feliz.

Cuando llegamos, Lea se dirige a las primeras filas para sentarse con el resto de compañeros. Yo me quedo de pie al fondo.

La celebración está teniendo lugar al aire libre, en la explanada de verde césped de la universidad, donde se han colocado varias filas de asientos para los estudiantes y sus familiares o acompañantes.

Desde mi sitio, escucho atentamente el discurso del rector, solemne y pomposo como suele ser en estos casos. Aunque en ningún momento dejo de mirar a Lea. Cuando el rector termina su perorata, uno a uno, va llamando a los estudiantes que han conseguido la licenciatura.

—Leandra Baker Swan —la nombra finalmente.

Lea se levanta, gira el rostro hacia donde me encuentro y me mira de manera fugaz. En silencio, le guiño un ojo.

Sube al escenario que han preparado para la ocasión y saluda con la mano a la fila de autoridades académicas que se extiende de un lado a otro, y que le dan la enhorabuena hasta que llega al rector, la persona que le hace entrega del diploma. Lea musita un «gracias» y sonrío con un gesto que se extiende de oreja a oreja.

En la celebración que tiene lugar después de la ceremonia, tan popular como la propia graduación, se encuentran Lissa, con su novio, y Matt. Ninguno de los dos ha querido perderse la oportunidad de acompañar a Lea en este día tan importante para ella.

Agradezco el detalle, igual que Lea, pero hubiera preferido que Matt no hubiera venido. Sigo sin tragarlo, pese a que lo intento. O quizás en el fondo solo quiero creer que lo intento, porque en realidad ni siquiera lo hago.

—Felicidades, cariño —le dice Lissa a Lea, fundiéndose con ella en un caluroso abrazo.

—Mil gracias, Lissa.

Lissa mira a su alrededor.

—¿No habéis traído a James y a Kylie? —pregunta.

—No —niega Lea—. Es mucho trajín para ellos. Todavía son muy pequeños y se acaban cansando. Se han quedado con Gloria.

—Ohhh... Tenía tantas ganas de verlos —se lamenta Lissa.

—No te preocupes —dice Lea—. Ahora que ya me he graduado y que no tengo que estudiar, quedaremos una tarde para que los veas.

—Sí, por favor. ¿Qué te parece mañana? —se adelanta a preguntar Lissa.

Lea sonrío.

—Sí..., vale...

—Quiero... besarlos, abrazarlos, tenerlos en brazos. Ohhh... los adoro —comenta Lissa.

Desvío la mirada de Lea y de Lissa y busco a Matt. Lo veo al fondo. Está hablando con Joey, el novio de Lissa. Observo que de vez en cuando, le dedica su atención a Lea.

Entorno los ojos.

Me pregunto por qué no tendrá novia, por qué en este tiempo no ha encontrado a nadie, es un chico atractivo; y también me pregunto si la razón será porque está esperando el momento de caer sobre Lea. No hay nada que me quite esa idea de la cabeza.

Matt gira el rostro. Nuestros ojos se encuentran e intercambian una mirada muda.

—¿Todo bien?

La voz de Lea me devuelve a la realidad.

—Sí, todo bien —digo con voz pausada, bajando la vista hacia ella.

Le paso las manos por la cintura y la atraigo hacia mí.

—¿Sabes que a partir de ahora empieza una nueva etapa para ti? —le pregunto.

—Sí —responde Lea—. A propósito de nuevas etapas... —comienza a decir. Por su entonación, cauta y retraída, sé que lo que me va a decir no me va a gustar—. En la multinacional de seguros en la que trabaja Matt están buscando personas que se encarguen de los modelos de predicción de riesgos de la empresa...

¿Ha dicho Matt? ¿He oído bien? ¿No hay otra jodida empresa?

—¿En la multinacional en la que trabaja Matt? —repito, interrumpiéndola.

Me separo un par de pasos de ella.

—Sí —responde exaltada—. Es interesante. El perfil se ajusta muy bien a lo que busco y creo que está bien para empe...

—No quiero que trabajes con Matt —asevero, con cara de pocos amigos.

—No voy a trabajar con Matt —arguye Lea.

—Me da igual. No quiero que trabajes en la misma empresa en la que trabaja él —objeto.

—Pero, Darrell...

—Pero nada, Lea —corto rotundo.

—Las condiciones son muy buenas —me rebate, tratando de convencerme.

—Si es por las condiciones, las igualo —atajo—. Todas y cada una de ellas. Sueldo, horario... ¿Quieres trabajar en el departamento que se encarga de hacer los modelos de predicción de riesgos? Bien. Yo tengo más de una docena de ellos.

Lea se mordisquea el interior del carrillo.

—Creí que ya había quedado claro que no quiero empezar mi carrera profesional en tu empresa —dice Lea, haciendo gala de su tozudez.

—Pues tampoco lo harás en la multinacional en la que trabaja Matt —afirmo, visiblemente molesto.

Lea aprieta los labios formando una línea.

—Tú trabajas con Susan y yo no digo nada —comenta para contrarrestar mi postura.

Me inclino ligeramente hacia ella.

—¿Quieres que la despida? —le pregunto indiferente, encogiéndome de hombros—. Si quieres que la despida, solo tienes que decírmelo. Mañana mismo estará en la puta calle.

No tengo ningún problema en echar a Susan. Es eficiente, pero que esté o no en la empresa es algo que me trae sin cuidado.

Lea baja la mirada y se observa las palmas de las manos. Vuelve a mordisquearse el interior del carrillo.

—No, no quiero que la despidas —dice a media voz.

Exhalo aire pacientemente y relajo el rictus.

—Lea, hay centenares de empresas en Nueva York. Centenares —digo con la voz un poco más suave—. Cualquiera querrá contratarte. ¿Por qué tienes que trabajar precisamente en la empresa en la que trabaja Matt?

Lea sacude la cabeza lentamente, negando.

—Da igual lo que te responda. Nada de lo que diga va a parecerte bien —contesta.

—Desde luego no mientras Matt esté por medio. Ya sabes lo que pienso de él y de las intenciones que tiene contigo —repongo.

Lea suspira.

—No quiero... —Su voz se apaga—. No quiero discutir, Darrell... Es el día de mi graduación.

Entre nosotros se hace un silencio casi sepulcral.

—¡Lea..., Lea...! —Lissa se acerca corriendo—. Judy Wilfrid quiere felicitarte. Se graduó conmigo hace un par de años, pero fue a nuestra clase en primero —le dice a Lea cuando llega a nuestra altura.

Lea se gira hacia la chica morena de piel pálida que señala Lissa al otro lado del jardín. Cuando la identifica, vuelve el rostro y me mira sin decir nada. Yo tampoco pronuncio palabra. Nuestros ojos ya dicen bastante; ya lo dicen todo.

—Vamos —le insta a Lissa. De pronto tiene ganas de irse.

La veo alejarse en silencio junto a Lissa.

¡Putá mierda! Estoy hasta los cojones de que Matt siempre esté en medio de la mitad de nuestras discusiones.

Lo miro de nuevo, lo pillo observándome por encima del hombro de Joey. Sus ojos negros parecen mirarme como si se sintiera ganador de algo. Contraigo las mandíbulas.

¿Por qué no se lo tragará la Tierra?, pienso, sosteniéndole la mirada.

CAPÍTULO 51

—Ven, Lea. Tenemos que hablar de lo que ha pasado en la ceremonia de graduación —le digo, una vez que hemos llegado a casa, después de un camino de vuelta donde el único protagonista ha sido el silencio.

Lea se vuelve despacio.

—No, Darrell —niega—. Sé cuál es tu postura en lo referente a Matt, y sé también que no voy a hacerte cambiar de opinión, diga lo que te diga —apunta—. Así que prefiero no gastar energías. Si por ti fuera, mandarías a Matt a cien mil kilómetros de mí, sin darte cuenta de que es mi amigo y de que a veces lo necesito.

Que Lea reconozca que necesita a Matt, aunque solo sea a veces, aunque solo sea como amigo, hace que me hierva la sangre en el interior de las venas.

—Es normal que lo quiera lejos de ti. Veo cómo te mira, y sé lo que pasa por su cabeza cuando te mira —argumento con vehemencia aunque templado, justificando mi comportamiento—. Aparte de ser tu amigo, es un hombre, Lea. Y, además, está enamorado de ti.

—No vamos a empezar otra vez con lo mismo —es lo único que dice en tono cansado—. Si lo que pretendes es que me aleje de Matt, no lo vas a conseguir. Como tampoco vas a conseguir que no trate de optar a uno de los puestos de trabajo que ofrecen en la multinacional en la que trabaja —agrega.

Miro a Lea desconcertado. En el fondo de sus ojos bronce hay un matiz de desafío.

¿Qué? ¿Ese gilipollas va a salirse con la suya? ¿Qué demonios está pasando?

—Puedes hacer lo que quieras —digo tras un silencio, con voz fría, dejando ver que no cuenta con mi aprobación.

—Eso es lo que voy hacer; lo que quiera —responde tajante. Se muerde el interior del carrillo, nerviosa—. Voy a ver cómo están James y Kylie.

Lea desaparece tras las puertas acristaladas del salón. Chasqueo la lengua, molesto, cuando su figura se pierde por el pasillo. Seguidamente entra Gloria.

—¿Va todo bien, señor Baker? —se interesa por mí, al ver la expresión entre apática e irritada que debe de reflejar mi rostro.

Giro la cara lentamente y la miro.

—No lo sé —contesto—. No lo sé...

Resoplo mientras me paso la mano por el pelo.

—Venía a decirles que los niños ya han cenado y que están dormidos.

—Gracias —digo.

—¿Preparo la cena para la señora y para usted? —me pregunta.

Niego para mí.

—No es necesario, Gloria —contesto—. Ya nos prepararemos nosotros algo si nos entra hambre —comento. Aunque dudo que Lea esté siquiera dispuesta a sentarse a la mesa.

—Como quiera.

—Puede marcharse —le doy permiso.

—Hasta mañana, señor Baker.

—Hasta mañana.

Todo está en silencio. Tan solo lo rompe el ruido de la puerta cuando Gloria se marcha.

Subo al segundo piso y enfilo mis pasos hacia la habitación de James y Kylie. Me asomo a la cuna y compruebo que duermen como un par de angelitos. Cuando salgo al pasillo, reparo en que Lea se encuentra en el dormitorio, por la cuchilla de luz que asoma por la rendija de la puerta.

Durante un rato me debato entre entrar y tratar de solucionar las cosas, o dejarlas de momento como están. Quizá Lea tiene razón y lo único que hacemos es dar vueltas sobre lo mismo, sin aclarar nada. Quizá lo mejor es dejar que las cosas se enfríen y hablar cuando los humos se hayan calmado.

Alargo el brazo y apoyo la mano sobre el pomo de la puerta, pero al final opto por la segunda opción. Dejo caer el brazo sobre mi cadera y tras unos segundos, me doy la vuelta.

Me interno en el despacho. Necesito estar solo y pensar. Aunque no sé muy bien en qué, porque tengo las cosas muy claras. Me niego a que Lea trabaje en la misma empresa que Matt. Me da igual si se van a ver todos los días o no. No quiero que Matt esté cerca de ella y menos después de ver el modo en que la miraba hoy. También tengo claro que no tengo intención de transgredir al respecto.

Camino hasta la licorera y me sirvo un whisky. Cojo el vaso y enfilo mis pasos pausados hacia los ventanales. El río Hudson se extiende ante mis ojos como una balsa de acero. Sobre su superficie espejada se puede advertir el reflejo de la luna, blanca e inmensa como un medallón. Fijo mis ojos en él. En la otra orilla, Nueva York enmarca una estampa de postal bajo el negro azabache de la noche.

Respiro hondo y doy un trago de whisky.

—Lea... —susurro—. Mi dulce, tímida y testaruda Lea.

¡Maldita sea! No quiero que trabaje en la misma empresa que Matt. No quiero que sea él quien la ayude, de manera directa o indirecta, a comenzar su carrera profesional. ¿De qué me sirve a mí tener tantas empresas si Lea no quiere trabajar en ninguna de ellas? ¿Por qué tiene que ser tan obstinada?

Chasqueo la lengua. Todo este asunto me irrita, me irrita mucho.

Lo mejor será que mate el tiempo trabajando un poco. Creo que en estos momentos es lo único que tiene capacidad para distraerme. Me giro, me siento detrás del escritorio, apoyo el vaso sobre él y abro mi portátil. Tengo que terminar de mirar unos informes de presupuestos para darles mi aprobación. Así que me pongo a ello.

Son cerca de las dos de la madrugada cuando termino de revisarlos y darles mi visto bueno. Giro el rostro y miro hacia los ventanales por encima del hombro. La madrugada ha caído a plomo sobre Manhattan.

Creo que por hoy ha sido suficiente. Apago el portátil, lo cierro, me levanto y salgo del despacho.

Lea está ya acostada cuando entro en la habitación. Mientras me desvisto a los pies de la cama, intentando hacer el menor ruido posible, observo su rostro dulce y apacible. Está preciosa. Siempre está preciosa, pero mientras duerme tiene un encanto especial.

Llevado por un impulso, me aproximo a la cama, me inclino sobre Lea sigilosamente y alargo la mano para acariciar su rostro, pero me detengo a mitad de camino, antes de tocar su mejilla. Si lo hago, si la acaricio, terminaré encima de ella follándomela con un animal. Da igual que esté enfadado, el simple hecho de verla me excita.

Cierro la mano en un puño y aprieto los dientes.

—No es el momento, Darrell —musito, aplacando las ganas como puedo.

Me enderezo, rodeo la cama y me acuesto. Mañana será otro día.

CAPÍTULO 52

—¿Ocurre algo? —me pregunta Michael al entrar en mi despacho—. Tienes cara de muy, muy pocos amigos —observa.

No me entretengo en preámbulos.

—Matt ha recomendado a Lea para un puesto en el departamento que se encarga de hacer los modelos de predicción de riesgos en la empresa aseguradora en la que trabaja él y Lea va a aceptar —respondo de mal humor.

—Darrell, tienes que dejar de ver a Matt como un enemigo —dice Michael, intentando hacerme entrar en razón—. Ese chico es inofensivo, ¡por Dios!

Echo el sillón de cuero negro hacia atrás y me levanto de golpe.

—¡Maldita sea, me da igual si es inofensivo o no! —exclamo enfadado—. No quiero que trabaje con Lea, no quiero que esté cerca de ella, no quiero que la ayude, ni que la mire, ni que nada. ¡Joder! ¿Es tan difícil de entender?

Comienzo a dar zancadas de un lado a otro del despacho.

—Lo que deberías de entender tú es que Lea y Matt son amigos —arguye Michael.

—Amigos, amigos, amigos... —mascullo—. Él no la mira precisamente como un amigo —asevero—. El día de la graduación no le quitaba el ojo de encima.

—¿No crees que quizás estés exagerando?

—¿Exagerando? ¿Exagerando? —repito, deteniéndome en seco delante de él—. Se la come con la mirada, Michael.

Chasqueo la lengua.

—Darrell...

No dejo que Michael continúe hablando.

—Estoy completamente seguro de que está esperando el momento adecuado para caer sobre Lea —afirmo, retomando mi marcha y volviendo a pasear de un lado a otro del despacho.

—Matt es consciente de que Lea está casada y de que es madre de dos niños...

—¿Y crees que eso es un impedimento? —le pregunto con ironía—. Vamos, Michael, no seas ingenuo. Y lo peor es que Lea ha aceptado pese a que me he opuesto.

—Tal vez tú mismo le hayas obligado a que acepte ese puesto de trabajo —dice Michael.

Me giro hacia él, fulminándole con la mirada.

—¿Qué coño dices? —increpo.

Michael sonrío de medio lado.

—Lo que digo es que tú se lo prohíbes, e inmediatamente lo haces más atractivo a sus ojos. Parece mentira que a estas alturas no sepas que no hay nada más tentador

que algo que te prohíben —apunta, como si contara con toda la sabiduría del mundo—. Al aceptar ese trabajo, Lea te está desafiando, Darrell. Es una chica con carácter, con mucha personalidad. ¿O te pensabas que te iba a decir siempre a todo que sí? —Entorno los ojos sin dejar de mirarlo—. Estás tan ofuscado con Matt que has llevado a Lea al límite.

Me aproximo a la silla y me dejo caer sobre ella. Quizás Michael tenga razón.

—Me revienta que quiera trabajar con Matt y no conmigo —digo.

—No compares, Darrell. Tú eres el jefe absoluto de la empresa y Matt es simplemente un amigo que está ayudándola a encontrar su primer empleo. Es normal que se decante, en este caso, por él antes que por ti —arguye Michael.

—Pues no me hace ninguna gracia —atajo serio.

Michael ladea la cabeza.

—¿Por qué no aflojas un poco la cuerda? —me sugiere. Guardo silencio. No estoy seguro de querer transigir en este tema—. Si me permites un consejo —toma de nuevo la palabra al ver que no estoy por la labor de decir nada—, deja respirar a Lea, o vas terminar ahogándola.

Llamo a Woody, el chófer, para que venga a recogerme al despacho; hoy no me apetece conducir. De camino a casa, con una Nueva York sumida en las sombras de un atardecer plomizo y lleno de nubes de tormenta, doy vueltas a la idea de que Lea vaya a aceptar ese puesto de trabajo, sin llegar a ninguna conclusión, excepto que sigo convencido de que no quiero que Matt esté cerca de ella. Pero de momento, parece inevitable.

—¿O no? —murmuro.

Un pensamiento fugaz atraviesa mi cabeza. Arqueo una ceja.

Conozco a Justin Kleyman, el dueño de los seguros Kleyman, donde trabaja Matt y pretende trabajar Lea, y sé que tiene compañías de seguros distribuidas a lo largo y ancho de los cincuenta estados. Es uno de los empresarios más prósperos de los EE.UU. Tal vez medie con él para que destine a Matt a la otra punta del país.

Oregón o Washington no estarían mal.

Miro de reojo a través de la ventanilla del coche. Solo me costará una llamada de teléfono, que estoy dispuesto a hacer si Lea se empeña en aceptar ese trabajo.

Quizás no esté todo perdido, pienso para mis adentros con un optimismo renovado.

Llego a casa bajo un cielo tan oscuro, que da la sensación de que si llueve todo lo que amenaza, va a caer el diluvio universal.

Cruzo el porche, abro la puerta y entro. Me dirijo al salón principal, guiado por el murmullo de la voz de Lea. A medida que me aproximo, reparo en que está hablando por teléfono con Lissa.

—Ha intentado besarme —alcanzo a escuchar—. Sí, como lo oyes.

Me quedo estupefacto, clavado con un poste en el umbral de la puerta.

—No lo sé... —continúa hablando—. Matt nunca... —titubea pasándose la mano por la frente—... nunca había intentado nada conmigo. ¡Joder!, pensé que tenía claro que eramos amigos... *Solo* amigos —enfatisa.

¿Matt? ¿He escuchado bien? ¿Lea ha dicho Matt? ¿Otra vez Matt?

La sangre comienza a bullir en el interior de mis venas como la lava de un volcán.

Como un ser autómatas, sin que pueda controlar el movimiento de mis pies, que parecen contar con voluntad propia, me adentro en el salón. De repente me encuentro tratando de captar cada detalle de la conversación que Lea está manteniendo con Lissa.

—Bueno, he reaccionado a tiempo, empujándole, y solo se ha quedado en un intento... No ha llegado a besarme —dice—. Aunque lo ha intentado una segunda vez y... he terminado dándole un bofetón.

En ese momento, Lea repara en mi presencia a unos pasos de ella y gira el rostro hacia mí. Sus mejillas pierden el color de inmediato. La oigo tragar con fuerza.

—Lissa, hablamos luego, ¿vale? —dice, con voz cortada.

Cuando se vuelve de nuevo hacia mí, estoy con la mandíbula apretada, tanto que creo que el hueso se me va a romper en mil pedazos de un momento a otro.

CAPÍTULO 53

Lea frunce ligeramente el ceño.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —me pregunta, levantándose del sofá.

—El suficiente para saber que ese cabrón ha intentado besarte —asevero.

Lea se alisa la falda con las manos.

—Darrell, solo...

—¿Acaso ese gilipollas quiere que le parta la cara?! —estallo, interrumpiéndola.

—Déjame que te explique...

—¡Te lo dije! — exclamo con vehemencia, sin escucharla—. ¡Te he dicho mil veces que Matt no te ve solo como una amiga! ¿Entiendes ahora por qué cojones no quiero que esté cerca de ti? ¿Lo entiendes? ¿Entiendes por qué me niego a que trabajes en la aseguradora Kleyman, en la misma empresa en la que trabaja él?

Lea se coloca unos mechones de pelo detrás de las orejas.

—Simplemente ha sido un impulso del momento. Matt... está confundido —intenta excusarlo para suavizar mi enfado.

—¿Confundido? —repito irónicamente. Lea se muerde el interior del carrillo, nerviosa—. No, ese hijo de puta tiene las cosas muy claras. Las ha tenido siempre. —Sacudo enérgicamente la cabeza—. Lo sabía. ¡Maldita sea, lo sabía! Sabía que Matt estaba esperando el momento para caer sobre ti.

—Darrell, solo ha sido un... intento de beso. Nada más —dice—. No hay que darle más importancia —agrega.

¿Qué no hay que darle más importancia?

Lanzo al aire un bufido.

—¿No hay que darle más importancia? —digo con mordacidad—. ¿Trata de besarte a la fuerza y no hay que darle más importancia? —Me paso la mano por el pelo—. Va a dejar de tenerla el día que le rompa la cara y le deje claro que tú eres mía, ya que parece que no lo entiende.

—Darrell, déjame arreglar esto a mi manera —me pide Lea.

—No —niego contundente—. Lo vamos a arreglar a la mía. Que es más efectiva. Para empezar, no vas a volver a verlo.

—No seas tan tajante —me replica.

—No vas a volver a verlo —enfático de nuevo con malas pulgas—, y olvídate de trabajar en la aseguradora Kleyman —añado.

—¡Ya basta, Darrell! —exclama Lea, molesta—. Joder, deja de decirme lo que tengo o no tengo que hacer. Creo que ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones y para saber atajar un problema.

—Pues este no lo estás solucionando con mucha mano, que digamos —le espeto—. Parece que te gusta que Matt ande detrás de ti.

Lea suelta una risilla burlona. Toma aire, negando para sí con expresión indignada.

—Esto es demasiado —asevera—. Demasiado.

Se acaricia la frente con la mano. Echa a andar, pasando justo por mi lado.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

—Necesito que me dé el aire —afirma cortante—. El de aquí se ha vuelto irrespirable.

Coge la cazadora de cuero negro que reposa en la silla y se la pone.

—Lea, la noche no está para que andes saliendo —objeto en tono imperativo.

—Déjame en paz, Darrell —suelta, sin ni siquiera mirarme.

—Lea, ¡por Dios! ¿Has visto cómo está el cielo? De un momento a otro va a empezar a llover...

Lea gira el rostro hacia mí. Sus ojos rezuman rabia.

—¡Que me dejes en paz! —prorrumpe.

Doy un paso hacia adelante y trato de excusarme, de decirle algo para que no se vaya, incluso de pedirle perdón; tal vez me he excedido diciendo que parece que le gusta que Matt esté detrás de ella. Pero las palabras no me salen; no quiero que salgan. Estoy demasiado cabreado. ¿Por qué ese gilipollas ha tenido que intentar besarla?

Finalmente Lea sale del salón a toda prisa. Lo siguiente que escucho es el fuerte ruido del golpe de la puerta cuando se va de casa.

—¡Mierda! —digo con los dientes apretados.

Contemplo la Gran Manzana a través de la cortina de agua que empaña los cristales del despacho de casa mientras evoco la imagen de Lea en mi cabeza, seguida de la Matt tratando de besarla. Ella empujándolo, dándole el bofetón... La sangre se me enciende. Siento como si tuviera pólvora en el interior de las venas.

—Tengo que tranquilizarme —me digo a mí mismo.

Me acaricio las sienes.

Aparto un poco el puño de la camisa y consulto el reloj. Las agujas de mi Rolex indican que son casi las doce de la noche.

Me giro sobre mis talones, salgo del despacho y busco a Gloria, que está en la cocina.

—¿Ha regresado Lea? —le pregunto.

—No, señor Baker. La señora aún no ha regresado.

¿No?

—¿Está segura, Gloria? —insisto, extrañado de que todavía pueda estar deambulando por la calle. Quizás no la ha oído llegar.

—Sí, señor —responde ella—. Estoy segura.

Frunzo el ceño, han pasado tres horas desde que se fue.

—Gracias —digo. Antes de salir de la cocina, me doy la vuelta—. Gloria, avísame en cuanto llegue, por favor —le pido.

—Por supuesto, señor Baker. No se preocupe.

Seguro que está con Lissa, pienso, según asciendo los peldaños de la escalera que lleva a la segunda planta. Voy a la habitación de James y Kylie. Ya han cenado y en estos momentos duermen plácidamente. Me dirijo de nuevo a mi despacho.

Pese a que tengo el portátil abierto con trabajo pendiente, no le hago el menor caso. Me quedo de pie frente a los ventanales, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y vuelvo a dejar que mi mirada vague por la estampa que la parte oeste de Nueva York me regala al otro lado del río Hudson.

La noche está imponente. Tal y como preveía, se ha desatado una tormenta de dimensiones bíblicas que lleva tres horas descargando agua sin cesar. Es imposible andar por la calle, así que mi cabeza hace hincapié en la idea de que Lea tiene que estar en casa de Lissa.

Consulto el móvil por si tengo alguna llamada perdida de ella o algún WhatsApp diciéndome que vaya a buscarla. Sin embargo, no tengo nada, aunque reviso varias veces las aplicaciones de mensajería instantánea. Tengo la tentación de llamarla, pero finalmente decido darle un poco más de margen.

CAPÍTULO 54

Hora y media más tarde Lea sigue sin dar señales de vida y mi móvil intacto. Impaciente, la llamo. Un tono, dos tonos, tres tonos...

—Vamos, Lea, cógeme el teléfono —mascullo.

Cuatro tonos, cinco tonos, seis tonos... Cuelgo.

Vuelvo a intentarlo. Nada.

Le envío un WhatsApp:

Lea, ¿dónde estás? —le pregunto.

Observo si lo lee, pero no. Las palomitas no llegan a ponerse azul.

Por favor, pequeña, respóndeme. ¿Dónde estás? —le pregunto diez minutos después.

Cuando un cuarto de hora más tarde, compruebo que tampoco lo ha leído, empiezo a desesperarme. La llamo por teléfono de nuevo. Solo obtengo el sonido adusto de los tonos al otro lado de la línea.

—¿Se habrá quedado a dormir en casa de Lissa? —me pregunto.

Un segundo después desestimo la idea. Aunque estemos enfadados, Lea me hubiera avisado y más estando los bebés de por medio. Es muy responsable. Sin pensármelo dos veces, llamo a Lissa, aunque es más de la una y media de la mañana.

—¿Darrell? —dice con voz entre somnolienta y extrañada a la vez.

—Perdona que te llame a esta hora, Lissa...

—No importa, Darrell. ¿Ocurre algo?

—¿Está Lea contigo? —le pregunto con un viso de preocupación.

—No. No la he visto en todo el día —me responde.

—¿Y tampoco te ha llamado?

—Hemos hablado sobre las ocho y media de la tarde...

—¿Y después? —corto.

—No —niega—. Darrell, ¿Lea no está contigo?

—No, Lissa. Y no sé dónde está —afirmo. Suspiro mientras me acaricio la nuca—. Hemos discutido y ella se ha ido a dar una vuelta para que le diera un poco el aire, pero no ha regresado, y de eso han pasado casi cinco horas.

—¿La has llamado a su móvil?

—Sí, llevo un buen rato intentando ponerme en contacto con ella, pero no me coge el teléfono, y tampoco ha leído los mensajes de WhatsApp que le he mandado. Por eso te he llamado a ti, por si estaba o había estado contigo.

—Ojalá pudiera decirte que sí, Darrell, pero como te digo, no sé nada de ella desde que hemos hablado esta tarde.

—Lissa... ¿podrías llamar a Matt, para ver si él sabe algo? Quizás... Quizás haya ido a hablar con él.

—Sí, sí, claro que sí —se apresura a decir Lissa.

—Llámame con lo que te diga, ¿vale?

—Por supuesto. Ahora mismo hablo con él.

—Gracias.

Apenas un par de minutos más tarde, recibo respuesta de Lissa.

—Dime... —contesto.

—Lea no está con Matt y tampoco ha hablado con ella desde... —La voz de Lissa se apaga despacio.

—Tranquila, Lissa. Sé lo que ha pasado —digo.

—Bueno... El caso es que Matt no sabe nada de Lea —dice.

Reconozco que no me hubiera gustado en absoluto enterarme de que Lea hubiera ido a buscar a Matt, pero reconozco que, pese a todo, lo hubiera preferido al hecho de no tener noticias de ella. Estoy empezando a preocuparme en serio.

—Está bien, Lissa. Gracias.

—Darrell, en cuanto sepas algo, por favor, llámame —me pide Lissa encarecidamente.

—Tranquila. Serás la primera a la que avise.

—Vale... Quedo a la espera —dice.

Cuelgo con Lissa y vuelvo a insistir un par de veces en el teléfono de Lea. Para mi incipiente desesperación, sigue sin responder.

—¿Dónde estás? —murmuro preocupado.

Chasqueo la lengua.

Salgo del despacho y bajo las escaleras en busca de Gloria. Llego hasta la habitación de servicio que ocupa y llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Sí? —dice desde el otro lado.

—Gloria, soy Darrell.

—Un momento, señor Baker.

Gloria abre la puerta. Sale con una bata y echándose un chal por los hombros.

—¿Qué pasa? —me pregunta con inquietud.

—Quédese al pendiente de James y de Kylie, por favor —digo.

—Sí, claro —responde solícita.

—Salgo a buscar a Lea —afirmo, antes de que Gloria me lo pregunte.

—¿No... No ha venido a casa todavía? —pregunta ella a su vez.

—No —niego—, y no sé dónde está.

—Señor Baker... —murmura con un toque de alarma en la voz.

—Esté al pendiente de los pequeños —comento únicamente.

—Por supuesto, señor. Me ocuparé de ellos —dice—. Pierda cuidado.

—Gracias, Gloria.

Rápidamente me doy la vuelta y en menos de lo que dura un parpadeo, estoy en el garaje, poniendo el coche en marcha.

Mientras la puerta metálica se eleva, llamó de nuevo a Lea.

—¡Maldita sea! ¡¿Dónde estás?! —farfullo impaciente, al ver que sigue sin cogerme el teléfono.

Dejo el móvil en el salpicadero del coche, a la vista, por si llama o recibo algún mensaje de ella. Cuando la puerta termina de subir, aprieto el acelerador y salgo del garaje como alma que lleva el diablo.

Comienzo a dar vueltas por los barrios de Manhattan sin una dirección exacta, recorriendo las calles aledañas a nuestra casa. Por fortuna ha dejado de llover y la visibilidad es más nítida, aunque el asfalto está anegado de agua.

Deambulo despacio y prestando la máxima atención a cada rincón, a cada esquina, a cada callejón que me sale al paso. Durante dos horas, paseo por una calle y por otra y por otra, sin suerte. Y a medida que me abandona la fortuna, me visita el desaliento.

Al borde de la desesperación, cojo el teléfono y llamo a Michael.

—Michael... —digo, sin dejarle hablar.

—¿Qué pasa, Darrell? —me pregunta, intuyendo que algo no va bien.

—Lea ha desaparecido —atajo.

—¿Qué? ¿Qué coño estás diciendo? ¿Cómo que ha desaparecido?

—Ha salido de casa alrededor de las nueve de la noche y hace siete horas que no sé nada de ella —le explico—. Por más que la llamo no me coge el teléfono ni tampoco ha leído los WhattsApp que le he mandado. Llevo dos horas buscándola por las calles de Manhattan y no logro dar con ella.

—Tranquilo, Darrell. Seguro que está bien —trata de animarme Michael, al percibir en mi voz un profundo matiz de preocupación.

—Yo no estoy tan convencido —comento, sin poder disimular cierto pesimismo.

—¿Dónde estás ahora? —me pregunta.

—En West End Aveniu. Esquina con West 72nd Street —le respondo.

—Salgo para allá ya mismo y te ayudo a buscarla —me dice con resolución—. Quizás a pie tengamos más suerte.

—Te espero aquí, entonces —digo.

—Te veo ahora —se despide.

—Hasta ahora.

CAPÍTULO 55

Mientras espero a Michael, llamo a Lea alrededor de cien veces y le envío otros cien WhatsApp. La ausencia de respuesta está comenzando a ponerme al borde de la desesperación. El silencio al otro lado de la línea va a terminar volviéndome loco.

—¿Dónde estás, pequeña? —me pregunto a mí mismo una y otra vez, mirando fijamente la pantalla del móvil.

Una ráfaga de luces largas me obliga a levantar la vista del teléfono. Veo llegar a Michael con su BMW rojo por una calle que, a estas horas, permanece prácticamente desierta, excepto por algún trabajador que sale de su casa para comenzar la jornada laboral.

Salgo del coche. La brisa corre fresca y la intensa lluvia ha dejado una atmósfera cargada de humedad.

—¿Alguna novedad? —me pregunta Michael.

—Ninguna —niego, al mismo tiempo que muevo la cabeza con pesadumbre—. Sigue sin responder a mis llamadas y a mis mensajes. —Hago un breve silencio—. Michael, empiezo a estar muy preocupado —confieso.

Michael me da una palmada en el hombro.

—La vamos a encontrar, Darrell. No te preocupes —me anima. Asiento ligeramente—. ¿Has llamado a Lissa?

—Sí —respondo—. No sabe nada, y Matt tampoco.

—¿Ha pasado algo?

—Hemos discutido.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Por qué?

—Matt ha intentado besarla —digo.

Michael alza una ceja.

—¿Cómo?

—Escuché sin querer cómo se lo contaba por teléfono a Lissa —explico con voz templada. En tales circunstancias, que Matt haya querido besar a Lea carece incluso de importancia—. Te lo dije, Michael. Algo me decía que ese cabrón iba a saltar sobre ella en cualquier momento.

—Yo he sido uno de los que pensaba que Matt era inofensivo.

—Pues ya ves.

—Joder...

—Lea se ha ido a dar una vuelta —continúo—, para tomar un poco de aire fresco y calmar los ánimos, porque la discusión cada vez era más fuerte. Le he dicho que parecía que le gustaba que Matt estuviera detrás de ella... —digo, con visible arrepentimiento.

—En las discusiones se dicen cosas que ni siquiera se piensan ni se sienten —razona Michael.

—Lo peor es que Lea no ha regresado. Y de eso hace ya más de siete horas.

—Entonces, no tenemos tiempo que perder —dice Michael—. Preguntaremos en bares de la zona y a la gente que nos encontremos por si la han visto.

—Vamos —indico.

Cerramos nuestros respectivos coches, nos abrochamos los abrigos para resguardarnos del frío y enfilamos la calle dirección este, con la intención de adentrarnos en el corazón de Manhattan.

Con la ayuda de una de la fotos que tengo de Lea en el móvil, preguntamos a todo aquel que nos encontramos por el camino. Entramos en los bares y en las cafeterías que han comenzado a abrir con las primeras luces del alba, pero nadie nos da una sola noticia de Lea.

—Es como si se la hubiera tragado la Tierra —digo, parados frente al MOMA, el Museo de Arte Moderno. Mi voz suena con una nota de angustia.

Levanto la mirada. A lo lejos, en los peldaños de piedra de un portal, veo a una chica sentada. Tiene el pelo largo y de color bronce.

—Lea... —musito.

Noto como la expresión de mi rostro se esponja.

Salgo corriendo hacia ella. Me como la distancia que nos separa a zancadas. Cuando al fin la alcanzo, apoyo la mano en su hombro para que se gire hacia mí.

—Lea, pequeña... —digo.

Me callo de golpe y arrugo el gesto cuando veo que no es el rostro de Lea, que no son sus preciosos ojos, sus labios, que no es ella.

—Creo que se ha equivocado, señor —se adelanta a decir la chica que tengo delante de mí.

—Lo siento —alcanzo a murmurar.

Trago saliva mientras retrocedo unos pasos, confuso.

—¿Estás bien? —me pregunta Michael a mi espalda.

—Pensé... Creí que era Lea —digo únicamente, pasándome las manos por el pelo.

Michael tira de mí.

—¿Por qué no nos tomamos un café? —sugiere—. Necesitamos un buen chute de caféina.

Asiento como un autómatas, todavía descolocado.

—Sí —respondo, dándome la vuelta.

Caminamos hasta un bar-restaurante llamado *The Modern*, al lado del Museo de Arte Moderno. Entramos, nos sentamos delante de la larga barra que cruza el local de un extremo a otro y pedimos un par de cafés solos.

—No sé qué ha podido suceder, pero ya han pasado demasiadas horas sin saber nada de Lea —digo. Miro a Michael fijamente a los ojos—. Empiezo a temerme lo peor —confieso desalentado.

—Darrell, no te puedes dejar llevar por el pesimismo —apunta Michael—. No todavía.

Suspiro quedamente.

—Voy llamar a los hospitales —digo—. Quizás... —No me atrevo a finalizar la frase. Me aterra pensar que le puede haber pasado algo.

Busco en Internet la lista de los números de teléfono de los hospitales de Nueva York y comienzo a llamar al primero que aparece, el *Bellevue Hospital Center*. Michael se une a mí y en poco más de diez minutos hablamos con cada uno de las veinte clínicas que hay en la ciudad. Afortunadamente, Lea no está ingresada en ninguna.

—¿Nada? —le pregunto a Michael.

—Nada.

Los sentimientos que tengo son encontrados. Por un lado, me alivia saber que no está hospitalizada. Pero por otro, me sigue carcomiendo la incertidumbre, porque continúo sin saber dónde está y si se encuentra bien.

—Tienes que denunciar su desaparición, Darrell —comenta Michael—. Aunque deben de pasar cuarenta y ocho horas para hacerlo.

Con el móvil aún de la mano, le digo:

—Tengo un par de buenos conocidos en la policía. —Cojo la pequeña taza del café solo sin azúcar que he pedido y me lo bebo de un sorbo—. Uno de ellos me debe un favor —añado.

Dejo la taza sobre la barra. Entro en mis contactos y busco a Chad Craig. Cuando lo encuentro en la agenda, marco su número. Un par de tonos después, Chad coge el teléfono.

—¿Sí? —contesta.

—¿Chad Craig?

—Sí.

—Craig, soy Baker.

—Señor Baker, buenos días —me saluda.

—Buenos días. Craig, necesito que me ayude —digo sin preámbulos.

—Usted dirá —responde obsequioso—. Ya sabe que tengo una deuda con usted desde que empleó a mi hermano en su empresa y lo ayudó a reinsertarse en la sociedad.

Entonces me viene a la cabeza que fue Lea quien me convenció para que le diera ese puesto de trabajo a su hermano.

—Mi esposa lleva desaparecida más de ocho horas —le informo. No comento nada respecto a lo de su hermano porque no estoy en disposición de perder tiempo—. Sé que la denuncia oficial solo puede tramitarse pasadas cuarenta y ocho horas, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados.

—Entiendo —dice Craig, al otro lado de la línea.

—Necesito hacer algo —suelto en un tono ciertamente autoritario.

—Sé cómo se siente, señor Baker —apunta Craig comprensivo—. No se preocupe, pondré a algunos de mis hombres a investigar. Para empezar necesito datos, señor Baker. Cuantos más mejor, para acotar las posibilidades y cerrar el cerco en torno a lo que haya podido suceder.

—¿Puede acercarse al *The Modern*, un bar-restaurante situado en el número 9 de West 53rd Street, al lado del Museo de Arte Moderno? —le pregunto.

—Tengo turno de tarde. No entro a trabajar hasta las dos, así que estaré allí en media hora aproximadamente. ¿Le parece bien? —me responde Craig.

—Me parece perfecto —contesto—. Gracias.

CAPÍTULO 56

Justo media hora después, con una puntualidad británica, Chad Craig, un hombre robusto, de barba negra recortada con método y pelo con vetas plateadas, entra en el *The Modern*. Mira por encima de las cabezas que se despliegan por el bar hasta que me divisa junto a Michael al fondo de la barra.

—Buenos días, señor Baker —me saluda afable cuando llega hasta nosotros, abriéndose paso entre los grupos de gente sentados en las mesas.

Le estrecho la mano robusta que extiende hacia mí.

—Buenos días —correspondo—. Craig, él es Michael Ford, amigo y mi abogado. Michael, él es el teniente de policía Chad Craig.

—Encantado, teniente Craig —se adelanta a decir Michael, dándole la mano.

—Encantado, señor Ford —dice Craig—. Un café solo con azúcar, por favor —le pide al camarero, que asiente con una ligera inclinación de cabeza.

Chad extrae una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón vaquero azul oscuro y se dispone a tomar nota.

—¿Cómo se llama su esposa? —me pregunta.

—Leandra Baker, aunque su apellido de soltera es Swan —respondo.

—Señor Baker, cuénteme exactamente cómo ha sido la desaparición de su esposa —me indica Craig poniendo en práctica su papel de policía.

—Lea salió de casa sobre las nueve de la noche —comienzo a explicar—. Discutimos y se fue a tomar un poco el aire.

—¿Por qué discutieron?

—Me enteré de que un amigo suyo había intentado besarla

—¿Discuten a menudo?

—No.

—¿Suele ausentarse con frecuencia?

—Nunca. Es la primera vez que falta tantas horas —respondo.

Craig deja de tomar apuntes en la libreta, alza los ojos castaño oscuro y me mira.

—Señor Baker, ¿cabe la posibilidad de que su esposa se haya ido por voluntad propia?

Sacudo la cabeza enérgicamente.

—No —niego tajante.

—¿Seguro? —insiste.

—Completamente —asevero—. Conozco a Lea; ella nunca haría algo así. —Hago una breve pausa—. Prácticamente acabamos de casarnos, tenemos dos hijos, mellizos;

dos bebés que todavía no han cumplido un año y a los que Lea ama con toda su alma y jamás abandonaría. Jamás —enfático.

—Está bien. —Craig parece convencido y no hace ninguna objeción—. ¿Ha preguntado a familiares y amigos si la han visto o se ha puesto en contacto con ellos?

—Sí. Lea no tiene padres, murieron. Pero he hablado con sus mejores amigos y con un par de tías paternas que viven en Atlanta, y nadie sabe nada de ella —explico—. También acabamos de llamar a los hospitales de Nueva York y no está ingresada en ninguno.

—Bien. De todas formas, daremos aviso por si la hospitalizaran en las próximas horas. ¿Tiene alguna foto a mano?

—Sí.

Cojo el móvil y busco una de las fotos que poseo de Lea en la galería. Elijo una en la que está sola, con semblante sosegado, sentada en el sofá de la habitación del hotel en el que estuvimos en Praga durante nuestra luna de miel.

—Pásemela al WhatsApp para que pueda enviársela a mis hombres —me pide. Hago lo que me dice—. ¿Cómo iba vestida cuando se fue? —continúa Craig con su interrogatorio.

Hago memoria.

—Pantalones vaqueros claros, camiseta blanca y una cazadora de cuero negro —le describo.

Craig toma nota.

—Supongo que se llevaría el móvil y la cartera...

—Sí.

—Comprobaremos si ha habido movimientos en su cuenta.

Extrae su teléfono móvil del bolsillo lateral de su cazadora y llama a uno de sus hombres.

—Arthur, mírame si ha habido movimientos en la tarjeta de crédito de Leandra Baker —ordena a la persona con la que habla mientras yo escucho atentamente—. Sí, los últimos desde ayer a las nueve de la tarde aproximadamente—. ¿Hay alguno? —Silencio—. Vale. Estate pendiente por si se produce alguno en las próximas horas —le indica por último. Craig cuelga la llamada y guarda el móvil de nuevo en el bolsillo de su cazadora—. No ha habido ningún movimiento en su cuenta, así que la tarjeta no ha sido utilizada.

—¿Eso que posibilidades descarta? —le pregunto.

—Para serle sincero, prácticamente ninguna —dice para mi desconsuelo—, excepto quizá que no se ha ido voluntariamente, aunque se ha podido marchar con una cantidad de dinero en efectivo.

—Entiendo.

En realidad no lo entiendo. No entiendo absolutamente nada de lo que está pasando. No entiendo por qué Lea no aparece. Es todo tan surrealista.

—¿Qué piensa que puede haber pasado? —le pregunto a Craig.

—El abanico es amplio, señor Baker, pero es mejor no hacer presunciones que no nos van a llevar a ningún lado —responde con voz formal—. Lo más sensato en estos

casos es tratar de mantener la cabeza lo más fría posible y ceñirnos a lo que vayan diciéndonos las pistas.

Cabeza fría..., pienso para mis adentros, repitiendo las palabras de Craig. *¿Cómo puedo mantener la cabeza fría cuando Lea no aparece? ¿Cuando no sé dónde está? ¿Cuándo no me responde al teléfono desde hace más de ocho horas?*

Suspiro. Craig vuelve a tomar la palabra.

—Seguiremos el protocolo que se lleva a cabo en estos casos, hasta que denuncie oficialmente su desaparición. —Me mira—. No se desanime, señor Baker. En el fondo solo han pasado unas horas. Quizá su esposa regrese a lo largo del día.

Asiento, pero no lo hago convencido de nada.

—Se lo agradezco.

—Le informaré de inmediato si conseguimos averiguar algo —dice.

—Estaré pendiente —digo.

—Señor Baker, no tenga ninguna duda de que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para dar con su esposa —asevera Craig.

—Gracias.

Craig se bebe su café solo de un sorbo, inclina ligeramente la cabeza a modo de despedida, se gira y sale del bar. Contemplo cómo su silueta robusta pasa por delante de las cristaleras, recortada tras la atmósfera gris con la que se ha despertado el día.

Michael apoya la mano en mi hombro y me aprieta.

—Seguro que Lea está bien, Darrell —me anima.

Lo miro, pero no diga nada.

CAPÍTULO 57

Gloria sale en mi busca en cuanto introduzco la llave en la cerradura.

—¿Ha encontrado a la señora? —me pregunta nada más de entrar en casa.

—No —respondo.

Me acerco al aparador y dejo las llaves sobre él.

—¿Y no tiene idea de dónde puede haber ido? —dice con un matiz de angustia en la voz.

Niego con la cabeza.

—No, Gloria. No tengo la menor idea de dónde puede estar. No responde a mis llamadas ni tampoco a los mensajes —digo apático.

Gloria se lleva las manos a la boca.

—¿Ha... Ha avisado a la policía?

—Sí, ya están investigando.

—Bien... —asiente—. Seguro que pronto dan con ella —comenta, imbuyéndose una pizca de optimismo.

—¿Los pequeños están dormidos? —le pregunto.

—No, se despertaron hace un rato. Están en el salón. Les estoy preparando el biberón para la toma —responde.

—Yo me encargaré de ellos —digo.

—¿Quiere que le ayude?

—No, Gloria. Gracias.

Gloria permanece unos segundos frente a mí, sin moverse.

—Perdone que me meta donde no me llaman, señor Baker, pero, ¿no sería mejor que descansara un poco? —sugiere—. Ha estado toda la noche sin dormir.

—Gracias, Gloria —le agradezco—. Pero prefiero estar con James y Kylie. Además, no podría dormir aunque quisiera.

—Como quiera —dice Gloria, con el asomo de una sonrisa indulgente en los labios—. Iré a preparar el biberón de los bebés. Estaré en la cocina por si necesita algo.

Asiento.

Gloria se marcha a la cocina y yo enfilo mis pasos hacia el salón principal. James y Kylie están en el parque de juegos. Cuando me ven, sonrían. James agita las manos y Kylie da palmas. A ambos les brillan los ojos, ajenos a que Lea está en paradero desconocido desde hace más de doce horas.

—Aquí tiene, señor Baker —anuncia Gloria, con los biberones de los niños en las manos.

Cojo a Kylie en brazos y tomo asiento en el sofá.

—A desayunar, princesa —le digo.

Mientras Kylie se toma el biberón, reconstruyo en mi cabeza los hechos desde que ayer por la tarde llegué a casa y escuché a Lea decir que Matt había intentado besarla. Repaso paso a paso la discusión que mantuvimos. A pesar de todo, solo fue una discusión. Recuerdo cómo se puso la cazadora de cuero y el portazo de la puerta al salir.

—Mamá nunca se iría —le digo a Kylie—. Nunca.

Me inclino hacia su rostro pequeño y le doy un tierno beso en la frente. La calidez de su piel me reconforta en unos momentos en que nada lo hace. Trato de calmarme y de seguir las indicaciones del teniente Craig: tengo que mantener la mente lo más fría posible.

—¿A quién coño intento engañar? —me pregunto en voz baja.

Respiro hondo.

Me levanto y dejo a Kylie en el parque de juegos. Antes de dar el biberón a James, cojo el móvil y miro si tengo alguna llamada o algún mensaje de Lea. Nada. En un impulso, marco su teléfono y la llamo. Lo hago un número indeterminado de veces, pero no obtengo ninguna respuesta. Siento una punzada de desesperación.

—¿Por qué no me respondes, pequeña? —musito.

No quiero pensar en la horquilla de posibilidades que obtengo como respuesta. Cada una de ellas me aterra.

Con el teléfono de la mano, llamo a Craig, por si en estas horas ha averiguado algo. Su negativa termina por desalentarme.

James rompe a llorar, hambriento. Me acerco al parque de juegos y lo cojo.

—Ya... Ya... —digo en tono suave, intentando calmarlo. Sin embargo, su llanto no cede. Atrapo el biberón que Gloria ha dejado encima de la mesa y se lo doy. Casi de inmediato se calla.

Cuando se duermen, después de cambiarlos el pañal, subo a darme una ducha. Noto como los músculos se destensan ligeramente mientras el agua se desliza caliente sobre mi cuerpo. Inhalo una bocanada de aire y lo suelto poco a poco, tratando de relajarme, mientras me paso las manos por los mechones de pelo mojados.

Después de diez minutos, salgo de la ducha, me seco con una toalla y me pongo ropa limpia: un pantalón vaquero y una camiseta negra. No consigo sosegar mi mente, ni siquiera un segundo. Así que salgo de la habitación, bajo apresuradamente las escaleras, le digo a Gloria que salgo, para que se quede al pendiente de James y de Kylie, cojo las llaves del coche y me voy.

Vuelvo a recorrer las calles de Manhattan una por una. Paso por Broadway, Essex Street, Columbus Avenue, Fordham Road, hasta el Bronx.

Aparco en Malcolm X Boulevard y me interno en Central Park. Miro a un lado y a otro con el anhelo de ver el rostro de Lea sumergido entre quienes pasean a estas horas por el pulmón de Nueva York. De pronto, un miedo casi irracional se apodera de mí. ¿Y si finalmente le ha pasado algo malo? ¡Dios! ¿Y si le ha pasado algo malo?, me repito.

Doy una vuelta de trescientos sesenta grados sobre mí mismo, mirando a mi alrededor. Tengo que encontrarla. ¡Joder! ¡Tengo que encontrarla! En mi cabeza no cabe la idea de una vida sin Lea, una vida sin mi pequeña. Ella lo es todo para mí. Es mis ojos, mi lengua, mis manos, mi sonrisa, mis ganas de vivir. Mi todo. Contraigo el ceño en un gesto de preocupación y echo a correr sendero arriba. Doy un vistazo a derecha e izquierda. Nada. Corro hasta un árbol y me apoyo de espaldas en el tronco. Cierro los ojos y dejo que mi cuerpo resbale hasta quedar de cuclillas en el suelo. Hundo el rostro entre las manos y permanezco en esa posición unos segundos. Voy a volverle loco. Cuando levanto la cara, tengo los ojos humedecidos.

En esos momentos suena mi teléfono. Rápidamente meto la mano en el bolsillo de la americana y lo saco. Resoplo cuando veo que es Michael.

—Dime...

—¿Sabes algo? —me pregunta.

—Nada —respondo con toda la apatía del mundo—. He llamado al teniente Craig y tampoco ha conseguido averiguar nada. Han intentado rastrear su móvil para localizarla a través de satélite, pero no han obtenido ningún resultado. La señal está bloqueada.

—Todavía es pronto, Darrell —me dice Michael.

—Sé que es pronto, pero para mí es muy tarde —comento—. Ya son muchas horas sin saber nada de Lea, sin saber si está bien o si está... —Mi voz se va apagando poco a poco.

—No desesperes. Ya verás como pronto tienes noticias de ella —me alienta Michael.

—Tengo un mal presentimiento, Michael —le confieso—. Una voz en mi interior me dice que le ha pasado algo.

—Darrell, esta situación te está sometiendo a mucho estrés. Estás sugestionado y no ves las cosas con objetividad...

—No, Michael —le corto—. No tiene nada que ver con el estrés de la situación ni con la objetividad o subjetividad con que lo veo, es algo mucho más profundo, algo a lo que no puedo darle explicación, pero que me dice que Lea está en peligro. —Un silencio tedioso sobrevuela mi cabeza—. Estoy en Central Park —le informo a Michael—. He vuelto a recorrer las calles de Manhattan por si la veía.

—¿Quieres que vaya y te ayude? —me pregunta Michael—. Cuatro ojos ven mejor que dos.

—No, de momento prefiero que te quedes en el despacho —le pido—. Yo no voy a ir a trabajar y quiero que te encargues de la empresa.

—Vale —dice conforme Michael—. Avísame con lo que sea —añade.

—Claro —respondo.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

CAPÍTULO 58

Mientras doy vueltas y vueltas por Central Park, guiado por el desasosiego al ritmo de un millón de hormigas que me recorre el cuerpo, un carrusel de recuerdos de Lea aparece en mi mente, haciendo resurgir los maravillosos momentos que he vivido a su lado. Hasta mi cabeza viene cuando la vi en el Gorilla Coffee, cuando dijo que aceptaba mi proposición, cuando la besé y la tuve entre mis brazos por primera vez mientras temblaba como una hoja al viento, cuando se fue de casa huyendo de mí y del amor que sentía, cuando me dijo que estaba embarazada, cuando le pedí matrimonio en casa de su tía Emily; el nacimiento de nuestros pequeños, la boda, la luna de miel...

—Mi pequeña loquita... —murmuro.

Tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido de golpe, o de que corre en mi contra. En nuestra contra. ¿Por qué tengo este presentimiento? ¿Por qué mi instinto me dice que Lea está en peligro?

De camino al coche, mi teléfono móvil vuelve a sonar. Lo extraigo de la americana. Solo espero que no sea Susan con una de sus estupideces. Miro la pantalla. El corazón me da un vuelco cuando reparo en que es Lea.

—Lea, mi amor... ¿Dónde estás? —le pregunto acelerado nada más de descolgar.

—Hola, guaperas...

El corazón se me para en seco, deja de latir durante unos segundos al oír la voz ajada, el marcado acento extranjero en la pronunciación y esa forma irónica de llamarme que reconozco de inmediato, porque era la misma que utilizaba en la cárcel.

—Stanislas... —siseo entre perplejo y sorprendido.

—El mismo —responde.

Mi cabeza trata de procesar rápidamente todo lo que significa escuchar a Stanislas al otro lado de la línea. De pronto, el miedo me golpea como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué cojones haces con el teléfono de mi esposa?! —le pregunto. Aunque tengo clara la respuesta.

—Tenía muchas ganas de saber ti, guaperas —dice sin inmutarse.

—¿Quieres que vuelva a rediseñarte la nariz? —salto con mordacidad, acordándome de la vez que se la rompí.

—Deberías ser más amable conmigo, guaperas —apunta con burla—. Más teniendo en cuenta que tu preciosa mujer está aquí, a mi lado —agrega, con la seguridad de quien sabe que tiene la situación de su lado. Su voz rota y rastrera hace que me bulla la sangre en el interior de las venas.

—Si le haces algo, lo que sea... Si simplemente le tocas un pelo, un solo pelo, no vivirás lo suficiente para contarlo —le amenazo con los dientes apretados, sin poder contenerme.

—Cálmate —dice sosegado—. Haz lo que te diga, del modo en que te diga y te la devolveré entera... o casi entera.

—¡Hijo de puta! —exclamo.

Stanislas continúa hablando.

—Quiero quince millones de dólares en metálico. ¿Me has oído bien? Quince —enfatisa—. Si metes en esto a la pasma, tu hermosa mujer morirá. Sabes que no me temblará el pulso si tengo que rebanarle el cuello. O quizás te la mande en trocitos, como en los secuestros de las películas —se burla con sarcasmo—. Primero un dedo, luego otro, luego una oreja, un ojo...

Contraigo las mandíbulas.

De repente, hay un momento de confusión al otro lado del teléfono. Aguzo el oído. Escucho la voz ahogada de Lea nombrándome a través de lo que supongo que es una mordaza.

—¡Cállate, zorra! —le ordena Stanislas con malas pulgas.

Oigo el sonido de un bofetón y un sollozo.

—¡No la toques, maldito hijo de puta! ¡No la toques! —le grito, con la voz llena de rabia y de impotencia—. No se te ocurra...

—Pues que tenga la boca cerrada —me corta Stanislas.

—¿Dónde quieres que te lleve el dinero? —le pregunto con prisas, porque esto tiene que acabar ya.

—No tan rápido, guaperas —me frena, consciente de mi ansiedad—. Las cosas se van a hacer a mi manera —dice, regodeándose en mi sufrimiento—. Estate pendiente del teléfono; ya tendrás noticias mías. Mientras tanto, me pensaré si me divierto un rato con tu mujer...

—¡Cabrón, no la toques! ¡No...!

La llamada se corta del golpe, dejándome con la palabra en la boca. Me quedo un rato con el teléfono pegado a la oreja.

—No puede ser... —murmuro para mí. Sacudo la cabeza de un lado a otro, negando—. No puede ser que Stanislas tenga secuestrada a Lea. No puede ser que esté en sus manos.

Recuerdo las miradas amenazadoras que me dirigía en la cárcel; como si le debiera algo, la advertencia de Ed de que era un tipo de cuidado, como observaba a Lea...

¡Dios! ¡No! ¡No! ¡No!

Cuando logro reaccionar, echo a andar de nuevo hacia el coche. Lo abro y entro en él apresuradamente. Arranco sin perder un segundo y salgo del aparcamiento como una bala, ganándome los bocinazos de varios vehículos que tienen que frenar de golpe para no chocarse conmigo.

Mascullo una maldición.

Llego a la empresa con la rapidez de una centella. En el amplio vestíbulo me cruzo con un par de ejecutivos que me saludan obsequiosamente y a los que ignoro.

—Han secuestrado a Lea —digo a Michael cuando entro en su despacho.
—¿Qué?! —dice Michael, ceñudo—. ¿Qué estás diciendo, Darrell?
De unas cuantas zancadas me acerco a su mesa.
—¿Te acuerdas del hijo de puta al que le rompí la nariz en la cárcel?
—Como para olvidar su cara. Se llamaba Stanislas, ¿no?
—Sí.
—¿Él es el que ha secuestrado a Lea?
Michael no sale de su asombro.
—Sí.
—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabes? —me pregunta.
—Me acaba de llamar desde el teléfono de Lea —respondo.
—¡Me cago en la puta!
—¿Te das cuenta de que ese miserable tiene a mi pequeña? ¡Joder! —prorrumpo dando vueltas de un lado a otro del despacho—. Recuerdo cómo miraba a Lea cuando iba a verme a la cárcel. No le quitaba el ojo de encima. Era un puto descarado, ¡y un baboso! Tengo miedo de que pueda hacerle algo, Michael... De que pueda... —Bufo con fuerza entre dientes—. Lea tiene que estar aterrada —comento.
—Lea es fuerte, Darrell.
—Tienes razón, Lea es una mujer muy fuerte —digo—. Pero ese malnacido no tiene escrúpulos. La animadversión que sentía hacia mí la patentizó todo el tiempo que coincidimos en la cárcel con sus miradas amenazadoras, sus empujones velados, sus cuchicheos... Solo espero que no vierta en Lea toda esa ojeriza. No me quiero ni imaginar cómo tiene que estar mi pequeña. Cuando estaba hablando con él he escuchado como le pegaba una bofetada porque ella ha tratado de llamarme.
—¡Cabrón!
La voz de Michael está llena de ira.
—Estoy desesperado —digo.
—¿Has avisado ya a la policía? —me pregunta.
—No.
—Darrell, tienes que contarle a la policía que Lea está secuestrada por Stanislas.
—¡No puedo! Ese hijo de mala madre ha amenazado con matar a Lea si voy a la policía.
—Pero el teniente Craig tiene que saberlo —insiste Michael.
—Tengo miedo de que ese cerdo lleve a cabo su amenaza. Stanislas no se lo pensará dos veces si tiene que matarla —digo. Guardo silencio un momento—. No, por ahora no voy a decirles nada —sostengo. Me giro hacia Michael—. Llama a *Citigroup*, que me preparen quince millones —le pido.
—Ese cabrón sabe con quién está tratando, no se conforma con calderilla —comenta Michael.
—Daría todo lo que tengo, absolutamente todo, hasta el último centavo, a cambio de la libertad de Lea —asevero contundente.
—¿Cuándo tienes que entregárselos?

—No lo sé... No me lo ha dicho. Volverá a llamarme para concretar día y lugar —digo. Chasqueo la lengua—. Stanislas se está divirtiendo con todo esto, Michael. Tenías que haberle oído hablar... Su ironía, su mordacidad, y todo teñido de esa voz rota que detesto. Te juro que le haría tragar su propia lengua.

—Tranquilo. Ya pagará por todo esto, de una forma u otra —apunta Michael.

—Si le hace algo a Lea, si le toca un solo pelo, no sé de lo que sería capaz, Michael. No lo sé... Lo mataría con mis propias manos —afirmo. Mientras hablo, viene hasta mi mente lo que pasó hace algún tiempo—. ¿Cómo no he caído antes? —murmuro.

—¿Qué? —me pregunta Michael, que no entiende qué estoy diciendo.

Me llevo las manos a la cabeza y me vuelvo hacia él, desesperado.

—El día que llevé a mi madre a *Port St. Lucie*, cuando regresé, al dejar el coche en el parking del ático, noté... no sé, como una presencia... Fue algo extraño... —Me paro unos instantes a reflexionar—. Nos están acechando desde hace meses, Michael —asevero, clavando mis ojos en los suyos.

—Pero... ¿por qué no hiciste nada? —inquire Michael—. Podías haber dado parte a la policía o haber contratado una escolta.

—Porque no le di importancia —respondo—. Estaba agotado. Había estado conduciendo durante horas y pensé que sería simplemente alguien que estaba en el parking dejando su coche. Podía ser cualquiera, pero es cierto que percibí algo extraño.

Continúo dando zancadas de un extremo a otro del despacho, comido por la impaciencia.

—Ese hijo de puta de Stanislas ha estado vigilando vuestros movimientos —dice Michael.

—No creo que haya sido él. Por aquel tiempo aún debía de estar en la cárcel pagando su condena, pero desde luego sí eran sus secuaces —razono crispado—. ¡Maldita sea! Lo tenía todo planeado.

Me detengo frente a la mesa de madera y doy un fuerte puñetazo.

—Darrell, de nada sirve lamentarse de eso —apunta Michael.

—Es verdad. Ahora hay que atajar el problema —digo con los ojos entornados—. Habla con el banco. Quiero esos quince millones de dólares listos para ya. Tengo que tenerlos preparados para cuando me llame de nuevo Stanislas.

CAPÍTULO 59

Durante los dos días siguientes, Stanislas no da ninguna señal de vida y, aunque yo le he llamado por iniciativa propia cerca de un centenar de veces, el muy cabrón no me ha cogido el teléfono. Sabe lo importante que es Lea para mí y el daño que me está haciendo la falta de noticias y la incertidumbre a la que me tiene sometido. Me está haciendo pagar muy caro el rediseño de nariz que le hice.

Al borde de la desesperación, me refugio en casa con los bebés, el único lugar donde soy capaz de estar, pues no puedo negar que estoy irascible, irritado y con un humor de perros. James y Kylie son un bálsamo para sobrellevar esto de alguna manera posible. Así que les dedico las veinticuatro horas del día.

Siento a Kylie llorar en su habitación. En cuanto la oigo, dejo de cenar y acudo a su reclamo.

—¿Qué te pasa, princesa? —le susurro, al tiempo que la tomo en brazos.

Le miro el pañal, pero le tiene limpio. Hambre no puede tener porque hace media hora que se ha tomado el biberón. La acuno cariñosamente para que se calme, pero no lo consigo. Finalmente me la llevo a mi habitación, para que su llanto no despierte a James.

—Ya princesa, ya... —le digo.

Le acaricio el pelito oscuro que le cae por la frente y deposito un beso en su mejilla.

—Vosotros también la echáis de menos, ¿verdad? —le pregunto.

Claro que la echan de menos, pienso para mis adentros. Tanto James como Kylie. Tienen casi un año y comienzan a darse cuenta de las cosas, entre ellas, la falta de Lea estos últimos días, incluso el ambiente enrarecido que, aunque intento evitarlo, nos envuelve.

Suspiro. Los ojos se me llenan de lágrimas. La incertidumbre me está matando.

Paseo por la habitación mientras mezo a Kylie y observo la ciudad a través de los ventanales. Fuera, la noche es apacible y se respira cierta paz. Un rato después, logro que el llanto de Kylie cese y que se calme, aunque se resiste a dormir.

Me tiendo en la cama y tumbo a Kylie bocabajo encima de mi pecho. Sé que le gusta esta posición y que suele ser efectiva cuando le cuesta dormirse. Quizá es porque escucha el latido del corazón o el ritmo acompasado de la respiración.

Alargo la mano, cojo la manta que hay sobre la cama y se la echo encima para que no se quede fría.

—Duérmete, princesa —le susurro mientras le acaricio la cabecita suavemente—. Duérmete...

Respiro hondo y me abandono a la paz que me da Kylie y a su olor a bebé. Es muy entrañable. Y, por primera vez en los últimos días, consigo perderme en los brazos del Dios del sueño.

El sonido de mi móvil me despierta de golpe. El alba ha comenzado a hacerse presente, dibujando arañazos de color púrpura en el cielo. Cojo el teléfono de la mesilla. Me tenso de inmediato.

—Stanislas... —siseo.

Por fin.

Me incorporo y con cuidado, coloco a Kylie en el lado vacío de la cama, tratando de que no se despierte. Le cubro el cuerpo con la manta. Arruga la nariz, como suele hacerlo Lea.

—Shhh... —susurro.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo, al tiempo que descuelgo el teléfono.

—¿Cómo está Lea? —pregunto a Stanislas sin esperar a que hable.

—¿No deberías de darme antes los buenos días, guaperas? —dice con burla.

Aprieto los dientes y suelto el aire que he contenido en los pulmones.

Cálmate, Darrell, me digo a mí mismo. Este hijo de puta sigue teniendo la sartén por el mango.

—¿Tienes el dinero listo? —me pregunta.

—Sí. ¿Dónde quieres que hagamos el intercambio?

—Veo que tienes prisa... —apunta Stanislas, con una tranquilidad imperturbable.

—¿Dónde quieres que hagamos el intercambio? —repito con voz templada, manteniendo la calma como buenamente puedo.

Noto que Stanislas sonríe al otro lado del teléfono. Cierro la mano en un puño. ¡Cómo me gustaría volver a romperle la nariz! ¡Y las piernas!

—El sábado, dirígete a Wallace Aveniuue, en la parte este...

—Faltan dos días para el sábado. ¿Por qué cojones no puede ser hoy? —le interrumpo, exasperado.

—Está en la parte este del Bronx —continúa hablando Stanislas, como si no me hubiera oído—. Paralela a Barnes Aveniuue. Al final de la calle hay una nave abandonada. Estate allí a las ocho y media de la tarde. Ve solo.

—¿Qué me garantiza que no vas a tenderme una trampa? —le pregunto.

—Nada —dice Stanislas con sorna—. Tendrás que... confiar en mí —añade.

Confiar en él. Suena chistoso. ¿Se puede confiar en una persona de su calaña? Bajo los hombros.

—Déjame hablar con Lea —le pido.

—No.

La respuesta de Stanislas es tajante.

—Por favor... —Mi voz es casi una súplica—. Ella no tiene la culpa de nada, es inocente de todo esto —trato de convencerlo—. Ya está preparado el dinero, tal como me has pedido...

—He dicho que no, guaperas —me corta seco—. Los ricos estáis acostumbrados a chasquear los dedos y tener el mundo a vuestros pies, ¿no es así? —Su tono de burla no desaparece—. Pero esta vez no. Esta vez vas a joderte sin poder escuchar la voz de tu... amada esposa, y sin saber si está bien... o no.

—Cabrón... —mascullo furioso entre dientes.

Stanislas estalla en una carcajada.

—Tengo que confesarte que esto me divierte —dice—. ¿Qué se siente cuándo los problemas no se solucionan con dinero? —me pregunta con sorna y su marcado acento—. ¿Cuándo no puedes comprar la felicidad?

Bufo.

—¿Qué sabrás tú de mí? —espeto.

¿Qué sabrá este cerdo de mí?, me digo a mí mismo. ¿Qué sabrá de cómo era mi vida antes de conocer a Lea? ¿Qué sabrá del suplicio por el que me está haciendo pasar? ¿Y de que tiene secuestrada, no solo a mi esposa, a la madre de mis hijos, a mi amiga, a mi amante, sino también a la única persona que ha sido capaz de hacerme sentir, de enseñarme a amar?

—Sé lo que tengo que saber; que eres asquerosamente rico —responde Stanislas—. Y que estoy más que dispuesto a sacar tajada de ello. —Niego para mí—. Ya sabes el día, la hora y el lugar. Nos vemos allí.

Sin dejar que diga nada, cuelga el teléfono. Chasqueo la lengua y dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Entro de nuevo en la habitación y me quedo mirando a Kylie, que sigue durmiendo como si fuera un ángel.

CAPÍTULO 60

—No puedes ir solo —me advierte Michael.

Da un trago del whisky con hielos que tiene en la mano.

—No voy a ir con nadie —digo con expresión rotunda en el rostro—. Tengo que seguir meticulosamente cada una de las instrucciones de Stanislas, me guste o no. La vida de Lea está en juego.

—¿Y si es una trampa? —pone sobre la mesa Michael.

—Lo he pensado... Incluso se lo he preguntado. —Sonrío con amargura—. Pero como me ha dicho ese cabrón, no tengo otra opción más que confiar en él.

—Como si su palabra valiera de algo —se queja Michael.

—Su palabra no vale nada —comento—. Pero no puedo hacer otra cosa.

Me dejo caer en el sofá y hundo la cara entre las manos.

—Darrell, esto no me gusta nada. Esa gente forma parte de una banda organizada. Son criminales. ¿Por qué no hablas con la policía? ¿Por qué no le cuentas al teniente Craig lo que está pasando?

Levanto la cabeza de golpe y fulmino a Michael con la mirada.

—¿Porque no puedo! —grito, presa de los nervios—. ¡No puedo, maldita sea!

Michael suspira quedamente desde el otro sofá y asiente de manera imperceptible. Cierro los ojos y trato de calmarme. Este asunto se me está yendo de las manos. La sensación de no tener la situación bajo mi control me desespera.

—¿No te das cuenta? —pregunto de forma retórica, sosegando la voz—. No puedo hacer nada. Estoy atado de pies y manos.

—Darrell...

La ansiedad invade cada célula de mi cuerpo.

—Estoy aterrado, Michael —le corto con suavidad—. Aterrado. Nunca he experimentado un miedo tan atroz e irracional como el que estoy experimentado ahora. Nunca. Lo siento como si fuera una mano alrededor del cuello. Una mano que me estrangula poco a poco.

—Lo sé, Darrell —dice Michael, comprensivo—. Me imagino cómo te sientes. La situación es... Bueno, no encuentro palabras para describirla. Incluso desde fuera resulta espeluznante.

—Me siento tan culpable —le confieso.

Michael detiene el vaso de whisky a mitad de camino de la boca y frunce el ceño con gravedad.

—¿Culpable? ¿Por qué?

Me llevo la mano a la frente y me la acaricio.

—Tenía que haber sido más precavido. Sobre todo después de estar en la cárcel —me reprocho en tono apesadumbrado—. Soy uno de los hombres más poderosos del país y allí todo el mundo lo sabía... ¿Cómo no se me ocurrió pensar que alguno de aquellos delincuentes iba a aprovecharse de la situación, como lo ha hecho el desgraciado de Stanislas? Tenía que haber contratado una escolta, haber protegido a Lea.

—No puedes culparte por eso, Darrell —se apresura a decir Michael. Y suena como una orden más que como un consejo.

Tomo aire, negando con la cabeza, pero no levanto la vista del suelo.

—¿Te imaginas que Lea hubiera estado paseando a James y a Kylie? —pregunto. Un escalofrío me recorre el cuerpo igual que una descarga eléctrica—. No me atrevo ni siquiera a pensarlo.

—No te agobies por eso... Quédate con que no ha sido así y que los niños están bien.

Michael trata de poner un punto de sensatez a mis divagaciones. Alzo los ojos.

—Sea como sea, Lea es una víctima de mis circunstancias, de mi mundo... De un mundo del que tenía que haberla protegido. Ella no debería de estar pasando por esto —afirmo.

Michael se echa hacia adelante en el sofá y deja el vaso de whisky sobre la mesa auxiliar.

—El sábado se va a acabar todo, Darrell —señala—. Le entregarás el dinero a ese hijo de puta, recuperarás a Lea y vuestras vidas volverán a ser como antes.

—Eso espero —digo.

Quiero creer a Michael, quiero creer en sus palabras. Necesito hacerlo. Pero aunque lo intento, la garganta se me cierra.

—Me desespero cada hora que pasa sin saber de ella —digo en un hilo de voz—. Sabía que la amaba, que la amaba mucho, pero no me imaginé que tanto... —Guardo silencio unos instantes antes de decir—: A veces tengo la sensación de estar inmerso en una pesadilla. Una pesadilla de la que quiero despertar y salir pero no puedo.

—El sábado despertarás, el sábado saldrás de ella —repite Michael—. Ya lo verás, Darrell. El sábado acabara todo y Lea y tú volveréis a estar juntos.

—Ojalá... —suspiro—. Necesito que todo esto termine, necesito que Lea esté a mi lado, necesito saber que está bien. —Me quedo unos segundos pensativo, con expresión meditabunda en el rostro mientras me acaricio la barbilla—. Cuando todo esto pase, nos iremos de viaje... Sí. Podemos volver a España. Lea adora Madrid —matizo, con la mirada brillante—. Nos llevaremos a James y a Kylie y seremos felices de nuevo. —Me rasco la nunca compulsivamente—. Pero antes tengo que liberarla.

Michael clava sus ojos grises en los míos.

—Déjame ir contigo —me pide.

Me levanto del sofá, rompiendo el contacto visual con Michael, y enfilo mis pasos hacia los ventanales. Dejo que mi vista se pierda en un punto impreciso del vacío. Mirando pero sin ver.

—Soy consciente de que estoy sonando muy repetitivo, pero no puedo —digo—. Stanislas o alguno de sus hombres te vería...

—Iré en mi coche, unos metros por detrás de ti —propone Michael con firmeza.

En el reflejo de mi rostro en el cristal, advierto como mi expresión se ensombrece.

—Michael, con exponer a Lea ya es más que suficiente —arguyo.

Trato de convencerlo pero, conociendo a Michael, creo que estoy lejos de conseguirlo. Es condenadamente obstinado cuando quiere.

—Tú también te vas a exponer —refuta.

—Yo no importo —atajo.

Me giro.

—No seas insensato, Darrell —me reprende Michael—. Por una vez en la vida, déjate ayudar. —Le dirijo una mirada con los ojos entornados—. Sabes que iré de todas formas, con o sin tu aprobación —añade—. Si no va a intervenir la policía, al menos deja que yo te cubra las espaldas.

Le sostengo la mirada unos instantes. Sé lo que está pasando por su cabeza.

—Te conozco, y sé que lo que dices es cierto —digo—. Te las apañarán para seguirme, lo quiera o no. —Aprieto los labios. Suelto el aire por la nariz—. Está bien, pero lo haremos a mi manera.

Michael levanta las manos en un gesto de docilidad.

—Lo haremos como quieras, jefe —apunta.

CAPÍTULO 61

Introduzco el maletín con los quince millones de dólares en el coche y consulto el reloj: faltan cinco minutos para las ocho de la tarde. Me coloco el cuello de la americana y miro a Michael, que me está esperando metido en su coche, aparcado detrás del mío. Esta vez no ha venido con su habitual BMW rojo, sino con el Audi A8 negro, menos cantoso y más discreto.

Asiento ligeramente con la cabeza y Michael imita mi gesto a través de la luna del coche. Estamos listos. Me meto en mi Jaguar, arranco el motor y me incorporo a la circulación desde la entrada de *Citigroup*, el banco, lanzándome a la carrera entre los coches.

Rápidamente me incorporo a *Bronx River Parkway* desde *Westchester Avenue* y avanzo unos kilómetros bordeando la orilla del río Bronx, hasta coger la salida a la derecha que lleva a *Morris Park*. Miro de nuevo el reloj: son las ocho y veinte. Hundo el pie en el acelerador hasta que el Jaguar alcanza los doscientos veinte kilómetros por hora. Alzo la vista y observo a Michael por el retrovisor. Él también ha aumentado la velocidad. Viene a unos metros detrás de mí, sin ningún otro vehículo entre medias. Su Audi A8 negro se recorta contra el cielo medio oscurecido por un manto de nubes que advierten lluvia, mientras quemamos llantas en la carretera.

Me salto un semáforo en rojo y adelanto a un par de coches haciendo un temerario zigzag entre los carriles. Los conductores nos regalan unos cuantos bocinazos cuando se ven forzados a frenar casi en seco, pero tanto Michael como yo los ignoramos.

Una decena de calles perpendiculares más adelante, doy con la que me indicó Stanislas. *Wallace Avenue* es una pequeña vía de clase baja. Las casas, todas independientes, son de un color gris pálido, constan de dos plantas y porche. Algunas tienen una montaña de trastos en la puerta.

Reduzco la velocidad de golpe y recorro el asfalto desconchado hasta llegar al final de la calle, donde alcanzo a ver una nave no muy grande al lado una alambarrera cubierta de grafitis y carteles de papel anunciando todo tipo de cosas que delimitan una alameda de árboles bajos. Aparco en frente, mientras que Michael lo hace unos metros más atrás, al lado de los vehículos de los propietarios de las casas, atento como un vigía.

Salgo del coche, lo rodeo, abro la puerta del copiloto y cojo el maletín, mirando hacia un lado y hacia otro. Cruzo la calle y mientras avanzo hacia la nave, noto que estoy nervioso, inquieto, impaciente, ansioso... Necesito ver a Lea, necesito saber que está bien. Necesito que toda esta jodida pesadilla que he vivido estos últimos días se acabe de una vez.

Entro sin titubear después de una última mirada que intercambio con Michael. Se nota a la legua que el lugar lleva abandonado todos los años del mundo. Hay un siglo de polvo sobre la pila de muebles viejos que hay amontonados en uno de los rincones.

Camino hasta el fondo, escuchando solo el eco de mis pasos tras de mí. Impaciente, miro a un lado y a otro. No hay rastro de Stanislas ni de ninguno de sus hombres. Me detengo en mitad de la nave.

—Que puntualidad.

La voz rasposa y burlona de Stanislas suena a mi espalda. Me giro de inmediato y me encuentro con su rostro de rasgos rudos y vulgares recortados contra la luz plomiza que se filtra por la puerta. El corazón me salta dentro del pecho cuando veo que está encañonando la sien de Lea con una pistola.

—Pequeña... —digo, centrando mi atención en ella—. ¿Estás bien? —le pregunto.

Lea asiente con la cabeza. Ha adelgazado unos kilos, está pálida, tiene el rostro demacrado, unas profundas ojeras y los ojos rojos, seguro que de llorar, pero aún todo, en sus labios se aprecia un amago de sonrisa, una sonrisa que me dice que siente alivio, aunque también leo que está asustada. Mucho.

—Todo va a salir bien, pequeña —la tranquilizo con una sonrisa.

—¿Has traído el dinero? —interviene Stanislas.

—Sí —afirmo—. Está todo aquí. —Señalo el maletín—. Puedes comprobarlo —sugiero.

—Déjalo sobre esa mesa —me indica Stanislas, apuntando con la barbilla una mesa de metal oxidado que hay situada a su derecha.

Tomo aire, echo a andar sin dejar un segundo de mirar a Lea y el cañón de la pistola que le está apuntando a la sien y apoyo el maletín encima de la superficie llena de polvo y de herrumbre.

—Vuelve donde estabas —me ordena Stanislas.

Desando mis pasos lentamente y regreso a la posición en la que me encontraba.

Stanislas empuja a Lea y la obliga a caminar hacia adelante junto a él. El corazón se me acelera vertiginosamente. La pistola apuntando la cabeza de Lea me tiene destrozados los nervios.

—Ábrelo —le dice Stanislas cuando alcanzan la mesa.

Lea, con dedos temblorosos, quita los dos cierres que tiene el maletín en los extremos y levanta la tapa. Nuestros ojos se encuentran mientras Stanislas comprueba los fajos de billetes. Pese a la tensión del momento, le sonrío con la mirada. En unos minutos, todo habrá acabado. En unos minutos, podré abrazarla.

Stanislas alza la vista hacia mí por encima del borde del maletín. Su cara refleja una expresión de satisfacción que por momentos me resulta detestable. Ojalá fuera él quien estuviera encañonado con una pistola.

—Muy bien, guaperas —se burla con ese detestable acento, al tiempo que cierra el maletín—. Eres un chico obediente.

Sus labios esbozan una sonrisa lobuna capaz de helar la sangre a cualquiera. Contengo el aire en los pulmones mientras coge el maletín del asa y arrastra a Lea unos metros lejos de la mesa.

—Aquí tienes a tu amada —dice Stanislas irónicamente.

Empuja con fuerza a Lea hacia adelante, que trastabilla a lo largo de unos metros, pero consigue mantener el equilibrio y no caer.

Después, todo sucede rápidamente. Le veo levantar el brazo y apuntar por detrás a la cabeza de Lea con la intención de dispararle.

¿Qué demonios...?, mascullo para mis adentros.

Sin pararme a pensar en nada y llevado por un impulso, me lanzo corriendo hacia Lea, para tratar de salvarla. En menos de lo que dura un parpadeo, Stanislas dispara. Intento avanzar, pero me es imposible. Mis pasos se frenan en seco. De repente, un fuerte dolor me recorre el abdomen. Es tan intenso que hace que me doble sobre mí mismo.

—¡Nooo...! —grita Lea, corriendo hacia mí con el rostro desencajado.

Un líquido viscoso y caliente comienza a empapar mis manos. En el momento en que me doy cuenta de que es sangre, las piernas me fallan y me desplomo de espaldas sobre el suelo. No tengo fuerzas. Un segundo después siento un revuelo a mi alrededor y el sonido de fondo de sirenas de policía.

—¡Darrell! —jadea Lea horrorizada cuando llega hasta mí—. Mi amor... —susurra con los ojos llenos de lágrimas. Me levanta cuidadosamente la cabeza y la pone en su regazo—. Aguanta, mi amor, aguanta —me pide.

Alarga la mano derecha y la pone encima del orificio de la bala para taponar la herida e intentar que no me desangre, cosa que es imposible.

—Pequeña... —siseo sin energía. Hago un esfuerzo y le sonrío—. ¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, muy bien, ahora que estoy contigo —me responde.

Se inclina y deposita un cariñoso beso en mi frente. Entonces me fijo en que tiene un corte en el labio inferior. Seguro que del bofetón que Stanislas le dio el día que llamó por teléfono.

—Ese hombre... ¿te ha hecho algo?, ¿Te...?

—No, no —me corta Lea suavemente—. No me ha hecho nada. Estoy bien, mi amor. Estoy bien.

—El labio... —murmuro.

—Esto no es nada —dice, restándole importancia.

Siento un enorme alivio al saber que ese hijo de puta no le ha tocado. No me lo hubiera perdonado nunca.

—Te amo, Darrell —me dice Lea.

Una lágrima cálida cae sobre mi rostro. Intento levantar la mano para acariciar su mejilla, pero no puedo. No tengo fuerzas. Me quedo a mitad de camino. Lea la coge, se la lleva a los labios y la besa con suavidad.

—Yo también te amo, mi pequeña loquita —me conformo con murmurar con esfuerzo. Mientras hablo, siento como un sudor helado me resbala por la espalda—. Nunca olvides que te quiero —digo. Tiemblo sin poder controlarme—. Tengo frío.

Lea se quita la cazadora de cuero y me arroja con ella.

—¿Mejor? —me pregunta.

Aunque trata de sonar templada y optimista, noto que está preocupada.

—Sí —afirmo, asintiendo ligeramente.

Es mentira. Cada vez tengo más frío y el dolor que se extiende por mi cuerpo roza la línea de lo intolerable. Además, sé que la pérdida de sangre está siendo importante. Pero no quiero preocupar más a Lea. Bastante mal lo ha tenido que pasar durante los días que ha estado secuestrada.

—La ambulancia está de camino —oigo que gritan a lo lejos.

¿Es Michael? No lo distingo bien. Hay mucho ruido de fondo, o eso me parece. Gritos, órdenes, golpes, disparos, sirenas... ¿Qué está pasando?

—Aguanta un poco más, ¿vale? —me anima Lea, acariciándome la frente sudorosa con la mano que tiene libre. Muevo la cabeza en un ademán afirmativo. Apenas tengo fuerzas para hablar—. Todo va a salir bien... —dice. Cierro los ojos, abandonado por las fuerzas—. Darrell, Darrell... Dime algo, por favor. Darrell... —grita histérica.

De pronto dejo de escuchar la voz de Lea y soy consciente de que estoy perdiendo el conocimiento. Un silencio denso cae sobre mí como una losa y la oscuridad me engulle como una marea negra de la que no puedo escapar. Ya no hay ruido, ni el sonido de la voz de Lea, ni dolor. Ya no hay nada.

Lea

CAPÍTULO 62

—¿Cómo está? —le pregunto angustiada al médico, que frunce ligeramente el ceño—. ¿Se va a salvar?

—Señora Baker...

—Dígame si se va a salvar —insisto impaciente.

Durante unos segundos, el médico, un hombre alto de rostro enjuto y con unas prominentes bolsas bajo los ojos, me mira sin saber qué decir. Entonces comienzo a temerme lo peor.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos —habla finalmente—. Es lo que puedo decirle por ahora. El señor Baker ha perdido mucha sangre, tiene varios órganos dañados a consecuencia de la bala y las constantes vitales no están estables.

Asiento como un ser autómatas mientras el médico da media vuelta y se aleja por el pasillo largo y aséptico del hospital.

El alma se me cae a los pies. De pronto, siento que me desinflató como un globo al que han dejado escapar el aire.

¡Dios mío, Darrell está al borde de la muerte!

Cierro los ojos y me recuesto en la pared que tengo a mi espalda. Suspiro.

—Lea...

La voz de Michael me saca de mis cavilaciones. Giro el rostro y lo veo avanzar hacia mí.

—Hola —saludo apática.

—Hola. ¿Sabes algo? —me pregunta.

Cruzo los brazos y me los acaricio con las manos de arriba abajo. Los ojos se me llenan de lágrimas mientras me muerdo el interior del carrillo, nerviosa.

—Darrell está muy grave —respondo, intentando aguantar el llanto. Respiro hondo. Noto como la barbilla me tiembla—. Está debatiéndose entre la vida y la muerte —agrego.

Sin poderme contener durante más tiempo, rompo a llorar. Michael extiende los brazos y me estrecha contra su pecho.

—Se muere, Michael —sollozo—. Darrell se muere.

—No, no, no... —me consuela—. Darrell es una persona muy fuerte. Ya verás como sale de esta, Lea. Ya lo verás.

¿Por qué las palabras de Michael no me hacen sentir mejor?

Me separo.

—Ha perdido mucha sangre, la bala le ha dañado varios órganos y las constantes vitales no acaban de estabilizarse... —explico—. En estos momentos, su vida pende de un hilo.

—Se recuperará, Lea. Tenemos que confiar en que se recuperará. —Hace una pausa—. ¿Y tú cómo estás? ¿Quieres que avise a un médico para que te examine?

Niego con la cabeza.

—Yo estoy bien —digo.

—Pero has pasado por un secuestro —anota Michael—. Eso desestabiliza a cualquiera.

—Ahora hay cosas más importantes de las que preocuparme que de mi secuestro —arguyo—. Eso ya ha pasado. —Frunzo el ceño—. Por cierto, ¿qué ha sucedido con el cabrón de Stanislas? Me vine en la ambulancia con Darrell y al final no sé qué ocurrió con él —curioso.

—Ha muerto —me responde Michael—. Por suerte, avisé a tiempo a la policía. En mitad de la reyerta lo mataron y lograron reducir a sus dos secuaces. Afortunadamente, ese hombre ya no es ninguna amenaza.

Resoplo.

—El muy hijo de puta tenía claro que iba a matarme, pese a que Darrell pagó el rescate —asevero con tristeza en la voz.

—Ese tipo tenía una ojeriza casi obsesiva hacia Darrell —afirma Michael—. La tuvo desde el primer día que entró en la cárcel, y sabía que matándote a ti, acabaría prácticamente con él. Stanislas conocía el profundo amor que Darrell siente por ti, y su nariz también. —Ladeo la cabeza y entorno los ojos—. Stanislas hizo unos comentarios excesivamente soeces sobre ti... —Prosigue Michael—. Por eso Darrell le rompió la cara.

Esbozo una sonrisa amarga.

—Darrell nunca quiso contarme por qué le pegó, ni siquiera después de salir de la cárcel —digo.

—Lea, cariño...

Giro el rostro a la voz de Lissa.

—Lissa... —murmuro.

En cuanto me alcanza, Lissa se funde conmigo en un fuerte abrazo.

—Dios mío, Lea, he pasado tanto miedo —me susurra emocionada—. Tanto miedo.

—Estoy bien —la tranquilizo mientras deshacemos el abrazo—. Estoy bien...

—Hola, Michael —saluda Lissa a Michael.

—Hola, Lissa —corresponde él.

Lissa vuelve de nuevo el rostro hacia mí.

—¿Cómo está Darrell, Lea?

Me muerdo el labio inferior y niego para mí.

—Muy grave —respondo en un hilo de voz—. Los médicos ni siquiera saben si se va a salvar. La bala le ha dañado varios órganos y no consiguen estabilizar las constantes vitales —le explico como buenamente puedo, porque apenas me salen las palabras.

—Ya, cariño... Todo va a salir bien —me anima Lissa, volviéndome a abrazar—. ¿Has podido verle? —me pregunta.

—No. Hasta mañana no me dejarán entrar a verle —contesto con una nota de impotencia en la voz.

Lissa se queda mirándome durante unos segundos.

—¿Por qué no vas a casa? —sugiere. Sacudo la cabeza de un lado a otro enérgicamente. Abro la boca para hablar, pero antes de que lo haga, Lissa me corta—. Lea, necesitas darte una ducha, descansar un poco, ver a los niños... Te han echado mucho de menos.

Mis pequeños... Yo también les he echado mucho de menos.

Ver a James y a Kylie es el único motivo que me hace entrar en razón. Me necesitan y les necesito.

—Yo me quedaré aquí por si surge algo —se adelanta a decir Michael.

—Está bien —accedo.

—Yo te llevo a casa —se ofrece Lissa—. ¿Vamos?

—Sí. —Dirijo mi mirada a Michael—. Por favor, avísame si hay alguna novedad o si los médicos te comentan algo, lo que sea...

—No te preocupes, Lea, lo haré.

—Vale —digo en tono apocado al tiempo que asiento mecánicamente con la cabeza.

—Vamos —me insta Lissa.

Bajamos hasta el parking del hospital, donde tiene aparcado su Mini blanco y negro.

—Hemos pasado mucho miedo, Lea —comenta, ya metidas en el apabullante tráfico de Nueva York.

—Yo también —afirmo—. Han sido unos días horribles. Horribles...

—Pero, ¿cómo te secuestraron? —se interesa Lissa.

—Darrell y yo discutimos porque me oyó decirte que Matt había intentado besarme —comienzo a explicarle.

—Me lo contó Darrell cuando me llamó para preguntarme si estabas conmigo la misma noche que desapareciste. No sabes lo preocupado que ha estado, Lea. Tenías que haberle visto. Creíamos que se iba a volver loco.

Pienso en cómo está ahora, debatiéndose entre la vida y la muerte y me emociono.

—El caso es que, cuando caminaba por la calle, un par de encapuchados me empujaron hacia un callejón, me pusieron una bolsa de tela negra en la cabeza y me introdujeron a la fuerza en una furgoneta.

—¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡Dios santo! —exclama Lissa, con su habitual costumbre de repetir las cosas tres veces—. Que horrible, Lea —apunta, prestando atención a la circulación.

—Después me llevaron a una casa vieja —continúo con mi relato—. No sé dónde estaba situada exactamente, aunque sí sé que era dentro de Nueva York, y allí me encontré con ese hijo de puta de Stanislas. —Guardo silencio durante unos instantes.

De repente, me asalta la imagen de Darrell tirado en el suelo, desangrándose—. Vi como ese cabrón disparaba a Darrell, Lissa —digo, reviviendo en mi cabeza el momento—. Vi como caía de rodillas a unos metros de mí con un balazo en el abdomen, como se desangraba entre mis brazos...

Una punzada de dolor me atraviesa el corazón. Me echo a llorar desconsoladamente. Lissa alarga el brazo y me coge la mano cariñosamente.

—Se muere, Lissa. Darrell se muere —sollozo con voz rota.

—No pienses eso, Lea —trata de consolarme Lissa. Me aprieta la mano—. Se va a salvar. Ya verás que se va a salvar. Ten fe. Ahora está en buenas manos. Lo están atendiendo los mejores médicos de EE.UU. y él es una persona fuerte. No se va a dejar vencer por ese cabrón de Stanislas.

Ojalá, pienso para mis adentros.

CAPÍTULO 63

Nada más de entrar en casa, reconozco el olor característico que inunda la atmosfera y que tanto he echado de menos. Huele a cítricos, a flores, a bebés, a Darrell, a mí, a hogar.

Oigo los pasos casi a la carrera de Gloria avanzar por la galería. Se lleva la mano a la boca cuando me ve en el hall. Tiene en brazos a James.

—¡Oh, Dios! —exclama con los ojos visiblemente vidriosos. Se acerca a mí y me da un beso en la frente—. Cuanto me alegro de que esté bien. Estábamos tan preocupados...

James se echa de inmediato a mis brazos y da un chillido de alegría que llena todo el espacio. Su recibimiento y su regocijo hacen que rompa a llorar mientras lo abrazo con fuerza contra mí.

—Pequeño... —susurro, besándole cariñosamente sin parar—. Oh, mi pequeño campeón...

—¿Cómo está el señor Baker? —me pregunta Gloria con un matiz de angustia en la entonación.

—Muy grave. Su estado es crítico —le respondo.

—Pero se va a recuperar —tercia Lissa con optimismo, que se encuentra a mi lado.

—Claro, el señor Baker es joven y fuerte —apunta Gloria, convencida de lo que dice—. Le incluiré en mis oraciones para que Dios lo ayude.

—Gracias, Gloria —le agradezco, meciendo a James entre mis brazos—. ¿Dónde está Kylie? —pregunto.

—En el parque de juegos —contesta.

Entro en el salón y casi corro para verla. Paso a James a Lissa para que se quede con él mientras yo alzo en brazos a Kylie. Madre mía, parece que hace siglos que no los veo, cuando en realidad solo han pasado unos días. Aunque han sido unos días muy largos.

Kylie extiende sus brazos hacia mí y me palpa la cara con las manitas, como si estuviera haciéndome un reconocimiento, como si se diera cuenta de que he vuelto. Seguidamente da unas cuantas palmadas y balbucea algo que no entiendo, pero que me suena a canto de sirena.

Acerco su rostro al mío y la achucho, sintiendo su pequeño cuerpo contra mi pecho.

—Mi amor... —susurro—. Mi princesita... Ya he vuelto, ya estoy en casa. Os he echado tantísimo de menos.

—Y ellos a usted, señora —apunta Gloria.

Sonríó sin despegar los labios. Transcurrido un rato, en el que me deshago en mimos con James y Kylie, digo:

—Voy a darme una ducha.

—Gloria y yo nos quedaremos con los pequeños —se adelanta a decir Lissa.

Gloria se acerca a mí y coge a Kylie.

Arrastrando el alma por las escaleras, subo al segundo piso. Al entrar en la habitación, la imagen de Darrell me golpea con una fuerza insólita. De forma involuntaria mis pies caminan hacia su armario. Lo abro y durante unos segundos, me quedo mirando su ropa. Sus impecables trajes ordenados perfectamente en la barra. Sus camisas, sus pañuelos, sus zapatos italianos, sus corbatas; la verde que llevaba puesta el día que Lissa hizo que me fijara en él en el Gorilla Coffee, la azul turquesa que incluía en nuestros juegos sexuales, la roja del día de la boda. De pronto, me estremezco.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me relaje. Entre el vapor y el silencio que invade el cuarto de baño, mi cabeza comienza a recordar los acontecimientos que han tenido lugar la última semana. En apenas unos días ha cambiado todo tanto... Hasta el punto de que Darrell se debate en estos momentos entre la vida y la muerte. ¡Entre la vida y la muerte! ¿Cómo es posible?

La imagen de Stanislas disparándolo sin escrúpulos, su cuerpo tirado en el suelo alrededor de un charco de sangre, se repiten en mi mente una y otra vez como los pedazos recortados de una macabra pesadilla. No puedo dejar de pensar en ello. Y todo por mi culpa, por salvarme a mí.

¡Dios mío, es una locura!

Con los ojos atestados de lágrimas y llena de dolor, dejo que mi cuerpo resbale poco a poco por la pared de azulejos, hasta que quedo sentada en el suelo. Me rodeo las piernas con los brazos y rompo a llorar en un lamento para el que no encuentro consuelo, mientras el agua se desliza por mi pelo y mi piel.

Y me quedo así un rato, quizá un minuto, quizá una hora, con la barbilla apoyada en las rodillas. Siento como si las agujas del reloj se hubieran detenido de golpe, como si hubieran dejado de girar.

—¿Qué va a ser de mí si Darrell muere? —siseo entre lágrimas—. No... No puede morir. No puede dejarme sola. No puede dejarme sin él. No puede.

Salgo de la ducha, me pongo lo primero que pillo en el armario; un pantalón vaquero negro y un jersey de punto fino de color verde claro, y me seco rápidamente el pelo. No puedo perder un solo segundo.

—Quiero volver al hospital —digo, cuando entro de nuevo en el salón principal.

—Lea, ¿no quieres descansar un poco? —me pregunta Lissa con voz maternal—. Has estado toda la noche en el hospital, pendiente de la operación de Darrell.

—No puedo quedarme aquí —arguyo mortificada. Me paso las manos por el pelo recién seco y al que he recogido en un moño alto y me coloco unos mechones sueltos

detrás de las orejas—. La incertidumbre va a terminar con los pocos nervios que me quedan. Necesito estar con Darrell.

Lissa deja caer los hombros. Resopla resignada. Le agradezco que no insista más en que me quede en casa para descansar. En estos momentos me resulta imposible estar en un lugar que no sea el hospital, al lado de Darrell.

—¿No va a comer nada? —interviene Gloria, preocupada.

Hago una mueca con la boca.

—No tengo apetito —digo.

—¿Ni siquiera se va a tomar un café? —me propone.

Niego con la cabeza.

—Ya comeré algo en el hospital si me entra hambre —contesto.

Ni Lissa ni Gloria muestran una expresión de estar conformes, pero creo que no están dispuestas a llevarme la contraria. Ambas son conscientes del delicado estado en el que me encuentro y de lo mal que lo estoy pasando. Lo que menos necesito es discutir.

—Te acerco —dice Lissa.

—Si te viene mal, puedo ir sola o llamar a Woody, el chófer, para que me lleve.

—No entro a trabajar hasta dentro de una hora, así que me da tiempo a dejarte en el hospital y volver. No estás en condiciones de conducir sola, Lea y, además, prefiero llevarte yo.

—Gracias —le agradezco.

CAPÍTULO 64

—Si quieres, luego paso a recogerte —me dice Lissa de camino al hospital.

—¿No vas a quedar con Joey? —le pregunto algo extrañada, porque sé que se ven siempre que tienen un minuto libre. Lissa mantiene un sospechoso silencio—. ¿Va todo bien con él? —me intereso.

—No lo sé —me responde, transcurrido unos segundos.

—¿Qué ocurre? —insisto.

Lissa chasquea la lengua.

—No quiero preocuparte con mis tonterías, Lea. Bastantes quebraderos de cabeza tienes ya para andar pendiente también de mis cosas.

Entorno los ojos.

—Lissa, nada de lo que te pase es una tontería para mí. Ya lo sabes —le digo—. Por favor, cuéntamelo. ¿Qué ocurre con Joey?

Lissa se encoge de hombros con las manos en el volante.

—Está últimamente muy raro —desembucha al fin—. Apenas nos vemos, nunca tiene tiempo, y cuando nos vemos, cualquier cosa le viene bien para discutir. —Guarda silencio unos segundos—. A lo mejor ya no está enamorado de mí.

—Lissa, Joey te adora —afirmo—. Solo hay que ver cómo te mira.

—Pues parece que ya no me adora tanto —comenta Lissa con voz abatida.

—¿Te ha contado qué es lo que le pasa?

—No hago otra cosa más que preguntarle y él no hace otra cosa más que decirme que no le pasa nada. Ya no sé qué hacer —suspira.

—Quizá tiene problemas en el *Bon Voyage*... —sugiero.

Lissa gira el rostro hacia mí.

—Lea, le han ascendido a encargado de camareros. Laboralmente, nunca ha estado mejor que ahora —responde Lissa, tirando de lógica. Vuelve a prestar su atención al tráfico de Nueva York.

—Puede que sí. Pero mayor responsabilidad supone mayor estrés. Solo lleva unas semanas. Tal vez necesite un tiempo para adaptarse a su nuevo puesto de trabajo.

Lissa sacude ligeramente la cabeza de un lado a otro, poco convencida.

—Ya no sé qué pensar, la verdad, y tampoco sé que va a suceder con nuestra relación.

—Ten un poco de paciencia, Lissa —le aconsejo—. Te conozco y sé que te lías la manta a la cabeza y que dejas de ver las cosas con sentido común cuando estás ofuscada.

Lissa se muerde el labio inferior.

—A lo mejor tienes razón —dice—. A lo mejor es cierto que solo necesita un tiempo para adaptarse a su nuevo puesto de trabajo.

—Ya verás como todo vuelve a la normalidad —la animo.

—Ojalá, porque le quiero tanto, Lea. Tanto. Creo que ni él mismo es consciente de cuánto.

—Y Joey también te quiere mucho a ti —afirmo—. Está coladito por cada uno de tus huesos desde que te vio la primera vez en el Bon Voyage.

A Lissa se le escapa una risilla.

—Me acuerdo de aquel día. En lo primero en lo que me fijé fue en su culo —apunta, con el humor cambiado.

—Tú siempre te fijas en el culo de los tíos —subrayo.

—Es cierto, pero tengo debilidad por el culo de Joey.

Sonrío.

—Estás apunto de salivar, ¿verdad? —le pregunto en broma, al ver que se está relamiendo.

—No, ya estoy salivando —confiesa entre risas—. Qué bien me conoces.

—Somos amigas desde hace muchísimos años —empiezo a decir—. Eres como mi hermana. Sí, realmente se puede decir que te conozco como si te hubiera parido.

—¿Qué haría sin ti? —dice Lissa.

—Lo mismo que yo sin ti —respondo.

Ambas giramos el rostro para mirarnos.

—Nada —afirmamos a la vez.

Lissa me deja en la puerta del hospital y se va, sino no llegará al trabajo. Entro en el edificio y subo a la planta en la que se encuentra Darrell. Cruzo el pasillo y advierto a Michael al fondo, sentado en un sofá de piel que hay en una especie de sala de espera.

—¿Qué haces aquí, Lea? —me pregunta con voz suave—. Tenías que haberte quedado en casa y dormir un poco. Estás agotada —agrega.

—No puedo, Michael —digo, mientras me siento a su lado en el sofá—. No puedo estar en casa mientras Darrell está aquí. Además, no podría dormir aunque quisiera. No soy capaz de conciliar el sueño.

Michael asiente con expresión comprensiva en el rostro.

—¿Qué tal están los pequeños? —me pregunta, cambiando de tema.

—Muy bien. La verdad es que necesitaba verlos casi tanto como respirar —respondo—. Parece increíble, pero he tenido la sensación de que se alegraban de verme, como si supieran lo que ha pasado, y eso que todavía no han cumplido un año.

—James y Kylie son unos niños muy inteligentes —opina Michael—. Está claro que lo han heredado de sus padres.

Esbozo una sonrisa fugaz.

—Gracias —digo.

—¿Familia de Darrell Baker?

Una voz femenina interrumpe la conversación. Giramos el rostro hacia ella. A un par de metros de nosotros hay una mujer de unos cuarenta años aproximadamente, mulata, con los ojos negros y el pelo a lo afro, vestida con una bata blanca.

—Soy su esposa —me presento, levantándome como si hubiera recibido un calambre en las piernas.

—El doctor quiere hablar con usted, señora Baker.

—Sí, claro.

La enfermera mira a Michael.

—¿Usted es también familiar? —le pregunta

—Soy amigo íntimo de Darrell —aclara Michael.

—Entonces acompañe a la señora Baker, si es tan amable —le pide—. Lo que tiene que decirle el doctor Brimstone es importante.

Michael se incorpora del sofá mientras intercambiamos una mirada muda.

¿El doctor tiene que decirnos algo importante?, repito para mis adentros. ¿Qué será?, me pregunto.

Se me hace un nudo en el estómago. Desconozco la razón, pero tengo la sensación de que lo que nos va a decir el médico no es nada bueno. Me muerdo el interior del carrillo, nerviosa.

Por favor, que todo esté bien, lanzo al Cielo a modo de plegaria.

En silencio, seguimos a la enfermera, que nos guía a través de un pasillo estrecho con varias puertas a ambos lados. Abre una de ellas situada a la izquierda y nos invita a entrar.

—Gracias —decimos Michael y yo casi al unísono.

La enfermera asiente inclinando levemente la cabeza y cierra la puerta a nuestra espalda.

—Tomen asiento, por favor —nos pide el doctor Brimstone, señalando con el índice las sillas que hay delante de su escritorio.

—¿Mi marido está bien? —me adelanto a preguntarle, impaciente, al tiempo que me acomodo. Michael hace lo propio.

El médico se quita las gafas con montura al aire y las deja despacio sobre la mesa. Las prominentes bolsas que tiene bajo los ojos se acentúan con la luz natural de mitad de la mañana.

—Hemos conseguido estabilizar sus constantes vitales, pero ha entrado en coma. Las hemorragias internas que ha sufrido han lesionado la estructura del sistema nervioso central —nos informa.

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies como un latigazo. Durante unas décimas de segundo tengo la sensación de que voy a desmayarme.

CAPÍTULO 65

—En coma... —musito ausente.

El horror de la noticia me reseca la boca. De pronto parece que es de corcho.

—Lea, ¿estás bien? —me pregunta Michael, sujetándome por los hombros—. Estás muy pálida —observa.

—No puede ser... —sigo hablando para mí misma a media voz—. No... —Trago saliva con esfuerzo—. Dios mío, no puede ser. Mi amor... Oh, mi amor...

—¿Qué puntaje de coma tiene? —pregunta Michael.

Su voz suena emocionada. A él también le ha afectado esta noticia.

—En la escala del 3 al 15, con la que se miden los estados comatosos, en un 10. El señor Baker responde a algunos reflejos fugaces y la reacción pupilar existe, aunque es muy débil.

—¿Qué... Qué posibilidades tiene de despertar? —logro articular como buenamente puedo.

—Para serle sincero, señora Baker, es algo que no depende de nosotros, sino del propio paciente. No es una ciencia exacta. El coma puede durar días, semanas, o incluso años en los casos más graves —responde el doctor en tono neutro—. Por el momento le hemos entubado para que pueda respirar con normalidad y que los pulmones y el cerebro obtengan el oxígeno necesario sin que sufran un daño irreversible.

Santo dios...

—¿Podemos verle? —pregunto.

—Aún no —dice el doctor—. Esta tarde tendrán permiso para estar con él un rato. Aprieto los labios y asiento de manera imperceptible.

—¿Qué más puede pasar? ¡Joder, ¿qué más puede pasar?! —lanzo al aire con pesimismo, cuando salimos de la consulta del médico—. ¿Hasta cuándo va a seguir la desgracia cebándose con nosotros y con nuestro amor? —me lamento—. ¿Hasta cuándo?

—Darrell va a salir de esta, Lea. Estoy convencido de ello —afirma tenaz Michael—. A pesar de todos los obstáculos, no va a dar la batalla por perdida tan pronto. Ni nosotros tampoco —dice, alzando sus ojos grises y profundos hacia mí.

Me derrumbo en el sofá de la sala de espera y respiro hondo, recostando la cabeza en el respaldo. De pronto me siento muy cansada, como si me hubieran caído sobre los

hombros quince años de golpe. Arrastro la mirada hasta la ventana y hundo los ojos en el gris acerado que ha tomado protagonismo en el cielo de Nueva York.

Busco el móvil en mi bolso. Cuando doy con él, llamo a Janice para contarle lo que nos ha dicho el doctor Brimstone. Insisto varias veces seguidas, pero está apagado o fuera de cobertura.

—¿Has almorzado? —me pregunta Michael después de un rato en el que hemos estado embebidos en el más absoluto silencio.

—No.

—¿Por qué no bajamos a la cafetería del hospital y tomas algo?

—No tengo hambre, Michael —me excuso.

—Lea, tienes que comer.

Arrugo la nariz.

—Pero es que no tengo hambre.

—Ya, pero tienes que comer algo —insiste—. No puedes estar con el estómago vacío.

—Michael...

—Lea... —me corta con suavidad—. Para cuidar a Darrell en estos momentos, tienes que estar bien. Tienes que cuidarte tú primero —argumenta tratando de hacerme entrar en razón—. Debes de hacer un esfuerzo.

Lo miro a los ojos durante varios segundos y suelto el aire que tengo en los pulmones.

—Está bien —accedo al fin.

—Venga, vamos a la cafetería a comer algo —me anima.

—Vamos.

Bajamos a la primera planta, donde se encuentra la cafetería. Entramos y nos sentamos en la única mesa que hay libre. El resto están ocupadas por médicos, enfermeras y los familiares de los pacientes.

Michael se acerca a la barra y trae el descafeinado con leche que le he pedido y un enorme croissant de chocolate. Para él se trae un café solo.

—Gracias —digo.

Bebo un sorbo del descafeinado, me parto un trozo de croissant y me lo meto en la boca. Tardo en masticarlo porque el nudo que tengo en el estómago apenas deja que pase. Un rato después, trato de tragar el segundo trozo.

—¿En que hemos quedado, Lea? —me pregunta Michael, al ver que no estoy haciendo mucha intención por comer—. Come.

Sin decir nada me parto un nuevo trozo de croissant y me lo meto en la boca.

—Gracias por preocuparte por mí —le agradezco.

—Darrell me arrancaría la piel a tiras si se enterara de que no te he cuidado —bromea.

Fuerzo una sonrisa, pero creo que al final no me sale.

—Me siento tan culpable —confieso de pronto.

—Lea, tú no tienes la culpa de nada.

—Entonces, ¿por qué me siento como si hubiera sido yo la que hubiera empuñado la pistola? Ese disparo iba dirigido a mí.

—Darrell hizo lo que hubiera hecho cualquier persona en su lugar; hizo lo mismo que hubieras hecho tú.

—Sí, pero en este caso es Darrell el que está postrado en una cama, en coma —anoto.

—Podría ser peor, podríais estar los dos muertos —afirma Michael—. Si la policía no hubiera intervenido a tiempo, Stanislas también te hubiera matado a ti. A pesar de todo, Darrell está vivo.

—Sí, ¿pero en que estado?

—En el que sea, Lea, pero está vivo.

Pese a sus palabras, no puedo dejar de sentirme culpable. Darrell recibió la bala que Stanislas tenía preparada para mí, y ahora está pagando las consecuencias de ello.

—En el fondo eres tan parecida a Darrell —comenta Michael.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Él se sentía culpable de que te hubieran secuestrado.

Su afirmación me deja perpleja.

—¿Por qué? Darrell no tenía ninguna culpa de que Stanislas me secuestrara —digo.

Michael sonrío ligeramente.

—¿No te das cuenta de que es lo mismo? —alega. Me paro unos instantes a pensar en su reflexión mientras sigue hablando—. Darrell decía que tenía que haberte protegido.

—Protegido, ¿de qué?

—De su mundo, de las circunstancias que lo rodean —responde Michael. Pero no termino de entender lo que Darrell quería decir—. Darrell es uno de los hombres más poderosos de EE.UU. y eso conlleva un peligro. Se culpaba por no haber sido más precavido, sobre todo, después de pasar por la cárcel.

Tomo aire y niego con la cabeza.

—Darrell no fue responsable de mi secuestro —atajo.

—Ni tú de que Stanislas le disparara —se apresura a decir Michael—. ¿Puedo decirte algo?

—Sí.

—En este mundo solo somos responsables de lo que hacemos, no de lo que hacen los demás. Tenemos que apechugar con las consecuencias de nuestros actos, no con las consecuencias de los actos de los demás, aunque nos afecten.

Cojo la taza del descafeinado entre las dos manos y doy un sorbo. Suspiro.

—¿Por qué se tienen que complicar las cosas tanto? —pregunto.

—Porque la vida no está dispuesta a poner las cosas fáciles —dice Michael en tono resignado—. Y ahora termínate el croissant —añade.

CAPÍTULO 66

Cuando subimos de nuevo a la planta donde está Darrell, Michael recibe una llamada en su móvil.

—¿Y no lo puedes resolver tú? —le oigo decir a la persona que está al otro lado. Hay un silencio—. Está bien. Voy para allá. —Michael cuelga el teléfono—. Tengo que ir a la empresa a resolver un asunto —me dice.

—¿Es algo grave? —le pregunto.

Michael menea la cabeza de derecha a izquierda, quitándole hierro.

—No es nada importante —dice—. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Ve tranquilo —le digo.

—Vendré esta tarde.

—Ok.

—Si necesitas algo o quieres que te traiga alguna cosa, lo que sea, me llamas, ¿vale?

—Vale.

—Te veo luego —se despide, dándome un beso en la mejilla.

—Hasta luego —digo.

Me quedo con la vista fija en Michael hasta que su silueta desaparece por el pasillo del hospital. En esos momentos, es mi teléfono móvil el que suena. Abro el bolso y lo cojo. Es Janice, la madre de Darrell.

—Hola, Janice —la saludo.

—Hola, cariño —me dice ella—. Vamos de camino a Nueva York. Hay lugares en los que no tenemos cobertura. Lo siento, pero no he visto tu llamada hasta ahora. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—No muy bien, Janice —respondo desalentada—. Y Darrell tampoco lo está —me adelanto a decir—. Él médico ha hablado hace un par de horas con Michael y conmigo... —Hago una pequeña pausa—. Darrell ha entrado en coma.

Al otro lado de la línea se hace un profundo silencio. Tan profundo como el vacío que habita en el fondo de un pozo.

—Dios mío, Lea —murmura Janice, con una mezcla de incredulidad y estupefacción en la voz.

—Le han entubado para que pueda respirar con normalidad —le explico, tratando de no llorar, aunque lo logro con mucho trabajo.

—¿Le has visto? ¿Has visto cómo está? —me pregunta la madre de Darrell llorando.

—No —niego—. Hasta esta tarde no podemos verlo.

—Esta misma tarde llegaremos nosotros —comenta Janice.

—Aquí os espero —digo—. Excepto para darme una ducha y ver a los bebés, no me he ido del hospital.

—Lea, tienes que descansar —me aconseja Janice en tono maternal.

—No puedo quedarme en casa mientras Darrell está aquí. —Chasqueo la lengua—. Me siento tan mal, Janice —le confieso con la voz rota—. Tan mal... Tengo el corazón destrozado.

—Tranquilízate, cariño —me dice—. Tú tampoco lo has pasado bien con todo lo del secuestro.

—Es tan injusto —me lamento.

—Claro que es injusto, pero tanto para Darrell como para ti —asevera Janice entre sollozos—. Ya habéis pasado por demasiados sinsabores.

—Pues parece que no han sido suficientes —me quejo—. Tengo miedo, Janice. Mucho miedo.

—Yo también, pero no podemos perder la esperanza, Lea. Debemos de aferrarnos a ella como si nuestra vida dependiera de ello.

—Es cierto, debemos de aferrarnos a ella como un clavo ardiendo, porque es lo único que tenemos.

Janice me habla, pero oigo su voz entrecortada debido a las interferencias que se están colando en la llamada.

—No te escucho bien —le digo.

—Yo... ti... tam... poco. Cariño,... vem... os es... tarde —me dice de forma discontinúa.

—Hasta luego —me despido.

Pero a Janice no le da tiempo a despedirse, porque la llamada se corta, dejándome casi con la palabra en la boca.

Guardo el móvil en el bolso y lo cierro. Apoyo la cabeza en el reposabrazos del sofá. Una espiral de tristeza y cansancio se apodera de mí y me sumerge en un duermevela ligero que se plaga de inmediato de pesadillas. Sueño con una nave llena de noche, de oscuridad, un hombre de rasgos rudos y voz ajada, una pistola pegada amenazadoramente a mi sien, mi cuerpo temblando, y un disparo que le atraviesa el abdomen a Darrell, y sangre, mucha sangre rodeándonos por todas partes.

—Señora Baker... Señora Baker...

Noto una mano sacudiéndome ligeramente el hombro. Me despierto sobresaltada con una película de sudor empapando mi frente. Me siento en el sofá y pestañeo varias veces seguidas para enfocar a la persona que me está llamando. Es la enfermera del doctor Brimstone.

—¿Si? —siseo.

—Ya puede ver a su esposo —me dice con una sonrisa afable—. Venga conmigo, por favor.

El corazón me da un brinco. ¡Por fin puedo ver a Darrell!

—Por supuesto —asiento.

Mientras me conduce a la habitación donde está Darrell, me paso la mano por la frente para enjugarme el sudor y consulto mi reloj de muñeca: son las cuatro y media de la tarde. Creo que he dormido unas cuatro horas. Las primeras cuatro horas en días.

La enfermera del doctor Brimstone abre una puerta blanca emplazada al fondo de una especie de salita y me cede el paso.

Mis ojos van antes que mis pies. En cuanto veo a Darrell postrado en la cama, con el tubo de la respiración artificial introducido en la boca y lleno de cables por todos lados, siento como si un puño me estrujara el corazón.

—Dios mío... —digo en un hilo de voz apenas audible.

Avanzo pausadamente al tiempo que la enfermera me adelanta y se acerca a los monitores que hay en el cabecero de la cama. Les echa un vistazo y cuando comprueba que todo está correcto, gira el rostro hacia mí. A estas alturas, mis ojos están arrasados en lágrimas.

—Sé que es muy duro —me dice en tono comprensivo—. Pero tiene que ser fuerte. Háblele, cuéntele que usted está bien y que pronto él también estará bien... —Asiento en silencio, mordiéndome el interior del carrillo—. Os dejo solos un ratito —concluye la enfermera a modo de guiño.

—Gracias —digo a media voz.

La enfermera sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Mi amor... —le susurro a Darrell con la voz ahogada por la emoción.

Me inclino, le doy un beso en la frente y le abrazo con mucho cuidado para no dar un golpe al tubo de la boca. Cuando me incorporo, paso la mano por su mejilla. No puedo dejar de tocarle la cara. Necesito que reconozca mis caricias, mi calor, que sepa que estoy aquí, que le quiero más que nunca.

Me siento en la silla que hay al lado de la cama y durante un rato permanezco en silencio, observándole, con un nudo en la garganta que amenaza con estrangularme. La piel ha perdido el color, está macilento y su rostro posee la inexpressión y la quietud de una estatua de mármol. Sin poder controlarme, rompo a llorar desconsoladamente. Las lágrimas surcan mi rostro de forma precipitada.

—No estoy... —comienzo a decir con la voz entrecortada—. No estoy preparada para quedarme sin ti, Darrell. No lo estoy. Ya me quedé sin mi madre, sin mi padre... No puedo quedarme también sin ti. No puedo. Tienes que luchar —afirmo—. Tienes que luchar, ¿me oyes? Tienes que luchar como siempre has hecho, como siempre hemos hecho. Por ti, por mí, por los niños.

Me acerco a él. Suavemente, rozo su mejilla con la punta de mi nariz.

—Yo voy a estar aquí —susurro—. Siempre voy a estar aquí para ti.

La puerta de la habitación se abre despacio y la enfermera del doctor Brimstone asoma la cabeza por un lado.

—Se ha acabado el tiempo —anuncia.

—¿Tan pronto? —me quejo.

—Mañana podrás estar otro ratito con él —responde con una sonrisa.

Suspiro profundamente antes de volver la cabeza.

—Vale —cedo al final, resignada.

Me levanto de la silla y deposito un beso cargado de ternura en la frente de Darrell.

—Hasta mañana, mi amor —me despido.

Cojo el bolso, camino lentamente hacia la puerta y, derrotada, salgo de la habitación. Al llegar a la sala de espera donde he estado hace unos minutos, me encuentro con Janice, Randy, el padrastro de Darrell, y sus hermanos, Andrew y Jenna. Me alegra tanto verlos y que por fin estén aquí. Su presencia es un consuelo.

Janice abre los brazos y yo me echo a ellos como si fuera un ángel caído del cielo.

—Acabo de verle —digo entre sollozos—. Te destroza el corazón.

—Ya, cariño, ya... —me calma Janice, que llora conmigo.

—¿Por qué ha tenido que pasar esto? ¿Por qué? —pregunto.

—Tenemos que ser positivos —dice Jenna, pasándome la mano por el hombro.

Me giro hacia ella y nos unimos en un abrazo.

—Sí, tenemos que ser positivos —repito.

—¿Podemos verle? —me pregunta Andrew.

—Yo creo que sí —respondo, saludándolo con un par de besos—. Hablaremos con el médico para que os deje entrar.

CAPÍTULO 67

—Y por qué ha de ser bondadosa? —replicó miss Havisham golpeando el suelo con su bastón y enfureciéndose tan rápida e inesperadamente que incluso Estella la miró extrañada.

Mi queja era una debilidad en la que yo no había pensado caer; y así se lo dije cuando ella se quedó meditando en silencio después de su violenta protesta.

Dejo de leer en alto y cierro el libro *Grandes Esperanzas* de Charles Dickens, el preferido de Darrell. Alzo la vista y lo miro durante unos segundos. En estas cuatro semanas su rostro ha ganado un poco de color. Afortunadamente la herida de la bala ha cicatrizado sin problemas, los órganos dañados también y ahora es capaz de respirar por sí mismo. Su cuerpo se ha recuperado, pero no sabemos cuándo recuperará la consciencia, si la recupera...

Las semanas pasan con una lentitud exasperante mientras sigue postrado en la cama. Vengo a verlo todos los días y estoy con él todo el tiempo que me dejan. Le leo fragmentos de sus obras favoritas, le doy mimos, le cuento cómo están James y Kylie; las cosas nuevas que hacen cada día, y como es mi vida sin él, cómo lo echo de menos y cómo me duele verlo en estado casi vegetativo.

Alguien llama a la puerta con un suave toque de nudillos.

—Adelante —digo.

—¿Se puede? —pregunta Michael con una breve sonrisa.

—Claro —digo en tono afable.

Michael entra en la habitación y cierra la puerta. Avanza hacia mí, se inclina y me da un par de besos en las mejillas.

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondo con voz apagada.

—¿Segura?

—Sí —afirmo, asintiendo varias veces con la cabeza.

Se sienta en la silla que hay a mi lado.

—¿Hoy toca Charles Dickens? —comenta apuntando el libro que descansa en mis rodillas.

—*Grandes Esperanzas*, el libro preferido de Darrell —contesto.

—Siempre ha sido un apasionado de la obra de Dickens —anota Michael. Hace una pausa y se pasa la mano por la nuca varias veces. No sé si son solo imaginaciones mías, pero creo que le preocupa algo—. Quería hablarte de un asunto importante, Lea.

¿Habrá problemas en la empresa?, me pregunto en silencio.

—Tú dirás —digo, dejando el libro sobre la mesa que hay al lado del cabecero de la cama.

—Ya ha pasado un mes desde que Darrell está en coma y... alguien tiene que ponerse al frente de la empresa, Lea —dice—. Mantener tanto tiempo un vacío de poder no es bueno.

Frunzo el ceño.

—Entiendo. ¿Y en quién has pensado? —le pregunto.

—En ti.

La respuesta de Michael me deja atónita, incluso noto que un ligero calor invade mis mejillas.

—¿En mí? —repito, como si no lo hubiera escuchado bien.

No, no, no, me niego a mí misma. ¿Qué está diciendo? ¿Acaso Michael se ha fumado algo? ¿Cómo voy yo a dirigir el emporio de Darrell? ¿Está loco?

—Eres la persona más indicada para que se ponga al frente —asevera convencido.

—No es una buena idea, Michael —le contradigo.

Me coloco el pelo detrás de las orejas.

—¿Por qué?

—Porque... —comienzo a decir, titubeante—. Porque yo no tengo ninguna noción para dirigir una empresa de la envergadura de la de Darrell... Bueno, ni para dirigir ninguna empresa, aunque sea pequeña. Acabo de graduarme y no tengo práctica en...

—Lea, eres brillante. Darrell siempre lo dice —alega Michael, cortándome con voz suave.

—Darrell me ve con buenos ojos —refuto.

—No, Lea. Yo sé que eres brillante y la persona más in...

—¿No puedes quedarte tú al frente? —lo interrumpo.

—No, Lea. Yo he estado haciendo algunas funciones hasta ahora, pero me es imposible seguir. Tengo que ocuparme de los asuntos legales de la empresa. No puedo encargarme de las dos cosas a la vez.

—¿Y no puede otro abogado encargarse de los asuntos legales y tú dirigir la empresa? —propongo—. Seguro que Darrell estaría de acuerdo.

—No —niega Michael con la cabeza—. Los asuntos legales y jurídicos son muy delicados; no se pueden dejar en las manos de cualquiera. —Guarda silencio un momento antes de añadir—: Lea..., sabes perfectamente que Darrell no le confiaría esa tarea a nadie que no fueras tú.

Lo miro fijamente a los ojos, pensativa.

—Pero no tengo ninguna experiencia —insisto, para ver si logro hacerle desistir de su idea.

—No te preocupes por eso. Yo te ayudaré —replica—, y también puedes contar con el equipo de administración. Te pondremos al día sobre los asuntos más

importantes y el resto de cosas las irás aprendiendo sobre la marcha. Estoy seguro de que te vas a defender bien.

Sacudo la cabeza, agobiada.

—Yo no estoy tan convencida —digo pesimista.

—Lea, no sabemos cuánto tiempo va a estar así Darrell y, como te he dicho, el vacío de poder es peligroso, porque pone nervioso a los clientes, sobre todo cuando se alarga en el tiempo.

Trago saliva.

—No sé qué hacer...

Mi cabeza está llena de dudas, de inseguridades y de miedo; de mucho miedo. Comienzo a mordisquearme el interior del carrillo.

—Al menos prométeme que te lo pensarás —me pide Michael como último recurso.

—Está bien, te prometo que me lo pensaré —respondo finalmente.

Giro el rostro y miro a Darrell. Michael está en lo cierto cuando dice que no le confiaría esa tarea a otra persona que no fuera yo, o a él, su mejor amigo. Máxime después de lo que pasó con el cabrón de Paul y el antiguo equipo de administración. Pero eso no impide que yo sienta un inmenso vértigo ante la idea de ponerme al frente de su imperio, porque eso es lo que tiene Darrell, un imperio. No es cualquier empresa, ni Darrell cualquier empresario. Es uno de los hombres más poderosos e influyentes del país. Miles de trabajadores dependen de él y de su buen hacer, y si acepto la propuesta de Michael, ahora lo serán del mío.

¡Es demasiado peso para mis hombros!

—Todo va a ir bien —me anima Michael, que adivina lo que está pasando por mi mente.

Lanzo un suspiro al aire sin decir nada. ¿Por qué yo no estoy tan convencida de ello?

CAPÍTULO 68

—¿Los bebés ya toman papilla? —comenta Lissa mientras hace una pederreta a James, que le responde a su vez con otra.

—Sí, me lo ha recomendado el pediatra. Porque cada vez tienen más apetito y ya no se sacian ni con mi leche ni con el biberón —le explico.

—Por eso están tan grandes y tan guapos —le dice Lissa a Kylie—. Tenéis unos hijos preciosos —opina—. Claro que hay que ver a los papás...

Paso a Lissa uno de los cuencos de papilla que acabo de preparar, para que le dé de comer a Kylie. Sonrío débilmente ante su comentario.

Lissa alza los ojos hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta, advirtiéndome que le estoy dando vueltas en la cabeza a alguna cosa—. Estás preocupada por algo, ¿verdad?

Dejo caer los hombros.

—Michael quiere que dirija la empresa de Darrell —digo sin preámbulos, mientras pongo el babero a Kylie.

Lissa abre los ojos de par en par.

—¡Júralo! —exclama como es su costumbre cuando algo le deja perpleja.

—Lo juro —respondo, siguiendo nuestro particular protocolo.

Abrocho el babero a James.

—Hostia puta, hostia puta, hostia puta —murmura Lissa por triplicado—. Vas a ser la directora de una de las mayores empresas de EE.UU —comenta.

—No sé si voy a aceptar —digo.

—¿Por qué?

Lissa parece sorprendida por mi respuesta.

—Porque no me veo capacitada para ponerme al frente de una empresa de la envergadura que tiene la de Darrell —respondo.

Me siento frente a la trona de James. Cojo una cucharadita de papilla del cuenco y se la introduzco en la boca.

—¿Está rica, mi amor? —le pregunto con voz suave.

James me regala una sonrisa que me tomo como un «sí».

—¿Porque no te ves capacitada? —repite Lissa ceñuda—. ¿Cómo que no te ves capacitada?

—Darrell es un hacha para los negocios y las finanzas. Le he visto trabajar, y a eficiente no le gana nadie. Yo no cuento con su visión ni con su eficacia —argumento.

—Eso no lo sabes —se apresura a rebatirme Lissa.

—Claro que no lo sé; porque no tengo ningún tipo de experiencia en ese campo.

—Pero eso no es un problema. La experiencia se adquiere con el tiempo. Nadie nace enseñado.

—¿No crees que va a ser demasiada experiencia de golpe? —digo con un viso de preocupación en la voz—. Solo aquí en Nueva York tendré al cargo a más de mil empleados.

—¿Demasiada experiencia de golpe? ¿Para ti? —Lissa sacude la cabeza. Después da una cucharada de papilla a Kylie, que la engulle sin rechistar—. Lea, eres una todoterreno. Solo hay que echar un vistazo a tu vida para saber por qué lo digo.

—Lissa, esto no es lo mismo... —arguyo.

—Sí lo es.

—No, no lo es. La empresa de Darrell no es cualquier empresa. Tú misma lo has dicho, es una de las más grandes de EE.UU. ¿Qué narices voy a hacer yo allí? —pregunto con ironía.

—Dirigirla —asevera Lissa.

—Lo dices como si fuera tan sencillo.

—No es sencillo, Lea. Probablemente sea muy complicado; es muy complicado, pero estoy convencida de que eres la persona idónea para ello.

—Eso mismo dice Michael.

—Somos dos contra una —afirma Lissa, cómplice—. Deberías hacernos caso, y a Darrell también —añade—. Seguro que estaría con Michael y conmigo.

—No me cabe ninguna duda —apunto, rebañando el cuenco de papilla con la cuchara y dándosela a James—. Solo hay que ver la de discusiones que hemos tenido a consecuencia de mi negativa de querer trabajar en su empresa, pese a su insistencia. —Hago una pausa y le limpio los berretes a James—. Siento vértigo, Lissa. Un profundo vértigo —le confieso—, y miedo —añado.

Lissa termina de dar la última cucharada a Kylie, gira el rostro hacia mí, me mira con sus ojos azul oscuro y me pasa la mano por la espalda cariñosamente.

—Entiendo tu vértigo y tu miedo. Yo también lo tendría. Pero tú eres muy valiente, Lea —asevera—. De hecho, para mí eres la persona más valiente del mundo.

Lissa me pasa el brazo por los hombros y me aprieta contra ella. Ladeamos las cabezas y las juntamos.

—¿Tú crees?

—No lo creo, estoy segura de ello —dice.

Sonríó débilmente.

James y Kylie nos miran con sus boquitas abiertas, después dan palmas y sonrían, soltando una sonora carcajada que inunda toda la cocina. Lissa y yo nos echamos a reír, contagiadas por su inocente alegría.

—Que vueltas da la vida... —comenta Lissa.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te acuerdas cuando la empresa de Darrell era solo el imponente edificio que había frente al Gorilla Coffee?

Traigo hasta mi memoria aquella época.

—Sí, es verdad —digo—. Recuerdo la sensación que tuve el día que fui por primera vez al despacho de Darrell, cuando me hizo su... insólita proposición, y yo, ingenua de mí, iba pensando que me ofrecería un empleo. El edificio parecía un enorme monstruo negro dispuesto a engullirme; y el día que fui para finalmente aceptarla, uff... De pronto, todo, incluso el edificio, adquirió una dimensión diferente para mí, pese a que lo había visto centenares de veces desde el Gorilla Coffee.

Sonrío con tristeza.

—¡Y ahora vas a dirigirla! —exclama Lissa para animarme, al ver que los recuerdos de Darrell me han ensombrecido la expresión.

—Todavía no sé si voy a aceptar —comento.

—Tienes que decir que sí. La empresa de Darrell no va a estar en mejores manos que en las tuyas. Después de todo lo que pasó con la red de tráfico de drogas y demás, no creo que sea adecuado dejar al mando a alguien que no sea de vuestra entera confianza.

Miro a Lissa.

—Parece que te has puesto de acuerdo con Michael —apunto.

—¿Por qué lo dices? —me pregunta Lissa.

—Porque me estás diciendo lo mismo que me ha dicho él —respondo.

—No me he puesto de acuerdo con Michael. Simplemente los dos estamos pensando con sentido común.

—¿Me estás diciendo que yo no pienso con sentido común? —bromeo.

Lissa se echa a reír.

—Estoy diciendo que lo más sensato es que aceptes la propuesta de Michael de ponerte al frente de la empresa de Darrell —contesta Lissa—. Eres su esposa y una de las mentes más brillantes que conozco —concluye.

James y Kylie saltan al unísono en sus tronas y gritan alegres, como si hubieran entendido lo que Lissa ha dicho y estuvieran totalmente de acuerdo.

—¿Ves? —dice Lissa sonriente—. James y Kylie también piensan como yo, y como Michael y como lo haría Darrell.

Giro el rostro hacia ellos.

—¿Vosotros también? —digo, fingiendo que los regaño—. ¿Vosotros también os ponéis en mi contra?

Ruedan sus vivos ojos hasta posarlos en mí y golpean la bandeja de las tronas con las palmas de las manos mientras carcajean y hacen pedorretas.

—Creo que ha quedado claro cuál es su postura —interviene Lissa.

Resoplo.

—Ya veo —apunto—. Ten hijos para esto —afirmo, poniendo los ojos en blanco.

CAPÍTULO 69

Por la tarde, como es costumbre, voy al hospital a ver a Darrell y a estar un ratito con él. Cuando llego, la enfermera de piel color café y leche del doctor Brimstone sale a mi encuentro.

—Buenas tardes, señora Baker.

—Buenas tardes —correspondo a su saludo.

—Hoy se le acumulan las visitas a su esposo —me dice afable.

Arrugo la frente.

—¿Qué quiere decir con que se le acumulan las visitas a mi esposo? —repito.

—Ha venido a verlo una chica joven. Está con él en estos momentos —me dice la enfermera.

¿Una chica joven?

Durante unos segundos me quedo pensando quién puede ser. Janice y los hermanos de Darrell se han marchado hace unos días a *Port St. Lucie*, después de permanecer un mes entero en Nueva York, a la espera de que Darrell despertara del coma. Pero la vida tiene que seguir.

—Gracias —le digo únicamente, sin caer en quién puede ser.

Cruzo el corto pasillo que lleva a la habitación en la que está Darrell y abro la puerta. Sea quien sea quién esté dentro, no puede esperar que pida permiso para entrar. Junto a la cama, de pie y de espaldas, hay una chica joven, como ha dicho la enfermera. Es alta, delgada, con el pelo perfectamente liso, como una tabla de planchar, y está vestida con un traje de chaqueta y falda marrón. El sol que se filtra por la persiana a medio subir de la ventana le roba destellos dorados a su impecable melena rubia.

Susan.

De pronto siento una punzada de celos cuando veo que tiene cogida la mano de Darrell.

Cuando repara en mi presencia, se da la vuelta y levanta la mirada, es entonces cuando nuestros ojos se encuentran. Suelta la mano de Darrell, sin embargo, no atisbo en ella ninguna señal de que sienta vergüenza o reparo por haberle pillado acariciando la mano de mi marido.

—Hola —dice, con toda la tranquilidad del mundo.

—Hola —le saludo con voz cortante, adentrándome en la habitación.

¿Qué coño hace aquí? ¿A qué ha venido?, me pregunto en silencio, malhumorada. Niego con la cabeza para mí misma. Para qué me lo pregunto si sé sobradamente la respuesta.

Respiro hondo intentando mantenerme templada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con voz medida.

—He venido a ver al señor Baker.

La respuesta debería de sonar inocente. Lo haría si viniese de cualquier otra persona, incluso de Sarah, la otra secretaria de Darrell, pero no viniendo de ella.

—¿En calidad de qué vienes, Susan? —me atrevo a preguntarle, al comprobar su falta de decoro y su descaro.

—No entiendo... —dice, fingiendo extrañeza.

Sí que me ha entendido. Claro que me ha entendido. Lo sé por la expresión en que ha demudado su rostro.

—Si fuera Sarah la que estuviera aquí, pensaría que es por la estima o afecto que le tiene al que es su jefe. Pero en tu caso no lo tengo claro —digo.

—No sé qué quieres decir —insiste, como si realmente ignorara adónde quiero llegar.

—Que no sé si estás aquí en calidad de su secretaria, compañera de trabajo..., o en calidad de enamorada —suelto, sin cortapisas en la lengua, porque de pronto me he cansado de dar rodeos estúpidos.

Susan levanta la barbilla. Sus ojos azules albergan un nítido destello de desafío.

—Dime Susan, ¿en calidad de qué has venido a ver al señor Baker? —le pregunto de nuevo.

—No creo que eso sea importante —espeta trascurrido unos segundos.

—Para mí, sí. Para mí es importante —digo manteniendo la calma—. Que no se te olvide que estamos hablando de mi marido y del padre de mis hijos —le recuerdo.

—Todavía me pregunto qué vio en ti —murmura, arrastrando una mirada embelesada hacia Darrell—. No dejas de ser una chica normal, con un rostro normal, un cuerpo normal... —enumera con desprecio.

La sangre comienza a bullir en el interior de mis venas. Aprieto los dientes y me obligo a mantener la calma. Si no lo hago, voy a terminar clavándole alfileres entre sus perfectas uñas postizas.

—Desde luego en mí vio algo que tú no tienes —arguyo—, y que probablemente nunca tendrás.

Susan sonrío con amargura.

—Somos muchas las que hemos pretendido en vano ser la señora Baker, pero solo tú lo has conseguido —afirma, y no sé si tomármelo como un halago o como un insulto, porque su tono de voz no me gusta nada—. Claro, que ayuda quedarse preñada.

Sin pensármelo dos veces, doy un par de zancadas, me acerco a ella y le agarro del brazo.

—No te voy a consentir que me taches de lo que no soy —le digo a media voz—. Y tampoco te voy a consentir que vengas aquí a faltarme al respeto.

Tiro de ella de malas maneras y la saco al pasillo. No estoy dispuesta a hablar de esto ni de nada con Susan delante de Darrell. Si ella no respeta estar en un hospital y en presencia de una persona en estado de coma, yo sí.

—Tienes que reconocer que fue un golpe maestro, un golpe de gracia —ironiza, una vez que estamos fuera de la habitación—. Fuiste muy lista.

—¿Eso es lo que hubieras hecho tú? —le echo en cara—. ¿Quedarte embarazada para... atraparlo? ¿Eres de ese tipo de mujeres? —Susan da un tirón y se suelta de mi mano, molesta—. ¿O crees que Darrell es tan tonto para caer en una treta así? ¿En el siglo XXI? —me mofo—. Estás enamorada de él, pero dejas claro que no le conoces en absoluto.

—Yo le quiero —confiesa.

—Sé que nadie puede ponerse en contra del corazón, pero deberías empezar a mirar hacia otro lado —digo—. El señor Baker está casado y tiene dos hijos.

—No necesito que me des consejos.

—Tómalo como quieras. Como un consejo, como una advertencia o como una amenaza, pero hazme caso.

Susan entorna los ojos y me mira.

—Quizás ahora ya no sea para ninguna de las dos —afirma, y en su tono hay mordacidad. Una mordacidad que me gustaría hacer que se tragara de un puñetazo. ¿Cómo puede ser tan mala? ¿Cómo puede ser capaz de insinuar que Darrell no va a despertar nunca y que por eso tampoco estará conmigo?

—No quiero que vuelvas a venir aquí —le ordeno tajante, sin un solo titubeo en la voz—. No quiero volver a encontrarte en la habitación de mi esposo. Si te vuelvo a ver a cien metros de aquí, le pediré al personal del hospital que te prohíban entrar. ¿Te queda claro?

Susan no pronuncia palabra, pero me fulmina con la mirada. Se recoloca el asa del bolso en el hombro, se da media vuelta y se va con pasos acelerados.

Cuando la veo alejarse por el pasillo, suelto el aire que he estado reteniendo en los pulmones, agotada.

CAPÍTULO 70

Cabizbaja, entro de nuevo en la habitación. Me aproximo a Darrell y le acaricio la mejilla. Está tan quieto que parece una esfinge.

—Hola, mi amor —susurro.

Me inclino y le doy un beso en los labios. Lo hago con mucha suavidad, como si realmente fuera una figura de porcelana extraordinariamente fina y se fuera a romper en mil pedazos. Cojo una de las sillas y me siento al lado del cabecero de la cama.

—Al final te vas a salir con la tuya —bromeo, esbozando una sonrisa con sabor agridulce—. Al final voy a trabajar en tu empresa, tal y cómo querías. Michael dice que tiene que ponerse alguien al frente, que mantener este vacío de poder es peligroso. Ya sabes que me ha propuesto que sea yo quien la dirija... —Guardo silencio un momento. Me muerdo el interior del carrillo—. No sé si estoy preparada, Darrell. De verdad que no lo sé... De lo que sí estoy segura es de que Michael y Lissa tienen razón. No podemos dejar la empresa en manos de cualquiera, no después de lo que pasó con Paul. Sé que a ti no te gustaría que se encargara de ella alguien que no seamos Michael o yo. Y Michael no puede. Bastante tiene con ocuparse de los problemas legales que surgen de una empresa de la envergadura de la tuya.

—Me alegro mucho de que finalmente vayas a dirigir la empresa.

La voz de Michael a mi espalda me sobresalta. Doy un respingo. Giro el rostro hacia él.

—No sabía que estabas ahí —digo.

—Discúlpame —dice con voz suave—. No quería asustarte. He llamado a la puerta, pero no me has oído.

—Lo siento. Pierdo la noción cuando estoy con Darrell —me justifico.

Michael viene hacia nosotros y se sienta a mi lado.

—Me alegro de la decisión que has tomado —repite.

—No sé si lo más acertado es que me ponga al frente de la empresa de Darrell, pero sé que es lo que él querría —digo—. Y también que sería un imprudencia poner al mando a un extraño.

—Es lo más acertado, Lea —afirma Michael.

Suspiro.

—Me gustaría estar tan convencida como tú y como lo está Lissa...

—No es una decisión tomada al azar —asevera—. Está meditada, muy meditada. Estoy seguro de que lo vas a hacer bien.

—¿Y si se me queda demasiado grande? ¿Y si no puedo afrontarlo? —pregunto, con la mirada vibrante.

—Lo estás haciendo. Ya lo estás afrontando. Lea, eres una mujer fuerte y valiente y no hay nada que pueda quebrantar el espíritu de una mujer fuerte y valiente, y menos una empresa —concluye en tono divertido.

—¿Aunque esa empresa tenga solo en Nueva York más de mil empleados? —sigo la broma.

—Aunque esa empresa tenga solo en Nueva York más de mil empleados —repite distendido Michael—, y más de cincuenta mil en todo EE.UU —añade.

Resoplo, apartándome varios mechones de pelo que caen por mi frente.

—¿Cuándo empiezo? —le pregunto.

—¿Qué te parece mañana mismo?

Alzo las cejas.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—Cuanto antes, mejor —apunta Michael.

—Está bien... Supongo que tengo que coger el toro por los cuernos.

Michael sonrío, asintiendo.

Giro el rostro y miro a Darrell. Daría cualquier cosa por ver en su cara una de esas sonrisas de triunfo que extiende secretamente en sus labios cuando finalmente consigue llevarme a su terreno.

—Darrell estará muy orgulloso de ti —dice Michael.

—Eso será si antes no hago que la empresa quiebre —ironizo.

Michael suelta una carcajada y niega con la cabeza para sí.

Salgo de la ducha y me pongo el albornoz.

Un soplo de luz del amanecer entra por los ventanales, bañando el dormitorio de una tonalidad rosa pastel. Abro el armario y busco un modelo acorde con la empresa de Darrell y con el cargo que voy a desempeñar en ella. Tiene que ser formal, pero sin que me haga parecer una antigualla. A ser posible oscuro y no muy corto.

Repaso con la mirada cada una de las prendas que cuelgan de la barra hasta que doy con un vestido negro, largo hasta la rodilla. Es de manga corta, con escote redondo y un cinto que se ajusta a la cintura.

—Perfecto —murmuro satisfecha—. Ahora el pelo —digo frente al espejo del cuarto de baño, una vez que estoy vestida.

No puedo hacerme mi habitual moño despeinado. No es apropiado y aparte a Darrell no le gusta mucho. Sonrío. De hecho no le gusta nada. Siempre que puede me lo deshace y me suelta el pelo. Le encanta olerlo y acariciarlo metiendo los dedos entre los mechones.

Al final me hago la raya al lado y me recojo la melena en un moño que sujeto en la nuca, pero sin apretarlo mucho. Para aportar un toque juvenil y fresco al atuendo, me maquillo los labios con un poco de *gloss* y me doy colorete rosado en las mejillas.

Estoy lista.

Bajo las escaleras y me dirijo a la cocina, donde me encuentro a Gloria, que ha comenzado con las tareas del día.

—¿Se marcha ya? —me pregunta.

—Sí.

—Ahí tiene preparado su descafeinado con leche —dice.

—Mil gracias, Gloria —digo, cogiendo la taza que me señala y dando un sorbo.

—¿No se va a sentar?

Niego con la cabeza.

—No.

—Así no le va a sentar bien el descafeinado —apunta en tono maternal.

—Tengo prisa —me excuso.

—Pero si es la jefa —bromea—. Puede llegar tarde.

—Sí, pero no el primer día —digo, dejando la taza sobre la mesa.

Gloria sonrío, cómplice conmigo.

—Mucha suerte —me dice.

—Gracias —le agradezco. Antes de girarme le digo—: James y Kylie siguen dormidos. —Me doy la vuelta, pero antes de salir, en el umbral de la puerta, me giro de nuevo—. Gloria, acuérdesse de aumentarles la dosis del biberón.

—No se preocupe —me dice.

—Gracias.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

CAPÍTULO 71

Cierro la puerta de casa detrás de mí y desciendo los tres peldaños del porche.

—Buenos días, señora Baker —me saluda el chófer de Darrell, que me espera de pie, con las manos cruzadas a la espalda, junto al Jaguar.

—Buenos días, Woody —digo.

—¿Está bien? —me pregunta, refiriéndose a la tarea que tengo por delante.

—Estoy bien —suspiro. Woody alarga el brazo y con profesionalidad me abre la puerta del coche—. Gracias.

Woody inclina la cabeza.

Nueva York pasa ante mis ojos expectantes a través de los cristales tintados del Jaguar, como si fuera una película. Sonrío para mí con una mezcla de tristeza y nervios. Tal y cómo dice Lissa, qué vueltas da la vida. Me parece mentira estar aquí, de camino al inmenso Holding empresarial del señor Baker... *mi señor Baker*, dispuesta a ponerme al frente. Respiro hondo y expulso el aire poco a poco.

¿Soy consciente de dónde me voy a meter?, me pregunto en silencio.

Cierro los ojos y recuesto la cabeza en el respaldo de cuero. Comienzo a mordisquearme el interior del carrillo, impaciente.

No lo sé, pero tampoco lo quiero saber. Es lo que tengo que hacer y punto.

—Señora Baker, hemos llegado —anuncia Woody, mirándome por el espejo retrovisor.

Asiento y trago saliva.

Woody sale del Jaguar, lo rodea y me abre la puerta. Antes de salir, vuelvo a respirar profundamente, como si me estuviera inoculando valor en vena para afrontar una gran batalla.

Unos metros delante de la puerta me espera Michael, maletín en mano y enfundado en un traje de Armani.

—Que tenga buen día, señora Baker —me anima Woody, cuando finalmente pongo un pie en la acera.

—Gracias.

Sonrío débilmente a Michael mientras subo los cuatro amplios escalones que llevan a la entrada. La sensación de que el imponente edificio de cristales negros va a engullirme, se despierta amenazador como lo hizo el primer día que estuve frente a él y lo miraba de abajo arriba en su altura imposible y desafiante.

¡Es solo un edificio, Lea!, me reprendo a mí misma.

Cuando alcanzo a Michael, nos saludamos con un par de besos en las mejillas.

—¿Lista? —me pregunta.

—Todo lo lista que se puede estar —respondo.

Michael me guiña un ojo.

—Todo va a ir bien —dice, dándome confianza.

—Eso espero.

—¿Entramos?

—Sí —digo, sin pensarlo mucho más.

Cruzamos las puertas giratorias. Una vez dentro, los saludos de los distintos empleados se dirigen hacia nosotros. Los «buenos días, señor Ford» y «buenos días, señora Baker», se suceden uno tras otro hasta que entramos en el ascensor.

—Ahora tengo un par de horas para ir poniéndote al día sobre los asuntos más importantes y más urgentes —comienza a decir Michael, a medida que subimos a la última planta—. A media mañana he organizado una reunión con el equipo de administración para presentarte ante ellos como la nueva directora.

¿El equipo de administración? Oh, Dios mío...

¿Qué cara voy a poner ante diez hombres que, aparte de ser los mejores economistas de la ciudad, son unos crack en las finanzas?

Trago saliva.

Me consuelo pensando que no me impondrán más de lo que me imponía Darrell.

El ascensor se abre. Michael y yo salimos al amplio vestíbulo y enfilamos el pasillo que lleva hasta la recepción, donde están Susan y Sarah en sus respectivas mesas. Levantan la cabeza y dejan de cotillear de golpe al vernos llegar. Me pregunto qué pensará Susan cuando sepa que a partir de hoy voy a ser su jefa.

Observo detenidamente la expresión de su rostro; creo que dice algo así como: «¿qué coño haces aquí?». Un segundo después su cara demuda en asombro al intuir la respuesta. Es una chica lista, pienso con ironía para mis adentros.

—Buenos días, señor Ford. Señora Baker —se apresura a saludar Sarah.

—Buenos días —contestamos Michael y yo a la vez.

—Buenos días —dice Susan en tono desganado.

Sin hacer más alto en ella, abrimos las imponentes puertas de madera y nos metemos en el despacho de Darrell. En cuanto entro, siento un pellizco en el corazón. Me recuerda tanto a él, que no puedo evitar que un halo de melancolía me invada.

Mientras Michael deja el maletín en una de las sillas y coge algunos archivadores de la estantería del fondo, yo recorro con la mirada el perímetro del despacho. Algunos recuerdos me asaltan traicioneramente, como la primera vez que vi a Darrell sentado detrás de su mesa de cristal y acero. Fue realmente impactante. Se veía tan magnánimo, tan poderoso, enfundado en uno de sus impecables trajes hecho a medida. Su mirada azul entornada, escrutándome como un animal salvaje, como un león deleitándose con su pequeña presa.

Me acerco al escritorio y paso la mano por la superficie, dejándome embriagar por cada una de las sensaciones que me sacuden al estar de nuevo aquí. Puedo ver claramente el rostro de Darrell mientras me hacía su proposición. También mi

expresión de sorpresa, de confusión, de indignación... Todo se remueve en mi interior.

—Lea... Lea...

La voz de Michael me saca de mi ensimismamiento. Giro la cabeza hacia él.

—¿Sí? —digo, volviendo al presente.

—Te preguntaba si te parece bien que empecemos por los presupuestos.

—Lo siento, Michael —me disculpo—. No puedo evitar recordar algunas cosas...

—No pasa nada, Lea. Es normal. No te preocupes. Lo entiendo.

—Sí, empecemos por los presupuestos —digo, tratando de dejar los recuerdos a un lado.

—Bien —dice Michael—. Toma posesión de tu asiento —enfatisa, señalando con la mano el sillón de cuero negro de Darrell.

Hago lo que dice. Rodeo la mesa y me acomodo en él. De pronto lo veo tan grande, o yo me siento tan pequeña, que tengo la sensación de que me va a morder en cualquier momento, como si estuviera sentada sobre la boca llena de afilados dientes de un tiburón. Sacudo ligeramente la cabeza, alejando de mí esos pensamientos tontos.

Michael abre uno de los archivadores de la pila que ha apoyado sobre la mesa y lo pone delante de mí.

—Estos son los presupuestos de este trimestre —comienza a decir—. Ya me he encargado de hacer el traspaso de poderes a tu nombre y de validar tu firma para que no haya ningún problema legal al respecto —hace un inciso.

—Gracias —digo.

—A partir de ahora tu rúbrica vale oro —bromea.

—Tendré cuidado de dónde la plasmo —comento en tono distendido.

—Por norma general, los presupuestos se comparan con los del mismo trimestre de año anterior para tener una medida aproximada —comienza a explicarme—. Los actuales siempre son más elevados, ya que los costes y la producción son mayores.

—Imagino que es debido a que las inversiones y los beneficios también son mayores —anoto.

—Exacto —dice Michael—. Si alguna cifra no te cuadra o te parece desmesurada, compruébala en el programa que el ordenador tiene destinado a ello. El departamento de presupuestos lo guarda todo en él para posibles consultas...

El móvil de Michael interrumpe la conversación.

—Mira que le he dicho a mi secretaria que no me pase llamadas —se queja.

—Tranquilo —digo.

—¿Sí, Claire? —dice al descolgar—. ¿Ha venido a verme? La cita era para esta tarde... No, no, prefiero atenderlo ahora. Bajo en un par de minutos. Gracias —concluye. Cuelga la llamada y se guarda el teléfono en la chaqueta del traje—. Tengo que irme —anuncia, levantando los ojos hacia mí—. Me requiere uno de los clientes más pesados que hemos tenido nunca. No debería de hablar así de quienes nos dan de comer, pero es que es cargante como una vaca en brazos.

Suelto una risilla.

—Ve tranquilo. Yo voy a estar bien —digo.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Michael se levanta de la silla y coge su maletín.

—Vendré a buscarte a los doce para ir a la junta con el equipo de administración —dice.

—Perfecto. Nos vemos a las doce —me despido.

—Hasta luego —dice Michael.

Cuando sale del despacho, lanzo al aire un sonoro suspiro. De pronto, la puerta se abre y la cabeza de Michael asoma por ella.

—Por cierto, si necesitas algo, lo que sea, estoy en la extensión 10A del teléfono, o en la planta décima. Allí Darrell nos tiene a todos los abogados hacinados en comuna —bromea—, y también está mi despacho.

—Gracias —digo sonriendo.

Su cabeza desaparece y la puerta se vuelve a cerrar, hasta que unos segundos después, se abre de nuevo. Levanto la mirada. La cabeza de Michael asoma otra vez.

—Sobra decir que tienes a Susan y a Sarah a tu entera disposición —dice—. Consúltales todo lo que quieras.

Alzo las cejas.

—Michael, vete ya —le pido, reprimiendo la risa—, o ese cliente cargante como una vaca terminará yéndose.

—Sí, tienes razón —dice él—. Luego nos vemos —se despide.

—Luego nos vemos —respondo.

Niego para mí. En silencio agradezco el esfuerzo que está haciendo Michael para hacerme sentir cómoda, para facilitarme las cosas y para ayudarme a integrarme en esta marabunta.

CAPÍTULO 72

Resoplo mirando a la puerta. Bajo la cabeza y hundo los ojos en los informes de presupuestos que tengo delante. Sigo las instrucciones de Michael y los comparo con los del mismo trimestre del año pasado. Repaso las cifras una a una. Son todas tan elevadas... Algunas incluso de cinco y seis cifras. Supongo que Darrell está acostumbrado a ellas, pero a mí me siguen pareciendo astronómicas.

Mientras paso las páginas del informe, van apareciendo en los márgenes las anotaciones que Darrell hizo en los presupuestos del año anterior. Las leo con una incipiente curiosidad. Su manera de gestionar la empresa me ha parecido siempre brillante. Es algo que admiré de él desde el día que le conocí y algo de lo tengo mucho que aprender.

Presto atención a los puntos que tiene subrayados en rojo y pongo especial interés en sus notas, para tenerlas en cuenta en los presupuestos de este año. Si a él le parecieran relevantes, no hay ninguna razón para que a mí no me lo parezcan. Quizá sea un buen rasero para comenzar...

Unos nudillos llaman a la puerta. Instintivamente miro el reloj de mi muñeca. Las manecillas señalan las doce menos cinco.

¿Las doce menos cinco? ¿Ya? Dios mío, el tiempo se me ha pasado volando.

—Adelante —digo.

Michael entra en el despacho.

—Jefa, ¿lista para la junta con el equipo de administración? —me pregunta distendido.

—No me llames así —le digo en tono humilde.

—¿Por qué no? Eres mi jefa —apunta.

—Ya bueno... pero...

Michael sonrío.

—Pero nada, Lea —me corta con suavidad—. Eres la jefa y no hay más que hablar. —Sonríe—. Vamos —dice ladeando la cabeza—. Nos esperan.

—Vamos.

Me levanto del sillón de cuero y lo sigo hasta la sala de juntas, ignorando la mirada fiscalizadora que me dirige Susan al salir del despacho.

—A por ellos —dice Michael frente a las puertas de madera.

Asiento y respiro hondo.

A por ellos.

Michael alarga el brazo, apoya la mano sobre el pomo de metal y lo hace girar. Al entrar en la sala de juntas no puedo evitar que las pulsaciones se me aceleren. Los rostros de los presentes se giran al unísono y me miran. Algunos lo hacen con expectación y otros me escrutan como si fuera un bicho raro. Y de pronto es así como me siento delante de estos diez hombres de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, vestidos con sus elegantes trajes sastre y sus corbatas perfectamente anudadas al cuello.

Michael avanza unos metros hacia la enorme mesa de cristal alrededor de la cual están sentados los miembros del equipo de administración y, como tirada por un hilo, yo avanzo con él. Lo hago de manera automática, porque las piernas a duras penas me responden. Trago saliva con dificultad.

—Buenos días, señores —saluda Michael en tono distendido.

—Buenos días —responden ellos.

Michael separa una de las sillas vacías y me indica que me siente. Él se acomoda a mi lado.

—Como ya les he informado con anterioridad —comienza a hablar Michael, tomando la voz cantante—, el motivo de la reunión de hoy es la presentación de Leandra Baker como la nueva directora de la empresa. En ausencia del señor Baker, ella estará al frente en las funciones que desarrolla su marido.

Un murmullo recorre la sala.

—Señora Baker, ¿hacia dónde tiene pensado llevar la empresa? —se alza una voz entre el murmullo.

El que me pregunta es un hombre de cuarenta años aproximadamente, con el pelo engominado hacia atrás, rostro ancho y mirada áspera, al que presumo que no le he caído muy bien, vista la intención de su pregunta y que ni siquiera me ha dejado tiempo para saludarles.

¿Hacia dónde tengo pensado llevar la empresa?

Me quedo en blanco. Es como si todas las palabras del diccionario hubieran desaparecido de mi vocabulario, porque no encuentro ninguna con que responderle. Un hilo de sudor desciende por mi espalda.

—Señor Thomas, la reunión de hoy, como he dicho, es simplemente para presentarles a Leandra Baker como la nueva directora —interviene Michael—, no para que le planteen cuestiones que ahora no tiene ningún fundamento hacer.

—Pero la señora Baker debería de tener al menos una ligera noción de que...

—La señora Baker se acaba de incorporar —le corta Michael, imponiéndose por encima de él.

—Eso no es excusa —asevera otro de ellos, un hombre de complexión fuerte, con pronunciadas entradas en el pelo rubio oscuro y cara de pocos amigos.

—Thomas tiene razón —se añade al escarnio otro miembro del equipo de administración.

¿Soy yo, o es que realmente todos tienen cara de pocos amigos? Quizás el almuerzo les ha sentado mal. ¡Joder, son tan intimidantes!

—Denle un poco de tiempo para que se ponga al día —les recrimina Michael, pasando la mirada de uno a otro, mientras yo voy haciéndome más y más pequeña frente a un equipo de administración que no está dispuesto a ponérmelo fácil.

Deslizo la mirada hasta mis manos, sudorosas por los nervios y la tensión del momento. Me muerdo el interior del carrillo. Va a ser más difícil de lo que pensaba. Mucho más difícil de lo que pensaba. Tengo la certera sensación de que estos diez hombres no ven en mí más que a una intrusa, a casi una niña de apenas veinticuatro años a la que de rebote le ha tocado tomar las riendas de una empresa de la que no tiene ninguna noción. Una recién llegada que no tiene ni idea de negocios ni de finanzas... ni la experiencia suficiente que exige un cargo de tal magnitud. Y lo peor es que tienen razón.

Noto cómo los ojos me arden por las lágrimas. La garganta se me cierra. No quiero que me vean llorar. ¡Joder! ¡Por nada del mundo quiero que estos desconocidos me vean llorar!

Siguiendo un impulso, hecho hacia atrás la silla y ante la atenta mirada de todos, me levanto.

—Discúlpenme, señores —digo con voz contenida.

Camino hasta la puerta, tratando de que los zapatos de tacón no me jueguen una mala pasada y me hagan caerme de bruces al suelo, y salgo de la sala de juntas como perseguida por las mismísimas Furias.

Avanzo unos metros cuando el brazo de Michael me detiene en mitad del pasillo.

—Eh, eh, eh... ¿Qué pasa? —me pregunta, visiblemente preocupado.

Me giro hacia él y lo encaro.

—¡Pasa que ha sido una mala idea ponerme al mando de la empresa! —digo con rabia.

—¿Por qué? —dice, soltándome el brazo.

—¿Cómo que por qué? —repito—. ¿Acaso no has visto a esos hombres? ¿No les has escuchado? —le pregunto, apuntando reiteradamente con el índice hacia la sala de juntas—. Ha sido un acoso y derribo hacia mí.

—Lea, es su trabajo —afirma Michael—. Con Darrell también lo hacen.

—Ya... pero yo no soy Darrell —salto—. No tengo la templanza ni la cabeza fría que posee él para enfrentarse a una cuadrilla de ejecutivos agresivos, dispuestos a despedarlo en cuanto se descuide. Conozco a Darrell —continúo—, le he visto dar órdenes, imponerse, y sé que puede llegar a ser más agresivo que esos diez hombres juntos, pero yo no soy así —concluyo.

—No puedes darte por vencida tan pronto —dice Michael.

—No me estoy dando por vencida —le contradigo—. Simplemente soy realista; yo no valgo para esto. Me siento como un pez fuera del agua, dando coletazos para intentar salvarse de una muerte segura.

—Lea...

—¡Ya, Michael! —le corto—. Ya ha sido suficiente por hoy.

Paso justo a su lado y enfilo el pasillo en dirección a la salida, acompañada por el sonido acompasado de mis tacones. Necesito salir aquí. Necesito huir; que me dé el

aire. Estoy empezando a agobiarme. Al escape, oigo a Michael chasquear la lengua al ver que me voy y que no puede hacer ni decir nada para retenerme.

CAPÍTULO 73

Traspaso las puertas giratorias y salgo por fin a la calle. De pie, inmóvil en el borde de los escalones de piedra, inhalo profundamente, llenando mis pulmones de aire fresco.

No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar, me repito en silencio una y otra vez.

Alzo la vista y veo a Woody metido en el Jaguar de Darrell. En cuanto repara en que me acerco a él, sale del coche.

—Lléveme al hospital, por favor —le pido.

Mientras abre apresuradamente la puerta para que entre, me pregunta:

—¿Ha ocurrido algo? ¿El señor Baker está bien?

—Sí, está bien. Simplemente necesito verlo —respondo, al tiempo que subo al Jaguar.

Woody cierra la puerta, rodea el vehículo ajustándose la chaqueta del uniforme y se monta en él. Sin decir nada más, pone en marcha el motor y se incorpora a la circulación siempre vibrante de Nueva York.

—Señora Baker... ¿se encuentra bien? —me pregunta con cierta cautela.

—Sí, Woody. Estoy bien —respondo escuetamente mientras miro el paisaje que pasa por la ventanilla.

—¿No ha sido una buena mañana? —comenta, intuyendo que las cosas no han ido bien en mi primer día de trabajo.

Suspiro.

—No. Ha sido una mala, mala, mala, malísima mañana —digo, transcurridos unos segundos.

—Todos los principios son malos —apunta Woody en un intento por animarme.

—Algunos son imposibles —afirmo.

—No se desespere, señora Baker. Roma no se ganó en una hora.

Niego para mí.

—No puedo ir a contracorriente, Woody. Hay cosas para las que no valgo, y dirigir el Holding empresarial de Darrell es una de ellas —digo en tono apesadumbrado—. Lo mejor es buscar a otra persona para que desempeñe ese cargo.

—¿Está segura?

—Totalmente segura —contesto sin dudar.

Se hace un silencio.

—Si me permite decirle algo... Lo que usted haga, bien hecho estará —dice Woody.

Lo miro a través del espejo retrovisor. Escuchar sus palabras me aligera la presión y el peso que llevo sobre los hombros.

—Gracias, Woody —le agradezco.

Entro en la habitación de Darrell. En completo silencio avanzo hacia el interior y me quedo de pie junto a su cama. Durante unos segundos observo su rostro, pálido por la falta de sol. Me muerdo el interior el carrillo mientras trato de deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Lo siento —murmuro, sentándome en la silla a su lado—. Lo siento mucho, mi amor. Sé que te he decepcionado. Pero no puedo... No puedo seguir con esto —digo, rompiendo a llorar—. No puedo. Le cojo la mano, me la acerco a los labios y la beso. Mis lágrimas mojan sus dedos tibios—. Ha sido una mala idea, Darrell. Una malísima idea. Yo no puedo ponerme al mando de tu empresa. No me siento capaz. No...

Mi voz se va apagando poco a poco.

—El equipo de administración parece ofendido de que sea yo y no tú el que dirija la empresa. Incluso parece que les molesta que sea mujer... Si les hubieras visto... —susurro—. Tan agresivos, tan inquisidores. Si no hubiera sido por Michael me hubieran despedazado allí mismo. —Sorbo por la nariz y me enjugo los ojos—. Te necesito tanto, tanto... —sollozo. Paso su mano por mi rostro—. Necesito tanto tus consejos, tus caricias, tu amor... —No tenerte está siendo tan duro, Darrell —digo destrozada—, que no sé si lo podré soportar.

Me quedo acariciando su mano mientras lloro rota de dolor y agoto todas las lágrimas que tengo en mi interior.

De regreso a casa, voy a buscar las llaves cuando me doy cuenta de que con las prisas me he dejado el bolso en el despacho. Resoplo.

—A este paso voy a terminar perdiendo la cabeza —mascullo.

Llamo al timbre para que me abra Gloria.

—Se me han olvidado las llaves en el despacho —le digo, cuando aparece al otro lado de la puerta.

—¿Está bien? —me pregunta, al ver mi cara llorosa.

Se hace a un lado y me deja entrar.

—No, Gloria. No estoy bien.

—¿Qué ha pasado? —me dice en el hall.

—Mi primer día como directora del Holding empresarial de Darrell ha sido un completo fiasco —respondo.

—¿Por qué?

—Porque solo soy una chica de veinticuatro años que acaba de terminar la carrera —digo, girándome hacia ella—. Sin experiencia de ningún tipo; sin nociones económicas, ni financieras, ni nada de nada, y porque la gente de allí está dispuesta a engullirme como si fuese un ratoncillo.

—Entonces...

—Se acabó —atajo, dando por zanjada la conversación—. Se acabó. ¿James y Kylie? —le pregunto, cambiando de tema.

Necesito estar con mis pequeños, con mis bebés. Ellos son los únicos capaces de darme algo de paz entre esta marabunta de sinsabores, caos, tristeza y confusión.

—Están en el parque de juegos del salón, esperando la papilla —contesta Gloria.

—Yo les daré de comer —digo—. ¿Están listas las papillas?

—Sí, se las llevo ahora para que pueda darles de comer.

—Gracias, Gloria.

Apoyo la mano en la pared, me inclino sobre mí misma, me quito los zapatos de altísimo tacón, los echo a un lado y camino descalza hasta el salón.

CAPÍTULO 74

—James y Kylie se han quedado dormidos —le digo a Gloria a eso de las cuatro y media de la tarde—. Voy a aprovechar para ir al despacho a por el bolso.

—Vale —dice ella.

Darrell me mataría si no me fuera con Woody, sobre todo después del secuestro, pero esta tarde quiero tener una vida normal, así que me voy en taxi.

Al llegar, Sarah me saluda con su habitual simpatía y Susan con el mal humor que se gasta últimamente. La verdad es que me da igual.

Cruzo la recepción y entro directamente en el despacho. Todo está tal y como lo he dejado esta mañana antes de acudir a la nefasta reunión con el equipo de administración. El silencio reina absoluto por encima incluso del ruido exterior de la ciudad.

Rodeo la mesa y me siento de nuevo en el sillón de cuero para recoger los archivadores que hay sobre la superficie de cristal. Los coloco formando una pila y los pongo a un lado.

Alguien toca a la puerta. Frunzo el ceño. ¿Quién será? ¿Sarah? ¿Susan? ¿Michael? Michael no sabe que estoy aquí.

—Adelante —digo.

La puerta se abre y, para mi sorpresa, aparece Lissa. El rostro se me esponja. ¡Cómo me alegra verla!

—¿Se puede? —bromea—. He pensado que te vendría bien un café en tu primer día de trabajo —dice con una sonrisa, alzando dos vasos blancos con el logotipo verde característicos de Starbucks.

En un impulso, me levanto del sillón y, sin pronunciar palabra, corro hacia ella y la abrazo como si fuera una tabla salvavidas.

—Heyyy... ¿Qué pasa? —me pregunta con una nota palpable de preocupación en la voz, mientras me rodea con los brazos como puede.

—Ha sido mi primer día de trabajo y va a ser el último —digo con la voz emocionada.

Lissa se separa de mí y deja los vasos de café sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado?

—Esta mañana Michael ha organizado una reunión con el equipo de administración de la empresa, para presentarme como la nueva directora...

—¿Y...? —se adelanta a preguntarme Lissa, impaciente.

—Ha sido un completo desastre —afirmo—. Ni siquiera me han dado tiempo a saludarles. Han ido a por mí a saco. ¡A saco! —exclamo, tragándome las lágrimas que pugnan por salir.

—Cabrones —masculla Lissa.

—Me he sentido como un ratoncillo acorralado por diez enormes gatos con ganas de comer, como una jodida intrusa...

Lissa se aproxima un paso hacia mí y me abraza.

—Ya, cariño... No te pongas así —me consuela.

—Me quiero ir de aquí —asevero angustiada—. Me has pillado de casualidad.

Deshacemos el abrazo.

—¿Por qué?

—Solo he venido a por el bolso. Con las prisas me lo he dejado olvidado esta mañana. Pero me voy ahora mismo. No quiero estar un solo segundo más aquí. No quiero volver a tener que presentarme ante esos hombres —afirmo. Solo pensar en ello me agobia—. Defienden sus intereses como si tuvieran que perder más que yo. Incluso creo que les molesta que sea mujer —digo. Rodeo la mesa de cristal y me siento detrás de ella—. Siéntate —le pido a Lissa—. No te quedes de pie.

Lissa toma asiento.

—¿Todavía estamos con esas bobadas en el siglo XXI? —comenta.

—Todavía. Al fin y al cabo, no deja de ser un mundo de hombres —respondo.

—Aparte de cabrones, son unos machistas de mierda —anota Lissa, molesta. Guarda silencio un momento. Levanta los ojos y me mira fijamente—. ¿Y les vas a dar la razón? —me pregunta de pronto.

Frunzo el ceño.

—No les voy a dar la razón, Lissa. La tienen —contesto—. Yo no tengo ni idea de manejar una empresa, y menos una empresa como esta. No entiendo de economía, ni de finanzas, ni de estrategias empresariales... —argumento—. No entiendo de nada. Yo solo entiendo de números —concluyo.

—¿Y qué es una empresa, Lea? No es más que un conjunto de números y cifras —arguye Lissa—. A esos hombres les gustan los números tanto como a ti.

—Sí, sobre todo los positivos —intervengo.

—Entonces, dales números positivos y demuéstrales que no eres ninguna intrusa, que estás dispuesta a ganarte el puesto de directora a pulso.

A veces Lissa es tan sensata, pienso para mis adentros.

—No sé... No...

—Te ves tan bien detrás de esta mesa, Lea —apunta para animarme.

—Sé ve mejor Darrell. Te lo aseguro —sonríó débilmente.

Estiro el brazo, cojo uno de los vasos de café y doy un sorbo.

—Por cierto, menudo despacho se gasta tu marido —bromea Lissa, mirando en derredor con una expresión de asombro en los ojos. Supongo que es la misma cara que tenía yo la primera vez que entré aquí. Lo curioso es que ahora estoy en el otro lado de la mesa.

Su comentario jocosos alivia en cierto modo la tensión del momento. Lo que agradezco infinitamente, porque está siendo un día muy duro.

—Ya sabes cómo es el señor Baker. El señor Baker es mucho señor Baker —le sigo la broma. Mi rostro se ensombrece—. Me siento tan mal, Lissa —digo, rompiendo el silencio—. Sé que mi actitud decepcionaría a Darrell.

—Entonces con más razón tienes que demostrarles a esos jodidos cabrones del equipo de administración que puedes dirigir esto —asevera Lissa con vehemencia, golpeando el cristal de la mesa con el dedo.

—No es fácil —mascullo.

—¡Claro que no es fácil, joder! Pero tú puedes, Lea. Yo sé que tú puedes.

Lissa habla con un convencimiento aplastante. Dejando entrever en sus palabras que está completamente segura de que puedo dirigir el Holding empresarial de Darrell.

—Sé que no estás al cien por cien, que estás en un momento muy bajo de ánimo —comienza a decir de nuevo—. Es comprensible teniendo en cuenta todo lo que te ha pasado últimamente; el secuestro, la situación de Darrell... —enumera—. Eso volvería loco a cualquiera. Pero tus capacidades están ahí, y son muy buenas, Lea.

Lanzo al aire un suspiro.

—Estoy cansada, Lissa. Muy cansada —le confieso.

—Lo sé, cariño —dice Lissa, con mirada indulgente—. De verdad que sé que estás cansada. Pero piensa que los tiempos malos no han venido para quedarse. Pasarán, como todo.

Me mordisqueo el interior del carrillo, pensativa.

—No sé qué hacer...

—No te apresures en tu decisión de irte. Piénsatelo. —me aconseja Lissa—. Los primeros días en el trabajo, por regla general, son para el olvido para todo el mundo. Recuerda que yo solita borré la base de datos del programa con el que trabajamos —dice—. ¡Quería morirme! Menos mal que tengo un jefe comprensivo, sino me hubiera puesto de patitas en la calle ese mismo día.

—Lo recuerdo —digo entre risas—. Me llamaste histérica.

—Fue horrible. Estaba desesperada. —Lissa se echa a reír. De pronto, como si se acordara de algo, consulta el reloj—. ¡No puede ser! —exclama, levantándose de golpe—. Ya llego tarde al trabajo. —Coge su vaso de café y se lo bebe de un solo trago.

—Lissa, ¿te das cuenta de que tienes un serio problema con la puntualidad? —le pregunto.

—Lo sé, lo sé, lo sé... —dice—. Si mi jefe no me despidió aquel día, me va a despedir hoy —dice, dejando el vaso sobre el cristal. Lissa alarga el cuerpo por encima de la mesa y se despide de mí con un beso fugaz en la mejilla—. Me voy, me voy, me voy...

Se da media vuelta y se encamina hacia la salida.

—Lissa... —la llamo antes de que salga.

—¿Sí?

—Gracias por el café —le agradezco, y lo hago con el corazón en la mano. Por todo lo que ha significado su visita para mí.

—De nada —sonríe ella—. Luego te llamo y, por favor, dales una patada en los huevos a esos cabrones —dice al tiempo que sale por la puerta.

Sacudo la cabeza mientras mis labios esbozan una sonrisa. No es la primera vez que digo esto y no será la última, pero Lissa es imposible.

En esos momentos suena la música de mi móvil. Cojo el bolso, lo abro y hundo la mano en él. Cuando finalmente logro encontrar el teléfono en el fondo, consulto la pantalla.

—Michael... —musito.

CAPÍTULO 75

¡Madre mía! Tengo un montón de llamadas de él y otros tantos WhatsApp. Descuelgo.

—¡Alabado sea Dios! ¡Por fin me coges el teléfono! —exclama con visible alivio.

—Lo siento mucho, Michael. Esta mañana me he olvidado en el despacho el bolso con el móvil y no he visto ninguna de tus llamas —me excuso rápidamente.

—No importa —dice—. Lo principal es que estás bien.

—Sí, sí, estoy bien —le tranquilizo.

—¿Dónde te encuentras? —me pregunta.

—En el despacho. He venido a recoger el bolso —respondo.

—No te muevas de ahí —me pide—. Quiero hablar contigo. En un par de minutos estoy en tu despacho.

—Ok. Aquí te espero —digo.

Mi despacho..., repito para mis adentros cuando cuelgo el teléfono. ¿Por qué todo el mundo piensa que estoy capacitada para este puesto menos yo?

Resoplo, me levanto del sillón de cuero y me dirijo hacia los ventanales que hay a mi espalda. Me acaricio los brazos de arriba abajo mientras mis ojos deambulan por la línea que dibujan en el horizonte los rascacielos de Nueva York.

Me gustaría tanto dar una patada en los huevos a los del equipo de administración... Darrell no me permitiría rendirme. Bajo ningún concepto.

Me muerdo el interior del carrillo.

—¿Qué puedo hacer? —susurro.

La puerta del despacho se abre. Me giro.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Michael.

—Bien... supongo —contesto.

—Siento mucho lo que ha pasado esta mañana —dice.

—Tú no tienes la culpa. De hecho, si no hubiera sido por ti, mi sangre hubiera salpicado los inmaculados cristales de la salsa de juntas —me mofo.

Michael suelta una risilla.

—Quizás los tendría que haber amordazado para que no dijeran una sola palabra.

—No hubiera estado mal.

Su ceño se arruga.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a ir? —me pregunta en tono serio, preocupado.

—No lo sé —respondo.

Y realmente ahora no lo sé. Estoy muy confundida.

—Al menos no es un «no» rotundo —sonríe Michael.

Camino de nuevo hasta el sillón y me dejo caer en él. Michael imita mi gesto y se sienta frente a mí.

—Me siento como si estuviera usurpando un sitio que no me corresponde —digo con voz apenada, en un arranque de sinceridad—. Y el equipo de administración también lo piensa así.

Los ojos grises de Michael contienen una mirada llena de comprensión.

—Lea, da igual lo que piense el equipo de administración —asevera.

—Para mí, no. Porque tienen razón, Michael. Yo no he hecho nada por esta empresa. Darrell ha sido quién la ha levantado, quién la ha puesto en el lugar en el que está. Yo solo soy su esposa.

—Y por eso mismo tu sitio está aquí —se apresura a decir Michael. Hace una breve pausa—. Perdona que te diga lo que te voy a decir, pero, te guste o no, eres la dueña de todo esto.

—El dueño es Darrell —lo contradigo tajante. Porque pensar que lo soy yo, me produce un escalofrío.

—Pero Darrell no está, Lea. Por lo menos, no de momento, no ahora.

Las palabras de Michael son como punzadas en el corazón. Me duele escucharlas porque sé que son verdad. Darrell no está en estos momentos con nosotros.

—Me hace tanta falta —digo, poniendo voz a mis pensamientos.

Noto cómo los ojos se me humedecen, pero me resisto a llorar. Llevo todo el día llorando. A este paso no voy a llegar a la noche sin deshidratarme.

—Lo sé —afirma Michael—. Créeme que lo sé. A todos nos hace mucha falta, pero no está, Lea. Por mucho que nos pese.

Respiro hondo. En los últimos días mis horas se han llenado de resoplidos, inhalaciones profundas y suspiros. Soy *Lady Suspiritos*.

—Sé que tienes razón, Michael —digo.

—¿Por qué no haces una cosa? ¿Por qué no te vas a casa, descansas y piensas con tranquilidad qué vas a hacer? —me sugiere.

En un principio estoy tentada de decir que sí. Está siendo una jornada muy larga. Pero de pronto la idea me da una vuelta de ciento ochenta grados en la cabeza.

—Voy a quedarme un rato —anuncio.

—Como quieras —dice Michael—. Yo tengo que salir. Voy a ver a un cliente.

—Vale —asiento.

Michael se incorpora.

—Espero verte mañana aquí —expresa como un anhelo. No digo nada—. Hasta mañana —se despide.

—Hasta mañana —digo.

Cuando me quedo sola, el silencio llena el despacho. Entonces las palabras de Lissa y Michael reverberan en mi cabeza.

—No puedo rendirme —me digo a mí misma con ánimo renovado—. No me he rendido nunca. Así que no lo voy a hacer ahora.

Es cierto lo que dice Lissa. Una empresa es un conjunto de números y cifras, y a mí los números y las cifras se me dan muy bien. Tengo que ponerme en acción y tengo que hacerlo de inmediato.

—Si el equipo de administración quiere guerra, tendrá guerra —farfullo con media sonrisa en los labios.

Pero lo voy a hacer a mi manera.

Enciendo el ordenador y curioso lo que tiene Darrell en las carpetas. Encuentro algunos manuales actualizados de dirección de empresas que creo que me van a venir muy bien. Sin perder tiempo, copio los archivos y los paso a la tablet. Así como los informes de costes, producción, presupuestos y ventas de los doce últimos meses.

Me levanto y me dirijo a la estantería del fondo. Veo un par de tomos sobre organización y administración de empresas que tampoco me van a venir mal. Los extraigo y los llevo hasta la mesa junto a otro libro que versa sobre emprendedores.

Creo que ya tengo tarea.

Me siento de nuevo y abro los cajones de la mesa buscando un block de hojas que me sirva para tomar anotaciones. Encuentro unos cuantos en el último. Cojo un bolígrafo y comienzo a leer el tomo número uno sobre organización y administración de empresas.

Antes de que me dé cuenta, estoy sumergida en su lectura, subrayando, apuntando y extrapolando lo más importante en el block, como si fuera una asignatura de la universidad.

Tanto es así, que no percibo la llegada de la noche detrás de mí, hasta que recibo la llamada de Woody en el móvil.

—¿Sí?

—Señora Baker, es tarde. ¿Quiere que vaya a buscarla al despacho? —me pregunta en tono paternal.

Seguro que ha sido Gloria la que le ha dicho que estoy aquí.

Consulto el reloj. Son casi las diez de la noche.

James y Kylie, me digo. Menos mal que Gloria está con ellos.

—Sí, Woody, por favor —le pido.

—Pasaré a recogerla en media hora aproximadamente —dice él.

—Gracias.

CAPÍTULO 76

Apago el ordenador y cierro el despliegue de libros que tengo abiertos encima de la mesa. Formo una pila con ellos junto a la tablet y el block de notas, para llevármelo a casa. Cojo el bolso y salgo del despacho, apagando la luz a mi paso.

Las mesas de Susan y Sarah están vacías y el silencio es sepulcral en todo el edificio. Nada que ver con el ajetreo que hay durante el día. Incluso los ascensores están sorprendentemente vacíos. No parece el mismo edificio.

Al salir, Woody me está esperando con la puerta del Jaguar abierta y el telón de las luces multicolores de la ciudad de fondo.

—Buenas noches, señora Baker —dice.

—Buenas noches, Woody. Gracias por venir a recogerme.

—Es un placer, señora Baker —afirma, sujetando la puerta—. ¿Se encuentra mejor? —me pregunta, una vez montado en el coche.

—Sí —respondo sonriente.

—Me alegro —dice, cómplice.

Cuando llego a casa, James y Kylie están plácidamente dormidos en su cunita.

—Gracias por ocuparse de ellos, Gloria —le agradezco—. Se me ha hecho un poco tarde.

—No tiene que darme las gracias, señora —dice Gloria, con una sonrisa afable en los labios—. ¿Está más tranquila? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sí —respondo—. No voy a rendirme tan fácilmente —digo.

—Me alegra saber que va seguir adelante.

—Gracias, Gloria.

—Esta noche tengo tarea —anuncio, señalando la pila de libros que me he traído del despacho—. Voy a darme una ducha —digo.

—¿Qué quiere que le prepare de cena?

—Un vaso de leche.

—¿No quiere algo más sólido?

—Con todas las cosas que han ocurrido hoy tengo el estómago cerrado —le explico—. Con un vaso de leche será suficiente.

—Como diga.

—Súbamelo a la habitación de los bebés —le indico—. Voy a estar allí.

Gloria asiente con un ademán de afirmación.

Paso la noche con James y Kylie, vigilando su sueño, al tiempo que sigo empapándome de toda la información que recopilé de los libros y de los archivos que he guardado en la tablet.

De madrugada, el sueño y el cansancio me vencen y me dejo llevar por Morfeo en el sillón que hay en la habitación. Mientras duermo, mi cabeza revive uno a uno, con todo lujo de detalles, cómo fue la última noche de nuestra luna de miel en Viena.

—Ven... —me pide Darrell, alargando su mano de dedos elegantes hacia mí—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —repito con los ojos visiblemente brillantes. Las pupilas me vibran.

Tomo su mano y me dirige hacia el saloncito que posee la habitación del hotel. Al traspasar el umbral, mis ojos se abren de par en par.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Es precioso, Darrell —digo, al ver el vestido negro que hay estirado sobre el sofá.

Me acerco y lo cojo. Es largo hasta los pies, extremadamente suave, con escote barco y la espalda al aire, cruzada por un par de finos tirantes.

—No me voy a poder poner sujetador —digo, poniendo voz a mis pensamientos.

Darrell entorna los ojos y me mira con picardía como diciendo: «eso es lo que pretendo, pequeña, que no lleses sujetador».

Vuelvo a posar la vista en el vestido.

—Es muy elegante. Vamos a tener que buscar una ocasión muy especial para ponérmelo —comento, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué te parece la ópera? —me pregunta Darrell.

Alzo los ojos poco a poco hacia él.

—¿La ópera? ¿Lo dices en serio?

Darrell se lleva las manos al bolsillo trasero del pantalón y saca dos entradas que me exhibe con una sonrisa de medio lado.

—Palco de primera clase —responde—. Entonces, ¿te parece la ópera un sitio idóneo para lucir el vestido?

—Oh, sí, claro que sí. Es perfecto —digo, lanzándome a sus brazos—. Ir a la ópera en Viena. Nada más y nada menos que en Viena. ¡Gracias! —exclamo contra su pecho.

Darrell me levanta el mentón, acerca sus labios a los míos y me besa.

—Todo es poco para ti —susurra en mi boca.

—Pero, ¿cuándo has comprado el vestido? —curioso.

—Después de comer, cuando te has quedado dormida —me responde—. Lo vi ayer en la tienda de ropa que hay al lado del hotel, cuando volvíamos de ver el

palacio de *Schönbrunn*, y no podía dejar de imaginármelo en tu cuerpo... —deja la frase en el aire.

Sonrío.

—¿Te gusta cómo me queda? —le pregunto cuando salgo del cuarto de baño con el vestido puesto.

—El negro se hizo para ti —comenta Darrell con un destello libidinoso asomando a los ojos azules, mientras termina de abrocharse los gemelos.

—Gracias —digo algo sonrojada. Sus halagos, dichos con su voz sensual y profunda, siempre me sonrojan.

Y desde luego también se hizo para él, pienso para mis adentros en silencio. Está rabiosamente atractivo con el traje y la camisa negra que se ha puesto para ir a la ópera. Cuando termino de recorrer su cuerpo con la mirada, un hormiguelo travieso se instala en mi entrepierna. Y el gesto de colocarse los gemelos no está ayudando demasiado.

¡Para, Lea!, me grito. Si Darrell se da cuenta de lo que está pasando por tu cabeza o, mejor dicho, por tu entrepierna, no llegaremos a tiempo a la ópera.

¡Para! ¡Para! ¡Para!

Menos mal que está entretenido poniéndose los gemelos, sino en estos momentos estaría follándome contra la pared, o sobre la mesa, o a saber...

La *Staatsoper* de Viena es uno de los teatros de ópera más importantes y de mayor prestigio y tradición del mundo, con más de trescientas representaciones al año.

El edificio es una mole de estilo neorrenacentista de dimensiones cósmicas y semblante de palacio real que se recorta majestuoso contra el negro de la noche vienesa. En una palabra: maravilloso.

En el interior, el dorado y el grana son los protagonistas en las butacas y en las cuatro filas de palcos que recorren el perímetro de un extremo a otro y que dan cabida a más de dos mil personas.

Cuando llegamos, la gente ya está tomando asiento en sus correspondientes butacas. Nuestro palco es uno de los primeros. La vista va a ser privilegiada.

La obra que vamos a ver es *Falstaff*, una comedia lírica operística con música de Verdi y basada en *Las alegres comadres de Windsor* y *Enrique IV*, de Shakespeare, que envuelve el ambiente de enigma y magia, traspasando el alma.

En mitad del tercer acto y bajo el amparo de la intimidad que otorga la oscuridad, Darrell pone la mano en mi muslo. Lo miro de reojo, pero está con la mirada fija en el escenario, como si la cosa no fuera con él, o su mano no fuera su mano.

Agradezco que el vestido sea largo porque no creo que se atreva a subírmelo.

Oh, oh... Sí que se va a atrever. De hecho, ha alargado la mano hasta el tobillo y ha comenzado a subírmelo mientras me acaricia la pierna. Me tenso. ¿Cómo he podido dudar! ¡Es Darrell! ¡No conoce la vergüenza! ¡Ni siquiera en la ópera!

Carraspeo nerviosa y miro disimuladamente a mi alrededor, al tiempo que la descarada mano de Darrell sigue trepando hacia arriba. Joder, ¿no se da cuenta de que hay un par de matrimonios detrás de nosotros que nos pueden ver?

Sí, sí que se da cuenta. Precisamente por eso lo hace. Para que me ruborice hasta la raíz del pelo. Carraspeo otra vez cuando sus dedos entran en contacto con mi sexo por encima del tanga de encaje. Mi pierna está totalmente al descubierto. Vuelvo a mirarlo de soslayo. No me puedo creer que tenga una sonrisilla en los labios.

¡Qué bien se lo pasa!

Ladea ligeramente la cabeza para acercarse a mí y me pregunta con calma en el oído:

—¿Estás bien?

Lo fulmino con la mirada.

¡Aparte de no tener vergüenza, es un cabrón!

Su sonrisa se ensancha al advertir la tortura a la que me está sometiendo.

Una oleada de calor viaja por mi cuerpo cuando comienza a mover los dedos en círculo, despacio, muy despacio... Instintivamente abro un poco las piernas para que tenga mejor accesibilidad. Suspiro quedamente. El calor se hace más y más intenso. Durante unos instantes cierro los ojos y me dejo llevar por el placer que me da su mano. Me muerdo el labio inferior para reprimir los gemidos que pugnan por salir de mi garganta

Esto está llegando demasiado lejos. Oh..., sí. Está llegando demasiado lejos. Tan lejos que he dejado de pensar con claridad.

Dios mío...

De repente, la gente se levanta y estalla en una sonora ovación. La obra ha finalizado. Aprovechando el momento, me levanto del asiento y me pongo a aplaudir como una loca. La falda del vestido cae hasta mis pies. Necesito que Darrell deje de tocarme o voy a terminar teniendo un orgasmo en la Ópera Estatal de Viena.

Darrell se incorpora lentamente y acerca su rostro al mío.

—Muy oportuno el final de la obra —me susurra al oído en tono sensual.

Y entonces sé que lo único que me ha salvado es la campana, de otro modo, ahora estaría corriéndome delante de cuatro desconocidos.

El llanto de James me despierta de mi dulce sueño. Pero en mi piel aún queda el recuerdo de la mano de Darrell resbalando por mi muslo, abriéndose camino entre las piernas, acariciando mi pubis a través de la tela del tanga de encaje...

Oh, Dios... Nuestra visita a la ópera de Viena fue tan excitante.

CAPÍTULO 77

Abro los ojos. Un haz de luz anaranjada entra por la ventana, iluminando la habitación con la claridad brumosa del amanecer. Pestañeo un par de veces para desperezarme y enfocar la vista. Dejo a un lado los libros que tengo sobre el pecho y me levanto.

—¿Qué te pasa, campeón? —le pregunto a James cuando me acerco a la cuna.

Consulto el reloj. Es pronto. Aún no les toca el biberón. Le miro el pañal. Lo tiene mojado. Lo saco de la cuna, le coloco en el cambiador y le pongo un pañal limpio. Me quedo con él un rato, meciéndole en los brazos, mientras se queda dormido de nuevo. Apenas unos minutos después está de nuevo con los ojitos cerrados y durmiendo como un angelito.

Los días siguientes los paso embebida entre estrategias empresariales, pautas de dirección, presupuestos e informes de ventas. Cualquier momento es potencialmente aprovechable para estudiar. Mientras doy de comer a James y Kylie leo en la tablet, aunque en más de una ocasión la salpican de papilla y me toca limpiarla. También empleo los trayectos hasta el despacho para estudiar, cuando Woody me lleva en el coche.

De vez en cuando me mira a través del espejo y sonrío al verme tan aplicada.

Mientras como, mientras ceno. Durante la madrugada, incluso cuando estoy con Darrell. Al que le voy informando de mis progresos.

Una tarde, en el despacho, repasando los archivos que tengo en la tablet, me encuentro con una carpeta con el nombre: Estudio de mercado europeo.

—¿Qué tenemos aquí? —murmuro para mí.

Pico con el dedo y en un par de segundos se abre ante mis ojos el informe que estaba preparando Darrell sobre la inserción de la empresa en el mercado español. De inmediato recuerdo que en nuestra luna de miel me habló de que quería empezar a abrirse paso en el mercado europeo a través de Madrid.

Solo hay unas cuantas páginas. Las leo detenidamente. Una idea me atraviesa la cabeza de lado a lado. Creo que ya sé hacia dónde voy a llevar la empresa..., pienso con una sonrisa.

Después de dar de cenar a James y a Kylie, de bañarles y de dormirles, me dispongo a continuar el estudio de mercado internacional a partir de las páginas de Darrell. Durante toda la madrugada desarrollo un detallado dossier lleno de cálculos y operaciones en el cual reflejo la futura inversión, los costes, los posibles beneficios. Así como los posibles riesgos, tipo de clientes, demanda, oferta... Y todo acompañado de unos vistosos gráficos y estadísticas.

—Susan, por favor, hágame once copias de este informe —le pido con amabilidad y una sonrisa en los labios en cuanto llego al despacho la mañana siguiente.

Dejo el dossier en el que he estado trabajando toda la noche sobre su escritorio. Susan hace una mueca de desgana.

—Yo no me encargo de hacer fotocopias —me espeta—. Ordéneselo a Sarah.

La miro con una expresión entre circunspecta y desconcertada. *¿A qué viene ese tono?* Cojo el dossier sin decir nada, me doy media vuelta y me dirijo hacia la mesa de Sarah.

—Yo lo haré, señora Baker —se adelanta a decir ella antes de que se lo pida, cogiendo de mi mano el dossier.

—Gracias, Sarah —digo con una sonrisa afable.

Enfilo los pasos hacia el despacho. Entro en él con las palabras, el desprecio y la altanería de Susan dándome vueltas en la cabeza. *¿Qué coño se ha creído?*, me pregunto indignada. *¿Acaso se ha olvidado de que soy su jefa?*

—Quizás se lo tengo que recordar —musito de pie en mitad del despacho—. Y lo voy a hacer ahora mismo.

Me giro sobre mis talones, deshago mis pasos y vuelvo a la recepción.

—Sarah, deme el dossier, por favor.

Sarah hace lo que le pido, confusa por mi nueva orden. Le oigo tragar saliva. Doy unas cuantas zancadas y me planto delante del escritorio de Susan.

—Hágame once copias de este dossier —le ordeno, dejando caer el documento en la mesa.

Susan levanta la mirada por encima de la pantalla del ordenador. Su melena rubia, perfectamente lisa, no se mueve un pelo.

—Ya le he dicho que yo no hago fot...

—Y yo le he dicho que me haga once copias de este dossier —le corto, sin ninguna clase de titubeo en la voz—. Las quiero en cinco minutos sobre mi mesa —añado autoritariamente mientras me dirijo de nuevo a mi despacho, sin dar tiempo a que Susan pueda replicarme. No voy a consentirle que me falte al respeto ni que me haga sentir insignificante. No voy a consentir que nadie me haga sentir así nunca más.

Exactamente cinco minutos después, Susan entra en mi despacho con los once dossieres que le he pedido en el brazo. Su cara, como siempre que se dirige a mí, es de vinagre.

—Aquí tiene —dice, dejándolos caer sobre mi mesa.

¿Por qué siempre hay un viso de desafío en su voz?

Me echo hacia atrás y me recuesto en el respaldo de la silla.

—Un poco de cortesía no le vendría mal, Susan —comento, dispuesta a no dejarme pisar por ella.

—No tengo por qué ser cortés con usted —alega con semblante altanero.

—Claro, ya se guarda la cortesía para mi marido —digo—. Estoy segura de que si hubiera sido él que el que le hubiera mandado fotocopiar el dossier, no hubiera puesto ningún impedimento.

—Eso es problema mío.

—Y mío también —atajo—. Que no se le olvide que ahora su jefa soy yo —le recuerdo.

Susan pone los ojos en blanco.

—Tranquila, no se me olvida —ironiza.

Joder, ¿se puede ser más descarada?, me pregunto.

Me levanto del sillón de cuero negro y me pongo de pie. Niego para mí con un gesto imperceptible.

—No voy a aguantar mucho tiempo más sus impertinencias, Susan —afirmo.

—Pues despídame —me reta, mirándome fijamente a los ojos.

—No tenga ninguna duda de que lo haré si no cambia su actitud conmigo —le digo, sosteniéndole la mirada.

—¿Necesita algo más? —me pregunta, dando por concluida la conversación, sin dejar un solo segundo atrás su postura insolente.

—No, puede seguir con su trabajo —digo.

Cuando Susan sale del despacho, dejo caer los hombros y suelto el aire que he estado reteniendo en los pulmones. Está claro que Susan se ha convertido en una enemiga declarada.

CAPÍTULO 78

Unos segundos después, el teléfono del despacho suena. Me siento y lo descuelgo.

—Señora Baker... —dice Sarah.

—¿Sí?

—El señor Ford está aquí —me informa.

Frunzo el ceño.

—¿Michael? —pregunto.

—Sí. ¿Le hago pasar?

—Sí, claro que sí —me apresuro a decir como algo obvio. Michael abre la puerta del despacho y entra—. ¿Cómo se te ocurre anunciarte? —le pregunto en tono de broma—. Tú no lo necesitas. Puedes entrar sin llamar —digo.

—Es para que te vayas acostumbrando a tu cargo —responde Michael sonriente. Le devuelvo el gesto. Ladea un poco la cabeza—. ¿Estás bien? —me pregunta algo más serio.

—Sí —respondo.

—No tienes muy buena cara. Parece que no has dormido bien.

—He estado toda la noche trabajando en un informe que quiero presentar al equipo de administración —explico.

—¿No podía esperar? —me pregunta Michael, levantando una ceja.

—No —respondo contundentemente—. Esa gente tiene hambre y yo tengo que darles de comer, sino me van a comer a mí.

Michael suelta una carcajada.

—Yo no estoy tan seguro de eso, vista la actitud que tienes ahora —dice—. Has dado un giro de ciento ochenta grados.

—¡A Dios gracias! —exclamo con jocosidad—. De otra manera hubiera terminado tirándome por puente de Brooklyn.

—Exagerada.

—Sí, sí, exagerada...

—¿No me vas a decir de qué se trata? —curioseas Michael.

Niego sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda.

—No. Es una sorpresa —respondo.

—Como quieras —dice resignado—. Da gusto verte tan entusiasmada —dice después.

—Lo estoy, Michael —admito—. Esta última semana me la he pasado mañana, tarde y noche absorbiendo todos los conocimientos sobre la empresa que he podido

y creo que ha dado resultado. Incluso dando la papilla a James y a Kylie no me he despegado de la tablet ni de los libros.

Michael entorna los ojos.

—Eres puro tesón, Lea —afirma.

—Gracias —digo—. ¿Te viene bien que convoque una junta con el equipo de administración mañana por la mañana? —le pregunto.

Michael extrae la agenda de su maletín y la consulta.

—A partir de las doce estoy a tu completa disposición —dice en su habitual tono de buen humor—. Antes tengo una cita con el director de *Textliner*.

—Perfecto —digo. Con actitud resuelta, descuelgo el teléfono y marco la extensión de Sarah. Prefiero tratar con ella, visto que Susan está interesada en hacerme la vida imposible aquí dentro.

—Dígame, señora Baker.

—Por favor, Sarah, convoque para mañana a las doce una junta con el equipo de administración —le pido.

—Ahora mismo —dice solícita.

—Gracias —le agradezco.

—De nada, señora Baker.

Cuelgo el teléfono y alzo los ojos hacia Michael.

—Tienes que ponerme al día sobre *Textliner* —le digo—. Sé por Darrell que la empresa tiene un acuerdo con ellos y que son algo... problemáticos.

—Sí, el acuerdo que tenemos con ellos es muy beneficioso para nosotros, pero es cierto que es una compañía que da muchos quebraderos de cabeza —me informa Michael—. Por suerte, Darrell encontró un modo de tenerlos agarrados por los huevos. Desde entonces, son algo más llevaderos.

—A Darrell no se le escapa nada —comento orgullosa.

—Absolutamente nada —confirma Michael—. Desde luego, ha levantado todo este imperio por méritos propios —añade—. Es un crack en los negocios... y un cabronazo cuando quiere.

Esbozo una sonrisa sin despegar los labios, y el orgullo que siento por Darrell crece dentro de mí aún más si cabe.

Me retuerzo los dedos, nerviosa, mientras espero a que vayan llegando los miembros del equipo de administración a la sala de juntas. Echo un último vistazo para comprobar que todo está listo.

En el silencio de la estancia, viene a mi cabeza la vez que Darrell me trajo a la sala de juntas para hacerme el amor. Llevo la vista a la enorme mesa de cristal, donde dimos rienda a nuestros instintos más primarios. Esos que se desbocan solo con mirarnos, y rememoro el momento. ¡Madre mía! Una marea cálida trepa por mis piernas.

—Hola, Lea.

La voz de Michael me saca de mi ensoñación. Él es el primero en llegar.

—Hola, Michael —digo, girándome hacia él.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Un poco nerviosa, pero bien —respondo animada.

Alarga la mano y la apoya sobre mi hombro en un gesto de aliento.

—Todo va a ir bien —dice.

Lanzo al aire un suspiro cargado de anhelo.

—Eso espero —digo—. ¿Qué tal la cita con el director de *Textliner*? —me intereso.

—Mejor de lo que esperaba —contesta, guiñándome un ojo—. Pero después te cuento —dice, al ver que han entrado en la sala de juntas tres miembros del equipo de administración. Tres hombres que rondan los cuarenta años, con semblante estirado, a los que el traje no les hace ni una sola arruga. Parece que se han tragado un palo, pienso para mí.

¡Maldita sea! ¿Es que esta gente nunca se da un respiro?

—Buenos días, señora Baker —me saludan los hombres mientras avanzan por la sala.

Advierto que me miran por encima del hombro. Lo que contribuye a que mis nervios no se calmen en absoluto. Son como sabuesos frente a un sabroso pedazo de carne.

Tranquila, Lea. Tranquila, me repito una y otra vez.

—Buenos días —correspondo con educación—. Vayan tomando asiento, por favor —les pido, intentando que mi voz suene firme y segura.

Los siguientes en llegar son ese tal Thomas y el que tomó partido por él cuando me pregunto que hacia dónde tenía pensado llevar la empresa. Hoy ambos van a tener la respuesta.

Respiro hondo y carraspeo para aclararme la garganta.

—Gracias por venir —digo, cuando todos los miembros del equipo de administración al completo están sentados alrededor de la mesa de cristal—. El motivo de la reunión de hoy es informarles de las directrices que va a tomar la empresa a partir de ahora —prosigo, tratando de que la voz no me tiemble. Algunos fruncen el ceño, otros entornan los ojos, pero todos están expectantes por lo que voy a decir. Incluso pensaría que impacientes. Visto que tengo toda su atención. Continúo hablando—. Durante estas jornadas de atrás, he estado poniéndome al día acerca de todo lo relacionado con la empresa. Así que ahora tengo una idea bastante clara de hacia dónde quiero enfocar los esfuerzos.

—¿Y hacia dónde quiere enfocarlos? —pregunta el tal Thomas, que tiene prisa por saber, como siempre.

Noto como una película de sudor me empapa la espalda.

—Ya es hora de que la empresa dé el salto al mercado europeo —afirmo, sin dilatar el momento.

Varios murmullos corren como la pólvora de un lado a otro de la sala. La noticia ha causado sensación. Trago saliva con dificultad. Sé que me la estoy jugando. Miro a Michael. La expresión de su rostro deja ver sorpresa, pero también confianza.

Cojo los dosieres y los reparto entre los miembros del equipo de administración. El último se lo entrego a Michael. Ambos intercambiamos una mirada de complicidad.

—En este dossier que les he pasado, tienen desarrollada la idea en cifras — comienzo a decir—. Cuantía de la inversión, costes de producción, beneficios... — enumero—. Sé que mi esposo lo llevaba barajando mucho tiempo...

—Señora Baker, ¿ha tenido en cuenta los riesgos que tiene emprender algo de tal magnitud?

Es Thomas el que vuelve a pronunciarse, interrumpiéndome. Tomo aire.

—Por supuesto —respondo—. Señor Thomas, ¿verdad? —pregunto, aunque sé sobradamente quién es, porque se ha convertido en una especie de mosca cojonera. Él asiente con la cabeza—. En la página quince del dossier, encontrará los riesgos que entraña lanzar la empresa al mercado europeo. Como puede comprobar, son bastante menores que los beneficios que se pueden obtener. —Paseo la mirada por cada uno de los hombres que forman el equipo de administración—. No se les olvide que, pese a que todavía no estamos presentes en Europa, la buena fama de nuestra empresa traspasa fronteras. El viejo continente ya nos conoce.

—¿Por qué país tiene pensado empezar la expansión? —me pregunta un hombre con traje gris y cara rechoncha.

—Por España —respondo—. Exactamente por su capital: Madrid—. Lo tienen también desarrollado en el dossier. Pero no se preocupen. Voy a ir explicándoles cada epígrafe del dossier que he preparado a través de las gráficas que tengo en este panel, para que no les quede ninguna duda.

CAPÍTULO 79

—Y con esto concluyo la exposición —digo—. Espero que les haya quedado claro cuál es mi intención y el futuro de la empresa en Europa de aquí en adelante.

Observo los rostros de los miembros del equipo de administración. Juraría que están satisfechos. Pero no me atrevo a asegurarlo, porque sus expresiones son poco explícitas, la verdad.

Me muerdo el interior del carrillo, esperando que alguien diga algo, o que salgan corriendo.

Michael comienza a aplaudir. Al principio está solo. Tres palmadas después, para mi sorpresa, el resto se une a él. Cuando veo a todos esos ejecutivos trajeados ovacionándome, siento como las mejillas me arden. Estoy tan ruborizada que tengo la sensación de que voy a entrar en combustión de un momento a otro.

¡Madre mía...!

—Gracias —es lo único que se me ocurre decir, cabizbaja.

—Enhorabuena —me dice Michael una vez que nos quedamos solos en la sala de juntas—. Te has metido al feroz equipo de administración en el bolsillo —asevera.

La tensión y la adrenalina del momento me impulsan a abrazarlo. Cuando reacciono, me separo de inmediato de él.

—Lo siento —me disculpo con toda la naturalidad del mundo. Michael sonrío sin darle importancia—. ¿Tú crees? —le pregunto escéptica, volviendo al tema.

—Solo había que ver sus caras para darse cuenta de que tu propuesta les ha gustado y... sorprendido —responde—. Creo que no se esperaban algo semejante.

—Era una apuesta arriesgada —digo—. Soy consciente de ello, pero sé que Darrell lo tenía en mente desde hace algún tiempo. Me ha hablado de lanzar la empresa al mercado europeo varias veces, y de que quería que la expansión empezara por España o Reino Unido. Así que he decidido aventurarme y proponérselo al equipo de administración. Aparte, estoy convencida de que es un proyecto que tiene todas las posibilidades.

—Yo también lo creo —anota Michael—. Darrell lo ha hablado muchas veces conmigo y, al igual que tú y que él mismo, pienso que es un proyecto cien por cien viable. —Sonrío. Michael me mira fijamente a los ojos—. Eres increíble, Lea —asevera.

Su repentino halago me sonroja.

—Gracias, Michael —digo, colocándome un par de mechones de pelo detrás de las orejas—. No lo hubiera conseguido sin ti y sin Lissa. Vosotros sois los que me habéis impulsado a seguir adelante, los que me habéis apoyado, los que me habéis animado a seguir con esto.

—No, Lea —refuta—. Lo has conseguido tú sola. Te lo dije ayer; eres puro tesón y una luchadora nata. —Un silencio gravita sobre nuestras cabezas mientras nuestros ojos se miran—. Darrell estaría muy orgulloso de ti —dice transcurrido unos segundos, rompiendo la mudez del momento.

Mis ojos se humedecen al recordarle. A pesar de todo, estoy muy sensible.

—Estoy aquí más por él que por mí —confieso—. No quiero decepcionarlo. Cuando despierte del coma y todo esto pase, porque pasará —digo esperanzada—, quiero que sepa que hice lo correcto, lo que debía; que hice lo que tenía que hacer.

—Lo sabrá, no te preocupes —afirma Michael.

Asiento ligeramente con la cabeza.

Al mediodía, me acerco al hospital a ver a Darrell. Estoy pletórica y necesito contárselo. Necesito contarle lo que ha pasado.

—Hay que afeitarse —me comenta la enfermera.

—Yo lo hago —me adelanto a decir, cogiendo la palangana que trae en las manos.

—Como quiera.

Me echo un poco de espuma de afeitarse en las manos y la extiendo por el rostro de Darrell, como lo suelo hacer desde que está en coma.

—¿Sabes que he presentado al equipo de administración el estudio del lanzamiento de la empresa en el mercado europeo? —le pregunto mientras paso con cuidado la maquinilla por su mandíbula angulosa. No quiero cortarle—. Estuve toda la noche trabajando en el dossier que propuse. Tenías que haberlos visto, mi amor... Tenías que haber visto sus caras mientras exponía el proyecto —digo entusiasmada. Le rasuro suavemente la mejilla—. Creo que alguno ha flipado gambas fritas —digo entre risas. Meto la maquinilla en el agua de la palangana y la enjuago—. Sobre todo, ese tal Thomas. Es como un grano en el culo —río.

Hago una breve pausa y paseo la maquinilla por su barbilla, mientras lo miro con ojos cariñosos.

—Estarías tan orgulloso de mí, Darrell —murmuro a media voz—. Tan orgulloso...

Respiro profundamente.

—Lissa y Michael me han ayudado mucho —continúo hablando—. De hecho, creo que sin ellos no hubiera podido enfrentarme de nuevo a ese equipo de administración que has puesto —digo—. Te aseguraste de que iban a defender la empresa y sus intereses a capa y espada —ironizo.

Termino de afeitarse, dejo la maquinilla a un lado y le quito los restos de espuma de la cara con la toalla.

—Sea como sea, en breve tu empresa se va a *hacer las europas* —bromeo—. Exactamente se va a Madrid. ¿Te acuerdas lo que nos gustó esa ciudad cuando la visitamos en nuestra luna de miel? —le pregunto—. ¿Y te acuerdas de cómo te enfadaste conmigo cuando me quemé con sol de Madrid, porque se me olvidó darme la crema protectora que me compraste?

Suspiro recordando el momento.

Cojo el frasco de *after shave* y le doy un poco en el rostro para que no se le irrite la piel.

—Me gustaría tanto que volvieras a protegerme de la forma que siempre has hecho —digo con tristeza—. Que me cuidaras, que me mimaras... Me siento tan sola sin ti. —Guardo silencio durante unos segundos—. No te puedes dar por vencido, Darrell. Y no puedes hacerlo porque todavía tengo que decirte muchas cosas, tengo que decirte que te quiero, que te quiero con locura. No puedes darte por vencido porque tengo que darte las gracias por darme una familia, por protegerme, por cuidarme, por salvarme la vida

—No sé si puedes oírme —continúo con mi monólogo—. Espero que sí. Necesito que te quedes, Darrell. Necesito que te quedes conmigo —enfático—. ¿Me oyes? Necesito que te quedes conmigo.

La voz se me quiebra. Aprieto los labios para no llorar. Alargo el brazo y apoyo la palma de la mano sobre su corazón. Me encanta oír cómo late, porque indica que al menos está vivo, que está aquí, aunque su rostro de rasgos cincelados se encuentre estático e inexpresivo como una estatua de mármol.

Será mejor que cambie de tema.

—La semana que viene es el cumpleaños de nuestros pequeños, de nuestros polluelos. ¡Ya un año! —digo—. ¿Te lo puedes creer? Parece que fue ayer cuando te anuncié que estaba embarazada... Estaba aterrada porque no sabía cómo ibas a reaccionar. —Sonrío con un halo de tristeza—. Has resultado ser el mejor padre del mundo —afirmo—. Ellos también te echan de menos, ¿sabes? Tanto como yo.

Miro el reloj. Son las cuatro y media.

—Ahora tengo que irme, mi amor. Tengo que ir al despacho. Hay muchas cosas que hacer. Pero no te preocupes, mañana vendré a verte de nuevo —digo—. Voy a pedir permiso al médico para que me deje traer a James y a Kylie el día de su cumpleaños para que estén un ratito contigo.

Me inclino y apoyo los labios en su frente, depositando un beso en ella.

—Hasta mañana —susurro a unos centímetros de su boca.

El martes de la semana siguiente y con la aprobación del doctor Brimstone, llevo a James y a Kylie al hospital. Es el cumpleaños de nuestros pequeños y quiero que Darrell note su presencia.

—Mira quién ha venido a verte... —le digo a Darrell cuando entro con ellos en la habitación.

Cojo a Kylie en brazos y la acerco a Darrell. Abre mucho sus ojitos azules, lanza unos cuantos gorgoritos y carcajea alegre cuando lo ve.

—Es papá —digo—. Pa-pá, pa-pá... —repito. Kylie me mira extrañada después de unos segundos, al ver que Darrell no se mueve—. Está dormido. ¿Ves? Está dormido... Por eso no puede decirte nada, princesa.

La aproximo un poco más. Kylie apoya las manitas en las mejillas de Darrell y las acaricia suavemente, como si no quisiera despertarlo de su profundo sueño.

La escena hace que se me encoja el corazón.

—Ahora tú, campeón —le digo a James, sentando a su hermana a un lado de la cama.

Al igual que Kylie, James balbucea alegre y se ríe cuando ve a Darrell. Da unas cuantas palmas, patalea y alarga los brazos como queriendo que Darrell lo coja.

—Papá no puede cogerte ahora, mi amor —murmuro—. Está descansando.

James me mira desconcertado con sus grandes ojos color bronce, sin entender qué ocurre, como Kylie. Supongo que se preguntarán por qué Darrell no los coge, por qué no les dice nada, por qué no juega con ellos como otras veces...

Los tumbo a su lado para que Darrell sienta su calor. No hay peligro de que se caigan porque la cama es amplia y está protegida por una barandilla a ambos lados.

—¿Has visto cómo han crecido? —le pregunto a Darrell—. Se están haciendo mayores —bromeo—. Hoy cumplen su primer añito. Son unos pequeños terremotos; no paran quietos —digo, mientras James y Kylie se retuercen juguetones a sus costados.

Mientras James apoya la cabeza sobre el pecho de Darrell, Kylie gatea hasta su rostro y pega su mejilla a la suya.

Las lágrimas arrasan mis ojos. La escena que se desarrolla delante de mí, se vela. Como buenamente puedo, reprimo el llanto. No quiero que los pequeños me vean llorar, porque ya se dan cuenta de las cosas, de cuando alguien está triste o contento.

James levanta la cabeza y me mira. Me observa durante unos instantes y arruga la nariz. Entonces alza sus brazos para que lo coja.

—Todo está bien, mi vida —le digo, abrazándolo contra mi pecho—. Todo está bien.

CAPÍTULO 80

—¿Cómo han sido tus primeros dos meses como directora del imperio Baker? — me pregunta Lissa, mientras nos tomamos unas cervezas en el *Bon Voyage*.

Resoplo.

—Después de presentar al equipo de administración el estudio de mercado para el lanzamiento de la empresa al mercado europeo, bien —respondo.

—¡Esa es mi Lea! —exclama Lissa.

Levanta la palma de la mano y choco los cinco con ella.

—Menos mal que con eso los calmé —comento—, porque si no, a estas alturas solo encontraríais mis pedazos.

—Uno siempre piensa que eso de los ejecutivos agresivos es una leyenda urbana —dice Lissa.

—Te aseguro que no —afirmo—. Darrell lo es, por lo menos cuando trabaja, y el equipo de administración de su empresa también. Defienden sus intereses como perros de presa.

—La verdad es que es admirable cómo al final te los has metido en el bolsillo.

—No ha sido fácil —apunto—. Esa gente es muy exigente. —Cojo mi cerveza y doy un trago. Veo pasar a Joey de un lado a otro del bar—. ¿Qué tal con Joey? —le pregunto a Lissa, girando el rostro hacia ella.

Lissa se encoge de hombros.

—A ratos bien y a ratos no tan bien —dice desanimada.

—¿Sigue sin decirte que le pasa?

—Sí. —Lissa alza los ojos y me mira—. Estoy completamente segura de que ocurre algo. Pero no se qué es —dice. Hace una breve pausa—. Estoy empezando a temerme lo peor.

—¿Lo peor? —pregunto ceñuda—. ¿Qué quieres decir?

—Que esté con otra tía —asevera.

—Lissa, no te adelantes a los acontecimientos —le digo con sensatez—. La mayoría de las veces sufrimos más por lo que imaginamos que por lo que realmente es. La cabeza suele jugarnos muy malas pasadas.

Lissa chasquea la lengua y dirige la vista hacia Joey, que está ahora detrás de la barra, consultando unos papeles.

—¿Le ves? —me pregunta—. Antes no paraba de mirarme y ahora no para de esquivar mi mirada. —Vuelve los ojos hacia mí—. Ni siquiera el sexo es tan frecuente y apasionado como cuando empezamos. A este paso vamos a terminar pareciendo un matrimonio de ancianos —concluye, dando un trago a su cerveza.

—Lissa... —trato de frenar sus pensamientos.
Lissa niega para sí.
—Te lo digo en serio, Lea —me corta—. Somos una pareja de jóvenes, pero nos comportamos como viejos.
—Todas las parejas tiene crisis —digo—. Ya verás como esto termina pasando.
—Ya no sé qué pensar...
—No pienses nada. A veces, pensar es malo —le aconsejo—. Mejor deja que pase lo que tenga que pasar y después actúas.
Lissa se muerde el labio inferior.
—Creo que eso es lo mejor que puedo hacer, no pensar. —dice Lissa—. Es muy estresante.
Ambas intercambiamos una sonrisa.
—Tengo que volver al despacho —anuncio. Me bebo de un sorbo la cerveza que queda en mi vaso y me levanto del taburete—. ¿Tienes que ir a algún sitio? —le pregunto—. Puedo decir a Woody que te acerque donde quieras.
—No es necesario —dice Lissa—. Me voy a quedar un rato más aquí. A ver si mi novio se decide a hablarme.
—Paciencia —indico, cogiendo el bolso del respaldo del taburete. Lissa suspira de forma ruidosa—. Te llamo mañana —digo.
—Vale —responde—. Que tengas buena tarde.
—Gracias. Igualmente.
Me acerco a su rostro y le doy un beso en la mejilla a modo de despedida.

Al llegar al despacho, Susan me recibe con su habitual semblante altanero. Cada día se me hace más cuesta arriba tratar con ella, porque es sumamente impertinente, hasta el límite de lo tolerable.

—Este informe no es el que le he pedido, Susan —digo, intentando por todos los medios templar mis ánimos, cuando me entrega unos documentos que no tienen nada que ver con lo que le he solicitado.

—No se habrá explicado bien —me replica con suficiencia.

Respiro hondo.

—¿Que no me habré explicado bien? —repito.

—Usted cree que es buena para este puesto solo porque al equipo de administración le gustó su mierda de propuesta, pero está muy equivocada —espeta con desprecio.

—Yo no me creo nada —refuto—. Sé que para usted no soy tan buena jefa como lo es el señor Baker. Pero ya ve, esto es lo que hay —digo, sin dejarme intimidar por ella ni por su tono avasallador.

—Debería caérsele la cara de vergüenza —dice. Frunzo el ceño, confusa. Al advertir la expresión de mi rostro, continúa hablando—: El señor Baker está postrado en una cama por tu culpa...

Me levanto del sillón de cuero casi de un salto.

¿Quién se ha creído esta que es? ¿Se puede ser más gilipollas?

—¿Qué...? —farfallo.

—Sí, el señor Baker está en coma por tu culpa. Por tu única culpa. —Su voz está llena de rabia. De una rabia que ha dejado de contener y que escupe contra mí como si fuera veneno—. Esa bala era para ti. Ojalá la hubieras recibido tú y no él. Ojalá fueras tú la que estuvieras en esa cama.

Alargo el brazo y le pego un bofetón. Susan reacciona levantando la mano, pero la sujeto por la muñeca antes de que consiga pegarme.

—No te voy a consentir que me hables así —le digo entre dientes, tuteándola, igual que ella hace conmigo—. Que estés enamorada de mi esposo, no te da ningún derecho a hablarme así.

—Yo puedo hablarte cómo me dé la gana —se defiende enfadada.

—Tienes razón. Y yo no tengo por qué aguantar tus impertinencias —digo—. Desde este mismo momento estás despedida —asevero, soltando con fuerza su mano. Susan no mueve un solo músculo. Se limita a taladrarme con la mirada mientras se acaricia la mejilla que ha recibido la bofetada y que está ligeramente roja. Sus ojos echan fuego, tanto como los míos—. ¡Fuera de aquí! —le grito autoritariamente, apuntando con el índice hacia la puerta—. ¡Ya!

Sin replicarme, Susan da media vuelta y de unas pocas zancadas alcanza la puerta y sale del despacho. Cierro los ojos durante un par de segundos y resoplo.

CAPÍTULO 81

Camino de prisa hasta el ascensor, bajo a la décima planta y busco el despacho de Michael. Cuando doy con él, al fondo de un vestíbulo amplio, luminoso y de paredes blancas, llamo a la puerta con un toque de nudillos.

—Adelante —le oigo decir desde dentro.

Abro y asomo la cabeza despacio. Está hablando por teléfono. En silencio, me hace una señal con la mano para que entre.

—Te paso el contrato por email —dice a la persona que está al otro lado de la línea. Tapa el auricular con la mano. Siéntate —me dice en voz baja—. Sí, por supuesto... —continúa hablando con su interlocutor—. Hasta mañana.

Cuelga el teléfono.

—¿Un café? —me pregunta en tono distendido.

—Mejor un whisky —respondo.

—¿Qué ha ocurrido? —me pregunta Michael con voz más seria.

—Acabo de despedir a Susan —afirmo. Michael levanta las cejas ligeramente. Y antes de que diga nada, las palabras salen en torrente por mi boca—. Estoy harta de sus impertinencias —comienzo a decir sin respirar—. Lleva haciéndome la vida imposible desde que entré aquí. Me rebate todas las órdenes, delega todo en Sarah, que aguanta pacientemente, y siempre que se le presenta la ocasión, me falta al respeto...

Michael entorna sus ojos grises.

—¿Por qué cojones has esperado tanto para despedirla? —me pregunta molesto—. ¿Sigues sin entrarte en la cabeza que eres la jefa?

Trago saliva.

—Bueno, yo... Pensé que cambiaría —me justifico.

—Lea, la gente no cambia —refuta Michael—. Y si cambia, siempre es a peor.

—Lo sé. Debí despedirla cuando la pillé acariciando la mano de Darrell en el hospital...

—¿Qué la pillaste cómo?

La pregunta con un severo matiz de asombro de Michael me hace caer en la cuenta de que, sin querer, le he puesto voz a mis pensamientos.

Lea, ¿es que no cambiarás nunca?, me reprocho en silencio.

Alzo los ojos y lo miro por debajo del abanico de color bronce que forman mis pestañas. La mirada gris y penetrante de Michael está fija en mí.

—Fue hace un par de meses... —comienzo a decir—. Fui a ver a Darrell y cuando entré en la habitación, Susan tenía su mano cogida entre las tuyas.

—¿Y qué pasó? —me pregunta.

—Discutimos y la eché del hospital —respondo—. Le dije que como volviera a ver a Darrell, daría la orden al médico para que le prohibieran la entrada. —Guardo silencio un momento—. Se atrevió a insinuar que tal vez Darrell ya no fuera para ninguna de las dos —digo. Michael levanta una ceja, perplejo—. Y lo de hoy ha sido peor —continúo—. Me ha echado la culpa de que Darrell esté en coma.

—¿Qué?!

La expresión de Michael ha pasado de la perplejidad a la indignación. La garganta se me cierra de golpe.

—Lo que menos necesito es que me recuerden que Darrell está así por mi culpa —murmuro—. Ya lo sé. Ya sé que está en coma, tendido en una cama por mí.

—Lea, Darrell no está así por tu culpa —me consuela Michael. Alarga el brazo por encima de la mesa y coge mi mano—. Deja de castigarte con eso, por favor —me pide con voz suave como el terciopelo.

Levanto la vista hacia él. Sus ojos están llenos de dulzura y de una indulgencia infinita. Una indulgencia que yo soy incapaz de tener conmigo misma. Bajo la mirada.

—Lea, por favor... —me vuelve a pedir, apretándome la mano. Niego para mí. *Santo Dios, me siento tan culpable, pese a todo lo que me dicen*—. Ya —insiste vehemente—. Bastante tienes.

Lo miro de nuevo y asiento de forma mecánica. Sin embargo, en mi cabeza persiste la idea de que yo soy la única culpable de que Darrell esté en coma. Y eso me reconcome el alma.

—Al final he despedido a Susan —le digo a Darrell, cuando voy a verle al hospital al salir del despacho.

Todo está sumido en un silencio sepulcral, bajo una luz tibia que emite la lamparita de la habitación. La noche ha caído de forma espesa sobre Nueva York. O esa es la sensación que me da.

—No me ha dejado otra opción —prosigo. Durante un rato me callo, mordisqueándome el interior del carrillo—. Me siento tan mal, Darrell... Susan me ha echado en cara que estás así por mi culpa y tiene razón. Tiene razón... —Continúo mordiéndome el carrillo—. Esa bala tendría que haber sido para mí; tendría que ser yo la que estuviera postrada en esta cama —digo con voz ahogada, sin poder contener el llanto—. Tendría que ser yo la que estuviera aquí. Yo y no tú.

Extiendo la mano y le acaricio la cara con dulzura. Me inclino y le beso en la mejilla sin dejar de llorar. Una lágrima cálida cae sobre su rostro. Cuando me separo lentamente, advierto atónita que Darrell tiene los ojos abiertos. El corazón me salta dentro del pecho.

—Darrell... —susurro, sin dar apenas crédito a lo que estoy viendo. Durante el espacio de un par de latidos reina un silencio absoluto mientras Darrell parpadea

desconcertado—. Darrell, mi amor... —digo, sonriendo entre lágrimas—. Oh, mi amor...

—¿Dónde estoy? —pregunta en tono pastoso.

—En el hospital —respondo, acariciándole de nuevo la cara.

Sus ojos azules se entornan, achinando más su espectacular mirada.

—¿Quién eres? —murmura, arrastrando las palabras.

De pronto siento cómo se me reseca la boca. ¿Qué? ¿Cómo qué quién soy? En mi interior se paraliza todo de golpe.

—Soy yo, mi amor —digo—. Soy Lea.

—¿Lea?

—Sí.

Agito la cabeza de arriba abajo.

—No sé quién eres —afirma Darrell.

Me mira desconcertado. La expresión de su rostro refleja una profunda confusión. La sangre se me hiela en las venas. Darrell no sabe quién soy; no me reconoce.

Esto no puede estar pasando. ¡Maldita sea! ¡Esto no puede estar pasando!, exclamo desesperada.

Corro hacia la puerta, la abro y salgo al pasillo estrepitosamente.

—¡Enfermera! —grito nerviosa—. ¡Enfermera!

La enfermera de piel café y leche tarda unos segundos en aparecer.

—¿Qué ocurre? —me pregunta asustada al ver mi estado.

—Mi marido ha despertado —anuncio.

La enfermera esboza un amago de sonrisa y entra deprisa en la habitación.

—Señor Baker... —dice, acercándose a la cama.

—¿Dónde estoy? —vuelve a preguntar Darrell.

—Está en el hospital, señor Baker. Recuperándose... —responde la enfermera.

—¿Recuperándome? ¿De qué?

—¿No lo recuerda? —le pregunta la enfermera.

Darrell hace memoria durante unos segundos. Mueve la cabeza de derecha a izquierda.

—No —niega.

La enfermera gira su rostro hacia mí, que permanezco de pie detrás de ella, acariciándome los brazos. Intercambiamos una mirada muda llena de significado.

¿Qué demonios está pasando?

CAPÍTULO 82

—¿Qué ha dicho el doctor Brimstone? —me pregunta Michael.

—Darrell sufre amnesia postraumática —respondo—. Según me ha explicado, ha habido una interrupción en el mecanismo de transferencia de memoria a corto plazo. Suele ser normal después de haber presentado un cuadro de coma —le explico con voz apesadumbrada—. Es un mecanismo de defensa. Darrell sufrió un trauma emocional con todo lo de mi secuestro... Verme indefensa en manos de Stanislas, la amenaza de la pistola sobre mi sien, saber que podía morir... El cerebro se ha vuelto protector y ha bloqueado los recuerdos. El doctor Brimstone dice que lo remoto prima sobre lo reciente. Se acuerda de su nombre, de su madre, de sus hermanos, de la universidad, de ti..., pero no de lo que ha ocurrido durante los últimos años. Los últimos años no están en su cabeza.

Aprieto los labios con fuerza, intentando no llorar.

—Darrell no se acuerda de mí, Michael —asevero—. No recuerdo quién soy. No recuerda que soy su esposa y tampoco recuerda que tiene dos hijos.

Hundo el rostro entre las manos y rompo a llorar desconsoladamente en la sala de espera del hospital. Sin pensárselo dos veces, Michael se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos.

—Heyyy... No llores así, Lea, por favor... —me consuela—. Me parte el corazón verte llorar de esta manera.

—Es como si no existiera para él —lloro sobre su pecho—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? —sollozo rota de dolor—. ¿Te das cuenta?

—Ya, Lea, Ya... —me dice Michael, mientras me acaricia la cabeza suavemente—. Cálmate —me susurra—. Cálmate.

—No puedo —digo—. No... No puedo. Esto es una pesadilla, Michael. Una puta pesadilla.

—Lo sé, Lea. Sé que es una pesadilla. —Deshacemos el abrazo—. ¿Ha dicho el doctor Brimstone si es irreversible? —me pregunta.

—Puede serlo —contesto, sorbiendo por la nariz—. Aunque hay veces que se atenúa y los recuerdos regresan espontáneamente.

Michael coge mi rostro entre sus manos.

—Entonces vamos a aferrarnos a esa posibilidad, ¿vale? —me dice.

—Pero algunas personas nunca recuperan los recuerdos perdidos —arguyo angustiada.

—Sí, pero también existe la otra posibilidad —dice Michael—. Y es a esa a la que nos vamos a aferrar, ¿vale? —Al ver que no respondo, insiste—. ¿Vale?

Lo miro con los ojos velados.

—Vale —digo finalmente.

Michael me enjuga con los pulgares las lágrimas que caen precipitadamente por mis mejillas.

—¿Hay algún tratamiento?

Niego con la cabeza.

—No. Aunque el doctor Brimstone me ha recomendado que Darrell se rodee de objetos familiares, fotografías, olores, música...

—Nos vamos a encargar de llenar la cabeza de Darrell de todas esas cosas, para que los recuerdos vuelvan a su memoria —dice Michael con una sonrisa optimista en los labios.

Tomo aire y, decidida, abro la puerta de la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Darrell.

—Cansado —responde.

—Es normal. No te preocupes —comento.

Nos miramos a los ojos durante varios segundos. Me muerdo el interior del carrillo, nerviosa. Algo ha cambiado en su mirada. Su color azul como el mar se ve frío, indiferente a todo; indiferente a mí, como al principio, como cuando le conocí, como cuando era el imponente e intimidante señor Baker y no Darrell, *mi Darrell*, el amor de mi vida.

No sé qué decir ni qué hacer. No sé cómo actuar. Pese a que es mi marido, tengo la imperiosa sensación de que estoy frente a un desconocido. No me atrevo a besarle, a acariciarlo... No me atrevo a nada. Para Darrell he dejado de ser de golpe su pequeña loquita.

—El doctor Brimstone me ha dicho que mañana te dará el alta —hablo al fin, rompiendo el silencio.

—¿Qué voy a hacer ahora? —me pregunta Darrell con voz grave.

—No intentes obtener todas las respuestas de inmediato, Darrell —digo—. Lo mejor es que hables, que me digas lo que sientes... Pregúntame todo lo que quieras, todo lo que dudes; yo te responderé. Yo seré tu memoria hasta que los recuerdos vuelvan a tu cabeza. Eso te hará sentir mejor.

Sin poder contenerme alargo la mano y le acaricio el brazo. La necesidad de tocarlo es tan apremiante que las yemas de los dedos me arden.

Darrell asiente en silencio, pero no dice nada. Su actitud es reservada y está extremadamente serio, como antes. Vuelvo a estar delante de *El hombre de hielo*.

—Pasa —le digo, abriendo la puerta de casa y cediéndole el paso.

Darrell cruza el umbral y entra en el hall. Rueda los ojos de un lado a otro, tratando de refrescar la memoria. Gloria aparece al fondo.

—Bienvenido, señor Baker —dice en tono cauteloso.

—Gracias —responde Darrell.

—Gloria es nuestra asistente y la persona que nos ayuda con James y Kylie —le explico a Darrell.

—Los bebés están en el salón principal, señora Baker —me informa Gloria.

—Gracias, Gloria —le digo—. ¿Quieres verlos? —le pregunto a Darrell.

—Sí —afirma.

Me guardo las llaves en el bolso y lo dejo sobre una de las sillas del hall.

—Vamos —indico a Darrell, que sigue mis pasos hasta el salón.

Al oír el sonido de nuestros pasos, James y Kylie giran los rostros hacia nosotros. Miran a Darrell con ojos chispeantes. A medida que nos acercamos al parque de juegos, chillan llenos de alegría, patalean y alzan los brazos para que los cojamos.

—Ya, ya... —les digo, intentando que se tranquilicen. Pero lejos de conseguirlo, se excitan más—. Ella es Kylie —digo, cogiéndola.

—Se parece muchísimo a mí —comenta Darrell, visiblemente asombrado.

—Sí —sonrío—, tiene tu color de pelo y tus mismos ojos.

Sin darme tiempo, Kylie se echa a los brazos de Darrell, hasta el punto de que no le queda más remedio que cogerla.

—Tranquilo —le digo—. No le va a pasar nada.

—¿No le haré daño? —pregunta Darrell.

Sonrío de nuevo.

—Eso mismo me preguntaste la primera vez que los cogiste recién nacidos —comento.

—¿Y... no pasó nada?

—No —niego—. Y ahora tampoco va a pasar —agrego en tono distendido.

Darrell apenas se mueve. Está con el semblante serio y no dice nada, pero Kylie toca su cara mientras lo mira con sus ojos infantiles sin parpadear, pero llenos de alegría.

James grita en mis brazos solicitando también la atención de Darrell.

—Te han echado mucho de menos —me atrevo a decir.

Darrell sigue sin pronunciar palabra, pero alarga la mano y acaricia el pelito de James, que balbucea feliz.

—James es igual que tú —apunta—. El pelo y los ojos son del mismo color que los tuyos... —Me mira, estudiando mi rostro—. Parecen de bronce.

—Han salido con los rasgos muy definidos —digo—. Kylie es como tú y James como yo.

—Ya veo.

Ajena a lo que ocurre, Kylie acerca los labios a la mejilla de Darrell y le da algo parecido a un beso.

—Cada día hacen una cosa nueva. Ahora están aprendiendo a besar —afirmo, dando naturalidad a la escena.

Después de unos segundos, Darrell da un toqucito en la nariz a Kylie con el índice, aunque no le sonrío y tampoco la besa.

Darrell no reconoce a sus propios hijos.

Esto va a ser muy duro, me digo a mí misma con tristeza.

CAPÍTULO 83

Siguiendo la recomendación del doctor Brimstone de rodear a Darrell de escenarios familiares, le llevo al ático, el lugar donde hemos vivido la mayor parte de nuestra historia de amor.

Aparco el Jaguar frente al edificio en cuya cúspide está emplazado.

—Es aquí —digo.

Darrell echa un vistazo a la construcción a través de la ventana de cristales tintados.

El ático está intacto, igual que el día que nos fuimos. Me acerco al sofá de cuero del salón y quito el plástico que lo cubre.

—Te empeñaste en tener un amplio jardín para que James y Kylie pudieran jugar y correr a sus anchas, así que compraste la casa de Manhattan en la que vivimos ahora —le explico.

Darrell da una vuelta dejando vagar los ojos de un rincón a otro. Mientras escruta la estancia, lo observo pasear con pasos lentos con su elegancia innata. Me parece mentira verlo así después de estar más de tres meses en coma, pero también me parece mentira que no me reconozca.

Subimos al dormitorio. Darrell entra y se dirige hacia los ventanales. Durante unos segundos permanece de pie, mirando la extraordinaria panorámica que regala Nueva York. La luz natural del sol hace brillar su pelo negro.

—¿Cómo nos conocimos? —me pregunta, girándose hacia mí.

—En una cafetería —respondo.

No creo que sea bueno hablarle del contrato, ni de que me alquiló una de las habitaciones de este mismo ático a cambio de sexo. Probablemente no lo entendería.

Carraspeo.

—Yo trabajaba de camarera en el Gorilla Coffee, la cafetería que había en frente de tu empresa.

—¿Había?

—Sí. Bill, el dueño, tuvo que cerrarla por falta de clientela.

—¿Cómo era contigo?

—Eras como un adolescente enamorado, tan divertido que me enternecías —digo—. Cariñoso, protector, detallista, apasionado... —enumero. Me sonrojo al decir «apasionado». No puedo evitar sentir que Darrell en estos momentos es un desconocido para mí. Y, sobre todo, yo para él. Me muerdo el interior del carrillo.

—No tengo ninguna duda de que fuera apasionado contigo —asevera. Y noto que detrás de su frase hay una segunda intención.

Alzo la vista. Sus ojos reservados me escrutan. Algo se enciende en mi interior. ¡Maldita sea! ¿Por qué me mira así? ¿De ese modo tan tajante? El corazón comienza a golpear mi pecho.

De pronto tengo la imperiosa necesidad de decir algo —lo que sea—, de hablar, de que el sonido de las palabras rompa el súbito silencio que envuelve su intimidante mirada.

—Bueno... lo... lo hacíamos mucho —titubeo con timidez.

¿Lo hacíamos mucho? ¿Lo hacíamos mucho? ¿Es que no tengo nada mejor que decir?

—¿Follábamos mucho? —me pregunta Darrell.

Trago saliva.

Oh, Dios... Sigue tan directo como siempre.

Hago un ademán afirmativo con la cabeza.

—Todos los días... varias veces —digo con la voz llena de timidez y ruborizada hasta la raíz del pelo.

—Vaya...

Los ojos de Darrell sonrían de esa forma tan característica suya. Hay cosas que no han cambiado.

—¿Recuerdas... algo? —le pregunto, cambiando de tema.

Darrell vuelve a echar un vistazo al dormitorio. Toma aire y niega con la cabeza.

—No —responde, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Arrugo la nariz.

—Bueno, ya volverán los recuerdos. Hay mucho tiempo —digo, haciendo gala de optimismo.

Por la noche, James está guerrero, así que me quedo con él en la habitación hasta que se duerme. A eso de las doce, lo meto en la cuna y me voy al dormitorio.

Cuando entro, Darrell acaba de salir de la ducha. Mis ojos danzan por su cuerpo hasta detenerse en la toalla que lleva puesta en la cintura. El reflejo lechoso de la luna muestra el perfil de sus músculos. Ha perdido algo de definición durante los meses que ha estado en coma, pero sigue manteniendo un cuerpo fibroso.

—Siento haber entrado sin avisar —me apresuro a decir—. Si quieres me salgo para que te cambies...

—No es necesario —me corta Darrell con aplomo—. No creo que vayas a ver nada que no hayas visto ya —apunta con mordacidad.

—Darrell..., si te resulta incómodo que durmamos juntos, puedo pedirle a Gloria que te prepare otra habitación —digo.

—No quiero irme a otra habitación —asevera, clavando sus intensos ojos azules en los míos. Siento que el aliento se me corta de golpe cuando lo veo avanzar hacia mí con pasos seguros—. De hecho, no quiero irme a ningún lado —afirma—. Quiero quedarme aquí.

Intento tragar saliva, pero apenas puedo. Darrell está a solo unos centímetros de mí. ¡A solo unos centímetros de mí!

—Darrell... —susurro.

La excitación y la ansiedad me han cerrado la garganta y no me dejan pronunciar palabra.

Lo miro a los ojos con la respiración agitada. Darrell me agarra de la cintura, tira suavemente de mí y me atrae peligrosamente hacia él con una mirada llena de lujuria.

¡Santo Dios!

Me recoge el vestido y me lo saca por la cabeza. Mientras sus ojos repasan cada curva de mi figura, como si nunca antes la hubiera visto, baja la mano, tira de la toalla que tiene en la cintura y la echa a un lado. Ver su cuerpo completamente desnudo hace que me hierva la sangre de forma apremiante.

¡Necesito tanto que me haga suya! ¡Que me posea como solo él sabe hacerlo!

Darrell se inclina sobre mi rostro y me besa con urgencia, introduciendo su lengua en mi boca y recorriendo con ella cada recoveco. No sé la razón, pero me tenso bajo sus labios.

—¿Estás bien? —me pregunta, separándose un poco de mí.

¿Dónde están las caricias cariñosas? ¿Las carantoñas? ¿Las palabras de amor musitadas al oído? ¿Dónde está el código secreto lleno de complicidad que habíamos creados entre los dos? Darrell está tan... frío.

—Sí —respondo después de unos instantes, afirmando al mismo tiempo con la cabeza.

—Bien... —murmura distante, reclinándose de nuevo hacia mí.

Darrell vuelve a besarme. La humedad y el sabor dulce de su lengua me provocan un torrente de deseo que viaja por mi cuerpo de la cabeza a los pies. Inevitablemente, me dejo llevar, porque la pasión y el amor que siento por él son más fuertes que mi voluntad.

CAPÍTULO 84

Sin parar de besarme, Darrell camina hacia adelante, arrastrándome con él hacia la cama. Me echa sobre ella y se tumba encima de mí, empujando su pelvis contra la mía para que note su erección.

Ya está listo.

Sus labios van descendiendo por mi cuello, repartiendo besos, succiones y mordiscos. Introduce el dedo por los aros del sujetador y lo sube por encima de mis pechos. Con el índice y el pulgar me acaricia el pezón, después lo pellizca con fuerza. Una punzada de excitante dolor me recorre el pecho.

—Oh, Dios... —gimo.

Darrell baja la boca hasta mi seno derecho y lo lame sensualmente. Me muerdo el labio inferior cuando exhala un poco de aire sobre el pezón, que de inmediato se endurece. La piel se me eriza, despertando a sus caricias.

Me abre las piernas, me agarra las caderas para impedir que me mueva y me penetra con ese apetito voraz que siempre lo invade con intensidad. Es tan... primario, tan repentino como una tormenta.

Darrell... Oh, mi urgente y fogoso Darrell...

Paso las manos por su soberbia espalda y lo aprieto más contra mi cuerpo. Cuando lo siento llenándome, tan dentro de mí que llega a ser doloroso, las lágrimas me velan los ojos por la innumerable cantidad de sentimientos y emociones de todo tipo que me asaltan en estos momentos. Le he echado tanto de menos... Tanto...

Muevo las caderas para acoplar su movimiento al mío, para que las penetraciones sean más profundas mientras Darrell sigue embistiéndome sin parar.

Nuestros jadeos se entremezclan y comienzan a llenar la habitación.

Darrell se incorpora un poco sobre mí, abandonando mi cuello, y coloca los brazos a ambos lados de mi cabeza. Lo miro. Sus ojos, oscurecidos por la semipenumbra, me devuelven una mirada inescrutable.

Sin decir una sola palabra se clava con fuerza en mí. Grito. Darrell sale y vuelve a entrar en mis entrañas con insistencia. Mi cuerpo se sacude bajo el suyo, cuando se hunde de nuevo súbitamente en mi entrepierna.

Esto es demasiado fuerte, demasiado intenso, demasiado urgente, demasiado...

¡Joder!

Jadeo deprisa, buscando el oxígeno del aire.

—Darrell... —musito, sin saber siquiera qué quiero pedirle.

—Shhh... —susurra él, penetrándome otra vez con fuerza—. Shhh...

Su voz siseada, a ras de mi boca, me excita hasta cotas indescriptibles. El corazón me late tan deprisa que temo que en cualquier momento se me salga por la boca.

—Diosss... —mascullo en un tono apenas audible.

Darrell acelera el ritmo de las embestidas hasta que de una fuerte estocada se corre dentro de mí con un gruñido posesivo que llena la habitación por completo. Unos segundos después, el mundo estalla a mi alrededor entre los estremecimientos de placer que recorren cada una de las fibras de mi cuerpo.

Darrell se deja caer a mi lado con la respiración entrecortada. Me giro hacia él, sonriente. ¡Estoy feliz de que esté aquí! Extiendo el brazo y le acaricio el torso.

—Voy a ducharme —dice, cortando mi caricia. Mi mano se queda suspendida en el aire.

Asiento sin decir nada.

Lo veo internarse en el cuarto de baño. Esta sensación me es tan conocida. Los recuerdos caen sobre mí como una pesada losa. Mis labios esbozan una débil sonrisa con sabor amargo. No estoy con el dulce y enamorado Darrell; estoy con el frío e impasible señor Baker.

Cuando regresa y se mete en la cama, espero en vano que me abrace, que me susurre al oído algo que tire por tierra mi teoría: que la alexitimia está haciendo otra vez de las suyas. Pero nada de eso llega. Darrell se da la vuelta y se echa a dormir.

—Bienvenido de nuevo, *Hombre de Hielo* —musito con tristeza, acurrucándome contra la almohada.

—Es como estar otra vez con *El Hombre de Hielo* —le digo a Lissa.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta con expresión de asombro en el rostro.

Afirmo lentamente con la cabeza.

—Yo para Darrell soy una desconocida, pero él para mí también —digo—. No lo reconozco, Lissa, del mismo modo que él no me reconoce a mí. Es el Darrell del principio, el Darrell con el que firmé el contrato. El Darrell incapaz de sentir, de amar, de expresar las emociones... —Guardo silencio unos segundos—. No es Darrell el que ha despertado del coma, sino el silencioso y enigmático señor Baker. Y es el señor Baker más que nunca. No sonrío, no me abraza, no... no nada —digo impotente.

—Dios mío, Lea... No sé qué decir.

—Yo tampoco.

Bajo la cabeza y muevo el descafeinado con leche que hay sobre la mesa de la cafetería de estilo *vintage* en la que estamos. Un lugar acogedor con las paredes llenas de caratulas de antiguos vinilos.

—¿Habéis...?

—¿Follado? —termino la frase por ella.

—Sí.

Levanto la cabeza.

—Sí.

—¿Y...?

Me encojo de hombros.

—Es igual de apasionado que antes. Pero después de eso, de follar, no hay nada. Es frío, distante...

—¡Joder, Lea!

—Estoy tan cansada, Lissa —me lamento con voz agotada—. Tan cansada... El sufrimiento no se acaba nunca.

—Tienes que ser fuerte, Lea.

—También estoy cansada de ser fuerte —arguyo. Suspiro—. El destino parece estar empeñado en jugar con nosotros, en poner constantemente a prueba nuestro amor, en distanciarnos... El contrato, la cárcel, mi secuestro, el coma y ahora la amnesia —enumero en una lista que no parece tener fin—. ¿Y si Darrell no fuera para mí?

Lissa lanza un bufido al aire.

—Si de algo estoy segura en esta vida es de que tú y Darrell estáis hechos el uno para el otro —asevera—. Sois como el ying y el yang. Jamás he visto una pareja que se complemente del modo tan perfecto a como lo hacéis vosotros. ¡Resulta casi mágico! —exclama—. No, no, no. Darrell está hecho para ti y tú para él.

—Yo ya no estoy tan segura —dudo—. Parece que Darrell y yo no tenemos derecho a ser felices.

—No pienses eso. Claro que tenéis derecho a ser felices. De hecho, os lo merecéis más que nadie, por todo lo que habéis pasado. Darrell te ama, Lea, más incluso que a su propia vida. No es algo que me hayan contado; lo he visto cuando después de salir de la cárcel fue a buscarte a casa de tu tía Emily, lo he visto cuando te miraba el día de la boda, cuando te secuestraron... Pensábamos que le iba a dar algo. Estaba desesperado. —Lissa hace una pausa y fija sus ojos azules en los míos, para enfatizar lo siguiente que va a decir—. Y ese amor está ahí, Lea. Eso no ha cambiado. Porque es demasiado grande. Solo hay que refrescarlo, como los recuerdos.

—Puede, pero si finalmente no recupera la memoria ni los recuerdos, es como si nada de lo que ha sentido o de lo que hemos vivido hubiera existido. ¡Dios mío, es tan frustrante! —digo, llevándome las manos a la cara.

—Sí que ha existido —afirma Lissa con vehemencia—. Claro que ha existido, y está ahí. Darrell solo tiene que recordarlo. —Vuelve a fijar sus ojos en mí—. Lea, eres la abanderada de las causas perdidas. Enamoraste a un hombre que tenía una enfermedad que le impedía sentir, amar... Enamoraste al *Hombre de Hielo*. ¿Hay una causa más perdida que esa?

No puedo evitar sonreír ante el comentario de Lissa. No puedo con sus ocurrencias. Abro la boca para rebatirle esa afirmación, pero me lo impide.

—Dime, Lea... —se adelanta a decir, adivinando cuál es mi intención—, ¿hay una causa más perdida que esa?

Resoplo, vencida.

—Supongo que no —respondo, más por darle la razón que por que esté convencida de lo que dice.

—Una vez conseguiste derretir al *Hombre de Hielo* —apunta Lissa—. Estoy totalmente segura de que podrás hacerlo una segunda vez.

Me gustaría estar tan segura como lo está ella. Pero no, no lo estoy. Ni siquiera sé si podré aguantar estar otra vez al lado del *Hombre de Hielo*.

CAPÍTULO 85

Después de acercar a Lissa al *Bon Voyage*, donde ha quedado con Joey, Woody me lleva a casa.

Al entrar, voy directamente al salón principal, guiada por la luz que sale de la estancia y que ilumina el pasillo con una cuchilla anaranjada.

Cuando entro, sorprendo a Darrell viendo las fotografías del álbum que hicimos de nuestra luna de miel. Gira el rostro al reparar en mi presencia. Me mira.

—Parecíamos felices —dice.

Me siento a su lado en el sofá.

—Éramos felices —asevero—. Muy felices.

Darrell asiente y vuelve a centrar su atención en las fotos. Observa una imagen en la que aparezco besándolo, con el Partenón de Atenas como telón de fondo. Hasta mi mente viene el momento.

—Le pedimos a una mujer que nos hiciera una foto —comienzo a contarle—. Se supone que íbamos a posar tranquilamente, para que se nos viera delante del Partenón, hasta que te cogí desprevenidamente y te di un beso. De ahí tu cara de sorpresa —sonrío—. Bueno, de ahí tu cara.

Darrell pasa el dedo índice por nuestros rostros plasmados en el papel. Su mirada se pierde en la escena. Trato de adivinar lo que pasa por su cabeza, pero ahora me cuesta mucho saber lo que piensa. Se comporta de una manera tan hermética como cuando le conocí.

Cuando termino de hablar, se crea un silencio que termino por romper yo.

—Siempre te he dado mucha guerra —apunto.

Darrell vuelve de nuevo la cara hacia mí. El tono azul de sus ojos destaca con la luz acaramelada de la lámpara del salón.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmo—. Soy un poco payasa —bromeo, arrugando la nariz.

—Me gustaría ser el Darrell que aparece en la foto —asevera de pronto—. Se me ve feliz.

—Volverás a serlo —digo.

Y confío en que así sea, por el bien de los dos.

—¿Nuestra historia ha sido fácil? —me pregunta.

—No —niego—. Nos ha tocado luchar frente a muchas cosas —comento—. Algunas muy duras.

—Cuéntamelas —me pide.

Me muerdo el interior del carrillo mientras escojo cautelosamente las siguientes palabras que voy a decirle.

—Al principio eras un poco... serio —comienzo a decir. No es conveniente que le hable de su enfermedad, así que adorno un poco la realidad—. Eras muy reservado y bueno... eso no facilitaba la comunicación entre nosotros.

—Entiendo.

—Pero lo superamos —digo con optimismo. Hago una pausa. Mi expresión se ensombrece—. La vida ha puesto a prueba nuestro amor demasiadas veces. —Darrell frunce el ceño. ¿Le digo que estuvo en la cárcel? No que creo tenga importancia dado que finalmente se descubrió que era inocente—. Estuviste unos meses en prisión.

—¿Cómo?

—Un empleado de confianza de tu empresa te metió en una red de tráfico de drogas.

—¿Qué?

—No eras culpable, por supuesto, pero...

—¿Quién fue?

—Paul.

—Paul... —murmura.

—¿Sabes quién es? —le pregunto.

—Sí —me responde, haciendo memoria—. Tengo recuerdos difusos de él, pero sí, sé quién es.

Lo remoto prima sobre lo reciente..., parafraseo las palabras del doctor Brimstone.

—¿Qué pasó? —quiere saber.

—Durante un tiempo él y algunos de los miembros de tu antiguo equipo de administración tejieron una red de tráfico de drogas utilizando tu empresa como señuelo.

—Valientes hijos de puta —dice Darrell.

—Encontraron casi media tonelada de cocaína en los almacenes y tú aparecías como único responsable —continúo—. Todas las pruebas te acusaban, así que te declararon culpable.

Durante unos minutos le cuento los pormenores de su paso por la cárcel, de cómo me alejé de él aunque me amaba, de mi amenaza de aborto y de cómo Gloria finalmente confesó y eso hizo que saliera libre.

—Después vino mi secuestro...

—¿Secuestro? —me corta Darrell.

—Stanislas, uno de los presos con el que coincidiste en la cárcel, me secuestró —le explico.

Darrell se lleva la mano a la cabeza y se la pasa por el pelo.

—¡Joder! —exclama—. ¿Te ocurrió algo? ¿Ese hombre te hizo algo? —me pregunta, con un tono en el que denoto cierta preocupación.

¿Hay preocupación en su voz?

—No, no. No me pasó n... —me apresuro a responder.

El llanto de James a través del vigilabebés interrumpe nuestra conversación.

—Voy a ver qué quiere nuestro pequeño —digo.

—Vale —responde Darrell.

Me levanto del sofá, salgo del salón y me pierdo escaleras arriba.

Mientras cambio el pañal a James, pienso en lo extraño que se me hace contar a Darrell las cosas que él mismo ha vivido. Es extraño, y al mismo tiempo desconcertante. Muy desconcertante.

Cojo a James del cambiador, lo estrecho contra mi pecho, deposito un tierno beso en su cabecita y lo acuno en brazos para que se vuelva a quedar dormido.

Cuando James finalmente se duerme, me dirijo al despacho. Hay unos informes que quiero revisar antes de darles mi aprobación.

Termino al filo de las doce y media de la noche.

Darrell ya está dormido cuando entro en la habitación. Me quito la ropa, me pongo la camiseta y el pantalón corto del pijama y me siento en la cama. Durante unos segundos lo contemplo embelesada. Ya ha recuperado el color de la cara tras los largos meses en coma y luce tan rabiosamente atractivo como siempre, con su mirada rasgada, sus pómulos altos, su nariz arrogante, su boca amplia y sensual... De repente, los ojos se me anegan de lágrimas. Ha pasado por tanto... Hemos pasado por tanto...

Niego para mí.

Retiro la sábana de mi lado y me meto en la cama. Y aunque Darrell está aquí, a solo unos palmos de mi cuerpo, en el fondo está lejos, muy lejos de mí.

Suspiro.

Te sigo echando de menos.

CAPÍTULO 86

No sé qué hora es. El sol del amanecer entra por los ventanales con un resplandor tímido que se esparce por todos los rincones de la habitación. Giro la cabeza. Darrell está a mi lado. La sábana se ha deslizado por su cuerpo, dejando su torso a la vista. De pronto, reparo en la cicatriz de la herida de bala del abdomen. Es rosada y tiene forma de pequeña estrella.

Me incorporo.

Un impulso me obliga a extender el brazo y pasar la mano por ella. Mis dedos temblorosos repasan su relieve con la suavidad de una pluma, como si temiera hacerle daño, mientras mi mente revive el instante en el que Stanislas le disparó. En esos momentos, Darrell se mueve ligeramente en el sitio y abre los ojos.

—Lo siento —digo, apartando la mano de él instintivamente, como si la cicatriz me hubiera dado calambre.

Trago saliva ruidosamente mientras Darrell se levanta y se sienta en la cama.

¿Le habrá molestado? ¿Estará enfadado? Quizás no he debido... Oh, Dios... Es el Hombre de Hielo, Lea. No le gusta que le toquen.

—Lo siento mucho —repito, al ver que no dice nada. Su silencio y sus ojos, a ratos fríos, resultan inquietantes—. Sé que no te gusta que te toquen, que... —Mi voz se acelera al ritmo del vertiginoso latido de mi corazón. La mirada que muestra Darrell en estos momentos es la más fulminante que he visto nunca—. No era mi intención moles...

Las palabras quedan suspendidas en mis labios, callando de golpe, cuando Darrell se abalanza sobre mí sin previo aviso. Me coge el rostro entre las manos y me besa de tal forma que tengo la sensación de que quiere devorarme. Deja caer su peso sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo. En esos momentos mi cabeza ya no piensa.

—Tienes algo indefinible a lo que no puedo resistirme, Lea —murmura, con voz extremadamente voluptuosa mientras me saca la camiseta por la cabeza—. Algo que me arrastra hacia a ti como un imán. No sé lo que es, pero me cautiva, me reclama... —dice entre beso y beso.

¡Madre mía! El tono de su voz me vuelve loca.

—Mi amor... —susurro al aire.

—Tu piel es tan suave y sedosa —dice, pasando la mano por mi tripa.

Se incorpora en la cama y se deshace del bóxer. Su virilidad me apunta exigente. Después Darrell se coloca de rodillas delante de mí y me quita el pantalón del pijama y las braguitas, dejando mi sexo a su merced.

Descansa los muslos en las piernas, me coge por la cintura y me arrastra hacia él. Con habilidad, tantea la entrada de mi vagina y de un envite se mete dentro de mí, hasta que su pelvis queda totalmente pegada a mi clítoris.

—Oh, Darrell... —jadeo.

Para mi sorpresa, se queda completamente quieto. Lo miro sin parpadear.

¿Por qué no se mueve?

—Muévete, Lea —me pide.

Ahora lo entiendo.

No digo nada. Apoyo los pies a ambos lados de sus muslos y comienzo a contonear mis caderas mientras él me sujeta con firmeza por la cintura y me mira fijamente a los ojos.

—Así, muy bien... Lo estás haciendo muy bien... —me anima, con la respiración entrecortada.

Cierro los ojos y me muevo haciendo círculos y de arriba abajo, buscando mi propio placer y la manera de llegar al orgasmo. Es tan excitante tener la mirada febril y masculina de Darrell observando mis movimientos... descubriendo mi lado exhibicionista. Como el día que me masturbé delante de él.

Sí, sí...

—Sigue, Lea... Sigue... —gime Darrell.

Continúo moviéndome contra él, balanceando mi pelvis contra su miembro duro y enhiesto. Siento cómo una marea de calor incandescente quema mi sexo, cómo los músculos se me contraen en espasmos de súbito placer.

Ya viene... Oh, sí, ya viene...

Me agito más deprisa, empujando con fuerza; buscado el roce, el contacto, la presión, hasta que un intensísimo orgasmo me sacude a la velocidad con la que desciende una montaña rusa en una pendiente de noventa grados. Brutal.

Las fibras nerviosas hacen que arquee la espalda estremecida de placer. Siento las manos de Darrell alrededor de mi cintura, sujetándome con fuerza, pero mi cuerpo se revuelve como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Darrell se inclina ligeramente sobre mi torso, coloca las manos a ambos lados de mis caderas y empuja contundentemente contra mí, apretando los dientes. Solo necesita un par de embestidas para viajar a ese lugar de no retorno mientras su voz se deshace en siseos de placer.

—Lea... Lea... —masculla.

Oír mi nombre en sus labios mientras se corre me produce un escalofrío. Suspiro sin aliento.

Cuando se recompone, Darrell se levanta de un solo movimiento y se dirige al cuarto de baño. Frunzo el ceño cuando me quedo sola en la habitación, envuelta en un silencio que se me antoja demasiado pesado. Algo se apaga en mi interior al darme cuenta de que solo nos une el sexo, de que Darrell solo es mío mientras follamos. Siento que entre nosotros crece la distancia. Un abismo que cada día me resulta más difícil saltar.

Irremediablemente vuelve a planear sobre mi cabeza ese sentimiento atroz que me hace sentir como una puta. La puta del señor Baker, disponible para satisfacer su apetito sexual las veinticuatro del día.

Es Darrell, es Darrell, es Darrell..., me repito una y otra vez para tratar de convencerme a mí misma.

No. No lo es, me dice una vocecita maliciosa en mi interior. No es Darrell, es el señor Baker. El mismo señor Baker taciturno, enigmático, serio y reservado con el que firmé un contrato por el cual él disponía de mi cuerpo a cambio de una habitación en su ático. El mismo señor Baker con el que no había sentimientos, ni cariño, ni afecto fuera de los momentos de sexo.

Esta situación empieza a desesperarme.

CAPÍTULO 87

—Lea... Lea...

La voz de Michael me saca de mis cavilaciones. Vuelvo a inmiscuirme en el espacio del despacho y en el estudio de la inversión que tenemos delante.

—¿Sí?

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —me pregunta.

Suspiro.

—Lo siento, Michael —me disculpo.

Michael ladea la cabeza.

—¿Estás bien, Lea? —se interesa.

La respuesta tarda unos segundos en llegar a mis labios.

—No —niego—. No estoy bien. Nada está bien.

Me echo hacia adelante y apoyo los codos sobre la mesa de cristal.

—¿Es por Darrell?

Me muerdo en el interior del carrillo.

—Es como estar con un desconocido —afirmo—. Con un completo desconocido. Sigo sin reconocerlo, y eso me exaspera —continúo—. Tenemos la misma relación que cuando mediaba entre nosotros el famoso contrato —agrego.

Es decir, me digo a mí misma, que las únicas veces que lo siento mío es cuando follamos.

—Quizá solo sea cuestión de tiempo...

—¿Y si no lo es, Michael? —le corto—. ¿Y si Darrell no recupera la memoria?

Mis ojos vibran, desesperados.

—Lea...

—No sé si seré capaz de vivir de nuevo con el señor Baker —sigo hablando.

—Me encantaría poder consolarte —me dice Michael con voz suave—. Me encantaría poder decirte que todo va a volver a ser como antes... No me gusta verte así, Lea. No me gusta verte sufrir.

Cuando levanto la vista, Michael me está mirando de una forma que no logro descifrar. En el gris profundo de sus ojos hay una mezcla de compasión, de ternura y de... ¿Acaso me está mirado con...? Niego para mí, desechando de inmediato la idea que se me está pasando por la cabeza.

Carraspeo nerviosa. Tengo que cortar este contacto visual del modo que sea.

—Será mejor que sigamos, o mañana el equipo de administración nos echará a los perros a los dos —digo, volviendo la atención a los documentos que tenemos sobre la mesa.

—Sí, será lo mejor —dice Michael, transcurridos unos segundos, sin apartar su mirada gris de mí.

Aprovecho el *impasse* para decirle algo que quiero comentarle desde hace algunos días.

—Por cierto, Michael, quiero que prepares los papeles necesarios para traspasar la dirección de la empresa a Darrell —digo.

Michael parece sorprendido.

—¿No quieres continuar? —me pregunta—. Puedes dirigirla junto a Darrell.

—No —niego rápidamente—. Darrell está perfectamente capacitado para seguir dirigiendo su empresa solo. Yo ya no pinto nada aquí.

—¿Cómo que ya no pintas nada aquí? —comenta Michael en tono serio—. Eres la directora y durante estos meses has gestionado esta empresa de manera brillante.

—Necesito un respiro, Michael —tercio en un arranque de sinceridad—. Necesito tomarme un tiempo. Estos meses han sido muy intensos, en todos los sentidos. Y ahora con Darrell así... —Resoplo—. Tengo que quitarme alguna carga de los hombros, porque el peso que sostengo es tremendo.

—Está bien —accede Michael—. Mañana mismo estarán listos los papeles para que los firme Darrell.

—Gracias —digo.

—Gloria, ¿los bebés están en la habitación? —le pregunto al llegar a casa.

—Sí, señora Baker —me responde—. Están dormidos.

—Gracias.

Subo las escaleras hasta la segunda planta y cruzo el pasillo. Tengo unas ganas locas de quitarme los zapatos de tacón y el sujetador. Cuando estoy en la puerta de la habitación de James y Kylie, me sorprende la voz de Darrell a mi espalda.

—¿Qué mierda es esta?! —me pregunta de pie en el umbral del despacho—. ¿Qué puta mierda es esta?!

Arrugo la frente al ver en su mano una carpeta con solapas de cuero de color verde oscuro.

—¿De qué hablas? —alcanzo a decir.

—¿Os hacía firmar un contrato para follaros? —me espeta.

Me quedo inmóvil como una estatua de sal y noto cómo el rubor escala hasta mis mejillas al caer en la cuenta de que es la carpeta de los contratos.

¿Por qué coño no se deshizo de ella cuando la encontró el día que nos mudamos? ¡Mierda!

—Déjame que te explique... —digo titubeante mientras camino hacia el despacho.

—¿Explicarme qué, Lea? —me reprocha ciertamente indignado—. ¿Qué alquilaba una habitación de mi lujosísimo ático a cambio de sexo?

—Darrell...

—¿No se supone que tú y yo nos habíamos conocido en una cafetería? —me corta.

Sus ojos azules se endurecen. Está realmente enfadado. Trago saliva.

—Y así fue —afirmo.

Ignora mis palabras.

—Entra en el despacho —me ordena autoritario.

Se gira bruscamente, ofreciéndome su espalda con forma de trapecio. Lo sigo de cerca con pasos precavidos. Tira la carpeta sobre el escritorio de madera. El ruido del golpe me sobresalta.

—Darrell...

—¿Qué cojones era? ¿Un monstruo? —grita—. ¿Un depredador sexual?

¿Qué? ¿Qué está diciendo?

—No, joder, no. No eras nada de eso —respondo.

Se da la vuelta y me encara.

—¿Entonces? ¿Qué es esa mierda de ahí? —me pregunta, señalando con el índice la carpeta—. Disponibilidad veinticuatro horas, receptividad, estar limpia y aseada, prohibido mantener relaciones sexuales con otros hombres... —enumera—. ¿Contigo también fue así, Lea? —continúa interrogándome sin dejarme hablar.

Me mordisqueo el interior del carrillo.

—Al principio, sí —respondo.

Darrell se pasa la mano por el pelo con un gesto brusco.

—¿Cuándo nuestra relación se convirtió en algo más que una relación por contrato? —dice sosegando la voz.

—Cuando te enamoraste de mí —afirmo.

Darrell me mira entornando los ojos. Una expresión de frustración asoma a ellos. Sé que está tratando de recordar y que no lo consigue.

CAPÍTULO 88

Exhalo el aire que he estado conteniendo en los pulmones. Creo que ha llegado la hora de contarle la verdad.

—Desde niño sufres... sufrías un trastorno emocional. —Darrell me mira con suma atención—. Una enfermedad...

—¿Una enfermedad? —repite extrañado.

—Sí, alexitimia —digo—. Una enfermedad que te impedía sentir amor, cariño o afecto. Ni siquiera eras capaz de sentir odio. —Mientras Darrell procesa la información que le estoy dando, continúo—. No eras capaz de empatizar con la gente porque no sabías identificar ni expresar las emociones, ni las tuyas ni las de los que te rodeaban.

—Entiendo —murmura Darrell.

Rueda los ojos de un lado a otro, visiblemente desconcertado.

—De ahí los contratos —apunto.

—Es tan descabellado... —comenta.

—Puede que tu proposición fuera descabella, Darrell, pero no nos engañabas —le explico—. Nos decías claramente lo que podíamos esperar de ti y lo que no. —Darrell abre la boca para decir algo, pero me adelanto—. No nos ponías una pistola en el pecho para que aceptáramos. Nosotras podías elegir, podíamos decir que sí o podíamos decir que no. Como tú mismo decías, nos ofrecías un acuerdo sincero, pese a lo que pueda parecer.

—Sigue siendo descabellado —insiste—. Multimillonario alquila habitación a mujeres para satisfacer sus necesidades sexuales —se mofa.

—Darrell, por favor, no es...

—No sé qué pensar —me corta—. Necesito... —Se pasa la mano por la frente. Está indeciso, confuso y a ratos frustrado—. Necesito...

Se gira y enfila los pasos hacia la puerta. La abre y sale del despacho.

—Darrell...

Lo llamo, pero no me hace caso. El eco de sus pasos contra el suelo se pierde por el pasillo hasta que finalmente se apaga. Le dejo ir porque sé que necesita estar solo.

Me quedo sola en el despacho, sumergida en un silencio tan denso que por momentos amenaza con volverme loca. Esto va de mal en peor. Darrell tiene que enfrentarse ahora a su propio yo, al fantasma de lo que fue y no estoy completamente segura de que vaya a superarlo.

¡Maldita sea! ¿Por qué ha tenido que encontrar la carpeta de los contratos?

—La carpeta... —musito en un hilo de voz, dirigiendo mi mirada hacia la mesa.

Durante unos segundos observo sus solapas de piel verde oscuro como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar. Finalmente me acerco a la mesa y la cojo.

Incitada por una curiosidad desbordante, la abro, aunque ni siquiera sé si estoy preparada para ver lo que contiene. Me siento en el pequeño sofá de cuero negro que hay al lado de la mesa y pongo la carpeta encima de mis rodillas.

El primer contrato con el que me doy de bruces es con el mío. Lo releo por encima recordando lo que sentí la primera vez que lo tuve en las manos. Lo dejo a un lado. Siento que el corazón me late apresuradamente cuando veo los contratos que hay debajo del mío. El de Kate, Joanna, Samantha, Hannah, Caroline, Lori, Erika y otros tantos que no me atrevo a contar. Todos iguales, todos con las mismas condiciones, todos con nuestra firma y la de Darrell al final.

De repente una punzada de celos me asalta. Imaginarme a Darrell recorriendo sus cuerpos con sus manos expertas, haciéndoles el amor como me lo hace a mí, se me hace insoportable.

Me pregunto cómo serán sus rostros... Como sería cada una de ellas... Arrastrada por un impulso vuelvo a leer los nombres por si conozco a alguna; no sé, quizá de la empresa, entre las amistades...

—¡Detente, Lea! —me ordeno a media voz.

No puedo tener celos de esto. No ahora. Es pasado. Lo importante es que después de mi contrato no hubo ninguno más, que después de mí, Darrell no volvió a ser el mismo. Él no lo he hizo el amor a ninguna de estas mujeres, porque no amó a ninguna, solo a mí. Aunque ahora no se acuerde.

Chasqueo la lengua.

¡Joder!, bastantes cosas tengo de las que preocuparme ya para también tener que hacerlo de mis celos. Pero es tan duro ver todos estos contratos, todos estos nombres, todas estas firmas aceptando su proposición... Pensar que todas estas mujeres han estado con Darrell me resulta perturbador.

Ya es suficiente.

Cierro la carpeta de golpe y la dejo de nuevo encima de la mesa. No quiero ver más, no quiero pensar más, o los celos terminarán consumiéndome como nunca antes. Me levanto del sofá y salgo del despacho. Como un ser autómatas, me dirijo a la habitación de James y Kylie. Entro en silencio y me acerco a la cuna. Siguen dormidos. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?, me pregunto mientras observo sus preciosas caritas infantiles. ¿Por qué las cosas no dejan de complicarse? ¿Hasta cuándo va a durar esto?

Alargo la mano y acaricio el pelito moreno de Kylie. Suspira dormida y sonrío al contacto. James se mueve a su lado. Deslizo el brazo hacia la izquierda y paso los dedos por su rolliza mejilla.

Mis pequeños...

Resoplo quedamente.

James y Kylie son los que me están dando fuerzas en estos momentos tan difíciles, y yo tengo que estar con ellos y darles todo el amor del mundo, ahora que Darrell no les presta tanta atención como antes. Le echan tanto de menos...

Mis pequeños... ¿Cuánto más nos tocará pasar?

Me quedo contemplándolos durante un rato indeterminado.

Aprovechando que están dormidos, me doy un baño. Últimamente los días son demasiado estresantes. Salgo de la habitación y enfilo los pasos hacia el dormitorio. Dejo que la bañera se llene mientras esparzo un par de puñados de sales de baño con fragancia a azahar por el agua y enciendo unas cuantas velas aromáticas.

Cuando está listo, me recojo la melena en mi característico moño informal en lo alto de la cabeza, me desnudo y me deslizo poco a poco en la bañera, abandonándome a la sensación relajante que me produce el agua caliente. Me siento en el fondo, al tiempo que noto cómo poco a poco los músculos se me destensan. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—No me extraña que te hiciera firmar un contrato para tenerte disponible veinticuatro horas solo para mí.

La voz grave y masculina de Darrell llega hasta mis oídos. Abro los ojos de golpe, sobresaltada. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados a la altura del pecho, envuelto en las sombras ámbar que desprende el resplandor de la velas, mirándome de esa forma capaz de desarmar a cualquiera. Intuyo que ha salido a correr, porque lleva puesta una sudadera y un pantalón de deporte de Nike.

—Me alegra que hayas vuelto —digo.

—Me gusta mirarte —afirma con los ojos fijos en mí, ignorando mi comentario, del mismo modo que yo he ignorado el suyo. Mis mejillas se tiñen de rojo—. Y no sé por qué, pero también me gusta sonrojarte —dice, sin mover un músculo.

Sonrío de medio lado sin despegar los labios.

—Hay cosas que no cambian —comento, poniendo voz a mis pensamientos. Darrell enarca las cejas—. Eso es lo que me decías antes —digo, antes de que me lo pregunte—. Siempre te ha gustado sonrojarme.

—Me sorprende que aún estando casados tenga el poder de hacerlo.

Bajo la vista para no mirarlo. Esta es una de esas conversaciones que tenían lugar al poco tiempo de conocernos, en la que Darrell estudiaba el efecto que tenía sobre mí.

—Bueno, a pesar del tiempo que llevamos juntos, contigo nunca acabé de romper por completo la barrera de la timidez —le explico.

—¿Por qué? —curioseas.

—Siempre me has... impuesto mucho —digo. Alzo los ojos despacio y lo miro tímidamente a través de mi abanico de pestañas, para calibrar su reacción—. ¿Te extraña? —le pregunto.

—No. —Se encoge de hombros—. No lo sé... No sé cómo era antes, excepto por lo que tú, Michael y mi madre me habéis contado. No sé lo que sentía... Pero sí sé lo que siento ahora.

Se incorpora y, despacio, avanza unos pasos hacia mí. De pronto no puedo moverme, el cuerpo me tiembla demasiado cuando advierto que Darrell me mira como si estuviera hambriento de mí.

Sigue caminando hasta alcanzar la bañera, enclavada en el suelo como si fuera una pequeña piscina, y se sienta en el borde. Lleva la mirada hasta mi moño deshecho, alza las manos y me quita la goma. Mi melena bronce cae por mis hombros como una cascada.

—Me gustas más así —dice.

Esto tampoco cambia. Siempre le he gustado más con el pelo suelto. Se inclina y hunde su nariz entre los mechones.

—Hueles tan bien... —susurra mientras me huele—. Y tu pelo es tan sedoso...

—Darrell, yo...

Pongo la mano sobre su pecho para intentar detenerlo.

—Shhh... —me corta con suavidad—. Me encantas, Lea —musita en tono sensual, al tiempo que me roza el lóbulo de la oreja con la punta de la nariz—. Déjame satisfacer esta necesidad que tengo de tu piel, de ti...

Sus palabras me envuelven como un hechizo, o como una maldición. No lo tengo claro. Darrell busca mi boca apasionadamente y pega sus labios a los míos.

Ya estoy perdida, digo para mis adentros.

Y antes de que me dé cuenta, me tiene cogida en brazos y me lleva con él a la habitación. Me tumba en la cama cuidadosamente y se echa sobre mí, besándome sin parar. Siento el cosquilleo de su ropa sobre mi piel mojada. Cuando su boca desciende hasta mi cuello con impaciencia, me digo a mí misma que tengo que detenerlo. No quiero volver a sentirme como su puta. No quiero. Me aterra la sensación de vacío que se instala en mi pecho cuando después de follar no hay un abrazo, ni un beso, ni una palabra tierna. No hay amor en Darrell, solo deseo.

No, no puedo dejar que me haga sentir así.

Introduzco las manos entre nuestros cuerpos y lo empujo ligeramente.

—Darrell, no, por favor... —mascullo, ladeando la cabeza para esquivar su boca. Darrell deja de besarme en seco, levanta el rostro y me mira con un gesto interrogativo—. Por favor... —digo de nuevo, haciendo gala de todo el aplomo del que soy capaz en tales circunstancias.

¡Ufff, sus ojos me queman!

Darrell se aparta de mí de inmediato y se echa a un lado.

—Lo siento... —me disculpo, mordiéndome el interior del carrillo. Tiro de la colcha y me cubro los pechos con ella—. No... No puedo.

Darrell permanece en silencio.

¡Por Dios, no me mires así!

Durante unos instantes creo que voy a caer en la tentación que supone para mí sus manos, sus besos, su pasión...

¡No, Lea, no!, me grito reiteradamente. *Tienes que cortar esto de una vez.*

—No logro reconocerte por más que lo intento —me justifico—. No eres el Darrell con el que me casé. Eres...

—El Darrell del contrato, ¿verdad? —termina la frase por mí.

Asiento con la cabeza, apesadumbrada. Darrell aprieta los labios pasándose la mano por el pelo. Sus preciosos ojos azules muestran una expresión inescrutable.

—Le diré a Gloria que me prepare otra habitación —asevera.

No digo nada.

Cuando Darrell cierra la puerta tras de sí y me quedo sola en el dormitorio, hundo la cara en la almohada y me echo a llorar.

CAPÍTULO 89

—Mi campeón... —le digo cariñosamente a James mientras le cambio el pañal—. ¿Quién es mi campeón? —le pregunto.

Me acerco a su rostro y le hago una pederreta. James me la devuelve, llenándose de babas. Cojo una toallita y le limpio la boca. En esos momentos Kylie gruñe desde la cuna.

—Mi amor, no te enfades —le digo sonriente—. Ya sabes que tú eres mi princesa.

—Señora...

—Dígame, Gloria —digo, tomando a James en brazos y girándome hacia ella.

—El señor Michael está abajo.

—Gracias. Quédese con los niños mientras yo le atiendo —le pido.

—Por supuesto —responde servicialmente cogiendo a James—. Señora Baker, ¿está bien? —me pregunta después de unos segundos.

—Sí —le respondo de manera rápida.

Gloria no hace ningún comentario más. Pero su expresión deja claro que mi apresurada afirmación no le ha convencido en absoluto.

Salgo de la habitación, avanzo por el pasillo y desciendo los peldaños de la escalera. Ya casi he llegado al salón principal cuando veo a Michael de pie en mitad de la estancia.

—Hola, Michael —le saludo.

Michael da media vuelta.

—Hola, Lea —corresponde con una sonrisa a mi saludo. Se aproxima a mí y me da un beso en la mejilla—. He preguntado a Gloria por Darrell, pero me ha dicho que no está.

—No, no está —digo—. Salió hace un rato. Supongo que ha ido a correr.

—Venía para que firmara los papeles del traspaso de poderes de la empresa —me explica. Enarca las cejas—. Lea, ¿estás bien?

Esta tarde esa parece ser la pregunta del millón de dólares.

—Sí —miento, igual que he mentado a Gloria.

—Vale, estás bien —dice Michael—. ¿Ahora por qué no me dices la verdad? —añade con un matiz de ironía en la voz.

—Ya no puedo más con esto —digo sin poder contenerme mientras me siento en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Michael, sentándose a mi lado.

—Ayer Darrell descubrió la carpeta donde guardaba nuestros contratos. Se enfadó muchísimo... ¡Voy a volverme loca! —suelto. Me coloco el pelo detrás de las orejas—. ¡Te juro que voy a volverme loca!

—Heyyy, ya... —susurra Michael, intentando frenar las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos—. Ya, Lea...

—Mis peores miedos se han cumplido —digo—. Volver a estar con el hombre frío, imperturbable y carente de emociones que era Darrell al principio. No le reconozco, Michael. No soy capaz de reconocerle. Es como estar con un desconocido. Ya no puedo más —afirmo derrotada—. Es una tortura ver cómo la persona que alguna vez estuvo tan cerca de ti, puede llegar a ser un total extraño.

Michael atrapa mi mirada con la suya.

—No te mereces tanto sufrimiento —dice en tono dulce—. Tú no, Lea. Eres tan dulce y pareces tan frágil. Si supieras cuánto me duele verte así.

Acerca su mano hasta mi rostro y me enjuga las lágrimas que dibujan surcos en mis mejillas. Después todo se precipita cuando me doy cuenta de que está peligrosamente cerca de mí. Michael baja su mirada gris y profunda hasta mis labios, aproxima su rostro al mío y me besa. Me tenso al contacto. Sin embargo, sin saber por qué, cierro los ojos y me dejo llevar.

Sus labios son suaves, tibios... Su lengua acaricia despacio la mía.

—¿Qué demonios es esto?!

La exclamación de Darrell rompe el momento. Rápidamente, me separo de Michael. Noto como el color se va de mi rostro.

Oh, oh...

—Darrell... —murmuro.

—¡Eres un cabrón! —espeta Darrell, lanzándose contra Michael.

Michael se levanta del sofá y le hace cara. Por suerte, puedo meterme en medio de los dos antes de que Darrell lo alcance.

—Darrell, no es... No es lo que parece —digo nerviosa, tirando de frase manida, porque me he quedado sin palabras.

—¿No es lo que parece? —repite Darrell con ironía—. Mi mejor amigo te besa, ¿y no es lo que parece? Entonces dime qué es, Lea. Dime qué cojones es.

Sus ojos echan fuego.

—No es nada, Darrell —me apresuro a decir—. Ha sido una tontería, un impulso sin importancia fruto del momento...

—¿Una tontería? ¿Un impulso sin importancia fruto del momento? —Darrell dirige su mirada entornada a Michael—. ¿Eso es lo que ha sido para ti, Michael? —le pregunta en un tono que deja entrever un papable matiz de mordacidad—. ¿Una tontería? ¿Un impulso fruto del momento?

Michael no responde. Se limita a mirarlo con las mandíbulas contraídas.

¿Por qué no dice nada? ¿Por qué se queda callado?

—Dime, Michael, ¿para ti ha sido solo eso? —le insta Darrell.

¡Responde Michael, responde! Di que sí, di que sí. Maldita sea. Di que sí.

Darrell bufa.

—¿Estás enamorado de mi esposa? —le pregunta, directo como una bala.

—¿Te importaría? —dice Michael a su vez.

—Respóndeme —le ordena Darrell.

De pronto se hace un silencio súbito en el salón.

—Sí —afirma rotundamente Michael, transcurrido unos segundos.

El corazón se me para de golpe.

¿Sí? ¿Ha dicho que sí? No, no, no. No puede ser. Michael no puede estar enamorado de mí.

—¿Qué más te da a ti si estoy o no enamorado de Lea? —dice Michael.

Darrell da un paso hacia adelante dispuesto a caer sobre Michael, pero vuelvo a ponerme en medio. La boca se me seca.

Esto va mal, muy mal.

—Es mi esposa —responde entre dientes.

—No la reconoces, Darrell. No la reconoces a ella, no reconoces a tus hijos y apenas me reconoces a mí. Eres un completo extraño. Una persona totalmente diferente a la que estaba en nuestras vidas —arguye Michael.

—¿Y crees que eso te da derecho a besarla? ¿A intentar algo con ella? —le increpa Darrell—. Hasta donde yo recuerdo, a ti las mujeres solo te sirven para calentarte la cama. Eres un mujeriego.

—Con Lea es diferente —tercia Michael.

—¿Diferente? ¡Maldita sea, es mi mujer! ¡Es mía! —enfatisa en tono posesivo.

Ese tono no me hubiera extrañado del Darrell de antes, pero del de ahora... No entiendo nada. ¿Por qué se muestra así?

—Pues cuídala —replica Michael—. Porque estoy dispuesto a enamorarla.

—¡No eres más que un jodido cabrón! —espeta Darrell, con el rostro desencajado por la rabia.

Cuando Michael abre la boca dispuesto a dar réplica a Darrell, exclamo:

—¡Ya basta! Ya basta...

Empiezo a estar exasperada. El ambiente se está caldeando demasiado. Tengo que frenar esta discusión de alguna forma o terminaran llegando a las manos. Me giro hacia Michael.

—Michael, es mejor que te vayas —digo.

—No voy a irme, Lea —objeta él—. Voy a defender lo que siento y a luchar por ti.

Sus palabras suenan con tanta intensidad y confianza que me producen un escalofrío.

—Por favor, Michael... —le pido.

La expresión de mis ojos es suplicante. Michael tiene que irse o no respondo de lo que pueda hacer Darrell. Joder, son amigos íntimos. Esto no debería de estar pasando. No entre ellos, que son como hermanos. ¡Es una locura!

—Por favor... —repito en un hilo de voz.

Michael aprieta los dientes y me mira fijamente. Sus ojos me traspasan el alma. Después de unos segundos que se me antojan eternos, finalmente asiente con la cabeza. Sé que lo está haciendo únicamente por mí, para no empeorar las cosas.

Sin decir nada, pasa justo a nuestro lado y sale del salón en dirección al hall. Cuando siento el ruido de la puerta al cerrarse, resoplo con cierto alivio. Me muerdo el interior del carrillo. Ahora queda enfrentarme a Darrell y a su monumental enfado.

—Voy a tener que vigilarte como a una niña pequeña para que no andes coqueteando con Michael —farfulla molesto.

Me doy la vuelta hacia él.

—Yo no he estado coqueteando con Michael —me defiendo—. No soy así, me conoces.

—No, Lea, no te conozco —me replica Darrell.

Enarco las cejas pensativamente. Entonces caigo en la cuenta... Es cierto, Darrell no me conoce. El Darrell de ahora no sabe cómo soy o cómo no soy. No sabe que jamás flirtearía con otro hombre, y menos con su mejor amigo. ¡Por Dios! ¿En qué cabeza cabría algo semejante?

Me paso la mano por el pelo.

—Tienes razón, Darrell. No me conoces. Ya no me conoces —digo con voz derrumbada. Guardo silencio durante un momento y me siento en el sofá. Me observo los dedos temblorosos—. Y yo a ti tampoco te conozco —añado—. Ahora mismo somos extraños el uno para el otro.

Escuchar esas palabras de mi propia boca me resulta espeluznante. Por lo que encierran, por lo que significan y por las consecuencias que tienen.

Durante unos segundos observo la alianza de casada en mi dedo anular. Un filamento de luz destella en el borde de oro auténtico.

Giro el rostro y miro a Darrell.

—Creo que lo más sensato es que nos separemos —digo.

Mi voz suena como una sentencia.

CAPÍTULO 90

—¿Vas a irte con Michael? —me pregunta Darrell.

—No, Darrell, no —me apresuro a negar—. No me voy a ir con Michael. Ni con Michael ni con nadie. Necesito estar sola, pensar... No puedo más —le digo suspirando ruidosamente y tratando de no llorar—. Estoy agotada. Han pasado demasiadas cosas en demasiado poco tiempo y estoy agotada.

—Lo siento —dice Darrell en tono sosegado.

Noto cómo mis ojos se llenan de lágrimas.

—No tienes nada de qué disculparte —afirmo—. Tú eres tan víctima de las circunstancias como yo. La vida, el destino, o qué se yo, se empeñan en ponernos a prueba una y otra y otra vez... En jugar con nosotros como si fuéramos simples marionetas. —Hago una pequeña pausa y me miro las palmas de las manos—. Tal vez no tenemos que estar juntos, Darrell —digo con la voz rota de dolor.

—¿Eso es lo que crees? —me pregunta él.

Me muerdo el interior del carrillo mientras pienso la respuesta.

—Sí —respondo al fin con voz medida—. Cada vez estoy más convencida de ello —añado.

El silencio se hace denso y pesadoso sobre nuestras cabezas.

—Entonces no creo que haya mucho más que decir —indica Darrell.

Se gira sobre sus talones, da media vuelta y su figura esbelta y elegante desaparece detrás de las puertas dobles del salón.

Llevo la mirada al frente. Mis ojos se pierden en el azul aterciopelado del cielo mientras las lágrimas arrasan mi rostro.

Se acabó. Se acabó para siempre.

La música de mi teléfono suena. Abro los ojos, ligeramente desorientada. El llanto me ha vencido y me he quedado dormida acurrucada en el sofá del salón. Tengo frío. Me incorporo rápidamente y busco el móvil. Lo encuentro encima de la mesita auxiliar. Lo cojo y miro la pantalla. Es Lissa. Descuelgo.

—Lea... —musita, hecha un mar de lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto visiblemente preocupada.

—Joey está con otra —dice—. Está con otra —repite.

—¿Qué...? Pero...

Estoy sin palabras.

—Me ha estado engañando, Lea. ¡El muy cabrón me ha estado engañando con otra!

—¿Estás segura? —le pregunto, dado que Lissa tiende a exagerar las cosas.

—¡Les he visto con mis propios ojos! ¡Con mis propios ojos!

—Cálmate, Lissa —intervengo—. Estás muy nerviosa...

—He ido a verlo al Bon Voyage para darle una sorpresa —me corta. Las palabras salen como un vertiginoso torrente de sus labios—, y le he pillado comiéndole la boca a la camarera que contrataron hace unos meses. Todo este tiempo ha estado con ella, Lea —dice con desconsuelo—. Por eso estaba tan raro. No era el trabajo, no era la responsabilidad de su nuevo puesto de encargado... Era ella. ¡Era por esa maldita zorra!

—Cariño, cálmate —le vuelvo a pedir.

—No puedo, Lea. No puedo.

Le entiendo perfectamente y puedo imaginarme cómo se siente, pero tengo que tranquilizarla porque se encuentra muy nerviosa.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—En... En Central Park —responde—. Cuando he salido del Bon Voyage, he echado a andar sin rumbo y he venido a parar aquí.

—¿En qué lugar exacto de Central Park?

—En la plaza del Norte, donde está la estatua ecuestre del general William Tecumseh Sherman.

—Vale. No te muevas de ahí. Voy a buscarte —digo.

—No, Lea. Tú tienes que cuidar de James y de Kylie —se apresura a objetar Lissa—. Ya se me pasará.

—No, no, no. No pienses que te voy a dejar sola en estos momentos —la contradigo de inmediato—. James y Kylie se quedan con Gloria. Además, me vendrá bien un poco de aire —añado.

—¿Las cosas no van bien? —me pregunta Lissa.

—Nada bien —asevero—. Pero mejor te lo cuento luego. —añado. Consulto el reloj—. Estoy allí en veinte minutos, ¿vale?

—Vale —accede finalmente Lissa.

Cuelgo con ella y llamo a un taxi para que me venga a recoger a casa. Cuando llego a la entrada que Central Park tiene en la plaza del Norte, veo a Lissa sentada en un banco de madera al lado de la estatua de William Tecumseh Sherman. Tiene el rostro macilento y los ojos rojos de llorar.

Claro, que yo no tengo mejor cara, pienso para mis adentros.

Al verme, se levanta y se lanza a mis brazos.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunto.

—Mal, Lea, muy mal.

—Te entiendo, Lissa —digo, pasándole cariñosamente la mano por la espalda—. Es normal que estés así.

Deshacemos el abrazo. Lissa saca un pañuelo de papel del bolsillo de la chaqueta y se limpia la nariz. La observo durante unos segundos. Me duele mucho verla así. Mucho, porque Lissa es una hermana para mí.

—¿Nos tomamos un café? —sugiero.

—Sí —responde Lissa, al tiempo que asiente con la cabeza.

Cruzamos la avenida Central Park North y entramos en una cafetería que hay al otro lado de la calle. Mientras Lissa se sienta en una de las mesas situadas al lado de las cristalerías, yo pido dos descafeinados con leche.

—Jamás pensé que Joey pudiera engañarme con otra —dice Lissa.

—Es un gilipollas —espeto con rabia—. No se merece que derrames ni una sola lágrima por él.

—Es un cabrón de mierda —dice Lissa furiosa—. Cuando he entrado en el Bon Voyage y los he visto besándose... —Aprieta los dientes—. Me han entrado ganas de matarlos.

—¿Y qué ha hecho él?

—Negármelo. El muy hijo de puta encima es un cínico. —Lissa hace una pausa—. Tengo el corazón roto de dolor —afirma.

—Pasaré Lissa. No te preocupes. Antes de que te des cuenta, todo esto habrá pasado, y el dolor también —digo.

—¿Tú crees? —me pregunta con pesimismo.

—Sí. Ya lo verás —la animo, tratando de infundirle confianza—. A tu lado tiene que estar un hombre que te valore, que sepa apreciar todo lo bueno que tienes y no un... —bufo—. ¡Joder, me duele tanto que Joey se haya portado así contigo! —exclamo.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se pregunta Lissa, apoyando los codos en la mesa y descansando el rostro en las manos—. ¿Qué voy a hacer sin él? A pesar de todo, le quiero tanto.

—Deja que el tiempo pase —le aconsejo—. Él será el que te de la respuesta. El tiempo lo cura todo.

—Tienes razón —dice Lissa, sorbiendo por la nariz—. El tiempo lo cura todo, pero ahora duele tanto.

Sonrío levemente.

—Tiene que doler, Lissa. Razón de que has amado de verdad. ¿Te acuerdas de lo que decía la Madre Teresa de Calcuta? —le pregunto.

Lissa hace memoria.

—Ama hasta que duela, si duele es buena señal —dice.

—Exacto.

—¿Por qué el amor tiene que doler tanto?

Me encojo de hombros.

—Si no doliera, estaríamos muertas.

Lissa ladea la cabeza y me observa.

—¿Tú también has llorado? —me pregunta ceñuda. Afirmando con la cabeza—. ¿Las cosas con Darrell siguen sin ir bien?

—Vamos a separarnos —contesto.

CAPÍTULO 91

Lissa frunce más el ceño. Su expresión es de gravedad.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero, ¿por qué? —pregunta sin entender.

—Porque no le reconozco, Lissa —le respondo—. Porque no es *mi Darrell*. Está a años luz de la persona con la que me casé. Ahora Darrell es un completo extraño para mí.

—Lea, no te puedes separar de él —afirma Lissa—. Joder, estáis hechos el uno para el otro.

—Ya no —niego.

—Lea...

—Pero es que hay más —le corto suavemente en tono retraído.

—¿Más? —repite Lissa. Asiento con la cabeza en silencio—. ¿Tengo que agarrarme a la silla? —me pregunta—. Afirmo de nuevo—. Dispara —dice, trascurridos unos instantes.

—Michael me ha besado.

Lissa abre los ojos como platos, atónita.

—¿Que qué?

—Que Michael me ha besado —repito.

—¡Júralo!

—Lo juro, y Darrell nos ha pillado —añado.

—¿Quéee...?!

Lissa no da crédito.

—No sé cómo ha pasado, Lissa —respondo, en un intento por justificarme—. Estábamos en el salón de casa, le estaba contando que ya no aguanto más la situación con Darrell, que me siento muy sola y... y bueno, me ha besado. —Levanto los ojos y miro a Lissa—. Darrell se ha puesto furioso. Le tenías que haber visto... Si no llego a ponerme entre medias, hubieran llegado a las manos.

—¿En serio?

—Nunca he hablado tan en serio.

—¡Madre mía! Los dos hombres más guapos de Nueva York peleándose por ti.

—Lissa, no es gracioso —le reprendo suavemente.

—Lo sé, Lea. Sé que no es gracioso. Pero es que necesito poner un poco de humor a nuestros dramas —dice—. Esto es de locos.

—Lo siento —me disculpo—. Soy yo, que estoy demasiado sensible.

—Es lógico —dice Lissa—. Pero sigue contándome qué ha pasado.

—Darrell se ha encarado a Michael y Michael no se ha quedado atrás —continúo hablando—. Le ha soltado que está enamorado de mí. Así, sin anestesia ni nada.

—¿Qué?! ¿Qué?! ¿Qué?! —exclama Lissa, que no sale de su asombro, y no me extraña, porque yo en su lugar estaría igual—. ¿Michael, el tío que está más bueno después de Darrell Baker, está enamorado de ti? —pregunta.

—Eso ha dicho, pero... yo no creo que esté enamorado de mí, Lissa —opino sinceramente—. Creo que lo que siente es compasión, lástima, incluso ternura, por todo lo que estoy pasando, pero no amor. Eso son palabras mayores.

Además, Michael es un mujeriego, me digo a mí misma.

Lissa clava sus ojos azul oscuro en mí.

—¿Y tú que sientes por él, Lea?

Su tono es serio.

—Yo quiero a Darrell —respondo.

—No te he preguntado qué es lo que sientes por Darrell, sino qué es lo que sientes por Michael.

—Nada —atajo rápidamente.

Lissa alza una ceja en un gesto interrogativo.

—¿Por qué será que tu respuesta no me convence? —dice.

De manera inconsciente comienzo a mordirme insistentemente el interior del carrillo.

—No voy a negar que Michael ha estado muy pendiente de mí estos últimos meses. Me ha protegido y me ha apoyado con todo lo de la dirección de la empresa y los líos con el equipo de administración —empiezo a decir—. Pero de ahí a sentir algo por él... —digo con cautela, dejando la frase suspendida en el aire. Me quedo pensativa.

—¿Te gustó que te besara?

Desde luego Lissa sabe por dónde ir.

—No me quité —contesto.

—Cuando Matt intentó besarte, si te apartaste, ¿verdad? —me recuerda Lissa.

—Sí, claro. Matt es Matt.

—¿Y Michael no es Michael? —me pregunta, utilizando el mismo juego de palabras que yo—. Los dos querían besarte. A uno no le dejaste y al otro sí.

Me paso las manos por la frente.

—Estoy muy confundida —confieso finalmente.

—Quizás sientes por Michael más de lo piensan y más de lo que te gustaría —afirma Lissa.

Sacudo la cabeza.

—No. Yo no puedo estar enamorada de Michael —me apresuro a decir—. Yo no... —Mi voz se va apagando poco a poco.

¿Por qué de pronto me siento tan agobiada? Solo ha sido un beso. Niego para mí en un intento de ahuyentar los pensamientos que cruzan mi cabeza.

—Creo que tienes que pararte a pensar detenidamente en esto, Lea —dice Lissa.

—No tengo nada que pensar —apunto—. Yo quiero a Darrell. Lo amo más que a mi propia vida, aunque no podamos estar juntos.

—Entonces, ¿definitivamente vas a separarte de él?

—Sí —respondo en un hilo de voz.

—Lea, es Darrell. Sinceramente, no me imagino tu vida sin él.

Antes de que Lissa termine de hablar, tengo los ojos arrasados de lágrimas.

—No puedo... No podemos hacer otra cosa, Lissa —digo con voz emocionada—. No me siento cómoda con él, ni siquiera cuando hacemos el amor. Vuelvo a tener la sensación de que solo estoy para satisfacer sus necesidades sexuales y poco más.

—Como cuando estaba el contrato de por medio —comenta Lissa.

—Exacto. Como cuando estaba el contrato de por medio —corroboro—. Y yo quiero de él más que su pasión urgente —concluyo.

Lissa lanza un suspiro al aire.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil, Lea? —me pregunta.

Hundo la cabeza entre los hombros.

—No lo sé, Lissa. No sé por qué el destino se empeña en jugar con la vida de la gente del modo que lo hace.

—Contigo el destino se está dejando la piel —anota.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Estoy cansada, Lissa. Cansada de todo. —Sorbo por la nariz—. Desde que conozco a Darrell mi vida se ha complicado de mala manera, y la suya también. Se supone que el amor nos tiene que facilitar la existencia, no complicarla. Por eso pienso que quizá lo mejor es que nos separemos.

—Yo no estoy de acuerdo, Lea. Ya lo sabes —dice Lissa—. Pero también sabes que cuentas con todo mi apoyo y que estaré contigo hagas lo hagas.

—Gracias, Lissa —le agradezco, con el corazón en la mano—. Tú también puedes contar conmigo para todo lo que necesites —me ofrezco.

—Lo sé, corazón. Lo sé.

CAPÍTULO 92

Regreso a casa cuando el azul oscuro de la noche comienza a caer como un manto sobre Nueva York y el reflejo de las luces multicolores de los comercios ilumina las calles atiborradas de gente y coches.

—¿Está Darrell? —le pregunto a Gloria.

—No, señora Baker —me responde—. No ha venido en toda la tarde.

—Gracias —digo.

Gloria asiente ligeramente.

—¿Preparo la cena? —me pregunta, antes de salir de la cocina.

—Si quiere, haga algo para Darrell. Yo no voy a cenar.

Gloria ladea la cabeza.

—Últimamente no come mucho —dice en un tono entre maternal y preocupado—. Si sigue así, va a terminar poniéndose enferma.

Fuerzo media sonrisa en los labios.

—No se preocupe, Gloria —contesto—. Estoy bien —miento—. Es simplemente que no tengo mucha hambre. —No se queda conforme, pero, ¿qué puede hacer excepto dejarme?—. Estaré en la habitación de James y Kylie, por si me quiere algo.

—Está bien —dice Gloria.

Las siguientes horas las paso cuidando de los pequeños y haciendo todo lo posible para que no noten la ausencia de Darrell.

Estoy tumbando a Kylie en su cunita cuando suena mi móvil. En la pantalla aparece el nombre de Michael. No sé si quiero hablar con él, la verdad. Lo dejo pasar hasta que cinco minutos después vuelve a llamarme. Lo cojo.

—Lea...

—Dime, Michael.

—¿Cómo estás? —me pregunta. No respondo, porque de pronto se me ha cerrado la garganta—. Ehhh, Lea, ¿estás bien? —insiste—. Necesito saber que estás bien. Por favor... —me dice.

—No, Michael, no estoy bien —contesto al fin.

Michael suspira al otro lado de la línea.

—No siento haberte besado, Lea. Porque tenía muchas ganas —me confiesa—. Pero sí siento que hayas presenciado la pelea con Darrell.

—Michael no debiste besarme —digo.

—No sé si debí o no debí besarte. Solo sé que quería hacerlo y lo hice.

—Michael, Darrell es tu mejor amigo —le reprocho.

—Y tú la mujer de la estoy enamorado —asevera.

Su voz categórica me corta el aliento de golpe. Trago saliva.

—Michael, tú no estás enamorado de mí. No puedes estar enamorado de mí...

—¿Por qué? —me interrumpe.

—Porque soy la esposa de tu mejor amigo —digo tajante.

—¿Y eso qué importa?

—Importa mucho.

—¿No te ha gustado que te besara, Lea? —me pregunta directamente.

La contestación tarda unos segundos en salir de mis labios.

—No es una cuestión de que me haya gustado o no —digo.

—Eso no es una respuesta, Lea.

Por una razón que no logro entender, no quiero responder a su pregunta. De pronto, necesito una excusa para cortar la conversación.

—Kylie está llorando —miento, tratando de salir del atolladero.

Silencio.

—Está bien... —dice Michael—. Ya hablaremos, Lea.

Guardo silencio y simplemente cuelgo el teléfono. Durante unos instantes me quedo mirando el móvil. ¿Qué me está pasando?, me pregunto. ¿Qué me está pasando con Michael?

Suspiro, vaciando de aire mis pulmones.

En esos momentos, los pasos de Darrell avanzando por el pasillo me sacan de mis pensamientos. Durante un instante mantengo la esperanza de que entre en la habitación para ver a James y a Kylie. Sin embargo, pasa de largo. Aprieto los labios formando una línea.

Sacudo la cabeza mirando con tristeza a nuestros pequeños. Tengo la imperiosa sensación de que se han quedado huérfanos de padre, porque Darrell no les hace ningún tipo de caso. Cierro los ojos. Cuando los abro, los tengo llenos de lágrimas.

Apago la luz y camino abatida hasta el amplio alféizar que tiene la ventana en la parte interior. Me siento en él. Pego las rodillas al pecho y me envuelvo las piernas con los brazos. Un segundo después estoy llorando desconsoladamente. Todo esto es tan doloroso...

¿Cómo demonios voy a vivir sin Darrell? Él lo es todo para mí.

Mi mirada queda atrapa de nuevo en la alianza de casada. Le doy vueltas de un lado a otro alrededor del anular, hasta que llevada por un impulso, la extraigo del dedo.

La contemplo con ojos acuosos recortada contra el cielo de Nueva York mientras el resplandor de la luna le arranca destellos dorados.

En estos momentos tiene tan poco significado...

Cierro el puño en torno a ella y la aprieto con fuerza. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared. Mi mirada vaga por el sendero plateado que dibuja el río Hudson al otro lado de la ventana.

Me miro en el reflejo del cristal. Mi cara está surcada de lágrimas y mi corazón hecho jirones. Estoy destrozada, como si me hubieran roto en mil pedazos por dentro.

La imagen de Michael aparece traicioneramente en mi cabeza. ¿Por qué pienso tanto él? Me llevo la mano a los labios, reviviendo el momento del beso. De pronto siento como si me ardieran.

Fue un beso sin importancia fruto del momento. Nada más, me digo a mí misma. ¿Y si es algo más?

No, no, no. Sería una locura. Michael es el mejor amigo de Darrell.

Sigo convencida de que Michael no está enamorado de mí, de que solo siente compasión por todo lo que he pasado y estoy pasando y de que yo solo siento un profundo agradecimiento por él. Pero ni la compasión ni el agradecimiento son amor. Eso es algo que nos tiene que quedar claro a los dos, tanto a Michael como a mí.

Cierro de nuevo los ojos, al mismo tiempo que respiro hondo. Y me quedo así, recostada en el frío muro del alféizar de la ventana quién sabe cuánto tiempo. Una hora, dos, tres... Necesito paz, aunque solo sea un momento.

Pero la paz se rompe de golpe cuando un grito surca la casa, rompiendo el silencio.

Abro los ojos de golpe.

¿Qué pasa?

Me pongo la alianza en el dedo y me levanto, ligeramente desorientada. James y Kylie están bien. ¿Entonces?, me pregunto. Otro espeluznante grito llena el aire, haciendo que la piel se me erice. El pulso se me acelera vertiginosamente.

—Viene del dormitorio de Darrell —musito.

Salgo de la habitación de nuestros pequeños y corro pasillo adelante.

Santo Dios. ¿Qué pasa? ¿Por qué grita de esa manera tan horrible?

Siento un pellizco de miedo en el corazón.

CAPÍTULO 93

Abro la puerta y doy al interruptor de la luz. Un resplandor ambarino inunda la estancia. Miro hacia la cama. Darrell está retorciéndose sobre sí mismo. Una película de sudor cubre su rostro, desencajado por la pesadilla que está teniendo.

—¡No! ¡No! ¡No! —grita una y otra vez, como si estuviera tratando de evitar algo. Su voz intensa y grave suena agónica, rota.

Me acerco a él y le llamo, tratando de despertarlo.

—Darrell... Darrell... —Su cabeza se mueve violentamente de derecha a izquierda contra la almohada—. Darrell, despierta... —grito más fuerte.

Apoyo las manos en sus hombros y lo muevo suavemente.

—¡No! ¡No! —exclama de nuevo.

—¡Darrell! ¡Despierta! ¡Despierta!

Al fin abre los ojos. Su mirada asustada y descolocada se clava en mí como una daga afilada. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. *Dios santo*. Jamás le había visto mirar así, con tanto miedo en las negras pupilas, dilatadas al máximo. Un anillo azul se forma alrededor de ellas.

—Estás bien... —farfulla con la respiración agitada, visiblemente aliviado—. Estás bien...

—Sí, estoy bien —digo en tono suave, para tranquilizarlo.

Me siento a su lado.

—Te apuntaban con una pistola. Un hombre te apuntaba, y te disparaba, Lea... Te disparaba... Y caías al suelo en un charco de sangre, y yo corría y corría y gritaba tratando de salvarte... Quería salvarte a como diera lugar —dice impotente—. Pero no podía. No... No podía.

—Ya, Darrell, ya —lo calmo—. Solo ha sido una pesadilla. Yo estoy bien.

Me mira como si quisiera asegurarse de que realmente estoy bien, de que estoy viva. De repente, me rodea la espalda con los brazos y me abraza con una fuerza súbita. Lo noto aferrarse a mí como se aferraría a un salvavidas.

—No te vayas, Lea —me pide. Su corazón late desbocado contra mi pecho—. No te vayas, por favor. Tú eres lo único que me ancla a la realidad, a la felicidad que un día tuve, al Darrell alegre y vivo que era antes, al que he visto en las fotos de nuestra luna de miel.

Santo Dios...

Su petición me encoge el corazón. Hay tanta ternura en ella. Tengo que ayudarlo. Me parte el alma verlo en este estado. Entonces me doy cuenta de que lo amo más que a nada en el mundo y de que lo es todo para mí. Absolutamente todo.

—Mi vida en estos momentos es como un pozo sin fondo —continúa hablando—; vacía de casi todo.

—No me voy a ir, Darrell —le digo mientras le acaricio el pelo con la mano—. No me voy a ir a ningún sitio.

Tira de mí y me tumba a su lado.

—Lea, quédate a dormir conmigo —susurra, apretándome más contra él.

Internamente abro la boca.

¡Madre mía! Darrell me está pidiendo que me quede a dormir con él.

—Sí, Darrell, sí. Me quedaré contigo —respondo.

Me acoplo en su costado y apoyo la cabeza sobre su pecho.

Echaba tanto de menos esto.

Me acurruco contra él y me quedo dormida escuchando su respiración, más serena ahora.

Un rayo de sol incide en mis ojos. La luz dorada es tan intensa que me despierta. Despacio, voy cayendo en la cuenta de que no estoy en el dormitorio, sino en la habitación de Darrell.

—Darrell... —murmuro.

—Estoy aquí —dice, desde el otro lado de la estancia.

Su voz hace que me salte el corazón. Darrell sigue teniendo sobre mí el mismo efecto que el primer día.

Me doy la vuelta y me incorporo. Darrell está sentado en el sillón situado a unos metros de los pies de la cama. Está con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, desnudo a excepción del bóxer, observándome con los ojos entornados.

—Buenos días —digo, para romper el silencio.

—Buenos días —corresponde.

Su mirada tajante hace que me sienta como una hormiga frente a un elefante. La sensación es tan familiar. ¿Qué está pensando? Daría un riñón por saber qué está pasando en estos momentos por su cabeza. Pero resulta imposible intuirle; es tan hermético.

—¿Estás mejor? —le pregunto, intentando comenzar una conversación. El silencio me está matando.

—Estoy perfectamente —responde.

Apoya las manos en el reposabrazos y se levanta del sillón.

—Me alegro —digo a media voz, cuando se yergue en toda su estatura. La luz del sol baña el contorno de su cuerpo definido y hace que su pelo negro brille como el azabache—. ¿Has vuelto a tener pesadillas cuando te has dormido? —le pregunto.

—No he dormido —responde, acercándose a mí y acortando la distancia que hay entre nosotros.

—¿No has dormido? —digo extrañada.

—No, me he quedado observándote.

Mi rostro se ruboriza violentamente. Noto como me arde la piel.

Darrell y su manía de mirarme mientras duermo.

Hay cosas que ni siquiera la amnesia cambia. Suspiro para mis adentros.

¡Maldita sea!, ¿por qué no dice nada más? ¿Por qué no habla? ¿Por qué deja que el silencio me intime tanto?

Entre divagación y divagación, Darrell ha llegado hasta el lado de la cama. Me coge la mano y tira de mí para levantarme. El envite hace que me ponga de rodillas delante de él.

—Lea... —dice únicamente.

Me suelta, me sujeta el rostro con las manos, se inclina y me besa. Al principio lo hace de manera tan suave, que parece que tiene miedo a que me desvanezca. Después clava los dientes en mi labio inferior y tira de él.

Gimo en su boca.

Me sujeta por la espalda y despacio, me tumba en la cama. Con una habilidad prodigiosa se coloca encima de mí, pegando su cadera contra mi vientre. Hunde su rostro en mi cuello y comienza a besarme. Mi cuerpo responde de inmediato, con un hormigueo que viaja por mi piel hasta instalarse en mi entrepierna.

Me deshago de placer cuando lame el relieve de mi garganta.

¡Dios santo!

Pero entonces, el pensamiento de que Darrell solo me quiere para satisfacer su necesidad sexual aparece en mi cabeza para atormentarme. Me tensó.

—Darrell, para —le digo.

No puedo seguir con esto. No otra vez.

—No me rechaces, Lea, por favor. Te necesito... —me pide, rozando su nariz contra la mía—. Necesito sentirte, necesito reconocer esta necesidad que tengo de ti...

Su súplica me derrite por completo.

¿Cómo voy a rechazarte, Darrell? ¿Cómo? Si estoy locamente enamorada de ti.

Echo la cabeza hacia atrás, vencida por su encanto, y me dejo llevar.

Darrell reanuda las caricias y pasea sus manos expertas a lo largo de mi cuerpo, poniendo en jaque a todos mis sentidos. ¿Cómo puede tener en mí este efecto tan inmediato?

Mis dedos pasean por sus hombros y descienden por su espalda, sintiendo bajo las yemas la definición de sus músculos. Es tan perfecto.

Introduce la mano entre nuestros cuerpos y cuela su dedo anular en mis entrañas. Alzo mi pelvis hacia él para aumentar el contacto.

Jadeo cuando comienza a moverlo deprisa en mi interior. Entonces soy consciente de que corro vertiginosamente hacia ese lugar de no retorno al que solo me lleva él.

—Me encanta darte placer —murmura Darrell—. Me encanta follarte.

Sus ojos azules brillan con una intensidad lobuna. Siento un escalofrío.

Cuando estoy a punto de liberarme, Darrell saca el dedo de mí y me penetra con fuerza, dejando caer todo su peso sobre mi cuerpo.

Lanzo un gruñido que él atrapa con su boca. Jadeante, empieza a moverse arriba y abajo. Entrando y saliendo de mí una y otra vez y, antes de que me dé cuenta, exploto.

Apenas puedo moverme, su cuerpo presiona el mío contra el colchón. Así que clavo las uñas en su espalda al tiempo que hundo los dientes en su hombro. Darrell se arquea hacia atrás y cierra los ojos mientras gruñe entre dientes. Solo unos instantes más tarde se desahoga dentro de mí.

Darrell

CAPÍTULO 94

Cuando llego a casa por la noche, todo está en silencio. Oigo un ligero ruido en la cocina. Enfilo los pasos hacia allí. Lea está de espaldas, trasteando en los fogones. Al reparar en mi presencia, se gira.

—Hola —dice.

Su mirada se ilumina.

—Hola —la saludo.

—Estoy... haciendo lasaña —comenta mientras se limpia las manos en el delantal—. Te encantaba mi lasaña —añade.

—No me extraña. Si sabe tan bien como huele... —digo.

Lea sonrío tímida a mi halago.

—He dado la tarde libre a Gloria y James y Kylie están dormidos... Me apetecía cocinar para ti y cenar a solas. —Camina hacia mí—. Mira, ven... —me indica sonriente.

Me coge de la mano y me lleva con ella hacia el salón principal. Enciende la luz.

—¿Te gusta? —me pregunta.

A la mesa no le falta detalle. Copas, velas, un ramillete de flores en el centro y un indudable toque romántico. Lea aprieta los labios a la espera de mi respuesta.

—Es precioso, Lea —opino.

Sonrío abiertamente.

—Me alegro de que te guste —dice satisfecha—. En diez minutos estará lista la lasaña —anuncia.

—El tiempo justo para darme una ducha rápida y cambiarme —digo de buena gana.

—Vale.

Asciendo los peldaños de la escalera desanudándome la corbata y pensando en la cena romántica que ha preparado Lea. Quiero que esto salga bien, quiero tenerla a mi lado, porque sé que con ella he sido muy feliz. Aunque no lo recuerde. Así que lo mínimo que puedo hacer es corresponder a su detalle.

Me ducho rápidamente y me cambio de ropa. Cuando bajo de nuevo, todo está listo. Lea ha encendido las velas y ha traído una botella de vino.

—Voy a por la lasaña —dice. Coge la botella y me la pasa—. ¿La vas abriendo? —me pregunta.

—Sí —respondo.

Lea sale del salón principal. La sigo con la mirada hasta que su figura se pierde detrás de la puerta. Unos minutos después aparece con la bandeja de lasaña en las manos. Sirvo un poco de vino en las copas y nos sentamos a la mesa.

—Muchas gracias, Lea —digo.

—¿Por qué? —me pregunta con expresión sorprendida en el rostro.

—Por preparar esta cena —respondo.

Lea sonrío.

—Para mí es un placer. Me encanta cocinar y ¿que mejor que hacerlo para mi marido? —dice.

Asiento ligeramente con la cabeza mientras doy un sorbo de vino.

—¿Los niños están bien? —quiero saber.

—Sí, han pasado una tarde tranquila. No creo que se despierten.

—Perfecto.

Lea parte un trozo de lasaña y me lo sirve.

—A ver qué te parece... —me dice expectante.

Cojo un bocado con el tenedor y me lo llevo a la boca. Entorno los ojos mientras lo saboreo. De pronto, reconozco el sabor.

—¿Sabes que me es familiar? —le comento a Lea.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente —contesto, metiéndome otro trozo en la boca—. Sé que lleva nuez moscada y pimienta negra, ¿verdad?

—Sí —se apresura a decir Lea.

—Es curioso, pero tengo la sensación de que ya he vivido esto, como si fuera un *deja vu*.

—Es que ya lo has vivido —comenta Lea. Frunzo el ceño—. Gracias a mi lasaña dejaste de comer en esos restaurantes finolis en los que te reunías con tus clientes.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Reconozco que me sorprende, porque recuerdo que ni siquiera la comida casera de Gloria consiguió que dejara atrás mi costumbre de comer en los restaurantes habituales a los que iba.

Me pongo serio.

—Lea...

—Dime.

—Voy a despedir a Michael.

Lea alza los ojos hacia mí y detiene el tenedor a mitad de camino de la boca.

—No le despidas, Darrell —me pide. Levanto las cejas en un gesto interrogativo. Lea deja el tenedor en el plato—. Por favor, no le despidas.

Contraigo las mandíbulas. ¿Por qué me pide que no despidas a Michael? Siento que los celos me consumen, arrasando la racionalidad fría que me ha acompañado siempre. No recuerdo haber sentido jamás una rabia tan cegadora, excepto cuando vi a Lea y a Michael besándose.

Mantengo silencio con una expresión impertérrita en el rostro. Lea palidece.

—Darrell, Michael y tú sois amigos íntimos...

—Lo éramos —le corto.

—No, lo sois. Lo sois —me contradice.

—No, Lea —le refuto—. Michael y yo ya no somos amigos.

—Si despides a Michael, vas a terminar arrepintiéndote...

Me echo hacia atrás y recuesto la espalda en la silla.

—Está enamorado de ti —apunto tajante.

—Michael no está enamorado de mí —ataja.

—¿Ah, no?

Lea sacude la cabeza, negando, mientras se mordisquea el interior del carrillo.

—No. Está confundido. Solo eso. Confunde compasión y ternura con amor. Es cierto que me ha ayudado mucho cuando entraste en coma y cuando tomé el control de la empresa y todo eso —dice—. Lo pasé muy mal y creo que desperté en él lástima, pero eso no tiene nada que ver con el amor. Además, yo no soy su tipo —concluye, tratando de convencerme—. No le despidas, Darrell —insiste—. No estropeéis vuestra amistad por una... tontería.

No estoy dispuesto a echarme para atrás. Es una decisión que he tomado teniendo en cuenta las consecuencias, pero creo que Lea se siente culpable del enfrentamiento entre Michael y yo, y eso hace que me lo piense. Sobre todo si me lo pide de la manera que lo está haciendo. No quiero que lo pase mal.

—Por favor... —insiste, arrugando la nariz.

—Quizá sea él quien presente su dimisión —digo.

—No se la aceptes. Deja que todo esto pase, que se enfríen las cosas... Deja que hable con él. Estoy segura de que entrará en razón.

—¿Por qué estás tan segura?

—Intuición femenina —contesta.

Observo que vuelve a morderse el interior del carrillo.

—¿Por qué te muerdes el interior del carillo? —le pregunto con curiosidad.

—Es una especie de tic —dice Lea.

Entorno los ojos y la miro fijamente.

—¿Sabes que me entran unas ganas enormes de comerte la boca cada vez que lo haces? —comento.

Lea carraspea nerviosa y baja la cabeza.

—Sí —afirma con una timidez desbordante, mientras sus mejillas se tiñen de rojo.

¿Por qué me gusta tanto ruborizarla? ¿Por qué me gusta tanto ponerla nerviosa?, me pregunto en silencio. Su timidez me resulta tan adorable... tan excitante, pienso con los dientes apretados. No me extraña que estuviera loco por ella.

CAPÍTULO 95

Pasar el resto de mi vida con Lea...

La frase centellea en mi cabeza. Lanzo una moneda por encima de mi hombro. A mi espalda está la Fontana de Trevi. El sol del atardecer le arranca al agua destellos plateados. Lea sonrío a mi lado, feliz, y nuestros ojos se funden en una mirada llena de amor.

De pronto, un hombre de figura corpulenta al que no logro verle la cara, emerge de la nada, alza la mano y apunta con una pistola a Lea. Con expresión de horror me giro hacia ella lo más rápido que puedo para evitar que le dispare. Pero no logro llegar a tiempo. La bala atraviesa el pecho de Lea, que cae en mis brazos, ensangrentada.

Las nubes se cierran oscuras sobre nuestras cabezas. El cielo se torna negro y el agua de la Fontana de Trevi se llena de sangre. La escena es dantesca.

No, no... ¡Nooo...!, grito con fuerza.

En esos momentos abro los ojos de golpe, sobresaltado. El corazón me late desbocado, amenazando con salirseme del pecho, y gotas de sudor se deslizan por mi frente.

Miro a mi alrededor, inquieto. Todo está bien.

Solo ha sido una pesadilla. Una maldita pesadilla.

Respiro hondo, tratando de tranquilizarme.

Mis ojos se deslizan instintivamente hasta Lea, que duerme plácidamente a mi lado. El resplandor plateado de la luna deja entrever los suaves rasgos de su rostro y su pelo brilla como una llama de color bronce. Durante unos segundos revivo el dolor que supone para mí perderla, aunque sea a través de algo tan irreal y vano como lo es en el fondo una pesadilla. La sensación es horrible. La más horrible que he experimentado en mi vida. Ahora soy consciente de cuánto la quiero.

Me inclino y le retiro un mechón de pelo que le cae sobre la mejilla. La observo durante unos segundos. Transmite tantísima paz... Una paz que desde que desperté del coma no logro conseguir.

Me deslizo hasta su lado, me tumbo y la abrazo por detrás. Lea responde espontáneamente a mi contacto acurrucándose contra mí. El calor de su cuerpo me reconforta.

Hundo mi nariz en su frondosa melena y cierro los ojos. Su olor a cítricos es hechizante.

Cuando mi respiración finalmente se normaliza, trato de dormir, pero unos minutos después me doy cuenta de que es imposible. Me mantengo en un extraño

duermevela que se plaga de fogonazos de imágenes inconclusas y retales de escenas a las que no logro dar claridad, pero que atraviesan mi mente de un extremo a otro.

Todo se vuelve una maraña confusa y caótica que viaja en espiral a través de mi cabeza, impidiéndome dormir. Una a una veo pasar todas las horas en el reloj. Al amanecer, me levanto y me dirijo al cuarto de baño, a ver si el agua consigue quitarme el abotagamiento que siento en la cabeza. Tengo la sensación de que mi cerebro está hinchado y de que no cabe en el espacio que le dejan los huesos del cráneo.

Me meto debajo de la ducha y abro el grifo del agua fría. Me paso las manos por el pelo mientras el chorro frío se desliza por mi cabeza y mi cuerpo, desentumeciéndome. Resoplo.

Al entrar de nuevo en la habitación, Lea está despierta. Me mira.

—Buenos días —dice.

—Buenos días.

—¿Estás bien, Darrell? —me pregunta—. No tienes muy buena cara.

—No he dormido —respondo. Avanzo unos pasos con la toalla anudada a la cintura y me siento en el borde de la cama—. He vuelto a tener pesadillas.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Qué has soñado esta noche?

—Siempre es lo mismo. Lo único que cambia es el escenario —respondo, acariciándome la nuca—. Te disparan... Un hombre aparece de la nada y te dispara y yo trato de salvarte, pero no puedo. La bala te da y caes en mis brazos, llena de sangre.

Lea me pasa las manos por el cuello y me abraza.

—El doctor Brimstone nos dijo que ver a Stanislas apuntándome en la sien con una pistola y el miedo a que pudiera matarme, fue un trauma para ti. De ahí viene en parte tu amnesia —me dice Lea. Apoyo mis manos sobre las suyas y se las acaricio—. Lo que ves en las pesadillas es lo que viviste el día que fuiste a pagar mi rescate.

—Si supieras el dolor y la impotencia que siento cuando no puedo salvarte, por más que lo intento —comento, mirando al vacío.

—Pero en el plano real sí me salvaste, Darrell —apunta Lea, pegando cariñosamente su mejilla a mi cara—. Stanislas iba a dispararme a mí, pero tú lo impediste. Y finalmente la bala la recibiste tú. Estás así por mi culpa. —La voz de Lea se torna triste y apesadumbrada. Giro el rostro hacia ella.

—Tú no tienes la culpa de nada, Lea —asevero.

—Sí, Darrell, esa bala era para mí —insiste.

—Me da absolutamente igual a quién fuera dirigida esa bala. Volvería a salvarte un millón de veces si fuera necesario. ¿Y sabes por qué? —Lea niega con la cabeza—. Porque aunque mi mente está vacía de los recuerdos relacionados contigo, me aterra la idea de perderte. Estoy descubriendo lo mucho que te quiero a través de las pesadillas —afirmo—. El dolor y la desesperación que siento cuando caes muerta en mis brazos son horribles, Lea. Horribles —enfatico—. No encuentro palabras para

describirlo. Te juro que no las encuentro. —Guardo silencio un minuto y contemplo los preciosos ojos de Lea, que me miran vidriosos—. No quiero que te sientas culpable, Lea, porque no eres culpable. ¿Vale? —Me mira pero no pronuncia palabra—. ¿Vale? —insisto.

Suspira.

—Vale —dice finalmente.

Pese a su respuesta, su rostro sigue mostrándose triste.

—He recordado el deseo que pedí en la Fontana de Trevi —le digo en un intento de animarla.

La expresión de su cara se esponja.

—¿Lo dices en serio, Darrell? —me pregunta.

Afirmo con un ligero movimiento de cabeza.

—Pasar el resto de mi vida contigo —me adelanto a decir.

Lea abre la boca despacio.

—Oh... —alcanza a decir con visible asombro—. ¿Estás empezando a recordar? —me pregunta esperanzada.

Contraigo los labios.

—Son solo retazos... —digo con cautela—. Caras e imágenes que aparecen en mi mente como fognazos. No es nada concreto, ni secuencias largas... Son solo eso, retazos.

Sin previo aviso, Lea se lanza a mi cuello y me abraza.

—Eso es maravilloso, Darrell —exclama, con un torrente de emoción en la voz.

La rodeo con mis brazos y la estrecho contra mí. Su contacto sigue siendo tan reconfortante... Un bálsamo de paz.

CAPÍTULO 96

—¿Vas a ir al despacho? —me pregunta Lea mientras compartimos desayuno en la cocina.

—Hoy no. Me está doliendo la cabeza —contesto—. Creo que me voy a quedar a trabajar en casa.

Lea enarca las cejas.

—Pero, ¿estás bien? —dice con un viso de alarma en la voz.

—Sí, no te preocupes —respondo, restándole importancia—. Es solo una especie de zumbido que se me ha instalado en las sienes. Estoy seguro de que es la consecuencia de no haber dormido.

—Vale —anota más tranquila.

Por la tarde, el dolor de cabeza, lejos de remitir, se ha acentuado, aunque prefiero no decir nada a Lea para no preocuparla.

Salgo del despacho y bajo al salón principal a trabajar con el ordenador. Cuando entro, Lea está con James y Kylie. No sé exactamente el motivo, pero me gusta ver cómo juega con ellos, cómo los cuida, cómo los mimas, cómo ejerce de madre. La estampa es... entrañable.

—¿Qué tal va ese dolor de cabeza? —me pregunta al verme.

—Bien —miento.

Lea sonrío.

—¿Qué tal los pequeños?

—Voy a cambiarles el pañal —responde—. Se nota que son mellizos, porque lo hacen todo de manera sincronizada —bromea.

Me siento en el sofá y dejo el ordenador encima de la mesita auxiliar. Estoy revisando unos contratos cuando veo de reojo que Kylie viene caminando hacia mí agarrándose al borde del sofá. Aunque sus pasos son lentos e inseguros, se las apaña bien para avanzar hacia su cometido: yo.

Levanto un instante la vista. Lea está cambiando el pañal a James.

Cuando bajo de nuevo la mirada, Kylie está delante de mí, con las manitas en mis rodillas, mirándome expectante con sus hermosos ojos azules, tan iguales a los míos. Lea le ha puesto en la cabeza a modo de diadema un pañuelo de cuadros rosas y blancos a juego con el vestido. Parece una muñequita. ¡joder, es preciosa! Al igual que James. Ambos son preciosos.

No sé muy bien qué hacer. ¿Quiere qué la coja? No sé me dan bien los niños. Nunca se me han dado bien los niños. La contemplo durante unos segundos.

No me pongas esos ojitos. Vamos, no me pongas esos ojitos...

Pero sí, sí me los pone. Está bien... Extiendo los brazos y finalmente la cojo. Kylie me regala una sonrisa de oreja a oreja cuando la siento encima de mis rodillas.

—Lo has hecho muy bien —le digo con suavidad, alabando su proeza de haber llegado sola hasta mí.

Kylie da unas cuantas palmadas, alegre.

—Pa-pa... pa-pa... —balbucea, apuntándome con su pequeño índice.

¿Ha dicho papá? ¿Kylie ha dicho papá?

—Lea...

Lea deja a James en el parque de juegos y gira el rostro hacia mí.

—¿Sí?

—Creo que Kylie ha dicho pa...

No me da tiempo a terminar la frase. Una fuerte punzada me atraviesa la cabeza de lado a lado. El dolor es tan intenso que parece que se me va a partir en dos. Como buenamente puedo, siento a Kylie en el sofá para que no se caiga.

—¡Darrell!, ¡¿qué te pasa?! —oigo gritar a Lea, que corre inmediatamente hacia mí cuando ve que frunzo el ceño con gravedad y que cierro los ojos.

—Es la cabeza —alcanzo a decir, llevándome las manos a los oídos y oprimiéndomelos con fuerza—. Me va a estallar, Lea —mascullo, apretando los dientes hasta que me chirrían—. ¡Dios! ¡Me va a estallar!

—¡Gloria! —vocifera Lea—. ¡Gloria!

Unos segundos después, la voz de Gloria suena en el salón.

—¿Qué ocurre, señora? —pregunta alarmada.

—Darrell no se encuentra bien —responde Lea, presa de los nervios—. Ocúpese de los niños —le pide—. Yo voy a subir a Darrell a la habitación y, por favor, llame al doctor Brimstone y dígame que venga. Es urgente. El teléfono está en la agenda.

—Sí, señora —atiende solícita Gloria.

Mientras ellas hablan, sus palabras se cuelan entre los fragmentos de imágenes que centellean en mi cabeza. Entre lo poco que soy capaz de rescatar aparece la primera vez que le hice el amor a Lea, cuando se fue del ático, yo entregándole una gatita rosa de peluche, cuando me anunció que estaba embarazada, el susto que nos llevamos cuando la doctora nos dijo que no oía el latido del corazón del embrión; mi paso por la cárcel...

Oh, Dios...

Todo pasa delante de mis ojos como si fuera un tren de alta velocidad. Tan vertiginosamente que me mareo.

¿Qué me está pasando? ¡Joder! ¡Me va explotar la cabeza en cualquier momento!

—¿Puedes caminar? —me pregunta Lea, sujetándome por debajo de las axilas y tirando de mí.

Asiento.

—Sí —musito.

—En la cama vas a estar mejor —dice Lea.

Llego hasta el ascensor que tiene la casa dando trompicones. Intento mantener un paso firme, pero me es imposible. Y es gracias a Lea, que me aferra con toda la fuerza que es capaz, que no termino en el suelo.

—Ya casi hemos llegado —anuncia cuando cruzamos el pasillo de la segunda planta hasta nuestra habitación.

Al entrar, Lea me sienta suavemente en la cama, pero yo me desplomo sobre el colchón.

Decenas de imágenes siguen relampagueando en mi cabeza como si fueran descargas eléctricas: el nacimiento de James y Kylie, la boda, la luna de miel, el secuestro de Lea, una pistola apuntando su sien, yo corriendo y una bala que me atraviesa el abdomen.

Grito. Necesito que esto pare.

—Ya, Darrell, ya... —me dice Lea en tono aterciopelado.

Su mano acaricia mi frente y mi mejilla, empapadas de un sudor gélido que desciende por mi rostro.

—El doctor Brimstone está de camino —trata de tranquilizarme.

—Lea... —farfulto sumergido en la nube negra que envuelve mis ojos—. Lea...

—Estoy aquí, Darrell —dice, agarrándome la mano—. Estoy aquí...

El constante martilleo de las sienes apenas me deja oír su voz. ¡Me voy a volver loco!

—El doctor Brimstone ya ha venido —murmura Lea transcurrido un rato indeterminado.

Asiento levemente.

El rostro de rasgos enjutos del doctor Brimstone aparece ante mis ojos rodeado de una especie de nebulosa blanquecina.

—¿Qué le sucede, señor Baker? —me pregunta en tono profesional.

—La cabeza... —susurro sin apenas fuerza—. Me va a estallar... —alcanzo únicamente a decir.

—¿Siente dolores punzantes?

—Sí.

Me sube los párpados y me apunta con una luz intensa. Trato de cerrarlos de inmediato, porque me resulta sumamente molesta. Como si estuviera sumergido en un bote de aceite, ingrátido, noto que me toma la tensión, que vigila mis reflejos y no sé cuántas cosas más.

—Señor Baker, está sufriendo un cuadro agudo y severo de migraña —me diagnostica—. Le voy a suministrar una inyección de sumatriptán, para reducir el dolor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... —siseo.

—Pronto vas a estar bien, mi amor —me anima Lea, al tiempo que me sube la manga de la camiseta y deja al descubierto mi brazo. Acto seguido siento un pequeño pinchazo en el hombro.

Lanzo al aire un suspiro.

Un rato después siento los párpados pesados, como si tuviera un saco de tierra en ellos. La respiración se ralentiza, cierro los ojos y me sumo en un sueño profundo.

CAPÍTULO 97

Abro los ojos y parpadeo varias veces, levemente desorientado. No sé cuántas horas he dormido, pero la noche ha oscurecido el cielo, que se descubre negro al otro lado de los ventanales. Tengo un ligero atontecimiento de cabeza, sin embargo, no tiene nada que ver con el intenso dolor de antes, con esa pulsión voraz que me taladraba el cerebro insistentemente.

Giro el rostro. Lea está tumbada a mi lado, de cara a mí. Está vestida, echada simplemente sobre la colcha, velando mi sueño. Me incorporo apoyándome en un codo y la contemplo con una devoción casi religiosa en los ojos. Y entonces la reconozco. Reconozco su rostro, su pelo, su cuerpo, su olor, y el inmenso amor que siento por ella. Tan grande como el propio mundo.

—Mi pequeña loquita... —murmuro, y mi boca esboza una sonrisa que de repente se torna bobalicona.

Aproximo mis labios a su rostro y deposito un tierno beso en su mejilla. Al contacto, Lea se mueve y abre los ojos. Me vuelvo a dar cuenta de que son los más bonitos del mundo y de todas las cosas que hicieron enamorarme de ella.

—Nunca olvides que te quiero, Leandra Swan —susurro, parafraseando lo que le he dicho tantas veces—. Pase lo que pase, eres mi tesoro más valioso.

Lea se levanta en silencio y se sienta en la cama. Yo imito su movimiento y me coloco frente a ella.

—Soy yo —afirmo, adelantándome a lo que en estos momentos está pasando por su cabeza.

Lea entorna los ojos. Alarga las manos y me acaricia el rostro mientras escruta mi mirada cautelosamente. Su expresión se abre.

—Sí, eres tú, Darrell —musita con voz emocionada.

—Sí, mi vida, sí. Soy yo —le confirmo.

Sin mediar más palabras, se lanza a mis brazos.

—Oh, Dios mío... —musita—. Te he echado tanto de menos, Darrell. Tanto...

—Y yo a ti, mi pequeña loquita. Y yo a ti —apunto, estrechándola fuertemente contra mi pecho.

Lea rompe a llorar sobre mi hombro mientras se aferra a mi espalda como si quisiera formar parte de mí, fundirnos en uno solo.

—No llores —le digo, acariciándole suavemente el pelo—. Ya ha pasado todo, mi vida. Ya ha pasado todo.

Deshacemos el abrazo, cojo su rostro entre mis manos y la beso apasionadamente.

—Quiero hacerte el amor, Lea —le susurro a ras de la boca mientras la tumbo despacio sobre la cama—. Quiero hacerte el amor todo el día. Todo el día...

Lea va a decir algo, pero la silencio apoyando mi índice en sus labios.

—Shhh... —siseo.

Mis grandes manos se cierran alrededor de su diminuta cintura y dejo caer mi peso sobre ella. Necesito sentirla contra mi cuerpo tanto como pueda. El calor que desprende su piel se extiende por mí como una marea sin control.

De repente la ropa me estorba, como si fuera una barrera infranqueable. Trasteo con el botón de su pantalón vaquero hasta que finalmente lo desabrocho y se lo quito. Lea suspira profundamente cuando le saco la camiseta por la cabeza y libero sus pequeños pechos. Los pezones se endurecen de inmediato bajo mis dedos traviesos. Bajo la cabeza y succiono su pezón izquierdo. Levanto los ojos y la observo unos instantes. Está mordiéndose el labio inferior tratando de contener un gemido.

Arquea la espalda, buscando aún más mi roce. Introduzco las manos por debajo de su torso y la atraigo hacia mí. Su pasión consigue hacer que pierda el control.

Me deslizo lentamente por su vientre, depositando una cadena de besos que finalizo en el pubis. Le separo las piernas y hundo la lengua entre los pliegues húmedos. Empiezo a acariciar su clítoris de arriba abajo. Primero despacio, después voy aumentando el ritmo, a medida que Lea se retuerce bajo mi boca.

Es tan erótico excitarle, darle placer...

Quiero ver cómo se tensa cuando la lleve hasta el orgasmo.

Así, pequeña, así... Entrégate a mí por completo. Date...

Y unos minutos después me deleito como un extraño voyeur al ver cómo Lea se corre en mi boca, cómo el líquido tibio de su placer me colma las papilas gustativas hasta extasiarme.

Ohhh, sí, pequeña, sí...

Me incorporo y libero mi miembro, erecto y duro hasta casi el dolor. Alzo los muslos de Lea sobre mis caderas y entro en ella poco a poco, inmiscuyéndome en su interior hasta el fondo. Su cuerpo se estremece como si acabara de recibir un latigazo.

—¡Santo Cristo, Lea! —mascullo.

Lea clava las uñas en mis hombros. Suelto al aire un gruñido gutural, rudo, primitivo.

Elevo las caderas y vuelvo a penetrarla, esta vez más rápido, más duro. Estar dentro de Lea es sublime.

La cojo por la espalda y la levanto hacia mí, de tal manera que queda sentada sobre mis muslos, en un cara a cara exquisito. Cuando su rostro está a unos centímetros del mío, me precipito sobre su boca mientras aumento el ritmo de los envites, asaltando sus entrañas una y otra vez.

De improviso, Lea echa la cabeza hacia atrás y se arquea bajo mis manos al tiempo que su cuerpo se estremece de nuevo con unas incesantes oleadas de placer. Su orgasmo provoca que yo culmine de modo inmediato y tan súbito que por momentos siento que me desborda.

Apoyo la frente en su pecho y me quedo así hasta que los espasmos se van debilitando y la respiración se normaliza. Lea se yergue, introduce los dedos entre mi pelo y me aprieta contra ella.

—Te quiero, Lea —le susurro—. Te quiero, te quiero, te quiero.

—Yo también te quiero, Darrell —dice con la voz entrecortada por la respiración—. No sabes cuánto te he añorado...

—Sí, sí que lo sé. Lo mismo que yo a ti, mi pequeña loquita.

Suspiro, impregnándome de la magia del momento.

CAPÍTULO 98

Acaricio la espalda de Lea suavemente mientras nuestras piernas permanecen enredadas en un nudo que nos negamos a deshacer.

—He pasado mucho miedo, Darrell —susurra.

—Lo sé, pequeña —digo, subiendo la mano y pasándola por su pelo suelto.

—¿Lo recuerdas todo? —me pregunta, con un rastro de incredulidad en la voz.

—Casi todo —respondo—. Sigo teniendo algunas lagunas... Pero los recuerdos más importantes han regresado a mi mente.

—El doctor Brimstone dijo que había una posibilidad de que los recuerdos volvieran espontáneamente —me explica—. Reconozco que siempre he dudado de ella, sobre todo a medida que pasaba el tiempo, pero le doy gracias a Dios de que en tu caso haya sido así, porque ha habido momentos en los que he creído que iba a volverme loca. No puedo con *El hombre de hielo*. Ya no... —añade.

El hombre de hielo... Yo tampoco quiero que vuelva.

Giro el rostro y le doy un beso en la frente. Lea se aprieta más contra mí, como si tuviera miedo a que me desvaneciera. Yo comparto el mismo miedo con ella. La vida nos ha jugado tantas malas pasadas que me aterroriza que nos tenga preparada otra de sus jugarretas.

—No voy a permitir que el destino vuelva a separarnos, Lea —asevero.

—Yo tampoco, Darrell —dice convencida—. Ya ha jugado bastante con nosotros y con nuestro amor. Tú estancia en la cárcel, mi secuestro, la amnesia...

—Yo pasé mucho miedo durante tu secuestro —intervengo—. Cuando supe que Stanislas te tenía... ¡Dios, fue una pesadilla! Temía que te pudiera hacer algo.

—No me hizo nada —apunta Lea.

—Romperte el labio de una bofetada —afirmo, conteniendo la rabia—. Le hubiera matado con mis propias manos si te hubiera tocado, Lea. Aunque me hubiera podrido en la cárcel, le hubiera matado con mis propias manos. Te lo aseguro.

—Ya no tenemos que preocuparnos por Stanislas —dice Lea con visible alivio—. Murió. Gracias a que Michael avisó a tiempo a la policía, que intervino justo en el momento en el que iba a dispararme también a mí.

Michael...

No puedo evitar que los celos me asalten como un zarpazo. Michael, mi mejor amigo, está enamorado de Lea, de *mí Lea*. Intento mantener la mente fría; no puedo presionarla del modo que lo hacía antes con Matt. Lo único que crearé será un problema y ya hemos tenido suficientes. Pero necesito hablar de ello.

—Por cierto... —tanteo—, ¿Michael te besó? —le pregunto con un rastro de broma en la voz. El humor siempre es una buena forma de decir las cosas.

Lea se mueve incómoda en el sitio. Carraspea.

—Fue una tontería —dice.

—¿Pero te besó? —insisto, intentando mantener el tono distendido.

Lea hace una pausa, calibrando las siguientes palabras que va a decir.

—Sí, me besó. Pero fue una tontería —repite nerviosa.

—¿Voy a tener que hablar con él? —pregunto, fingiendo seriedad.

—¡No! —se apresura a negar Lea, incorporándose ligeramente y mirándome—. No tuvo importancia, Darrell. Solo fue... fue un impulso del momento.

Advierto un toque de rubor en sus jugosas mejillas. Me encanta ver cómo se deshace en explicaciones para convencerme de que fue algo trivial. Se ve tan sexy.

—Lea, Michael era mi mejor amigo...

—Y lo es —me corta—. Lo sigue siendo. No puedes romper una amistad como la que tenéis Michael y tú por una tontería. No fue nada... nada —se empeña en decir.

Tiro de ella hacia arriba, le sujeto la barbilla y la beso.

Eres mía, Lea. Siempre serás mía.

—Con los que voy a tener que hablar va a ser con los miembros del equipo de administración —comento en tono de reprimenda cuando nos separamos.

—Eso ya pasó —dice Lea—. Afortunadamente al final conseguí metérmelos en el bolsillo, aunque son duros de pelar.

—Estoy muy orgulloso de ti —asevero—. Muy, muy orgulloso de ti, Lea. Has sabido dirigir la empresa de forma extraordinaria y, además, has sacado adelante el proyecto de la expansión internacional.

Le doy un toquecito en la nariz con el índice.

—Al principio no fue fácil, Darrell. Nada fácil...

—Lo sé, pequeña. Sé que no tuvo que ser fácil —digo comprensivo.

—Para ser sincera, si no hubiera sido por Lissa y Michael, lo hubiera dejado. De hecho, estuve a punto de hacerlo.

—Pero no lo hiciste —digo. La miro durante unos instantes—. Eres la mujer más valiente que conozco —afirmo.

—Tenía mucho miedo.

—Nadie ha dicho que los valientes no tengan miedo. Nelson Mandela decía que el valor no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él. Un hombre valiente no es aquel que no siente miedo, si no el que conquista ese miedo.

—De todas formas, menos mal que ya estás tú para seguir con la dirección de la empresa —señala. Levanto las cejas y ladeo la cabeza—. ¿Qué? —pregunta Lea ceñuda.

—¿No pensarás que voy a dejar escapar a una mente tan brillante como la tuya?

—Pero, Darrell...

No le dejo terminar.

—Pero nada —atajo—. Ahora no tienes ninguna excusa para no trabajar en la empresa. La has dirigido durante unos meses y has demostrado que estás suficientemente cualificada para ello.

—No creo que se buena idea.

—Es la mejor idea del mundo —refuto—. No voy a permitir que estés en un trabajo de mierda ganando un sueldo de mierda y desperdiciando el enorme potencial que tienes. Te quiero en primera fila de mi empresa —concluyo—. Y no estoy dispuesto a cambiar de opinión —agrego, dejándole claro cuál es mi postura.

Lea me sostiene la mirada durante unos segundos. Se muerde el interior del carrillo. Finalmente resopla, apartándose un mechón de pelo que le cae sobre la frente.

—Al final te vas a volver a salir con la tuya —dice.

—¿Eso es un «sí», señora Baker? —bromeo.

—Eso es un «sí», señor Baker —responde resignada, pero plenamente consciente de lo que está aceptando.

—¡Esta es mi niña! —exclamo, apretándola cariñosamente contra mi cuerpo.

Sonrío.

—Qué bien que ya vuelves a sonreír —me dice Lea—. He echado de menos tus sonrisas, Darrell. Las necesito tanto como respirar.

—Jamás volveré a dejar de sonreír —afirmo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Lea hace una mueca con la boca.

—Ah, por cierto, tuve que despedir a Susan —me informa.

—No hay problema. Si no la hubieras despedido tú, hubiera terminado despidiéndola yo.

—Su única pretensión durante los meses que estuve al frente de la empresa era hacerme la vida imposible y echarme la culpa de lo que te había pasado.

—Lea, no tienes que darme ningún tipo de explicación —digo, acariciándola suavemente el hombro.

—Vale —dice, más tranquila.

CAPÍTULO 99

Unos nudillos tocan la puerta del despacho.

—Adelante —digo, levantando la vista de los documentos que estoy revisando.

—¿Se puede? —me pregunta Michael al abrir.

—Pasa —respondo.

—¿Tienes un par de minutos?

—Por supuesto. —Michael cierra la puerta tras de sí y camina hasta la mesa—. Siéntate, por favor —le pido, al reparar en que tiene la intención de quedarse de pie.

—Seré breve —anota, sentándose finalmente en la silla. Asiento con una leve inclinación de cabeza—. Lea ha estado hablando conmigo —comienza—. Me ha dicho que estás recuperando la memoria...

—Sí —afirmo—. Todavía tengo algunas lagunas mentales, pero poco a poco los recuerdos van viniendo a mi cabeza.

—Me alegro mucho, Darrell —dice con sinceridad, aunque su voz es neutra, incluso fría, alejada del tono expresivo y chispeante con el que acostumbra a hablar.

—Gracias, Michael.

Un silencio que percibo extraño sobrevuela nuestras cabezas. Joder, la persona que tengo delante de mí es Michael, mi mejor amigo. Una persona que es como un hermano para mí. Sin embargo, hay algo que me hace verlo de distinta manera a cómo lo veía antes.

—Me voy —anuncia—. Necesito tomar distancia con todo lo que ha pasado últimamente y creo que lo mejor es que deje la empresa.

—Michael... —murmuro.

Reconozco que su noticia me ha pillado totalmente por sorpresa.

—Estoy confundido, Darrell —me corta—. Muy confundido. —Hace una pausa para tomar aire—. No sé qué siento por Lea. No sé si estoy realmente enamorado de ella o simplemente es compasión y ternura por lo mal que lo ha pasado y que me ha hecho empatizar con su dolor. —Su voz se apaga despacio—. Sea como sea, ella es tu mujer y yo no tengo ningún derecho a meterme en medio de vuestro amor. Os merecéis ser felices más que nadie. Ya habéis pasado por demasiadas cosas.

—Michael, no quiero perderte como amigo —intervengo.

—Ni yo a ti, Darrell. Para mí siempre has sido como un hermano. Pero necesito tiempo... Tiempo para pensar, para ordenar las cosas en mi cabeza y quizás para salvar nuestra amistad. Enamorarme de Lea no entraba en mis planes. Yo nunca me he enamorado de nadie. Amaba demasiado mi libertad como para perderla por una

mujer, pero Lea... —Se interrumpe súbitamente. Sacude la cabeza—. Espero que me entiendas —toma de nuevo la palabra.

¿Cómo no le voy a entender? Está hablando de Lea, la mujer que consiguió derretir mi corazón de hielo. La mujer que consiguió rescatarme de la vida gris, anodina y carente de emociones que llevaba por culpa de mi enfermedad. En definitiva, la mujer más maravillosa del mundo.

—Te entiendo —me apresuro a decir—. Pero te quiero de vuelta en la empresa, Michael —y esto lo digo en tono autoritario, más como jefe que como amigo—. Tómame todo el tiempo que necesites. Una semana, un mes, un año, pero te quiero de vuelta —repito.

Michael me mira y esfuerza una sonrisa.

—Sí, jefe —dice.

Mientras se levanta de la silla, yo rodeo la mesa y salgo a su encuentro.

—Voy a echarte de menos —afirmo.

—Y yo a ti.

Sin pensárnoslo dos veces, nos fundimos en un abrazo, palmeándonos al mismo tiempo la espalda.

—Sé feliz, Darrell. Te lo mereces —rompe el silencio Michael—. Y, por favor, haz feliz a Lea. Hazla muy feliz. Ella también se lo merece. Lo ha pasado muy mal con todo esto...

—Lo sé, Michael —señalo—. La haré feliz, no te preocupes. Nadie sabe mejor que tú cuánto la quiero y que su felicidad es la mía.

Michael asiente.

—Es hora de irme —apunta.

Aprieto los labios.

—Que te vaya bien —digo.

—Gracias.

Da media vuelta, cabizbajo, enfila la puerta y sale del despacho, dejándome sumido en un halo de nostalgia. Chasqueo la lengua. La vida es a veces tan caprichosa que llega a ser cruel, inmensamente cruel.

Me quedo mirando la puerta cerrada.

Solo deseo que Michael encuentre pronto a la mujer de su vida. Estoy seguro de que aparecerá el día menos pensado y de la forma más inesperada, como sucede siempre con el amor, que llega sin avisar.

—Gloria, ¿dónde está la señora? —le pregunto al llegar a casa.

—Arriba, en la habitación de los niños —responde Gloria.

—Gracias.

—De nada, señor Baker.

Mientras avanzo por el amplio pasillo de la planta de arriba, oigo los gorgoteos sonoros y alegres de James y de Kylie.

—Hola —susurro al cruzar el umbral.
Lea se gira con James en brazos.
—Hola, mi amor —dice.
Me inclino y nos damos un beso. James chilla y patalea.
—¿Qué tal se están portando hoy nuestros pequeños —le pregunto.
James alza las manos y se echa a mis brazos para que lo coja.
—Hola, campeón —digo, cogiéndolo, con una sonrisa que me llena la boca.
—Bien —me responde Lea, tomando en brazos a Kylie—. Hoy se están portando muy bien. Aunque no paran quietos un segundo.
—He hablado con Michael —le anuncio a Lea—. Se va de la empresa por un tiempo.
—Lo sé. Me lo ha dicho cuando he estado hablado con él —responde Lea con un rastro de disgusto en la voz. Hace una pausa—. Toda esta situación me hace sentir mal —dice.
—¿Por qué? —le pregunto.
—Porque yo soy la culpable.
—Lea, tú no tienes la culpa de nada. Las cosas del corazón funcionan así. Además, es Michael. Te aseguro que antes de lo que nos pensamos, andará detrás de otra mujer.
—¿Tú crees? —dice Lea.
—Por supuesto —me reitero.
Lea pasa el brazo que tiene libre por mi cintura y apoya la cabeza en mi hombro. Suspira. Deslizo mi mano por su cuello y le doy un beso en la frente.
—Ojalá sea cómo dices —murmura.
—Michael solo necesita tiempo, y yo se lo he dado —afirmo—. Pero también le he dicho que lo quiero de vuelta en la empresa —añado.
—Que complicado es a veces todo —comenta Lea.
—Nadie dijo que vivir fuera fácil —apunto.

CAPÍTULO 100

El sonido del teléfono de mi despacho suena. Lo cojo.

—Señor Baker...

—Dígame, Sarah.

—Tiene una llamada desde España. El señor De la Rosa quiere hablar con usted.

—Pásemelo, Sarah —le pido.

—Sí, señor.

Después de un par de tonos de espera. La voz de Francisco de la Rosa, el director general de la empresa que abrimos en Madrid, se oye al otro lado de la línea.

—Señor Baker...

—Dígame, De la Rosa —contesto en un perfecto español.

—Le llamo para decirle que le envíé por email el informe de beneficios del último trimestre —dice—. Como le he venido participando estos días de atrás, las exportaciones han aumentado en un quinientos por ciento. Es una cifra impensable para una empresa que solo lleva unos meses en marcha. Sin embargo, la suya lo ha conseguido en un tiempo récord. Mis más sinceras felicitaciones.

—Bueno, ese mérito se debe en parte a usted —digo—, y a su buen hacer.

—Gracias —responde De la Rosa—. Con el incremento de las exportaciones, ha crecido el renombre de la empresa y el número de colaboradores se ha disparado —continúa hablando—. Algunos de ellos son las entidades más importantes del país. Algunas de las propuestas que están haciendo son muy interesantes, pero se requiere su presencia aquí, señor Baker. Ellos prefieren negociar con el dueño de la compañía.

—Entiendo —digo. Me quedo unos instantes pensando—. Trataré de ir lo antes posible —añado—. Le avisaré cuando viaje a España.

—Gracias, señor Baker.

—A usted

—Hablamos, entonces.

—Hablamos. Que pase un buen día —me despido.

—Igualmente.

Cuelgo el teléfono. Me echo hacia atrás y recuesto la espalda en el respaldo del sillón de cuero. La idea de viajar a Madrid me atrae, pero dejar aquí a Lea y a los pequeños no tanto. No quiero separarme de ellos ni un segundo. Aunque también soy consciente de que hay determinados asuntos que los clientes solo quieren tratar con los dueños de las empresas y no con los intermediarios.

Hay un pensamiento que me ronda la cabeza últimamente. Quizá es hora de llevarlo a cabo.

Me levanto y salgo del despacho. Giro a la derecha y toco la puerta del despacho de Lea, que está pegado al mío.

—¿Se puede, directora adjunta? —le pregunto, asomando la cabeza.

Lea sonrío.

—Por supuesto, director general —me responde en tono de broma.

Me acerco a Lea y le doy un beso en los labios.

—¿Qué tal estás teniendo la mañana? —digo, sentándome en una de las sillas que hay delante de su mesa.

—Hoy está siendo agotadora —contesta—. Pero no voy a dejar que pueda conmigo.

—Estoy seguro de ello —anoto—. Me acaba de llamar Francisco de la Rosa...

—¿El director de la empresa de Madrid?

—Sí —asiento—. Las exportaciones han aumentado un quinientos por ciento el último trimestre.

Lea abre los ojos de par en par, asombrada.

—¿Un quinientos por ciento? —repite—. Wow... —exclama.

—Según me ha dicho De la Rosa, los colaboradores están empezando a hacer propuestas interesantes. Y entre ellos están algunas de las entidades más importantes del país.

—Es normal, teniendo en cuenta el crecimiento de las exportaciones en un solo trimestre. Seguro que están frotándose las manos —comenta Lea.

—Tengo que viajar a Madrid porque solo quieren negociar con el dueño de la empresa —anuncio.

—Entonces, ¿vas a ir a España? —me pregunta Lea.

—No exactamente —digo y paso a contarle la decisión que he tomado—. Desde que desperté del coma hay algo que ha cambiado en mí. —Lea frunce el ceño, extrañada—. No sé... el secuestro, la amnesia, la marcha de Michael de la empresa... Han sido demasiadas cosas en poco tiempo. Necesito cambiar de aires, Lea. Empezar de 0.

Lea asiente levemente.

—¿Y qué has decidido? —quiere saber.

—¿Por qué no nos vamos a vivir a España? —suelto—. Madrid te encanta y creo que es una buena ciudad para instalarnos y para que James y Kylie crezcan.

La miro expectante, tratando de intuir su reacción.

—Iré dónde quieras, Darrell —dice, transcurridos unos segundos. Su respuesta me produce un profundo alivio—. Sabes que te seguiría al fin del mundo, si fuera necesario. Además, tienes razón, Madrid me encanta. España me encanta —afirma con una sonrisa que me da la vida.

Lea se levanta, rodea la mesa y se sienta sobre mis rodillas.

—Te compraré cien botes de protector solar para que no se te queme la piel —digo en tono distendido.

Ladeo la cabeza y la beso.

—Prometo dármela para que no te enfades conmigo —señala.

—Gracias —le agradezco, acariciando su mejilla con el dorso de la mano.

—¿Por qué? —me pregunta Lea.

—Por apoyarme en mi decisión.

—Eres mi marido y te quiero como nunca he querido a nadie —dice—. Además, el destino ya nos ha separado demasiadas veces.

—Te quiero —le susurro, con la voz cargada de amor. Lea se inclina hacia mí y me besa—. Entonces, ¿nos vamos a vivir a Madrid? —le pregunto.

—Nos vamos vivir a Madrid —responde—. Además, ya sabes lo que dicen: de Madrid al Cielo.

La rodeo con los brazos y la estrecho contra mí. Sin duda, soy el hombre más afortunado del mundo.

Epílogo

Lea cuelga el teléfono y se gira hacia mí.

—¿A que no sabes qué? —me pregunta sonriente.

—¿Qué? —digo.

—Lissa y Michael han comenzado una relación.

Alzo una ceja en gesto interrogativo.

—¿En serio?

Lea asiente reiteradamente con la cabeza.

—Me lo acaba de decir Lissa. ¡Está pletórica! —exclama—. Creo que nunca la había visto así, ni siquiera con Joey.

—Me alegro mucho por ellos —afirmo.

—Y yo. Tanto Lissa como Michael se lo merecen. Según me ha explicado, coincidieron en un bar, Michael se acercó a ella y bueno...

—Ya sabemos cómo es Michael —intervengo con una sonrisa de medio lado en los labios—. Es un seductor nato. Lo lleva en la sangre. Además, siempre ha mostrado un especial interés por Lissa. Acuérdate que me preguntó por ella el día de nuestra boda.

—Es cierto. Pero le prohibiste que se acercara —bromea Lea.

—Por aquel entonces Lissa tenía novio y Michael unas ganas locas de conquista, nada más.

—Pues ahora están enamorados como dos tortolitos.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz. Te deseamos papá, cumpleaños feliz.

Abro los ojos. Al lado de la cama está Lea junto con James y Kylie, que tienen en las manos una pequeña tarta hecha de galletas Oreo. Ya andan solos, pero Lea les ayuda a sujetar la tarta porque sino mucho me temo que acabaría en el suelo.

—Felicidades, mi amor —dice Lea.

Se inclina y me da un beso en los labios.

—Gracias —digo.

James y Kylie también me felicitan con su lengua de trapo y, cariñosos, me regalan un beso.

—Gracias, pequeños —les agradezco, devolviéndoles en la mejilla el beso que me han dado.

Mientras Lea coloca la tarta sobre mis piernas. James y Kylie se suben de un salto a la cama y se sientan a mi lado, sin quitar el ojo de ella. Juraría que se están relamiendo.

—No sabía qué regalarte, porque tienes de todo —dice Lea—. Así que he pensado que una tarta de lo que más te gusta sería una buena idea.

—Es una excelente idea —atajo—. Aunque lo que más me gusta eres tú —afirmo, acercándola a mí y robándole un beso.

—Bueno... esta noche te tengo preparada otra sorpresa —susurra con voz pícaro—. Pero no lo pueden ver los niños —agrega cómplice.

—Mmmm... Qué bien suena eso —ronroneo. Lea sonrío traviesa—. Te quiero. No me canso de decírtelo.

—Yo también te quiero, Darrell, y tampoco me canso de decírtelo.

Sonrío feliz.

—¿Queréis un trocito de tarta, pequeñines? —pregunto a James y a Kylie, volviendo la atención a ellos.

Ambos asienten rápidamente con la cabeza.

—He traído platos y cucharillas —anuncia Lea.

¿Se puede ser más feliz?, me pregunto mientras contemplo la estampa familiar que se despliega a mi alrededor. Lea, los pequeños y yo comiendo tarta de galletas Oreo encima de la cama el día de mi cumpleaños. Y la cosmopolita Madrid de telón de fondo.

No, no se puede ser más feliz, me respondo. ¿O quizás sí?

Mi teléfono móvil suena. Lo cojo de encima de la mesilla y miro la pantalla.

—Michael... —musito.

Lea abre los ojos de par en par.

—Feliz cumpleaños, Darrell —dice Michael nada más de descolgar.

—Gracias, Michael —digo.

—No sé si te has dado cuenta, pero te estás haciendo mayor —bromea.

En su tono de voz reconozco el humor que siempre le ha caracterizado.

—Te recuerdo que eres un año mayor que yo —le sigo la broma.

Michael ríe al otro lado de la línea.

—¿Cuándo me vas a invitar a tu casa de Madrid? —me pregunta.

—Tú no necesitas invitación —digo—. Puedes venir cuando quieras y sin avisar.

—Cuando vaya, iré con compañía —afirma.

—Ya sé que has conquistado a Lissa —me adelanto a decir.

—Mi trabajo me ha costado, no te creas —comenta.

—¿Eres feliz, Michael? —le pregunto en tono serio.

—Mucho —responde—. Lissa me hace inmensamente feliz.

—Me alegro —apunto.

—Lo sé —dice Michael.

—Espero verte pronto por aquí —le animo.

—Lissa y yo estaremos en Madrid antes de lo que piensas.

—Eso espero. Si no, iré a Nueva York y te traeré de las orejas.

Michael lanza una carcajada.

—¿James y Kylie están bien? —me pregunta.

—Sí, creciendo —contesto—, y dando guerra.

—¿Y Lea?

—Bien, también.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Ahora mismo.

—Hablamos —dice Michael.

—Hablamos.

Cuelgo la llamada. James y Kylie ya han dado buena cuenta de sus trozos de tarta.

Miro a Lea, que sonrío.

—Lissa y Michael nos harán una visita pronto —anuncio.

—¿De verdad? —dice Lea.

—Sí.

—¡Cuanto me alegro! —Lea se lanza a mis brazos—. Soy tan feliz, Darrell.

—Y yo, Lea —digo.

James y Kylie se ponen de pie en la cama y se echan sobre nosotros, uniéndose a nuestro abrazo. Los cuatro caemos sobre el colchón hechos una suerte de bola mientras reímos sin parar.

Ahora no, ahora ya no puedo ser más feliz.